





FRAP  
GRUPO ARMADO

Tomás Pellicer



#### **Gatazkaren Aztarnak 4**

Título: *FRAP: Grupo Armado*

Autor: *Tomás Pellicer Oliveros* [www.tpellicer.com](http://www.tpellicer.com)

Primera edición del autor: abril de 2009

Primera edición en Gatazkaren Aztarnak: noviembre de 2010

**Pide que este libro esté en la biblioteca de tu centro, facultad, pueblo o ciudad.  
Liburu hau zure herri, hiri, fakultate edo ikastegiko liburutegian izan dadin eskatu.**

Gatazka Gunea  
Ronda kalea 12  
48005 Bilbo  
Tel/Fax: 944790120  
Email: [gatazka@ddtgatazka.com](mailto:gatazka@ddtgatazka.com)  
[www.ddtgatazka.com](http://www.ddtgatazka.com)

ISBN: 978-84-614-3946-1

Depósito Legal: SE-6648-10

Impreso por Publidisa

Editado por Martxoak 18 K.E.

## **Sobre *FRAP: Grupo armado***

Más de un/a lector/a perspicaz habrá mostrado cierta sorpresa al descubrir que Gatazka –heredero, en cierto sentido, de Likiniano Elkartea y afín a posturas más antiautoritarias que marxistas-leninistas– reedite una novela que versa sobre el FRAP. La respuesta a este interrogante, en su mayor parte, la aporta el texto. Fuera del propio libro quedan otras consideraciones como la estima que desde el colectivo sentimos por Tomás Pellicer pese al lejano trato que hemos mantenido.

Más allá de esta simpatía, la idea de reimprimir *FRAP: Grupo armado* surgió después de su lectura y de una presentación en Gatazka Gunea en la que su autor profundizó en muchas cuestiones relacionadas con la trayectoria del FRAP y el PCE (m-l), así como en la militancia en estas organizaciones. Un episodio de la historia política del Estado español que hasta ahora ha pasado inadvertido por una combinación de factores, muchos de ellos conscientes y voluntarios. Al margen de la pertinencia de haber abordado estas experiencias con anterioridad, la realidad es que en esta novela autobiográfica se revela una muestra de buen hacer literario y político que bien merece una atención mayor a la recibida hasta el momento.

En el ámbito de la literatura, puede que su autor prescindiera de pretensiones, lo cual no es óbice para que sus personajes estén descritos con precisión y evolucionen en la medida de sus vivencias.

Semejante minuciosidad provoca que en los primeros compases de *FRAP: Grupo armado*, los protagonistas se antojen un tanto fríos y planos,

sensación que obedece a la psicología de activistas entregados a su militancia comunista, sin más inquietudes que ceñirse a las necesidades y disciplina de la organización. Sólo las situaciones a las que harán frente alterarán sus personalidades.

En lo tocante a lo estrictamente político, la novela es un testimonio detallado de la vida clandestina, con sus grandezas y audacias, en el que se hace hincapié, ante todo, en sus miserias. En este punto es donde *FRAP: Grupo armado* merece más elogios. Nadie hubiera reprochado a Tomás Pellicer cargar las tintas en las hazañas más o menos heroicas de un grupo de jóvenes comprometidos hasta las últimas consecuencias con sus ideas. Por eso mismo resulta de vital interés resaltar la autocrítica que el autor realiza, unas veces velada y otras explícita, sobre su experiencia militante. Especialmente bien retratados quedan los efectos del delirio ideológico –que en ningún caso es monopolio del FRAP ni del marxismo-leninismo, pues cada ideología, como espejismo de sistema cerrado que da respuestas a todas las preguntas, posee el suyo– unidos a la actividad armada. Los manejos políticos no son ajenos a esta crónica del desencanto. La descripción de estos últimos, además, remite por su similitud a procesos de liquidación vividos en Euskal Herria, en el que la lucha popular y armada es canjeada por la militancia de despacho y el compromiso institucional.

De cualquier manera, es necesario matizar de antemano que el contexto en el que se desarrolla la novela es posterior a las ejecuciones del 27 de septiembre de 1975. Y en parte debido a esta represión salvaje la estrategia del brazo armado del FRAP varió significativamente. En conjunto, la auténtica relevancia del FRAP como plataforma política en la efervescente época anterior a la mal llamada Transición y el justo valor de algunas de sus acciones, como la convocatoria de las manifestaciones del 1º de mayo en 1973, en la que un policía franquista resultó muerto y dos heridos graves –época de agitación estudiantil y obrera, como queda claro en los hechos– será la temática en torno a la cual Tomás Pellicer hará girar su próximo libro.

Por el momento, Gatazka se complace en presentar *FRAP: Grupo armado* –a cuyo título original le hemos añadido las siglas de la organización–, que no sólo se revela una lectura grata y provechosa, sino

que recuerda las raíces bastardas de la democracia española; continuidad de un régimen franquista que delegó en los partidos la ejecución de su proyecto histórico basado en el capitalismo, olvido de la dictadura y unidad territorial incuestionable. Operación de maquillaje para la que contó con la complicidad de la inmensa mayoría de fuerzas de izquierda y que desembocó en el cambio aparente de las formas de poder estatal, ahora parlamentario, y la perpetuación de otras, como la tortura, empleada a modo de instrumento político. Dos fenómenos, estos últimos, que son ilustrados crudamente en algunas de las páginas que siguen.

*Gatazka Gunea, septiembre de 2010*





*Cuando uno –o una– ha tirado su vida al contenedor de la basura, no puede pretender que quien la ha encontrado, no haga con ella lo que se le antoje.*

*Marcelus Al-Mazout*

*Todo queda atado y bien atado.*

*Francisco Franco Bahamonde*

(Discurso ante las Cortes con motivo de la votación de la Ley de Sucesión)



## **¡Españoles: Franco... ha muerto!**

Carlos Arias Navarro, presidente del gobierno, compareció en los medios con semblante cariacontecido, teatralmente lastimoso y dirigió estas palabras al pueblo español, cuando ya toda la nación sabía que el dictador estaba muerto.

Sin Franco, su régimen se tambalea. El rey, que ha jurado fidelidad a los principios del movimiento, el conjunto de leyes impuestas tras cuarenta años de absolutismo, conspira junto con el jefe del partido fascista, el secretario del movimiento nacional, Adolfo Suárez.

Todos los sectores y clases sociales saben que la dictadura está acabada y pugnan por situarse ventajosamente ante los próximos acontecimientos.

El que ha tenido quiere conservar lo que tiene, y el que no ha tenido aspira a tener. Los banqueros del régimen quieren conservar las plusvalías generadas en estos años sin cuentas; la Iglesia católica, su intervención omnipresente; la rancia aristocracia, grandeza de España, sus latifundios; los empresarios afectos, surgidos del estraperlo..., las multinacionales extranjeras afincadas en el tardofranquismo..., en suma, la clase dominante hasta el momento, aspira al continuismo.

Los progresistas se han echado a la calle. Racionalistas, humanistas, naturalistas, dialécticos, marxistas, comunistas, nacionalistas, democristianos, socialdemócratas, socialistas, anarquistas. Todo lo que la dictadura ha prohibido durante cuarenta años, está en ella y un grito común la recorre: ¡Amnistía y Libertad!

En las trastiendas ministeriales se ofertan formulas políticas para partidos domésticos remozados y un ir y venir de figurones las prueban y comparan.

Si se toleran politiqueos de altura, la calle es brutalmente reprimida. Si los moderados obtienen audiencias, los grupos revolucionarios, impulsores de la lucha antifranquista, continúan siendo reprimidos.

Y el sector más reaccionario da sus últimos coletazos sangrientos, aferrándose absurdamente a una subsistencia imposible. En las cárceles se hacinan cientos de presos políticos antifascistas.

En estas circunstancias, los restos de un grupo armado del FRAP<sup>1</sup>, supervivientes de la sangrienta represión del verano del 75, trata de cruzar la frontera con Francia...

---

1. FRAP: Frente Revolucionario Antifascista y Patriota. Coordinadora de diversas organizaciones, socialistas, anti-imperialistas y comunistas que presidió Julio Álvarez del Vayo, dirigente del PSOE. Existió desde 1970 a 1977.

# La cruz de la pandereta



## 1

6 de abril de 1976.

Eusebio se enteró de la fuga de Segovia por la radio del autobús que realizaba el trayecto de Barcelona a Perpinyá.

Después de seis meses militando en la más desesperada clandestinidad, el partido le había dado la orden de pasar a Francia. Vestía de la manera apropiada para aparentar ser un empleado de banca, un oficinista o quizás un corredor de seguros: chaqueta marrón con discretos cuadros claros, camisa blanca y corbata marrón con motas. Sus cabellos estaban bien teñidos, rubios y alisados, al igual que el bigote y las cejas. Las gafas de metal dorado, finas y pequeñas, resaltaban su aire serio, intelectual. Alto, delgado, guapo, con la piel más blanca de lo habitual por los encierros obligados, Eusebio parecía un francés.

Todavía en este tiempo, la dictadura nacional católica mantenía prohibida toda difusión del erotismo y el sexo explícito. Los meapilas del régimen franquista, paradigma de la hipocresía catolicon, promocionaban, en contra de su doctrina, un prototipo típico de machito español. Miseria del sexo: reprimidos manolones, pajilleros de cine de barrio. Acudían en masa a los cines de Perpinyá a hartarse de pornografía en doble sesión.

Eusebio, así disfrazado y con una revista de fútbol en la mano, mezclado en el autobús entre cuarenta landas, turistas de sexo en Perpinyá, no podía dar la impresión de estar metido en movimientos revolucionarios. Todo lo contrario.

De hecho, el conductor del autobús le había saludado con reverencia al subir:

*Monsieur.*

Eusebio le había respondido con una ligera inflexión de la cabeza, distinguido.

Carlos “el Largo”, camuflado de forma similar, pero con menos acierto, subió algo después. El traje sastre que vestía le quedaba corto para su altura y el teñido rubio del cabello contrastaba con su piel cetrina de español del sur. Sin embargo, él paseaba su aire extraño, desgarrado, con tal convencimiento y naturalidad que pasó desapercibido.

Se sentaron en asientos separados, como si no se conocieran.

A medio trayecto, la radio del autobús difundió el aviso de la fuga de una treintena de presos de ETA de la cárcel de Segovia y Eusebio se llenó de inquietud. Pensó, con razón, que en la frontera habría más control de lo que era habitual y trató de cruzar, insistentemente, miradas de entendimiento con Carlos, sin conseguirlo. Ante esta nueva eventualidad, imprevista, sabía que no pasarían un control exhaustivo de la policía de fronteras. Toda su documentación consistía en un pasaporte burdamente falsificado.

Carlos, indiferente a la noticia que acababa de escuchar, observaba maquinalmente el paisaje, atusándose el bigotillo, absorto en sus pensamientos.

En las proximidades de la frontera del Perthus, el autobús se detuvo ante una cola kilométrica de vehículos que intentaban cruzar a Francia. La policía registraba todos los coches a su paso por el puesto fronterizo. El autobús avanzaba lentamente. Eusebio se consumía y trataba de llamar la atención de Carlos, que por fin atendió a los signos de su mirada con un indolente gesto de los hombros.

Le traía sin cuidado el control. Como en anteriores ocasiones, no imaginaba bueno ni malo. Tomaba las cosas como venían, tal como se toman los acontecimientos rutinarios de la vida, sin reflexionar.

Su entendimiento no pasó desapercibido para los viajeros que ocupaban los asientos más próximos a ellos, que pensaron cualquier cosa, menos que eran dos militantes del FRAP en busca y captura.



Llegaron a las cabinas de control. Subió al vehículo uno de los policías de uniforme gris que custodiaban las fronteras y mantuvo una breve conversación con el chofer, en tono confidencial. Luego, casi sin pasar al interior, desde la puerta, paseó su mirada hacia un lado y a otro ante la respiración contenida de todo el pasaje, en una rutinaria inspección, y se bajó.

Eso fue todo. Ni pidieron pasaportes.

Por la noche, ya en Perpinyá, conocieron el desenlace de la fuga de Segovia por un viejo exiliado cenetista: habían matado a Oriol Solé, uno de los fugados, militante del MIL<sup>2</sup>, y capturado de nuevo a casi todo el resto.

## 2

Ramiro caminaba apresurado, tenía el tiempo justo para llegar a la cita a la hora exacta. Se había entretenido rebuscando en varias papeleras un paquete de gauloises, que era lo que tenía que llevar, bien visible, en la mano. Debía estar a las cuatro en punto en el portal número diez de la avenida de la Republique, cercana a la estación, donde se le acercaría alguien, con un periódico en la mano, y le preguntaría:

–*La gare?*

Y él debería responder:

–En el aeropuerto.

La llegada de dos militantes le abría nuevas perspectivas. Había estado deambulando de un lugar a otro desde su paso a Francia, a finales de septiembre, sin más tarea que esperar no sabía muy bien qué. De París a Lyon y desde allí a Montpellier, donde llevaba unos meses a cargo de la organización local, compuesta por emigrantes y viejos exiliados, aunque su principal cometido era, de manera discreta, el contacto con simpatizantes franceses con la finalidad de montar bases seguras para los grupos

---

2. MIL: Movimiento Ibérico de Liberación - Grupos Autónomos de Combate. Otro de sus militantes, Salvador Puig Antich, fue ejecutado a "garrote vil" en 1974. [N.d.E.: Para más información del MIL, recomendamos la obra "MIL: Una Historia política", de Sergi Rosés Cordovila, Alikornio Ed.]

del interior. Ahora culminaba su espera: tenía instrucciones muy precisas para él y los camaradas que llegaban.

Situado en el lugar de la cita, los observó pasar cautelosos, unos minutos antes de la hora, por la acera de enfrente. Se hacían notar desde la distancia y no pudo por menos que soltar una carcajada para sí. Teñidos los dos de rubios, con las chaquetas y las corbatas anticuadas, que nadie llevaba allí, dejaban adivinar su condición. Aún sin conocerlos, sabía que eran ellos. Al fin y al cabo, él atravesó de igual forma la frontera.

Se sonrió de la cautela con la que se acercaban al lugar, del riguroso seguimiento que hacían de las normas de seguridad acostumbradas en España. Los vio pasar de largo, volver sobre sus pasos y detenerse para investigar, hasta que, por fin, uno de ellos decidió cruzar la calle y acudir a su encuentro.

Carlos cruzó la calle de mala gana. Había deseado que nadie acudiera a la cita y con tal justificación, poder volverse a España. No le gustaba ese país y no entendía ni una palabra de su idioma. Estaba viviendo un mal sueño del que no podía despertar. Había caído en la cuenta esa misma mañana al levantarse en un mundo extraño, ajeno por completo al activismo político que llenaba su vida.

En ese momento, cruzando la calle, clarificó el sentimiento confuso que había sostenido desde que el partido le dio la orden de cesar su militancia y prepararse para pasar a Francia por sus propios medios. En el mes que tardaron ambos en conseguir pasaportes, apenas sin salir del piso en el que se escondían, enjaulado como un león, sin nada que hacer y alejado del fragor de la lucha revolucionaria, había confundido su deseo de acabar cuanto antes con aquella situación, con el de huir del país.

Conforme se iba acercando a su contacto, ese francés que le aguardaba sonriente, iba clarificando su idea:

–No tenía por qué haber salido de España.

Ramiro, por su aspecto, bien podía parecer un estudiante francés de los muchos que albergaba la universidad de Montpellier. Tenía un aire de poeta romántico con su media melena de bucles castaños, la perilla, el bigote y la ropa bohemia. Contrastaba la dejadez altruista de su apariencia

con la penetrante mirada de sus ojos, de color gris acerado, y su nariz rapaz, que lo revelaban astuto y distante.

Su encuentro fue frío, lo justo para completar la rutina establecida. Ramiro esperó a que Eusebio se acercara para hablarles a los dos:

–Os he buscado un alojamiento provisional, en la residencia universitaria de la Facultad de Ciencias. Vais a tener que compartir la misma habitación.

–No nos importa, estamos acostumbrados –dijo Eusebio, mostrándose amigable.

–Os voy a acompañar al lugar y os presentaré a algunos estudiantes de confianza, eme-eles, que ya os indicarán cómo se las arreglan en la residencia.

Eusebio, relajado, desde su asiento en el autobús, observaba con avidez el armonioso paisaje urbano. Había inspirado hondo por primera vez en mucho tiempo, quizás en dos años. A partir de su incorporación a los grupos armados y desde el inicio de las acciones, había visto caer a sus componentes, uno tras otro, un grupo detrás de otro. Inmerso constantemente en las caídas, rozando la detención, no había tenido descanso. Ahora sí, se sentía seguro y era capaz de admirar el entorno sin escudriñar a su alrededor en busca de perseguidores.

Habían abandonado el montículo sobre el que se asienta la antigua villa y circulaban por una avenida flanqueada de edificaciones de poca altura, apartamentos aislados entre grandes zonas ajardinadas. El vecindario era ahora casi exclusivamente juvenil, que transitaba en gran número a pie o en bicicleta, dando carácter propio a esta ciudad universitaria.

Ramiro, entretanto, consideraba que había acertado llevándolos a la residencia de estudiantes y en lo erróneo de su premisa inicial de alojarlos en el entorno de sus conocidos franceses, que debía resguardar para la infraestructura de los grupos. En realidad no sabía quiénes eran los recién llegados, salvo por las escuetas instrucciones que había recibido: dos militantes de Valencia huidos de la represión, pero ¿cuál era su nivel de compromiso? En su periodo parisino había visto llegar decenas con el aura de luchadores antifascistas, que más tarde revelaban que tan sólo

estaban perseguidos por un reparto de propaganda, una manifestación o su nombre había salido relacionado con la FUDE<sup>3</sup> tras una detención. Y era plenamente consciente que lo habían sacado de París para que no fuera contaminado por ese ambiente. Aparte de su historia con los dos sociales, claro. En estos círculos del exilio se hablaba francamente de regresar a España. Discutían el abandono de la lucha armada y la incorporación a la Junta Democrática, junto con el PCE y los demás grupos. Tenía claro que se estaba fraguando una fracción y antes de pasarles sus contactos quería asegurarse de su solidez ideológica.

En todo caso, estarían bien en el campus. Ambos tendrían el aspecto de estudiantes, una vez normalizada su apariencia.

### 3

Ocuparon una habitación, cedida por un estudiante ecuatoriano, en la residencia del Triolet, anexa a la Facultad de Ciencias.

Mariano, su anfitrión, los presentó como militantes del FRAP –él mismo se había presentado como marxista-leninista– en numerosas habitaciones de la residencia y en poco tiempo congregaron en torno a ellos a un nutrido grupo de estudiantes, mayoritariamente latinoamericanos y algún que otro africano de las antiguas colonias francesas.

Carlos, estudiante él también, al momento cambió su semblante apesadumbrado, para mostrarse comunicativo, intercambiando con ellos concepciones y experiencias e interesándose por los movimientos revolucionarios en sus países. De los allí reunidos, el que no se decía marxista-leninista, era guerrillero guevarista, senderista o tupamaro.

En el fondo, todos ellos y a pesar de sus divergentes filosofías, coincidían en la concepción común de la lucha anti-imperialista y un trasfondo maoísta, en mayor o menor medida, los unificaba. Las victorias en Vietnam y en Camboya sobre el imperialismo yanqui y los avances de la guerrilla en América Latina, propiciaban las concepciones tercermundistas en el movimiento revolucionario y los españoles no eran ajenos a ellas.

---

3. FUDE: Federación Universitaria Democrática de España, organización estudiantil miembro del FRAP.

Todos dirigían sus preferencias hacia los movimientos guerrilleros, antes que hacia el doméstico movimiento obrero de la Europa occidental o, como ellos consideraban, al social-imperialismo soviético.

Para los estudiantes de la residencia que vivieron activamente las protestas contra los fusilamientos de militantes del FRAP, el septiembre pasado, acogerlos fue una acción reivindicativa y como era costumbre, organizaron una fiesta.

Los latinos frecuentaban la cercana playa de Carnon.

En sus espigones de piedra, que adentrados en el mar protegían su margen, habitaban extensas colonias de crustáceos, principalmente cangrejos grandes como centollas. Los españoles les acompañaron ese día a mariscar entre las rocas y empapados por los rociones de las olas, despreocupados, contagiados por la parsimonia de los americanos, sintieron renacer el olvidado gusto por la propia vida.

Por la noche hirvieron con vapor los crustáceos y extrajeron su carne, que sirvió para aderezar el arroz cocido con cerveza. Bebieron, escucharon sus sones y observaron sus bailes, sin poder evitar mantenerse distantes. Descubrieron que un abismo cultural los separaba de ellos.

#### 4

Ramiro los abordó de improviso en la cola del restaurante universitario cercano a la residencia:

–No me voy a poder quedar a comer. Os espero en esta dirección a las cuatro –les dijo, entregándoles una nota.

–¡Bien! –dijo Carlos, en cuanto desapareció Ramiro– Esto es para una reunión.

–¿Tú crees, tan pronto? –le preguntó Eusebio, y sin esperar su respuesta–: ¿Y qué piensas plantear?

–Volverme a España –le contestó Carlos.

–Yo quiero quedarme, al menos por un tiempo –le dijo Eusebio.

–Tú hablas francés, pero yo, no sé qué pinto aquí. Prefiero continuar en la clandestinidad para no perderme lo que está pasando.

—En todo caso, tendremos que hacer lo que nos diga el partido.

Ramiro los esperaba en el portal de una pequeña edificación, en una estrecha calle del casco antiguo. Les previno, con un gesto de su índice, para que guardaran silencio al subir y entraron en una vivienda de la segunda planta, sucia y destartada con un viejo mobiliario.

—Os he citado aquí porque no es conveniente que nos vean juntos de forma frecuente y para tener una reunión larga, sin interrupciones. Tengo el último informe del ejecutivo —dijo Ramiro, dejando sobre la mesa un montón de folios mecanografiados—, y os lo voy a resumir para discutirlo después. Más tarde abordaremos un punto de organización, en el que veremos las tareas del momento y cómo quedáis encuadrados a partir de ahora.

Carlos y Eusebio asintieron y se dispusieron para tomar notas sobre un pequeño papel doblado.

—Como sabéis, hace tan sólo unos días se han unificado la Junta<sup>4</sup> y la Plataforma<sup>5</sup>. Platajunta se llama ahora —dijo, con algún sarcasmo—. Si habéis visto sus puntos programáticos, os habréis dado cuenta de que no plantean siquiera una ruptura con el régimen franquista, sino una simple evolución de este hacia unas supuestas formas democráticas, similares a las de una democracia burguesa, pero dejando intacto el aparato del estado de la dictadura. Han dejado a un lado la depuración de los cuerpos represivos y el castigo de los culpables de los crímenes franquistas. Van a tratar de apuntalar la maniobra continuista, dándole un lavado de cara a la monarquía de Juan Carlos.

Ramiro hizo una breve pausa para consultar su cuaderno y continuó:

—La adscripción a la Platajunta delimita claramente la línea que separa a los luchadores por las verdaderas libertades democráticas, de los reformistas y revisionistas. Nosotros proponemos la apertura de un periodo constituyente para la instauración de la República como alternativa al continuismo monárquico. Para ello estamos trabajando en la constitución de una plataforma amplia, La Convención Republicana de los Pueblos

---

4. Junta Democrática, impulsada por el PCE y liderada por Santiago Carrillo.

5. Plataforma de Coordinación Democrática, impulsada por el PSOE.

de España, abierta a todos los sectores populares opuestos al fascismo y vamos a incorporar a ella al movimiento republicano existente.

Hizo una pausa para consultar su cuaderno, levantó la vista y con un gesto les dio la palabra.

–No sé, así de pronto, esto de la plataforma republicana... –comenzó a decir Eusebio.

–Convención –le corrigió Ramiro.

–Agrupar a los sectores antifascistas está claro –continuó Eusebio–, siempre lo hemos hecho, pero el movimiento republicano... ¿Qué significa? Lo mismo que la alternativa por la República, así sin apellido, sin carácter de clase, sin Popular y Federativa... ¿No estamos por una república popular? ¿Dónde queda entonces el FRAP?

–El FRAP se queda estrecho, en estos momentos, para incorporar los amplios sectores de las masas movilizadas. El darle carácter de clase a la república dependerá de nuestro trabajo. Estudia bien el documento y verás cómo se aclaran tus dudas –le contestó Ramiro.

Carlos no dijo nada, pero por sus miradas a Eusebio, se apreciaba que le asaltaban idénticas preguntas.

Ramiro continuó con el siguiente punto, que versó sobre el panorama ideológico del comunismo mundial. Carlos y Eusebio asentían distraídos, en tanto que Ramiro leía textos anotados en su cuaderno. Nada de lo que decía era nuevo para ellos y estaban ansiosos por conocer cómo iban a quedar organizados. Ni siquiera la comunicación oficial de su ruptura con el Partido Comunista Chino, a causa de la formulación de la “teoría de los tres mundos”, logró interesarles.

–Estamos al corriente –dijo Carlos–. Lo hemos discutido en varias ocasiones, desde que los chinos no condenaron los fusilamientos de los camaradas. Cuando asistieron al funeral de Franco, en compañía de Pinochet, entonces fue la bomba.

–Sí, estamos totalmente de acuerdo. Lo paradójico es que, al menos en la universidad, nos sigan llamando “los chinos”. Han sido muchos años con Mao –completó Eusebio.

–Sí, la verdad es que deberíamos haber roto antes con ellos. Bien, vamos con lo nuestro –continuó Ramiro–. Como hemos podido comprobar, el partido ha paralizado las acciones armadas. No hemos

reivindicado ninguna desde septiembre. Esto no quiere decir que disolvamos los grupos, al contrario, nuestra presencia aquí tiene como objetivo consolidarnos como tal. Me han pasado un escueto informe vuestro y me gustaría conocer más detalles de vuestra militancia.

Eusebio se revolvió algo incomodo en la silla y dudó en responder. Decidió que, al cabo, no revelaba nada que no supiera ya la policía:

–Yo pasé a los grupos de combate a principios del 74, cuando la hache-ge-erre<sup>6</sup>. Hicimos varias recuperaciones económicas y de armas y cuando se dio la directriz de pasar a las acciones armadas, en el 75, entré al grupo, donde llegó también Carlos. Hicimos la acción contra una patrulla de la policía militar yanqui en el puerto, la del ataque al cuartel de Paterna, la de la cárcel de mujeres...

–Una expropiación importante en Xàtiva –añadió Carlos.

–Del primer grupo sólo quedé yo, y del segundo, Carlos y yo. Todos los demás están en prisión.

–Y, a nivel de seguridad, ¿cómo estáis? –preguntó Ramiro.

–Eusebio está identificado y tiene busca y captura y yo estoy cantado, pero creo que no me han identificado. Al menos no han ido por casa de mis padres –respondió Carlos.

Ramiro, que había seguido el relato de sus acciones con gestos de asentimiento, terminó con un gesto:

–Vale, es suficiente. Como os he dicho, la directriz que tengo es la de constituirnos como grupo armado, al margen de la organización regular. Eso significa que debemos continuar en la clandestinidad. ¿Estáis de acuerdo?

–Sí, completamente de acuerdo –contestó Carlos.

–De acuerdo. Pero querría saber cuáles van a ser nuestras tareas. Clarifica más –añadió Eusebio.

–A corto plazo debemos asegurar una infraestructura sólida para los grupos en el sur de Francia, formando una red de contactos franceses que nos presten ayuda. De forma inmediata, hay que asegurar los pasos de propaganda a España. La situación es muy complicada en estos momentos, con todo el aparato de propaganda desmantelado y la mayoría

---

6. HGR: Huelga General Revolucionaria, contrapunto a la hache-ene-pe, Huelga Nacional Pacífica, del PCE.



de los cuadros huidos o en la cárcel. Con la de cosas importantes que están pasando y van a pasar, se hace imprescindible que nuestra política llegue a las masas.

–¿Y qué hay que hacer? –preguntó Eusebio.

–Organizar grupos de simpatizantes franceses que pasen paquetes por la frontera, en su coche, como turistas –respondió Ramiro.

–Yo no hablo francés, ni una palabra –dijo Carlos, poniendo mala cara.

–Yo me ocuparé –dijo Eusebio.

Ramiro asintió, tomando notas al mismo tiempo en su libreta.

–Y por otra parte, también de forma urgente, hay que ayudar a la organización local a montar la Convención, tratando de incorporar a las personalidades republicanas del exilio. Nuestra plataforma debe darse a conocer lo antes posible para contrarrestar a la carrillista. ¿Carlos, tú...?

–No veo que tengan que venir ces de España para trabajar en la emigración, haciendo más falta nuestro trabajo allí –le cortó Carlos.

–No. Eso no es así. Es algo circunstancial, nos han traído aquí para cohesionar el grupo y dotarlo de infraestructura. En cuanto la tengamos asegurada mínimamente, volveremos. Mientras tanto tienes que acatar la disciplina y hacer la tarea que se te asigne.

–Y cuando volvamos, ¿qué haremos? –preguntó Eusebio.

–Dependerá de la evolución de la situación política –contestó Ramiro. Y añadió:

–Lo que nos diga el partido.

Ramiro estaba satisfecho con este primer encuentro. Había descartado cualquier desviación derechista en ellos, más bien se inclinó a considerarlos al contrario, izquierdistas, pero era innegable su entrega. Aunque Carlos se mostrara reticente con el trabajo en la Convención, lo consideró un buen elemento para los grupos.

Eusebio había agradecido el respiro que le brindaban y acogió con gusto su trabajo con franceses.

Carlos, al contrario, mostró su disgusto no pronunciando palabra hasta el día siguiente.

## 5

María llegó a Montpellier en tren, procedente de París. Había esperado dos meses a que el partido aceptase el traslado para estar junto a su compañero. Durante el viaje meditó largamente. No tenía clara la decisión que había tomado. Ramiro era tan misterioso. Hablaba tan poco de sus cosas. Comprendía los motivos de seguridad: cuanto menos supiera, menos podría delatar. Algo imaginaba de su militancia en los grupos armados, apartado de la organización regular. No lo sabía por él, sino por comentarios de los demás camaradas, por su ubicación al margen de células y sobre todo por su actitud intrigante por encima de todos, sus apostillas sarcásticas ante las dificultades que encontraban la multitud de militantes escondidos en París.

No. No lo tenía claro. Se daba cuenta que mantenía opiniones contradictorias respecto a la lucha armada. Si le hubieran propuesto incorporarse a un grupo, sin mediar su compañero, probablemente hubiera dicho que no.

En París, se reencontró con Ramiro en la vieja fábrica de Créteil, donde iban todas las noches. Ocupada por los gauchistas<sup>7</sup>, era un centro cultural militante al que acudían los jóvenes exiliados y donde cada noche había espectáculo: improvisados cantautores, performances, teatro. Una de esas noches Rosa, su compañera de habitación, lo señaló:

—¿Ves a aquél, el de la melena que está apoyado en la puerta? Es de los grupos. Fue con Chisco a cargarse a los dos sociales.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo ha contado todo Chisco. Les montaron una cita falsa, les pegaron cuatro tiros y los enterraron en Maison Laffite.

María había reconocido a Ramiro. Lo conoció en Madrid durante las movilizaciones de enero del 74, en la cita previa a un salto en Cuatro Caminos. Ella había llegado a la capital después de su detención en Valladolid, en las caídas posteriores al primero de mayo del 73. Fichada

7. Gauchistas: (galicismo) izquierdistas

por la policía, el partido le dio a elegir entre pasar a la clandestinidad o abandonar la lucha, ya que no podría continuar con su militancia, porque siempre sería un hilo conductor para llegar al resto de la organización.

Se decidió a pasar a la clandestinidad y abandonó su ciudad para instalarse en Madrid con una identidad falsa. Encontró un trabajo de limpiadora en unos grandes almacenes y alquiló una habitación en un piso de la calle del Comercio. Sola, dedicada en exclusividad a la militancia, alcanzó pronto la responsabilidad de la célula de Puente Vallecas.

El día de su encuentro, ella llevaba cuatro cócteles molotov sin armar en el macuto de bandolera, sobre la trenca azul marino. Había rellenado las cervezas de litro en su habitación, mezclando el sulfúrico y la gasolina en la propia botella: un tercio de ácido por dos de gasolina. Pero no había puesto el clorato. No tenía que ponerlo hasta el último momento, y tampoco sabía cómo hacerlo. Llevaba en un bolsillo dos cajas de pastillas de clorato potásico, de farmacia, y un rollo de esparadrapo ancho, como le habían indicado. Entró con Ramiro en un portal de Bravo Murillo y él colocó las pastillas de clorato, una por una, sobre el pegamento del esparadrapo. Saco su navaja y golpeó con ella cada pastilla, suavemente, de forma que se partieron manteniéndose pegadas al esparadrapo, con el que encintó después cada botella. Una vez terminó, le dijo:

-No tirarlos con mucha fuerza, la botella podría no romperse. Hay que tirarla derecha para que caiga de lado y explote. Mira, así –y llevó la botella con el brazo de atrás hacia delante-. Tiradlos todos, no os quedéis con ninguno encima. Si os detienen con los cócteles lo pasaréis muy mal. Suerte y salud.

A Ramiro le llamo la atención María: una mujer responsable de célula y con cócteles. No era usual. Le gustó.

Ahora lo volvía a encontrar, recostado a un lado de la puerta de la vieja fábrica ocupada en Créteil. Velazqueño, no recostado, dejado caer como un paria, sino levemente apoyado, haciendo descansar toda la situación sobre él a pesar de estar en el último plano. Don Juan romántico, adoptaba la pose de galán melancólico, el poeta Chateaubriand.

María se decidió a ir hacia él:

–¿Te acuerdas de mí?

—Perfectamente.  
Estaba todo dicho.

María llegó a Montpellier con el tiempo justo para acudir a la cita. Salió de la estación y anduvo apresurada por la avenida de la République hacia la Place de la Comédie, el lugar de su encuentro, en la puerta del teatro Molière. En mitad de la calle, Ramiro la abordó por la espalda. Había esperado su llegada en la estación, y después de andar tras ella un trecho y comprobar que no la seguía nadie, la abordó por detrás. En el momento del abrazo, María disipó sus dudas, sus temores, y decidió vivir la experiencia hasta su final.

Él había alquilado una buhardilla muy cerca de la plaza, en la rue de l'Ancien Courrier. María se sorprendió al ver la placa en la calle, en la entrada del portal, apenas legible: *“Ici est né Au Palais de Tournemire Le premier Février 1208 Le roi Jacques 1<sup>er</sup> d'ARAGON Fils de Pierre d'ARAGON et de Marie de MONTPELLIER”*

—¿Y esto? —preguntó María.

—Vivimos como reyes, en el palacio de Jaime primero —le contestó bromeando—. En realidad del antiguo edificio no queda más que las caballerizas, mira.

Le mostró el bajo derecho, un local comercial donde todavía se conservaba una profunda galería con arcos ojivales.

—Los católicos quemaron la ciudad en las guerras de religión y sólo quedó esto.

Subieron las cuatro plantas del viejo edificio de vecinos, hasta alcanzar las buhardillas. Los propietarios habilitaban los cuartos trasteros de la planta bajo cubierta para alquilarlos como habitaciones, frecuentemente a emigrantes españoles. La que ellos ocupaban era bastante mejor que la de María en París, también un trastero donde convivieron algún tiempo. Esta al menos, tenía una pequeña cocina con una pila, una mesa con cuatro sillas, una pequeña habitación tras una cortina y una luminosa lucerna a los tejados de la ciudad.

La de París había sido una cama con un tragaluz en el techo.

María se mostró encantada:

—Vaya, sí que es un palacio —le dijo, abrazada a él.  
—El retrete y la ducha están en el pasillo. Son comunes. No dejes nada en ellos, se lo llevan los turistas como recuerdo —le advirtió.

## 6

Ramiro, una vez superó su desconfianza hacia los recién llegados, llevó a Eusebio a casa de Danielle.

Su apartamento se encontraba en el casco viejo, del lado más popular, detrás del mercado de la calle Foch, en la angosta calle Des Gagne-Petit. Un piso viejo reformado con sencillez y decorado al uso de los pisos de estudiantes.

Tablas y ladrillos componían la biblioteca, que rebosaba de libros y carpetas; el sofá era un colchón de espuma cubierto con una tela china naranja y doblado en tres; una cortina de cuentas de igual matiz separaba la cocina del salón y presidiendo este, ocupando gran parte de la superficie de la pared, el cartel de “La Cause du Peuple”, la prohibida revista maoísta que dirigió Jean-Paul Sartre. El dibujo, en tonos rojos anaranjados y amarillos, mostraba un sol naciente delante del cual se encontraban dos milicianos chinos armados con Kalashnikov, ataviados con chaqueta mao, pañuelo rojo al cuello y gorra con la estrella de cinco puntas. La mujer levantaba el brazo con gesto de avanzadilla sobre una multitud multirracial tercermundista, que avanzaba hacia el sol naciente armada hasta los dientes. El simbolismo del cartel resumía los postulados del marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tse-tung y no dejaba duda sobre las inclinaciones ideológicas de su propietaria.

Danielle era alta y delgada, rubia extrema con los ojos azules y sus rasgos no podían disimular su procedencia eslava. Hija de una acomodada familia alemana, de ideas conservadoras que ella no compartía, más por contradicción con sus formas y costumbres que por lucidez en sus ideas, encontró en su deseo de estudiar en Francia la manera de alejarlos de su vida.

Abandonó su país en 1968 para estudiar sociología en la universidad de Nanterre, al norte de París. Como siempre ocurre, su primer círculo

de relación fue con los estudiantes de su misma nacionalidad y entabló amistad con Dany Cohn-Bendit<sup>8</sup>, alemán como ella, que la instruyó en el comunismo libertario. A los pocos meses formaba parte del grupo anarquista “Noir & Rouge”, unos quince estudiantes cuyo líder era Dany, “El Rojo”, como le llamaban por el color de su pelo.

Con mayor entusiasmo que bagaje ideológico, comenzó a intervenir en las asambleas que iban configurando un movimiento estudiantil radicalizado en una universidad masificada.

Lucharon por la expulsión de la universidad de los elementos de la ultraderecha; contra la guerra del Vietnam; por el libre acceso a los pabellones universitarios de chicas y chicos de día y de noche, con defensa de la libertad sexual a la luz de Wilhelm Reich y denunciaron el sistema universitario incapaz de dar una formación adecuada.

El 22 de marzo del 68, tras una manifestación contra la guerra en la que fueron detenidos varios estudiantes, ocuparon el pabellón administrativo y tras los enfrentamientos producidos en el desalojo, la universidad de Nanterre fue cerrada.

Ella se unió al Movimiento del 22 de Marzo, surgido tras ese día y que agrupaba igualitariamente a los estudiantes de toda tendencia y marchó a Paris con ellos en los comienzos del mes de mayo. El día tres de mayo, en el patio de La Sorbona, y mientras atendía el desarrollo de un mitin, recibió su primer vapuleo a manos de los CRS<sup>9</sup> que, de improviso, habían caído sobre los estudiantes.

La noche del día once al doce, la noche de las barricadas, quiso ser de los GPA<sup>10</sup>. En la primera línea de Gay-Lussac, con sus cascos blancos de motorista y sus grandes gafas, sus cazadoras negras, arrancando los adoquines con palancas de hierro, organizados en grupos, eran la personificación de lo que ella anhelaba. Cansada de las interminables discusiones de las asambleas, de las que pensaba que conducían a nada, se unió a ellos esa misma noche, y al día siguiente ingresó en la UJCML<sup>11</sup>, los “maos”.

---

8. Daniel Cohn-Bendit: Líder estudiantil de la revolución de Mayo del 68

9. Compañías Republicanas de Seguridad: antidisturbios.

10. GPA: Grupos de Protección y Autodefensa.

11. UJCML: Unión de Juventudes Comunistas Marxistas Leninistas

Coincidió con los maoístas en definir el movimiento “de estudiantes pequeñoburgueses” y la convencieron de que eran “víctimas de un complot socialdemócrata con el objetivo de alejarlos de la clase obrera para limitar el movimiento a objetivos reformistas”. Había que llevar la revolución a las fábricas y allí se fue con ellos.

El día quince ocupó la Renault en Flins, secuestrando a los directivos de la fábrica, donde permaneció hasta los violentos enfrentamientos con los CRS, que provocaron la muerte de Gilles Tautin, bachiller de apenas 18 años, camarada de su grupo, a finales de mayo.

El día doce de junio fueron prohibidos la mayoría de los partidos que se destacaron en la revolución y los militantes de las barricadas encarcelados. El Mayo francés había terminado.

Cohn-Bendit, culpabilizado de los desmanes, fue deportado a Alemania y la fobia antigermánica se apoderó de nuevo de la biempensante Francia. Ella, sin embargo, no pensó en volver a su país, la revolución no había hecho más que empezar, tal como proclamaron mil veces los manifestantes.

Camuflada con su novio en París, continuó su militancia maoísta en la “Gauche Prolétarienne”, hasta la nueva prohibición del grupo y de su semanario, “La Cause du Peuple”, y el encarcelamiento por 18 meses de su amigo Alain Geismar, juzgado por asociación ilícita. Marchó al sur, como otros muchos, y se quedó para asistir al final de todo aquello en una granja comunal en La Garriga, donde dio por terminada su vivencia comunista.

A raíz de los fusilamientos en España el 27 de septiembre de 1975 se incorporó con pasión al movimiento de protesta contra el franquismo. Se afilió al CUSPE<sup>12</sup> y se convirtió en una de sus principales activistas. Cuando Ramiro le pidió que acogiese en su casa a un militante del FRAP, que venía huido de la represión, acepto encantada.

–El camarada Eusebio acaba de llegar de España, donde ha estado escondido desde la represión contra el FRAP del verano pasado. Se quedará un tiempo en tu casa, si te parece bien. Trata de presentarle

---

12. Comité Unitario de Solidaridad con los Pueblos de España.

amigos franceses que puedan colaborar con nosotros. Podríamos empezar con una reunión del CUSPE y que el camarada cuente sus experiencias.

Ramiro hablaba un francés fluido, con gran acento español que no trataba de disimular.

–No hay problema –respondió Danielle–. Veré de organizar lo que has dicho.

Danielle estaba feliz de tener a Eusebio en su casa, impaciente por conversar con él.

–Estoy muy contenta de que estés aquí, Eusebio. De momento instálate, puedes dormir en el colchón del salón. Yo trabajo en un pueblo cerca de Nîmes y estoy fuera de casa tres días por semana. Puedes disponer del apartamento como quieras.

Una vez se hubo marchado Ramiro, Eusebio se sinceró con Danielle:

–Voy a estar algún tiempo en Francia, la estancia en tu casa será transitoria. Pienso encontrar trabajo y valerme por mí mismo. Ahora te pido que trates de introducirme en la sociedad francesa.

–Desde luego. No hay problema.

Eusebio dominaba el idioma y denotaba que se sentía a gusto, con ella y en su casa. Le contó experiencias de su militancia y su visión de la situación tras la muerte de Franco.

Danielle escuchaba. Acostumbrada a la política francesa, donde todo quedaba en palabras, el discurso de Eusebio le fascinó por la proximidad con que éste hacía aparecer acontecimientos revolucionarios.

–Hay algo que no entiendo: ¿Por qué una república burguesa? En Francia tenemos una república, hay democracia, tenemos libertad de expresión y de partidos políticos, pero esto no significa nada: la explotación del hombre por el hombre continúa igual. Las organizaciones que no aceptan el orden establecido son prohibidas y existen presos políticos. En estos momentos, hay doscientos presos políticos.

–Bueno sí. La república para nosotros es una estrategia. En España no ha habido revolución burguesa. La oligarquía española proviene del feudalismo y está íntimamente ligada al fascismo y al imperialismo yanqui. La instauración de una república en España significaría su derrocamiento, y al no existir una clase burguesa como tal, la clase obrera conquistaría el poder. En las anteriores repúblicas, la burguesía y la clase



obrero, por su debilidad numérica, no pudieron hacer frente a la reacción y fueron derrotadas. Ya conoces nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo. Ahora la situación es distinta, la clase obrera es mucho más numerosa y ha madurado a pesar de la falta de libertades y de la represión franquista. Está organizada en sindicatos clandestinos, y en estos momentos, ¡fíjate en las movilizaciones que hay! Lo que tenemos que ver claro es que compadreado con la propia oligarquía, la que dio y ha mantenido en el poder al fascismo durante cuarenta años no se va a conseguir un cambio revolucionario.

Eusebio dio un giro a la conversación, tratando de conseguir el compromiso de Danielle:

–Es vital para nosotros que nuestras directrices se divulguen entre el pueblo. La reacción cuenta con todos los medios de prensa y nosotros con ninguno. Es urgente que nuestra política entre en España. ¿Tú podrías pasar por la frontera un coche con propaganda?

Danielle dudó unos instantes y dijo que sí.

## 7

Danielle nunca había estado en España a pesar de lo atractivo que le resultaba el país. Hasta el momento había seguido al pie de la letra la consigna de la izquierda francesa de no hacer turismo en España, como forma de boicot a la dictadura franquista. Ahora tenía una misión, una misión arriesgada. Podría ir a la cárcel si descubrían en la frontera las cajas de propaganda que Eusebio le había metido en la dos caballos. No bolsas u otro camuflaje. Cajas sin más.

–No te preocupes –le había dicho antes de salir–, no te van a parar. Una rubia extranjera responde al estándar de sol, playa y discoteca.

Conforme se iba acercando a la frontera notaba el miedo hecho una bola en el estómago. Por su cabeza pasaron sus últimos años acomodados en Montpellier. Había terminado los estudios de fisioterapia y tenía un buen trabajo a tiempo parcial en una residencia de discapacitados, por lo que disponía de mucho tiempo para ella y con lo que ganaba tenía de sobra para vivir. Pensó en Gérard, su amigo. No le había dicho lo que

iba a hacer en Barcelona. No le había dicho siquiera que Eusebio estaba en su casa. No le había dicho que estaba en contacto con el FRAP y que iba a realizar una misión arriesgada, con el coche cargado de propaganda ilegal. Ilegal en España. Gerard no lo hubiera entendido, militando como militaba en el partido socialista francés. Tenía la intención de decírselo en cuanto volviera. Si volvía. En este punto volvió a encogersele el estómago. Faltaban pocos kilómetros para el Perthus:

–Tranquila, Danielle –se repetía–, no va a pasar nada. Todo irá bien, como me dijo Eusebio.

En el puesto fronterizo el tráfico era lento pero continuo. No paraban a ningún coche. Los guardias, aburridos dentro de su garita, apenas prestaban atención a los coches que pasaban. Respiró tranquila.

El paisaje de Gerona le llamó la atención. Era similar al de los Pirineos Orientales, un poco más abrupto y más verde si cabe.

–¡Qué absurdo, pensar que podía ser diferente!

Diferencias formales en los rótulos que se veían desde la carretera. Ligeros matices en las construcciones, en las ventanas sobre todo. Era otro país, pero no muy distinto del sur de Francia. Al llegar a Mataró vio la España que había imaginado. Barrios obreros construidos apresuradamente, abigarrados, sin servicios, sin escuelas, de embarradas calles con perspectiva imposible.

La entrega era en Barcelona, en la calle Mallorca frente al número 100. Se le acercó un joven:

–*La mer?*

Ella contestó:

–Buenos días.

El cambio se hizo muy rápidamente de un coche a otro. Al terminar, el joven le dijo en francés:

–Esta tarde hay convocada una manifestación por la amnistía. Por si quieres ir.

Danielle ya tenía previsto quedarse en Barcelona esa noche. Encontró una habitación en el Hotel Nouvel, situado en una travesía de la Rambla y muy próximo a esta. Su marquesina modernista le había llamado la atención desde la calle, a pesar de presentar un aspecto decrepito. Su

interior mostraba el mismo aspecto dejado en el tiempo, pero le fascinaba el “art nouveau” y el hotel era una muestra perfecta. Todo era perfecto.

Paseó por la Rambla mareada por una multitud cosmopolita nunca imaginada, que desmoronaba su concepción tópica de la España que esperaba encontrar. No podía explicarse qué hacía tanta gente por la calle a esa hora del mediodía. Compró libros, periódicos y una guía de Barcelona y se dispuso para visitar la ciudad, hasta que llegara la hora de la manifestación.

A las seis estaba en la Plaza de Cataluña. Había ya a esa hora un ambiente extraordinario. Gente de todas clases ocupaba las aceras. Los grises, en parejas a caballo, disolvían los grupos con simples advertencias pero la gente volvía a reagruparse. Bajó hasta la Rambla. Estaba ocupada por los antidisturbios. Las furgonetas ocupaban las aceras a ambos lados de la fuente de Canaletas. Volvió a sentir el estómago encogido pero ahora no era desagradable: estaba excitada de alegría.

Entonces vio a Jean, un camarada de la UCJML, de Mayo del 68. Lo conocía de París, y posteriormente habían coincidido en algunas ocasiones en el campo, en casa de amigos comunes.

–¡Danielle no hay que perderse esto!

Jean iba con su amiga, una francesa de origen español y con varios compañeros catalanes y se mezcló con ellos. Hablaban todos en catalán. Danielle no comprendía el castellano, sólo algunas palabras triviales, y menos el catalán, pero estaba feliz.

Bajaron por el paseo central dejándose llevar por la multitud. Comenzaron a ver banderas catalanas y a escuchar los primeros gritos.

–*¡Amnistia i llibertat!* –coreaban.

Los manifestantes cruzaban coches en los pequeños carriles laterales. Los grises cargaron con botes de humo y pelletazos de goma. Los furgones de los antidisturbios se atascaron y un grupo de jóvenes cayó sobre ellos, destrozándolos. Corrieron hasta el hotel Nouvel donde, en su puerta, un grupo de grises los arrinconó:

–Monsieur, yo no sé nada. Somos turistas –les gritó Jean, exagerando su acento francés.

Los dejaron. En la acera, frente a ellos machacaban a porrazos a varios jóvenes que, sentados sobre el suelo trataban de esquivar los golpes cubriéndose la cabeza con las manos.

–*Anem a la plaça de Catalunya* –dijo uno de los de su grupo.

En la Vía Laietana, cercanos a la Jefatura Superior de policía, los grises junto con policías de paisano aporreaban a los detenidos que sacaban de los furgones y corrieron, dispersados, junto a gente de toda edad, hacia la Plaza de Cataluña. Al fondo de la plaza, en la Rambla de Cataluña había una multitud manifestándose. Un grupo con banderas del FRAP había formado una barricada con dos coches cruzados, en el chaffán con la Gran Vía.

–Vamos hacia allí –les indicó Danielle.

Cuando estaban próximos, salieron de la barricada dos cócteles molotov que explotaron en la trasera de un furgón de la policía.

Danielle aprovechó y le dijo a Jean en un aparte:

–Estoy en contacto con la gente del FRAP, en Montpellier. He venido a traer propaganda.

No le dio tiempo a concretar más. Tuvieron que salir huyendo, dispersados por los botes de humo.

Danielle, ya de vuelta, se sentía satisfecha por estar de nuevo en la lucha. Pensó en Jean, al que no había podido reencontrar tras su separación en la manifestación. Lo recordaba como un militante muy combativo y tras su encuentro, estaba convencida que continuaría igual. Sabía que era profesor en Toulouse y no le sería difícil dar con él.

## 8

María se adaptó fácilmente a su estancia en la ciudad. No era la primera vez que llegaba a una urbe desconocida con apenas lo puesto y tenía que desenvolverse. Se sentía viva con las sensaciones que provocan las calles desconocidas y las nuevas gentes e incluso con cada palabra que aprendía del idioma.

Ramiro la llevó a casa de Maurice y Babette, que la emplearon como asistente. Maurice era cura protestante y tenía a su cargo el Centre de Rencontre, un centro donde cualquiera podía alojarse y donde cualquiera podía expresarse usando sus locales gratuitamente. Maurice era una persona de ideas avanzadas y junto a Babette, que llevaba la sección local de Amnistía Internacional, constituían una pareja singular. María se encontraba a gusto con ellos, se ocupaba de atender a sus dos hijos pequeños, arreglaba un poco la casa y casi formaba parte de su familia.

María discutía a menudo con Babette a propósito de la lucha armada. Babette se había volcado en contra de las penas de muerte en España el verano pasado, incluso de forma violenta, cuando participó en las protestas que detuvieron un tren Talgo en la estación y lo destrozaron. Su firma quedó estampada en uno de los laterales: Franco *assassin*. Pero no por ello daba la razón al FRAP:

–¡No entiendo cómo puedes pensar en matar a una persona! –decía a María–. No lo puedo aceptar como un acto revolucionario. La revolución es ir hacia adelante y matar es ir hacia atrás, volver al Medievo. ¿Qué futuro podemos esperar de la muerte?

–¡Yo no pienso en matar a nadie en particular! –replicaba María–. Es que tú ves las cosas desde un punto de vista utópico. Crees que se puede llegar a una sociedad más justa por el convencimiento general de todas las partes. Existe la lucha de clases. El que tiene el poder no lo suelta por las buenas. ¡Hay que quitárselo!

–Hay que quitárselo –le contestaba Babette– pero en un acto general, no en acciones individuales de un grupo revolucionario. Una actuación que no tiene porqué ser violenta. Mira en Portugal, se acabó la dictadura sin derramamiento de sangre. Nosotros mismos en Francia no renunciamos al socialismo por aceptar unas elecciones junto con la derecha, todo lo contrario, aspiramos a llegar algún día a él por medios pacíficos. Por un acto general.

–No es nuestro caso, ni es el caso de Portugal el de España –continuaba María–. A nosotros nos han impuesto una dictadura fascista a sangre y fuego. Los militares acabaron con la democracia de la República...

–Ya lo sé, ya lo sé –le cortaba Babette–, pero ahora que ha muerto el dictador se abre un nuevo periodo en que es posible una democracia sin

derramamiento de sangre. Un acuerdo entre los partidos democráticos puede posibilitar el cambio.

Ambas eran de firmes convicciones y la una no hacía mella en la otra, pero ninguna se resignaba a no tratar de cambiar las ideas de la otra.

Para María, el criterio de Babette, al fin y al cabo, era el mismo que estaba cansada de oír en París, en los círculos de jóvenes exiliados, y no era fácil tratar de convencer a una persona ajena al movimiento revolucionario. Tanto más, cuanto que en el propio movimiento se empezaba a discutir la conveniencia de unirse a la Platajunta<sup>13</sup>, de hecho, la ORT, el PTE y el MC ya lo habían hecho. Y salvo pocas excepciones, el llamado “cambio democrático” era un concepto extendido entre los exiliados y emigrantes españoles con los que había entrado en contacto. Y no por ello flaqueaba en sus convicciones.

Se había incorporado a la organización local, asumiendo el trabajo político en La Paillade, un barrio de HLM<sup>14</sup> en el extrarradio, habitado a partes iguales por emigrantes españoles y del Magreb. El Estado francés los confinaba en ciudades bidón alejadas del centro, concediéndoles apartamentos previa solicitud y reunión de requisitos: trabajadores con familia y papeles en regla.

Todas las tardes, al terminar su trabajo, tomaba el autobús y se dirigía a La Paillade con su porción de Vanguardia Obrera en el bolso. Llegaba a la hora en que los obreros volvían de su trabajo, mayoritariamente en el sector de la construcción y, como ellos, entraba en el café. Mientras ellos tomaban el pastís, ella les ofrecía el periódico, tratando de entablar conversación, por supuesto sobre la situación en España, tal y como lo había hecho en Villaverde, en los alrededores de la Standard, en Entrevías o en Vallecas, con el fin de tomar contactos para la organización.

Ella no era guapa y vestía sencillamente, deliberadamente desarreglada por convicción de su condición de mujer, tal como ella la estimaba. No iba, por tanto, ni de una cosa ni de otra: ni arreglada de clase media, ni de progre. No era alta ni baja y tenía la piel muy blanca, la cara redonda

---

13. Platajunta: Coordinación Democrática, unión de la Plataforma Democrática (impulsada por el PSOE) y la Junta Democrática (impulsada por el PCE).

14. HLM: *Habitation à loyer modéré*, pisos de alquiler moderado.

y el cabello castaño, al igual que sus pequeños ojos que cubría con unos cristales miopes.

Los españoles de más edad, ya cincuentones, la atendían, al principio sorprendidos y al cabo con paternalismo, al que ella, molesta, no era indiferente. Molesta, porque apreciaba las diferencias con sus contactos madrileños, obreros ávidos de sindicalismo, que generalmente la atendían de igual a igual. Aquí, tenía la impresión de estar en un pueblo de la meseta castellana, estrellada tratando de inculcar la revolución a labriegos atrasados.

En un par de semanas era conocida de todos sin que hubiera avanzado en su trabajo, hasta que, uno de los jóvenes, de los que siempre ocupaban una mesa algo apartada, y que ella juzgaba franceses, se le acercó y le pidió el periódico.

–¿Eres español? –le preguntó, sorprendida.

–Sí, me llamo Andrés.

Andrés ojeaba el periódico y al mismo tiempo le hablaba con disimulo:

–Ten cuidado con ese con el que estabas, es un esquírol.

–Quién, Zuriaga? –le preguntó ella.

–Sí, el navarro. Lo cogieron trabajando en una obra, en la huelga general del 68 y le metieron una buena –le contestó Andrés, añadiendo un gesto significativo con la mano–. Le dieron la invalidez y ahora cobra del chomage y sigue trabajando al negro. Es que estos son así. No te fies.

–No serán todos –le dijo María.

Andrés había llegado con sus padres, a mediados de los 60, con catorce años y había trabajado en la construcción casi desde entonces. Le dijo que él era comunista y que estaba sindicado en la CGT.

–Estos –le dijo señalando a los del bar– no están sindicados, han venido a trabajar para ahorrar y no quieren saber nada de política.

María trató de ganarlo para la organización, a lo que él respondió:

–Mira, yo para Francia soy español y para España, francés. Me viene bien porque los obreros no deberíamos tener patria. ¿No es eso el comunismo?

María no supo que decir, y Andrés añadió:

–Yo lucho contra el que tengo encima de mí, que ahora es un francés, y así es como me solidarizo con los obreros españoles... y de todas partes.

Eusebio llegó en autobús al barrio en las afueras donde se encontraba la dirección que Danielle le había anotado. No había cita. Una dirección y un nombre auténtico junto con un tiempo, après-midi.

Danielle le habló de Jean y de su reencuentro en Barcelona. Lo tenía localizado y tanto él como su grupo estaban interesados en tomar contacto con el FRAP y él había aceptado el contacto.

Acudía con algún resquemor, porque preveía que el maoísmo sería el centro de la reunión. Hasta el momento había evitado profundizar el debate con Danielle, temeroso de que pudiera mostrar discrepancias y disminuir su compromiso.

Entró en un piso amplio y bien amueblado de clase media. En él estaba Jean, su compañera, Danielle y otro francés llamado Robert.

Jean, como su compañera, Geli, era agradable, con aire intelectual. Robert era alto, moreno y velludo, con rasgos de bárbaro galo, acentuados por una gran barba.

Le aguardaban en torno a una mesa de caballetes, atestada de papeles y libros, con todo preparado para una reunión de carácter formal. Tras las presentaciones y alguna conversación banal, Jean abordó, tal como Eusebio esperaba, la “teoría de los tres mundos”.

-Nosotros pensamos que esta teoría es el resultado de la correcta aplicación de la dialéctica al momento actual, dentro de los principios marxistas-leninistas-pensamiento Mao-Tse-tung. Analizando la situación actual vemos por un lado las dos grandes superpotencias: EE.UU. y la URSS. ¿Estarás de acuerdo?

-Sí, sí -dijo Eusebio.

-Por otra parte -continuó Jean- existen los países desarrollados de Europa, que entran en contradicción con las superpotencias, al disputarles éstas sus mercados. Y por otra, los países subdesarrollados del Tercer Mundo, sangrientamente explotados por las dos superpotencias. De esta situación concluimos que la contradicción principal de nuestra época es la que existe entre las dos superpotencias por un lado y el resto del mundo por otro. Si llamamos a las superpotencias el primer mundo, y a



los países desarrollados de Europa el segundo mundo, la resolución de la contradicción está en la unión del segundo mundo con el tercer mundo contra las dos superpotencias, el primer mundo.

–¿Y el campo socialista, dónde queda? –preguntó Eusebio.

–Con la transformación de la URSS –dijo Jean–, en una potencia social-imperialista, ¿estamos de acuerdo en esto?

–Sí, sí, totalmente de acuerdo –dijo Eusebio.

Continuó Jean:

–Bueno, con la transformación de la URSS en potencia social-imperialista, que al igual que los Estados Unidos de América sojuzga y explota a los pueblos, el bloque llamado socialista ha desaparecido.

–¿Y China o Albania, no son países socialistas? –preguntó Eusebio.

–Bueno, sí. China encabeza como fuerza principal el Tercer Mundo –contestó Jean.

Eusebio pensaba que ninguna persona con algo de inteligencia y una mínima formación marxista podía tragarse aquello. Decidió atacar. “La mejor defensa es el ataque”, se dijo.

–Estoy totalmente de acuerdo con el carácter social-imperialista de la URSS, pero no en la desaparición del bloque socialista, que han sido y serán en primer lugar el proletariado mundial, junto a los países socialistas y los partidos comunistas, vanguardias del proletariado. En esto consiste el marxismo-leninismo. El término Tercer Mundo es aceptable en teoría económica para designar un grado de desarrollo, pero nunca puede ser un concepto de clase.

–¡El Tercer Mundo es un término expresado por el propio Mao! –le cortó Jean.

Continuó Eusebio:

–Estarás de acuerdo en que los países desarrollados de Europa son capitalistas e imperialistas. ¿Qué diferencia hay para los pueblos explotados entre un imperialista grande y uno pequeño? ¡Acaso no explotan igual! La teoría de los mundos no es una teoría marxista. Olvida la división del mundo en clases y propone la unión entre el proletario y el capital, entre países socialistas y los sátrapas que gobiernan los países subdesarrollados, simples esbirros del imperialismo de turno, ya sea este yanqui, francés, alemán, belga, ruso, o lo que sea. La contradicción fundamental

de nuestra época ya la formuló Marx. Es la que existe entre el trabajo asalariado y el capital. Nada ha cambiado.

–¿Y entonces, no sirve la estrategia? ¿No sirve la alianza de clases para conquistar el poder? –preguntó Jean.

–Existe la estrategia en la medida que hace avanzar la revolución –contestó Eusebio–. Hay una relación dialéctica entre ambas. Nada de lo que puede hacer avanzar la revolución en un país puede entrar en contradicción con los intereses del conjunto de la revolución mundial. Si China apoya a los dictadores del Tercer Mundo, siguiendo sus propios intereses como país, hace retroceder la revolución en esos países. China siguiendo esa teoría reconoció al régimen del asesino Franco, desoyendo a nuestro partido. No sólo esto: ¡no condenó los fusilamientos de nuestros camaradas, y para colmo asistieron al funeral del dictador!

Eusebio observaba a Danielle. Se daba cuenta de que su discurso iba calando en ella, que asentía con la cabeza a medida que era más contundente. Jean se daba perfecta cuenta y sin llegar a ser un oportunista, pues el razonamiento de Eusebio le había hecho recapacitar sinceramente, estimó que era mejor dar por terminada la discusión y pasar al siguiente punto:

–Ha sido una discusión interesante. Hemos anotado tus criterios, reflexionaremos y continuaremos en otra ocasión. Ahora, si te parece quisiéramos conocer de primera mano la situación en España.

Eusebio intervino como lo había hecho anteriormente con Danielle y con el mismo propósito final: dejar organizado un paso inmediato de propaganda.

No tuvo ningún problema, Jean lo estaba deseando. Planificaron juntos un triple paso en el mismo día, para el próximo fin de semana con tres coches: Danielle sola, Jean con Geli y Robert con una amiga. Chicas solas y parejas no llaman la atención en la frontera.

Carlos esperaba la visita de Ramiro. Había aseado someramente la habitación y se encontraba terminando una carta dirigida a la dirección del partido, cuando llegó este.

Si María había asumido la tarea de la emigración y Eusebio los contactos franceses, ambos con entusiasmo y resultados, Ramiro acudía a la entrevista resuelto hasta la sanción, para lograr que Carlos aceptara el trabajo con los republicanos. No era tan difícil, no podía entender su empecinamiento en el rechazo a la tarea.

Le explicó pacientemente la situación de la organización local, fraccionada y falta de dinamismo, y la necesidad de encabezar el impulso. Le dijo que el responsable local era un viejo militante comunista, militar de la República y que a través suyo podría llegar a todo el exilio que se encontraba entre Marsella y Toulouse.

Pero Carlos no estuvo de acuerdo, no tenía miedo a Ramiro y no se quiso callar:

–Ese trabajo puede hacerlo cualquier camarada de la organización local. Es más, lo tienen que hacer ellos. Si no funcionan, pues que los sancionen, que les digan algo. No veo que tenga que venir un ce de España a trabajar en la emigración, habiendo como hay organización aquí. ¿Y lo del exilio? ¿Tú crees que después de cuarenta años hay exiliados? Yo estoy aquí por decisión del partido, por disciplina, pero no tengo ningunas ganas de estar. Quiero volver a España.

Ramiro se acaloró:

–Estás aquí y punto. Es una decisión del partido, tal como reconoces. Hay que hacer este trabajo y no puedes dejar de hacerlo. Ya has leído el informe del ejecutivo: es muy importante presentar una alternativa republicana y hay que montar lo que sea. Volveremos a España después del verano. Mientras tanto ¡haz tu trabajo!

Carlos, resignado, agachó la cabeza.

Le vino a la memoria su padre, siempre cabizbajo. A la hora de la cena, delante del plato de hervido sin levantar la vista, sin atreverse a mirarlos, mientras el presentador del telediario machacaba con la falsedad

cotidiana. Como con un garrote, le daba una tras otra. Su pobre padre ni se inmutaba. Ya hacía mucho que la tristeza formaba su ser. Tan sólo pretendía que sus hijos no se dieran cuenta.

Su padre nunca hizo nada, en la guerra era un adolescente. Su culpa fue ser hermano de un concejal del partido socialista del ayuntamiento de Hellín. Al acabar la guerra a su tío Luis lo llevaron preso ocho años a los trabajos forzados de La Corchuela. A su familia de rojos le cerraron la tienda de la plaza y el negocio de paños. Su padre nunca se quejó del cambio de situación, de una cómoda posición, de burgueses de pueblo, al hambre y la miseria.

–Eso pasa en las mejores familias -les decía-. Una mala racha.

Salió adelante, como media España, sin abandonar su pueblo. Unos se marcharon antes de acabar la guerra, otros, ya en los sesenta, emigraron a Francia o Alemania.

Cuando no estaba su madre delante, su padre le hablaba de su tío Luis, de lo que había sufrido, de lo noble y valiente que era y se revolvía contra los que lo habían abandonado, contra los que se habían marchado al exilio.

–¡Comodones! ¡Parece que sean unos sufridos y sólo son unos comodones! ¡Aquí tenían que haber estado! No saben lo que es decir blanco por negro. No saben lo que es renegar de uno mismo. No saben lo que es dar la espalda a tu propia familia, como si fueran apestados. No saben lo que es andar por la calle como si fueras invisible para que no te señalen.

Carlos acabó el bachillerato y quiso estudiar Bellas Artes en Valencia. Su tío Luis vivía en Valencia. Al salir del campo de exterminio de La Corchuela no volvió al pueblo. Su mujer se había instalado con su hijo en el poblado cercano de Bellavista, junto a los cientos de familias de los presos, presas ellas también acompañando a sus hombres y ya no les quedaba nada en Hellín. Salió adelante, como media España, trabajando de albañil. Su padre acordó con su hermano que Carlos iría a estudiar a la Escuela de San Carlos y se alojaría en su casa. Para su madre fue un gran disgusto. No por la carrera de su elección, no le disgustaba tener un hijo artista; sino por su tío Luis. Sabía que su cuñado continuaba en política. Cada vez que lo habían reencontrado discutía con su marido de

lo mismo: ¡que ya estaba bien! Que el franquismo estaba acabado. Que la Huelga General Pacífica. Ella le repetía a su hijo:

–¡Tú no te metas! Ya hemos tenido bastante. Mira que son muy malos. Si te metes acabarás como esos que van tirados por la calle. No te darán trabajo. Hijo: ¡prométeme que no te meterás en nada!

–¡Qué no, mamá! ¡Qué no me voy a meter en nada! Te lo prometo.

Faltó a su promesa. No se metió por su tío, cuyo discurso le pareció caduco y apagado. Fue su primo, mecánico en la planta de motores de la Ford, quien lo organizó en el FRAP.

Incorporado forzosamente a su tarea, conoció al responsable de la organización local Carlos, “El Viejo”, como le llamaban ellos, una tarde, cuando lo visitó acompañado de Ramiro.

Mantuvo una actitud distante durante la entrevista y se despidió de él desilusionado. Durante su transcurso, comprendió que el verdadero motivo de sus reticencias, no eran los desprecios de su padre, sino el miedo a descubrir la verdad.

Él había leído y releído una decena de libros sobre la guerra civil, escritos desde de su lado, el republicano y revolucionario, y sus lecturas habían modelado sus héroes. Los de las gestas heroicas del General Rojo<sup>15</sup> y de José Díaz<sup>16</sup>. Al encontrar al personaje que había idealizado convertido en un hombre sencillo, rodeado por una familia tradicional, en una vivienda humilde del casco antiguo, no pudo por menos que sentir un desencuentro.

“El Viejo”, según contó, se alistó al Quinto Regimiento en el Cuartel de la Montaña, en los primeros días de la sublevación fascista y llegó a ser comandante en la división de Lister, del V cuerpo que mandaba Modesto. Continuó la lucha contra el nazismo con el maquis francés en Les Cévennes, y tras la victoria participó como guerrillero en la invasión del Valle de Arán a las órdenes del coronel López Tovar.

---

15. Vicente Rojo Lluç fue general del ejército de la República. Autor de “España heroica” y “Así fue la defensa de Madrid”.

16. José Díaz, secretario general del PCE. Autor de “Tres años de lucha”.

Ahora, Carlos “El Largo” había encontrado a un hombre anciano, de escasa formación y poco ímpetu revolucionario, y sintió arruinado el legado que consideraba patrimonial.

“El Viejo” acertó a concretar una cita con López Tovar<sup>17</sup> en Toulouse y Carlos acudió a ella solo.

Se encontró con él, puntual a la cita, en el Puente de los Catalanes y entraron en un café cercano. Tovar era un hombre mayor que no aparentaba su edad, repleto de dinamismo. Todavía mantenía el brillo inteligente de sus ojos y el hablar enérgico.

-Esto es para los jóvenes –fue lo primero que le dijo– Nosotros lo éramos cuando luchamos contra el fascismo. Muy, muy jóvenes. ¡Figúrate que Carrillo tenía diecinueve años cuando era de la Junta de Defensa de Madrid! Y yo, por el estilo, como tú. ¿Cuántos años tienes?

-Veinte –contestó Carlos.

-¡Esa es la edad! La revolución es para vosotros. Yo ya estoy retirado. A Carlos, le gustó Tovar. Valoró que supiera estar en su sitio.

Charlaron toda la tarde. Tovar le contó la lucha guerrillera en España, y Carlos no paró de hacerle preguntas sobre las acciones de los maquis, su organización, las armas que llevaban... Casi olvidó el motivo de su encuentro.

-Nosotros, al fin y al cabo, continuamos esa lucha –le dijo Carlos a Tovar.

-Tú lo has dicho. Sois vosotros los que debéis continuar con la lucha. El exilio, los mayores, no contamos. Si hay algún cambio en España, saldrá del interior, del propio dinamismo de las masas. Nuestro ejemplo, ha sido sólo eso, un ejemplo desafortunado.

Terminaron la entrevista con el compromiso de Tovar para asistir, junto con una personalidad republicana, a un acto por la Convención, y se despidieron con un emotivo abrazo.

A los pocos días se presentó Ramiro en su habitación, con una bolsa de viaje entre las manos.

---

17. Vicente López Tovar fue coronel de las Fuerzas Francesas del Interior.

—Me han dado esto para ti —le dijo, entregándosela, enigmático, con un brillo en los ojos y una sonrisa maliciosa.

Carlos abrió la bolsa y dentro, entre lienzos grisáceos, manchados de grasa, halló dos revólveres antiguos, una pistola Colt automática del 45 y una ametralladora alemana MP-40.

## 11

Eusebio entró en contacto con Claudine y su grupo por medio de Danielle, que había conservado el contacto con ella de su época en la “Gauche Prolétarienne”.

Claudine se decía mao, sin pertenencia a ningún partido. Descuidada en su aspecto, desaliñada, resultaba atractiva en la proximidad del trato, porque dejaba a un lado los prejuicios propios de los sexos. Hablaba un argot endiablado que a Eusebio le costaba descifrar y vivía en un estudio cercano a Vert Bois en la zona universitaria, de una sola pieza, con la cocina en un armario desplegable.

Era de Millau, como la mayoría del grupo, y venía de pasar tres meses en la cárcel por colaboración en un atentado con explosivos a la Prefectura de su pueblo. Tanto ella como sus amigos, se movían sin una ideología clara entre los grupos revolucionarios. Brigadas, Baader, OLP, FRAP, sin diferenciar en ellos ideologías, políticas o estrategias. Aprobaban la lucha armada y daban apoyo a todo el que se moviera en ese contexto.

Aproximarse a ellos era adentrarse en un terreno peligroso, pensó Eusebio, por el continuo seguimiento de sus pasos por la policía, pero aceptó el riesgo. Comenzó a frecuentar el ambiente de la extrema izquierda francesa, los “gauchistas” como se gustaban llamarse, y se encontró a gusto con ellos. Era en ese círculo como un venerado santo viviente: *Le mec du FRAP*.

Al poco tiempo de conocerse, Claudine le hizo una propuesta:

—Un grupo de gente vamos a alquilar una casa cerca de la ciudad, con jardín, una antigua casa de campo y vivir en comuna. Con reglas, claro. Es una propuesta interesante. ¿Te interesa participar?

Eusebio no se lo pensó:

—Claro que me gustaría, pero no quisiera enmerdaros. La gente tiene que saber el riesgo que corre, no es que sea a vida o muerte, pero os podéis complicar conmigo ya que no tengo papeles. Bueno, los que tengo son falsos y estoy buscado por la policía española.

—Ya lo hemos hablado y estamos todos de acuerdo —le dijo Claudine.

Se instaló con el grupo de Claudine en la casona que habían alquilado, de dos plantas con jardín, con los techos altos y la cubierta de teja a cuatro vertientes. El alquiler era barato porque tenía un pequeño inconveniente: el tren expreso entraba por una habitación y salía por otra. Las vías del ferrocarril pasaban a la altura del tejado a escasos metros de la parte trasera del jardín, sobre un talud de piedra elevado que hacía las veces de muro trasero de la propiedad.

Ocupó la habitación más pequeña en la planta alta. Las otras dos estancias más grandes las ocuparon las dos parejas que compartieron la casa; Claudine y su amigo Serge, una y Paul y Madeleine la otra. El resto de la casa era comunitario, incluyendo dos habitaciones que reservaron para amigos que pudieran instalarse provisionalmente. Quedaron en reunirse los martes por la noche para fijar las reglas de convivencia y organizar las compras.

A las pocas semanas la reunión de los martes se convirtió en una sesión de psicodrama bajo la dirección de Claudine, estudiante de psicología. La sesión consistía en lanzarse unos a otros lo que pensaban de cada uno, con objeto de conocerse y mejorar su convivencia.

Eusebio quedaba en una situación violenta. A menudo, salían deliberadamente las intimidades de las parejas:

—¡Estoy harta —decía Claudine dirigiéndose a su amigo Serge— de ser una nana que sólo te hace pipas! ¡Quiero algo más de nuestra relación!

Se enzarzaban los cuatro en una eterna discusión de sexo y pareja. Era un ambiente promiscuo. Las parejas no tenían ningún recato cuando follaban. Las puertas siempre estaban abiertas. Eusebio comenzó a sentirse incomodo, avergonzado de sus actitudes. Llegó a pensar que su objetivo en la vida no era la experiencia en una comuna.



Pero no hubiera dejado la casa si el renault 19 rojo no hubiera estado aparcado en la misma calle, a dos manzanas de la casa y con dos hombres dentro.

Fue al volver de su trabajo, a media tarde. Estaba a punto de bajarse del autobús en la parada próxima a la casa, cuando por el rabillo del ojo vio el coche aparcado con los tipos dentro. Nunca había en esa calle un coche aparcado. Era un barrio de casas bajas muy dispersas y la gente guardaba los coches en su propio garaje. No se bajó del autobús y le entró el pánico. Pensó de prisa tratando de calmarse, podrían ser imaginaciones suyas, pero podrían ser policías vigilando la casa. Se recriminó por haberse juntado con Claudine, con sus antecedentes policiales.

–¡Qué falta de seguridad! –Se dijo.

Ahora tenía que decidir. No podía marcharse sin más, tenía dos pipas en la habitación. Se habían repartido el material que trajo Ramiro, ocultando en sitio seguro las dos mejores, la Colt 45 y la MP 40 y él se había quedado con los dos revólveres provisionalmente, mientras encontraba un lugar seguro. No podía meter en este lío a los compañeros de la casa. No podía pasarles el marrón. También quedaban notas, informes y propaganda del FRAP.

Decidió volver a la casa y sacar de allí sus cosas. Bajó del autobús en la siguiente parada, dio un rodeo y cruzó las vías del tren por un túnel anterior, hacia la villa. Los ocupantes del renault no podían ver el otro lado del talud, así que fue andando siguiendo las vías hasta situarse al otro lado de la casa. En tanto, pensaba cómo salir de la situación. Primero, donde alojarse. Lo resolvió al instante, iría con Carlos a la residencia universitaria. Era un sitio seguro, al amparo de los estatutos de la universidad. Segundo, dónde dejar las pipas. Pensó que Danielle les encontraría lugar.

Cuando consideró que estaba situado en la trasera de la casa escaló el talud de piedra. Quedó muy cerca de ella y con gran cuidado, caminó agachado por las vías y saltó al jardín. Estaba Paul en la casa. Le advirtió:

–Hay un coche de *flics* vigilando la casa, en la misma calle, dos manzanas arriba. Voy a coger mis cosas y a dejar la habitación arreglada. Yo nunca he estado aquí. Por vuestro propio interés no digáis que me conocéis.

Paul, ante el asombro de Eusebio, no mostró ninguna preocupación, actuó con naturalidad y le dijo, despidiéndose:

–Es una lástima que te tengas que marchar. Lo comprendo dada la situación, pero puedes volver en cuanto se les pase. Oh, creo que es una rutina. Siempre es así. Estos *flics* no tienen otra cosa que hacer que enmerdarnos continuamente.

Eusebio subió a la habitación para recoger sus cosas. Nervioso, angustiado, era el peor momento, encerrado sin escapatoria. ¿Y si llegan ahora?

Dejó la habitación limpia, sin objetos personales, como si siempre hubiera estado vacía y repitió el camino inverso, por el talud, alejándose de la casa.

Carlos no esperaba la visita de Eusebio aquella tarde y menos encontrarlo tan nervioso:

–¡La policía está vigilando la casa de Claudine!

–Tranquilízate –le dijo Carlos– y cuenta.

Eusebio le contó lo sucedido y Carlos no quedó muy convencido:

–Yo creo que has exagerado. No estamos haciendo nada para que vengan por nosotros. Hay que asegurarse de lo que ha pasado.

–Llevo las pipas encima. No podía dejarlas allí y este es el sitio más seguro, la policía no va a entrar en la universidad. Ahora no podemos hacer otra cosa. Ya mañana contactaré con Claudine para ver que ha sucedido y le pasaré las pipas a Danielle.

–Mañana no –le dijo Carlos–. Las pipas no se pueden quedar aquí. Por esta habitación pasa todo el mundo. Te vas a buscar a Danielle y se las llevas.

–No puedo hacer eso, el riesgo es mío y no voy a alarmar a Danielle si es cierto que no pasa nada. Las pipas se quedan aquí conmigo. No me muevo de la habitación y punto.

La habitación era, como todas las de la ciudad universitaria del Triolet, un rectángulo minúsculo justo con una cama y el pasillo suficiente para llegar a la mesa del fondo, debajo de la ventana. En el espacio del armario de la entrada habían instalado otra cama para poder compartir la habi-

tación. Carlos tenía razón, no había lugar para ocultar nada. Pasaron la noche juntos, casi sin dormir, charlando.

Carlos continuaba, por lo que contó, sin encontrar su lugar. La entrevista con Tovar le había satisfecho, pero fue un momento. El resto del tiempo lo dejaba pasar, día tras día, sin nada que hacer.

–¡Estoy perdiendo el tiempo! ¡Tú por lo menos tienes acción! Ya ves, llevo dos semanas tratando de montar una cena republicana y no me aclaro con esta gente. Quedas con ellos y no aparecen o llegan tarde. Tienes que ir a sus casas y bueno, el nivel que tienen es lo más atrasado que he visto nunca. Les hablas de la situación política y notas como no entienden ni una palabra. He tratado de hacerles entender la coyuntura internacional, con la nueva situación que ha creado la “teoría de los tres mundos” y se pierden en cuanto nombro la contradicción principal. Creo que no diferencian el marxismo-leninismo del revisionismo, como sí todos los que se dicen comunistas fuéramos iguales.

–Lo que les pasa es que llevan muchos años fuera de España. Si nosotros llevamos dos meses y ya hemos perdido el hilo, imagínate ellos.

–No es sólo eso. Es el grado de compromiso. Un militante en España, bajo la dictadura, se entrega al máximo, adquiere un compromiso serio con la lucha. Aquí es como si fueran socios de un club, al que van si pueden en sus ratos libres. No tienen compromiso. No arriesgan nada. No se lo creen.

–No seas simplista Carlos. Es más complejo. Es una cuestión de identidad nacional. Si uno piensa que es español fuera de su país, se queda en el gueto marginado y de ahí su atraso. Se debe ser de donde se vive y trabaja. Es un principio internacionalista. Si a ti te explota un capitalista francés, tu lucha es contra el capitalismo francés, y si tienes conciencia de clase te tienes que syndicar en el sindicato francés, porque eres un trabajador más. Y si eres comunista te vas a militar con el comunismo francés,

Carlos se quedó pensativo, estirándose el bigotillo como solía hacer cuando estaba nervioso.

–Teoría –le dijo, levantando la vista hacia el techo–. Al comunismo francés se la soplan los trabajadores españoles –añadió.

Y mirándole a los ojos le preguntó:

–¿Y tú? ¿Te vas a hacer francés, Eusebio?

Eusebio tardó un poco en contestar. Se daba cuenta de que la estancia en Francia sería más larga de lo esperado, al menos para él. Montar unas bases seguras no era cosa de poco. En tres meses estarían casi como al principio. Carlos, medio en broma, había puesto el dedo en la llaga.

Al día siguiente Eusebio no acudió al trabajo. No sabía hasta qué punto podría haberse complicado la situación. Imaginaba que la policía habría interrogado a los compañeros de la casa y estos podrían haber dicho su lugar de trabajo. Podrían haber estado anteriormente vigilando y haberle tomado fotos. Podría estar totalmente identificado. Buscó la manera de verse con Claudine o con alguien de su grupo. Sabía que iba a comer al restaurante universitario de Vert Bois, en la Facultad de Letras. Con cautela se encontró con ella. La encontró muy excitada y contó sin medida:

—Los *flics* estuvieron anoche en la casa. ¡Qué vista tienes! Venían buscando a Kaledh, ¿te acuerdas? el *mec* palestino de Fatah. Han secuestrado un aerobús de Air France, pero él no tiene nada que ver. Kaledh está en Madrid, se ha matriculado para estudiar medicina allí. Registraron por encima. Hiciste muy bien quitando tus cosas, de todas formas no preguntaron más que por Kaledh. Yo les dije la verdad: que se había ido de Montpellier y que no sabía nada de él. Bueno, casi, sigo en contacto pero no se lo iba a decir.

Se acordaba de Kaledh, un estudiante palestino que había vivido una temporada con Claudine en el apartamento de Vert Bois. No pudo entender muy bien el resto de la historia, por qué la policía relacionaba a Claudine con él. Al parecer ella le había avalado en algo de papeles de residencia.

El avión secuestrado era francés y estaban presionando a los palestinos residentes en Francia. Dos militantes del FPLP<sup>18</sup> junto a dos de las RAF<sup>19</sup>, la Baader-Meinhof, formando un comando conjunto, habían desviado su ruta a Uganda, al aeropuerto de Entebbe. Pedían la liberación de los presos palestinos a cambio de la de los 250 pasajeros.

---

18. FPLP: Frente Popular para la Liberación de Palestina. De orientación marxista-leninista, fue uno de los miembros fundadores de la OLP.

19. El jefe del comando fue Wilfred Böse de la RAF.

Eusebio respiró aliviado al saber que no era a él a quien buscaban. Pero no pudo evitar un escalofrío de inquietud, al comprobar lo cerca que había estado de la tragedia. Inquieto, también, con la posesión insegura de las armas.

Tuvieron que recurrir a Ramiro para resolver el problema. Fueron a su casa para contárselo:

–No puedo contar con Danielle –le dijo Eusebio–, ella es alemana y pueden estar controlando también a los alemanes.

Ramiro respondió indignado:

–No me puedo explicar tu falta de seguridad mezclándote con esa gente. Los del grupo de Claudine son anarquistas petarderos y fichados. Nos has puesto a todos en peligro, y aún no sabemos hasta qué punto te han estado controlando. Ni se te ocurra volver por su casa. Quédate de momento con Carlos.

Ramiro se encargó de guardar los dos revólveres y en pocos días todo volvió a la normalidad: un comando israelí mató a los secuestradores y liberó al pasaje del avión secuestrado en Entebbe.

## 12

Ramiro intuía que se agotaban los plazos y era difícil asegurar la continuidad del grupo, mientras este siguiera en Francia.

Encontraba que esos dos, cada uno con su particularidad, estaban al límite de su compromiso militante. Ninguno se había adaptado a la nueva situación política, la cual requería un mayor acercamiento a las masas populares. No tenía más que observar sus relaciones: Carlos con los estudiantes izquierdistas latinos y Eusebio con los anarquistas. Carlos había acercado a la convención a algunos republicanos, pero constataba que sus preferencias eran los antiguos guerrilleros comunistas. Eusebio había hecho un buen trabajo, con Danielle y Jean, pero podría estropearlo todo al complicarlos con sus amigos gauchistas.

Le dio que pensar. Quizás repetían los esquemas de su anterior militancia en España. Al fin y al cabo, los consideraba dos estudiantes izquierdistas. Si no lograba que regresaran pronto, se echarían a perder. Y

era prácticamente imposible que sucediera a corto plazo. El partido había alargado la recomposición de los grupos hasta que cesaran las actividades fraccionales, al menos hasta finales de año.

Les juzgaba estudiantes, pero en realidad no sabía nada de ellos. Ni ellos de él. No sabía de dónde eran, aunque jugaba a adivinarlo por sus acentos. Carlos sería manchego y Eusebio no lo podría asegurar, quizás castellano con cierto acento catalán, por haber vivido allí. No conocía sus aficiones, si tendrían padres o hermanos, ni que habrían estudiado o dónde habrían trabajado.

Anotaba cuidadosamente estas reflexiones en un cuadernillo con una minúscula letra, sentado a la mesa de la buhardilla, frente a la lucerna. En el mismo cuaderno donde escribía, de igual manera, las actas e informes que posteriormente pasaba a máquina para entregarlos a la dirección del partido. Pasaba gran parte de la mañana estudiando y anotando los materiales, copiando la mayoría de las veces párrafos completos de informes y resoluciones de plenos y congresos, que posteriormente memorizaba, para usarlos en reuniones y entrevistas o que simplemente leía en los momentos adecuados.

Con María procedía a idénticas reflexiones que anotaba como un criptograma, a veces empleando lunfardo<sup>20</sup>, salteando este con abreviaturas y cifras. No creía que ella fuera a leer el cuaderno sin su permiso pero, por si acaso, evitaba que pudiera saber lo que pensaba. La encontraba excesivamente estricta en su convicción de la igualdad entre sexos y con ello provocaba constantes discusiones. Y no eran iguales, él tenía responsabilidades que ella no tenía. Él no podía asumir a partes iguales las tareas domésticas, en tanto que se ausentaba frecuentemente, a veces varios días. Ella no tenía que preparar las reuniones, ni planificar y controlar las tareas de la organización. Y, aunque ella estaba dispuesta, no la veía incorporada a los grupos en España. Estaba retrasando su decisión, dejando que el tiempo obrara, esperando no sabía muy bien qué.

Trató de concentrarse en las intervenciones para la convención, próxima a celebrarse. Ya tenía el esquema de la mesa presidencial, con los asientos asignados y el orden de palabra. Podía prever el discurso del

---

20. Revés fonético de algunas palabras. En Francia, *verlan*.

republicano y contrarrestarlo con la intervención de Tovar, en cuanto combatiente. El último en intervenir sería él, en nombre del partido, con un discurso que dejaría claro que era este quien estaba al frente de la plataforma, y que sin su concurso y dirección no era posible establecer una alternativa contraria al continuismo monárquico.

### 13

La Tasca era lugar equivalente a la Casa de España en Montpellier. Reunión de tópicos definatorios del ente español: rstras de chorizos y morcillas, banderillas toreras, tortilla de patatas, sangría, mobiliario castellano. La cena de la Convención Republicana se había preparado a conciencia. En el ínterin, disponía de un local grande y se dispusieron las mesas formando una U. Motivos con los colores republicanos adornaban el mantel y una gran bandera de la República en la pared del fondo presidía la convención.

Debajo de la bandera estaban sentados los notables, Constantino por la izquierda republicana y Tovar en el centro; Carlos el “Viejo” y Ramiro a sus lados, y cerrando la mesa María y Esteban, un destacado republicano exiliado. Carlos y Eusebio se sentaron juntos en el final de un lateral, mezclados con los asistentes.

Corrieron las jarras de sangría, los chorizos y la tortilla de patatas en la misma medida que subía el tono de voz de los comensales. Carlos el “Viejo” puso fin a la algarabía:

–¡Camaradas! ¡Camaradas! Un poco de silencio.

Continuó cuando consiguió un relativo silencio:

–Hoy es un gran día para nosotros porque ve la luz la plataforma republicana, la organización que nos va a juntar a todos para acabar con el franquismo y el pelele Juan Carlos. Tenemos hoy aquí al camarada Constantino y al camarada Tovar que nos van a dirigir la palabra.

Constantino era un hombre todavía joven, sesentón, atildado. Con el pelo de las sienes teñido de negro así como el imponente mostacho. Vestía una guayabera de color crudo, de verano, con cinturón de la misma tela y pantalón también claro. Se levantó con gran pompa, alzó su copa y dijo:

—Brindo por la República.

—Por la República —brindaron todos.

Comenzó su discurso con la voz grave y pausada:

—La República advino pacíficamente, por la fuerza arrolladora de la voluntad popular expresada en el sufragio. No mató, ni asesinó ni destruyó una sola casa. Por el contrario, la República advino entre la algazara, el contento y la satisfacción de la nación entera. La Nación una y entera, por voluntad unánime del pueblo, implantó la República. Para destruir esa República fue necesaria una sublevación militar de casi todas las fuerzas armadas del Estado contra el Estado mismo. Fue necesaria la intervención activa de tres potencias extranjeras y la confabulación de casi todos los Gobiernos del mundo, unos por acción, otros por omisión y otros con perfidia, contra España.

>>Ahora pretenden legitimar la monarquía, que no es más que la continuidad del Gobierno de Franco, con el reconocimiento de unos y de otros. ¿Basta este reconocimiento para que la injusticia se convierta en un derecho? ¡No! Un régimen que se implanta sobre un millón de tumbas, sobre la ruina y contra la voluntad heroica de un pueblo, es un régimen al que nada ni nadie puede otorgar títulos de legitimidad, ni ante Dios, ni ante la historia, ni ante España, ni ante la justicia inmanente que preside el mundo de la moral y del derecho.

>>El régimen monárquico que emana del General Franco no es el Estado español de derecho, mientras no se acompañe con el asentimiento de la nación, soberana y libremente consultada. El único Estado de derecho es la República, encarnada en sus instituciones esenciales: Las cortes y el señor Presidente don José Maldonado.

A estas alturas del discurso, Eusebio ya había llegado a una conclusión: si todas las cosas encierran una contradicción en sí mismas; si toda cosa incluye a su contraria sin por ello dejar de ser ella misma; si la España que conocía era la España de pandereta, la cara de la pandereta, esto era la cruz. ¡La cruz de la pandereta!

Carlos, conforme avanzaba el discurso del carcamal republicano, miraba a Eusebio atusándose el bigotillo como siempre hacía, encubriéndose



la sonrisa, casi la carcajada. Miraba a Eusebio con malicia a cada frase rimbombante del republicano.

–¡Vete a España! –le soltó Eusebio de sopetón–. ¡Vuélvete a España!

Carlos levantó los dos puños a la altura casi de los hombros con una sorda exclamación de triunfo.

## 14

A principios de 1977, Eusebio se quedó solo en Montpellier. Carlos volvió a España por propia iniciativa, rompiendo la disciplina de partido. Ramiro regresó con una cita para continuar con el plan previsto: montar los nuevos grupos armados. Y María se quedó unos meses, antes de partir, al cargo de la organización local, a la espera que el partido la autorizara a pasar a los grupos, la única manera que tenía para seguir a su compañero.

Eusebio tuvo que dejar la pequeña habitación de estudiante en el Triolet y recurrir a Claudine. Volvió a la casona de las vías del tren por un tiempo y después se instaló en la casa de Marcel.

Esta era en realidad un edificio completo en el casco antiguo, propiedad de su familia. El zaguán daba paso a un patio interior al que se asomaban todas las viviendas y que había que atravesar para acceder a las dos escaleras, emplazadas en su fondo, que subían a las plantas. Estaba éste atestado de enseres, que la gente dejaba para que otros pudieran utilizarlos si les hacían falta, de forma gratuita. Montpellier era una ciudad con gran número de estudiantes, por su afamada universidad, y al cambio de curso, los estudiantes dejaban sus pisos de alquiler y los enseres sobrantes los llevaban donde Marcel.

Los pisos de la finca los alquilaba, en teoría, pero en la práctica estaban la mayoría ocupados en comuna, que a su vez formaban parte de la gran comuna de Marcel. Estudiantes, gauchistas, anarquistas, ecologistas o simples *clochards* constituían la población de este especial planeta, donde a pesar de su desastrosa apariencia, todo funcionaba cabalmente bajo el ímpetu de Marcel y sus camaradas.

Entre Eusebio y Marcel se estableció una relación de simpatía con motivo de un pequeño accidente. Claudine lo mandó a la casa para recuperar un aparato calefactor de *mazout*<sup>21</sup>. Eusebio entendió, disperso entre su argot, lo de la finca, el calefactor, pero jamás había oído la palabra *mazout*. Entró y preguntó por Monsieur Mazout. El joven que trajinaba en el patio lo miró forma extraña.

–¿Monsieur Mazout? –insistió Eusebio–. Marcel Mazout.

Congeniaron. Marcel se quedó como Monsieur Mazout y él mismo para redondearse se puso Marcel Al-Mazout, que encontraba mucho más revolucionario.

Trabajaba eventualmente lo suficiente para vivir y se encontraba bien, muy hecho a la vida francesa, tanto que, de relacionarse sólo con sus iguales, iba perdiendo su carácter reivindicativo. En un mundo de igualdad no tiene sentido la revolución y Eusebio trataba exclusivamente con sus afines.

Profundizó su amistad con Danielle, en parte porque ambos eran extranjeros en un país al que amaban. Danielle vivía con su amigo Gérard y le confiaba sus desavenencias con él. Gérard no entendía que militara con el marxismo-leninismo español. Danielle conservaba su independencia y no daba grandes explicaciones de sus frecuentes viajes a Toulouse y a Barcelona.

Pasaron algunos meses hasta la fiesta en casa de Marcel, la celebración de bienvenida después del verano y que los reunió a casi todos...

---

21. Mazout: Mazut. Petróleo para calefacción.

## EL RETABLILLO DE MARCELUS AL-MAZOUT

Marcel irrumpió en el patio disfrazado de *sans-culotte*<sup>22</sup> con gran marcialidad. Le seguía un tambor de regimiento y unos pasos más atrás, la bella Marianne. Los tres se tocaban con el gorro frigio de los esclavos libertos de la Roma antigua, el mismo que llevaron Marcus Julius Brutus, Caius Casius Longinus y los demás conjurados cuando en nombre de la República acabaron con el tirano. Marcel, gran lector de Shakespeare, no podía por menos que reprocharle al buen Guillermo su tergiversación de la historia. Vestían los dos hombres una *carmagnole*<sup>23</sup> azul, pantalón de tres rayas y camisa. La de Marcel era curiosamente de rayas anchas de rojo pálido y amarillo, con dos filas de botones forrados de tela roja y una gran solapa. La Marianne llevaba tan sólo un velo traslucido compuesto de túnica romana, con los pechos descubiertos a modo de la Marianne de Delacroix, pero sus pechos desnudos eran infinitamente más bellos. Redondos, llenos, con aureolas rosa ligeramente hinchadas, apenas se balanceaban con sus movimientos: permanecían erguidos, desafiantes. El vientre, ligeramente redondeado, finalizaba en un tenue vello que inducía a adivinar los labios que ocultaba y su culo no era una mera terminación de las piernas: era una entidad propia, la perfección ideada para enlazar piernas y espalda.

Marcel caminaba marcial, lentamente al compás del tambor, elevando la pierna casi hasta la cintura, con la mala fortuna de elevar al mismo tiempo el brazo correspondiente al costado de la pierna elevada.

---

22. *Sans-culotte*. Sin bragas. Los revolucionarios de 1789, para diferenciarse de la nobleza, que llevaba bragas a media pierna y medias, llevaban pantalones.

23. *Carmagnole*. Chaqueta corta con gruesos botones que llevaban los revolucionarios.

Marianne sin embargo se contoneaba veloz, sin atender al tambor, de un lado al otro del pasillo que la gente había abierto para permitirles el paso. Llevaba alzado sobre las manos extendidas un cojín sobre el que había un pergamino enrollado bajo un lazo rojo. Miraba intensamente a los ojos allí donde se acercaba, ofreciéndose seductora. La hermosa República encendía por igual la pasión de hombres y mujeres.

Marcharon en comitiva hasta el fondo del patio interior, donde habían dispuesto en el suelo unas cajas de madera a modo de tarima. Marcel se subió a ella y el tambor dio un redoble. La gente se arremolinó a su alrededor, Marianne le dio el pergamino y Marcel comenzó su discurso:

*Yo Marcellus<sup>24</sup> Al-Mazout, Gran Comisionado de los ciudadanos y ciudadanas de la República Ajena al Estado de los Imbéciles, proclamo la:*

*Declaración Universal de los ciudadanos y ciudadanas de la República Ajena al Estado de los Imbéciles.*

*Primero: Queda abolido el principio de la libertad.*

*Siendo la naturaleza humana de origen individual al proclamarla libre el individuo queda uno solo abrumado por sus carencias naturales. Proclamo el principio de colectividad ya que al ser este uno con uno con uno el individuo se convierte en vario supliendo sus carencias individuales con las claridades de los otros.*

*Segundo: Queda abolido el principio de la igualdad.*

*Siendo la naturaleza humana de origen desigual al proclamarla igual se obra con desigualdad. Proclamo el principio de la desigualdad. La República Ajena mantendrá la justa proporción entre naturaleza y sociedad mediante un respeto exacto de la variedad.*

*Tercero: Queda abolido el principio de la fraternidad.*

*Siendo este un precepto bíblico el ser humano se comporta por la obligatoriedad de la ley de dios como Caín con Abel. Proclamo el principio de la solidaridad con la que los ciudadanos y ciudadanas pueden encontrar beneficio mutuo sin necesidad de ser familia.*

*Por tanto proclamo que los principios fundamentales de la República Ajena al Estado de los Imbéciles son Colectividad, Diversidad y Solidaridad.*

---

24. Los revolucionarios franceses cambiaron sus nombres por su equivalente latino como reivindicación de los conjurados contra Julio Cesar.

El público, que seguía atentamente el discurso, demostrando una gran comprensión de su complicada aserción filosófica, acompañó los principios de sus formulaciones con murmullos de desaprobación, para acabar aprobando sus conclusiones con grandes vítores y aplausos. Continuó Marcel con la lectura:

*Cuarto: Queda abolida la libertad de expresión.*

*Siendo hoy los medios de comunicación los portadores de la expresión tal que contrariamente a su propósito aíslan e impiden la expresión al ser humano. Proclamo la obligatoriedad de la expresión oral y escrita de los ciudadanos y ciudadanas. La República Ajena velará para que nadie esté callado ni sea mandado callar.*

*Quinto: Queda abolida la libertad de asociación.*

*Siendo la asociación un ámbito sectario donde el ser humano queda sometido al acto prosélito de ser iniciado y este a su vez de iniciar al otro y así sucesivamente. Proclamo el deber ciudadano de desasociarse.*

*Sexto: Queda abolido el trabajo.*

*Siendo el trabajo un servicio impuesto al ser humano por la insidia vengativa de un ser perverso que impone un escarmiento al no considerar el hombre y la mujer sus reglas caprichosas. Proclamo la no obligación de trabajar. No obstante, los ciudadanos y ciudadanas que lo deseen podrán realizar trabajos no remunerados que reporten beneficios para sí mismos o para la colectividad y siempre de forma esporádica.*

*Séptimo: Queda abolido dios.*

*Siendo dios el ser perverso causante de todas las desgracias que padece el ser humano. Proclamo su disolución. A partir de ahora los ciudadanos y ciudadanas cuidarán de no cagarse en dios puesto que al estar este disuelto sin ente tangible la mierda inundará las calles.*

*Octavo: Queda abolida la religión.*

*Siendo la religión la ponzoña que destruye el pensamiento del ser humano convirtiendo a este en una máquina cruel y vengativa a imagen y semejanza de dios. Proclamo la razón como pensamiento propio del ser humano. Los ciudadanos y ciudadanas pueden razonar que la iglesia que más ilumina es la que arde.*

*Noveno: Queda abolida la nación.*

*Siendo la nación la principal causa de los espantos que asolan a la humanidad el motivo de los crímenes los genocidios el hambre y la guerra. Proclamo solemnemente su final. Los ciudadanos y ciudadanas serán considerados a todos los efectos ciudadanos y ciudadanas del mundo sin que nadie bajo ningún pretexto pueda revelar su origen geográfico.*

*Décimo: Quedan abolidas las majestades los presidentes los jueces los curas los diputados y todo aquél que necesite trono estrado tribuna escaño púlpito o cajas de verduras para alzarse por encima de los demás.*

*Es decir: Yo.*

Marcel bajó de las cajas de verduras entre los vítores y aplausos de la concurrencia. Formó su batallón y salió como había entrado.

Todos disfrutaron con la farsa de Marcel, todos menos Eusebio, que a pesar de sus esfuerzos por aparecer tranquilo y quitar de su mente lo que le preocupaba, no lo consiguió. El desasosiego en forma de gusano gigante le recorría el estómago.

Dentro de tres días, el 3 de septiembre de 1977, tenía una cita en Madrid: Metro Quintana, en calle de Alcalá número 310, a las 16 horas. Tenía que llevar *El País* en la mano. Se le acercaría alguien que preguntaría:

–¿La puerta del Sol?

Él debería responder:

–Hace buen tiempo.

# GATOS EN EL FORO





## 1

Ramiro rebuscó en su bolsito de mano, tratando de encontrar el papel doblado donde tenía apuntada la cita; no conseguía acordarse con exactitud de la hora. Lo encontró por fin: seis de la tarde. Tenía tiempo. Comprobó el resto, lo memorizó y rompió el papel.

Se acercó al piso que había alquilado recientemente, en realidad un semisótano amueblado en la calle Carolina Coronado, próximo a la parada del metro Quintana. Carecía de medios para otra cosa, y aunque oscuro, poco discreto y destartalado, era suficiente para albergarlos a los dos y a María en cuanto llegara.

No había cambiado de aspecto, se encontraba bien con su imagen, con su aire a lo Bécquer. Continuaba con su media melena rizada, la perilla y el bigote. Vestía una camisola blanca, sin picos de cuello ni botones, heredada de Maurice, el cura, y un pantalón vaquero negro y gastado.

Repasó en las notas de su cuaderno el escueto informe sobre el militante que tenía que recoger ese mismo día. Como siempre, le resultó insuficiente. Se llamaba Vivó. Sabía que era estudiante universitario, y que venía subrayado: “gran nivel político y de compromiso, propuesto para responsable del grupo de Madrid”.

Con Marcos y Boronat, los otros miembros del grupo, llevaba un par de semanas trazando planes. De momento los había alojado en una casa de amigos de confianza, hasta que pudieran alquilar un piso. Se encontraba con gran dificultad de infraestructura, en medio de una fracción que había destrozado la organización de Madrid. No se fiaba de nadie, de ninguno de los conocidos. No podía saber hasta qué punto podrían estar comprometidos con ella.

Él intuyó que esto iba a pasar. Ya en París, se comentaba entre los círculos de exiliados la vuelta a la democracia desde posiciones derechistas, con aceptación plena de la maniobra monárquica. Lo triste para él era el haber conocido y respetado a los jefes fraccionalistas. Eran, precisamente, los dirigentes históricos del comité de Madrid, detenidos y torturados tras las acciones de mayo del 73.

No tenía medios económicos, el partido le había pasado lo justo para alquilar el piso, y tampoco disponía de papeles para Marcos y Boronat, que estaban indocumentados.

Esas eran las primeras tareas destacadas: recuperaciones económicas y de documentos.

Marcos y Boronat estaban controlando un economato y trataban de hacerse con documentación, frecuentando piscinas y gimnasios. Sabía de ellos que eran obreros, que debían haberse conocido anteriormente y que venían de los grupos de Cataluña, aunque Marcos era vasco. Entre ellos se llamaban Markutxo y Boro. En una primera valoración no le parecieron muy decididos, pero habría que esperar hasta la primera acción para probarlos.

–Veremos Vivó –se dijo para sí.

La cita era en la misma calle Alcalá en el número 360, un poco antes del metro Pueblo Nuevo. Estaba cerca de la casa y era un lugar fácil de encontrar y transitado. Pasó por el lugar diez minutos antes, como de costumbre, cruzó la calle y se apostó en la acera de enfrente. No tuvo la sensación de ningún peligro. A la hora en punto llegó Vivó, lo observó unos minutos y se acercó. Era algo más alto que él, con un aspecto fiero, la cabeza grande, la frente muy amplia, la piel blanca y el pelo rubio muy ralo.

Tras las presentaciones, lo acompañó a la casa y le puso al corriente de la situación:

–Por ahora sois tres, tú serás el responsable de organización del grupo, en tanto que yo soy el responsable político. Tiene que quedar claro desde el primer momento que yo, salvo situaciones excepcionales, no participaré en las acciones. Los otros ces están preparando una expropiación a un economato del INI, que parece fácil. Mañana tendremos una reunión los cuatro, para acreditarte como responsable y a partir de ese momento los

llevas tú. Se trata de ir preparando recuperaciones económicas, que es de lo más urgente.

–¿Con qué contamos? –preguntó Vivó– Me refiero a armamento, a coches.

–Con nada –contestó Ramiro, categórico–. Bueno la semana que viene tengo que recoger dos revólveres y te los pasaré. Pero no hay coche, porque no hay conductor. Tenéis que hacerlo a pie.

–¡No jodas! –exclamó Vivó, con gesto preocupado, mientras se pasaba la mano por el cabello–. No sé, lo veo un poco mal.

–¡Qué va! Está muy bien, no hay que preocuparse tanto. El economato está en La Latina, en la parte vieja, en una calle estrecha, y por ese barrio un coche es un estorbo. Verás como podréis salir tranquilamente andando.

–¿Y los otros ces, que tal son? –preguntó Vivó.

–Muy buenos, vienen de los grupos de Barcelona. Ya los conocerás mañana.

Ramiro tenía algo guardado que todavía no había dicho y que pensaba comunicar al grupo el próximo día, pero consideró decírselo a Vivó primero:

–Algo esencial es que el partido no tiene nada que ver con vosotros. No sois militantes del partido ni del FRAP. Si os cogen, tendréis que decir que sois delincuentes comunes, en caso de decir algo. Te repito que esto es esencial.

–Es un poco fuerte esto, tendrá sus motivos –dijo Vivó, con la voz alterada.

Ramiro se quedó dudando. No esperaba esa reacción de Vivó:

–Lo dejamos para mañana en la reunión. De momento, toma –le respondió, alargándole unos folios grapados–, léete este informe interno, que creo que clarifica bastante, y mañana lo discutimos.

Se separaron ambos con la misma sensación de que algo no iba bien. Vivó había esperado incorporarse a algo más montado, no un rudimento de grupo. Y lo de aparentar delincuentes, desde luego, no lo encontró nada claro. Ramiro, por su parte, esperaba otra actitud en Vivó, más decidida. Para ser responsable de grupo hay que empezar de cero, no se pueden venir con exigencias, pensó.

No tenían sitio adecuado para reunirse. El piso de Ciudad Lineal no podía ser conocido por los otros, por razones de seguridad. Estaban en una cafetería de Bravo Murillo, en la planta alta, merendando con las señoras de edad habituales, en una mesa algo separados. Ramiro les había advertido: hablad bajo, somos... músicos. Los cuatro músicos de Bremen.

Ramiro los presentó y confirmó a Vivó como responsable del grupo. Comentó brevemente el informe que les había pasado para estudiar y a continuación abordó el tema que le preocupaba:

–Queda claro que el partido rechaza en este momento las acciones armadas, sin embargo, nuestra existencia es imprescindible. Primero, porque no sabemos la respuesta del régimen a las movilizaciones populares, debemos crear infraestructuras para los grupos; hay que estar preparados para un endurecimiento. Y segundo, porque el partido necesita urgentemente fondos económicos para ponerse a la altura de los demás partidos que, como es fácil suponer, cuentan con financiación externa. Ya sabéis que pasamos un mal momento. A la feroz represión del verano pasado se ha sumado la fracción. Se puede decir que empezamos de cero. El partido ha resuelto que los grupos queden al margen de la organización regular, parte de la cual ha empezado a trabajar de forma casi legal, aprovechando los resquicios que deja el régimen debido a su debilidad actual.

Vivó le cortó sorprendido:

–¿Cómo legal?

–Legal en el sentido de pública. Los camaradas conocidos están trabajando en las organizaciones de masas reivindicando su militancia, sin ser clandestinos. Por eso el partido ha decidido mantener en secreto la organización armada. Nosotros no existimos. No habrá reivindicación de acciones y si hay caídas deberéis ocultar la militancia, deben parecer obra de delincuentes comunes. No podemos dar pie a la represión sobre la organización legal, si se sabe que hay una rama armada.

Estaban serios los tres. Marcos mantenía la mirada de Ramiro, franca:

–Si tiene que ser así, lo será.

Marcos, Markutxo, era vasco, de Portugalete, soldador de Altos Hornos de Vizcaya, en la vecina Sestao. No llegaba a ser armario porque no le daba la altura, se quedaba en cómoda de madera de roble y mármol. De pelo lacio azabache, piel blanca, nariz afilada, ojos negros rasgados, ancho de espalda, recio: era vasco de la cabeza a los pies.

Vivó sin embargo torcía la mirada, agachando un algo la cabeza. No estaba de acuerdo y Ramiro se dio cuenta, pero no quiso insistir. No le consultó si lo estaba.

Boronat no dijo nada. Haría lo que Markutxo hiciera. Un poco más alto que él, también recio, con la cara redonda, de gesto bondadoso, era un buen militante de base y haría lo que dijera el partido.

Pasaron a concretar la acción. Marcos informó de lo que tenían preparado:

–Cierran la puerta a las ocho y media, pero quedan clientes dentro y una empleada les va abriendo para que salgan. Ese el momento para que entremos, en cuanto veamos que queda poca gente, al abrir la puerta para dejar que salgan los últimos, damos un empujón y nos colamos dentro.

–¿Y el dinero? ¿Sabemos que está en las cajas? –preguntó Ramiro.

–No. No lo hemos podido comprobar –contestó Marcos–. Hemos entrado una vez, pero el ser del INI tienes que tener un carné para comprar. Yo creo que sí, al menos lo de la tarde estará en las cajas.

–¿Y desde fuera? Será un cante que se nos vea –preguntó Vivó.

–No nos pueden ver, porque los cristales son opacos. No es un supermercado normal, es un economato sólo para funcionarios –le contestó Marcos–. De todas formas entraremos dos y uno se quedará fuera, controlando la entrada. Entramos tú y yo, si te parece bien, y el Boro se quedará en la calle.

–¿Qué día lo haréis? –preguntó Ramiro.

–El mejor día es el viernes porque habrá más recaudación –dijo Marcos decidido.

–Le pasaré dos revólveres a Vivó y uno que lleve un cuchillo, que acojona más. Lo haréis el viernes que viene. Sobra deciros que el dinero es para el partido, hay necesidades más urgentes que las nuestras. Después, ya nos pasará lo que pueda.

## 2

Hacían el viaje en la R6 de Jean, aunque conducía Danielle. Habían pensado que sería más prudente, una mujer prestaba más confianza en el puesto fronterizo. Esta vez era muy diferente. Llevar dos pistolas en el coche no era lo mismo que los paquetes de libros que habitualmente pasaban.

Jean había estudiado otra opción para los pasos y se la comentaba a Danielle:

–Debemos volver a utilizar los pasos por la montaña, es totalmente seguro. Estamos en contacto con un viejo maquis español en Toulouse que pasaba guerrilleros por la frontera y que terminó siendo contrabandista. Me ha señalado en el mapa los pasos que utilizaban por la montaña, en el Pirineo de Huesca. Vamos a ir un día con él, para probar. Ahora, con el coche, si nos paran no podremos hacer nada, sólo esperar que no lo registren y las encuentren. En la montaña, aparte de que apenas hay vigilancia, siempre puedes tirar la mochila y salir corriendo. Actualmente hay mucha gente que hace montañismo, yo voy mucho al Pirineo y está lleno de turistas. Es más seguro.

–Estaría muy bien, me gusta la montaña y además haremos deporte. ¿Qué dice Eusebio? –le preguntó Danielle.

–Está totalmente de acuerdo y vendrá con nosotros.

Jean prosiguió el relato del viejo maquis, de cómo burlaban a la guardia civil en el Portillón de Benasque. Se les hizo corto el viaje y apenas se percataron de que estaban llegando a la frontera. La policía los detuvo en el puesto español y les pidió los pasaportes. Se los entregaron y como había dicho Jean, no podían hacer nada sino esperar. Llevaban las pistolas debajo de los asientos, ocultas entre la goma espuma. En la espera Danielle se rizaba el pelo con su mano, nerviosa, no podía evitarlo, ni tampoco que le temblaran las piernas. Jean aparentaba estar tranquilo. El policía comprobó las fotos, mirando a uno y después al otro y les dejó pasar. Danielle no acertaba con las marchas, pero salieron, cambiaron de conductor y continuaron el viaje.

—Tienes razón con los pasos de montaña —dijo Danielle, con un suspiro de alivio.

Ramiro los aguardaba en Barcelona, en el lugar de la cita. Aparcaron el coche. Jean sacó las armas de los asientos, en tanto que Danielle y Ramiro permanecieron apoyados en el lateral, tapando la visión del interior.

Lo razonable hubiera sido separarse una vez concluida la misión, pero hacía meses que no se veían y decidieron quedarse en Barcelona y pasar juntos el día.

Jean y Danielle reservaron dos habitaciones en el hotel Nouvel, mientras Ramiro fue a la estación de Sants a comprar el billete para el día siguiente y dejar el bolso de mano con los revólveres en una consigna automática.

A Jean le gustaba la buena mesa, cenaron y bebieron, profundizaron su amistad. La amistad fraterna que surge con los fuertes lazos de quienes piensan igual y viven para las mismas cosas. Danielle bebió más de lo que en ella era habitual, tres vasos de vino, y se reía por nada. Estaba radiante, relajada del sobresalto en la frontera. Al llegar al hotel le dijo a Jean:

—No te importa dormir en la habitación solo.

Jean comprendió:

—No. En absoluto —le contestó sonriendo.

A Danielle siempre le había gustado el guapo español y el vino le dio el empuje que necesitaba. Durante la cena había intercambiado miradas con Ramiro. Inequívocas miradas galantes.

Apenas durmieron, ocupados en sus confidencias y en sus actos. Ramiro debía marcharse temprano y ya amaneciendo, un poco antes de marcharse empezó a cantar, al principio él solo, y luego con ella, la canción de Pedro Faura, del Manifiesto:

*De madrugada, cuando el cielo aún esté rojo*

*Y el camino de mi vida ya marcado*

*Cogeré todo el amor que tú me has dado*

*Y marcharé a despertar al dormido*

*Por la tierra y en la tierra mi camino*

*Junto al hombre que en su muerte aún está vivo*

*Junto al humo de las fábricas y el trigo*

*Sólo, sólo luchando no seremos vencidos...*

### 3

Marcos quedó parado en la acera, frente a la puerta, con el disimulo propio de quien espera la salida de una persona y de forma que cuando esta se abría podía observar el interior. Vivó y Boronat estaban apostados junto a la pared de la fachada, apoyados en ella y no podían ser vistos por la empleada que atendía la salida de los clientes.

En cuanto Marcos comprobó que quedaba poca gente dentro del supermercado y al abrir la puerta de nuevo, se abalanzó sobre ella, descargando con fuerza su hombro, y se coló en el interior. La pareja de ancianos que pretendía salir en ese momento, asustada, pugnó con él por salir:

–¡Nosotros ya nos íbamos! ¡Déjenos salir!

–¡Tirad para adentro! ¡Me cago en dios! –les gritó Marcos, al tiempo que propinó un empujón y tiró al suelo al anciano.

Ante los truenos y relámpagos, ante el sonido estremecedor de la corneta que anuncia la presencia de dios, ante la presencia misma de éste, descendido en medio del humo y fuego, todos los mortales que habitualmente se cagan en dios, se hubieran cagado en los pantalones. Marcos no. Había sonado su ¡me cago en dios! con tal fuerza y convencimiento que con toda seguridad le habría soltado el zurullo al ser supremo a pesar de sus truenos, relámpagos, cornetas, humo y fuego.

Así lo entendieron los presentes y quedaron estremecidos ante la magnitud del acontecimiento sin articular palabra ni movimiento.

Vivó, muy tranquilo y sin alteración aparente, encañonó al encargado y le conminó a que le llevara a la oficina, donde le dio todo el dinero recaudado. Mientras, Marcos metió el de las cajas en una bolsa. El anciano permanecía en el suelo tratando de incorporarse ayudado por su mujer. Antes de que se levantara ya había terminado todo. Marcos y Vivó salieron con las bolsas, andando apresurados hasta la siguiente esquina y luego se separaron. Boronat, que no había sido visto, se llevó las bolsas.

Una vez en casa, Boronat y Markutxo contaron el dinero: ochocientas mil pesetas. Comentaron la acción:



—Te has pasado con los abuelos —dijo Boronat, muy serio y compungido.

—¿Qué querías, que saliesen y se pusieran a gritar? No me digas que te dan pena. No estamos jugando, si llevamos una pipa hay que esperarlo todo. Que en una de esas te maten o tener tú que matar.

Boronat estaba seriamente afectado. Era cierto. Le habían dado pena los dos viejos. Dos personas normales, jubiladas, que se habían cruzado en su camino. Era contradictorio con sus ideas altruistas.

—No sé, no creo que haya que aplicar una violencia indiscriminada, se podía haber hecho de otra forma.

—No encuentro otra forma —contestó Markutxo—. Era necesario entrar fuerte, que sepan que vamos en serio. Ya has visto lo que ha tardado el encargado en soltar la varilla.

No le tomó en cuenta su observación. Marcos conocía a Boronat como un padre puede conocer a un hijo. Y así era, políticamente hablando: él lo había organizado en el FRAP, en Sabadell, cuando los dos coincidieron trabajando en la misma obra.

Marcos venía huido de Bilbao. Antes que aguantar otra paliza en el cuartel de la guardia civil de La Salve, prefirió marcharse a Cataluña.

Nacido en Portugalete, en la margen izquierda de la ría del Nervión, la obrera, la crecida a golpe de martillo emigrante, entró con catorce años en la escuela de AHV, de la mano de su padre, agricultor castellano burgalés convertido en obrero metalúrgico. También de la mano del padre empezó en la Oposición Sindical Obrera, el sindicato clandestino comunista. Primero deslizado octavillas en los bolsillos de los compañeros, luego sindicalista pleno. Cuando el PCE formuló la estrategia de participación en el sindicato vertical fascista se rebotó.

—¡Cómo nos vamos a sentar a la mesa de los chivatos enlaces falangistas! —le dijo a su padre.

Uno de los enlaces sindicales, el Carmelón, un falangista colaborador, le había denunciado como autor de las pintadas contra la dictadura aparecidas en una de las torres. Dos guardias civiles fueron a buscarle a su casa de madrugada y lo llevaron a la Comandancia, en el cuartel de La Salve, en Bilbao.

–¡Tú no eres obrero: eres comunista! –le gritó, como un insulto, el cabo de la guardia civil que le interrogaba.

–¿Y qué? –contestó Markutxo.

El cabo, iracundo, le pegó con la Astra del 9 largo que siempre tenía sobre la mesa, para intimidar a los detenidos, abriéndole una brecha en la frente. Cayó al suelo y los dos números, situados a su espalda, le dieron de patadas hasta que se cansaron. Lo soltaron al día siguiente, advertido de que: “sabían quién era y que a la mínima volverían a por él”.

Volvieron dos veces más y cada vez que lo llevaban aumentaba su compromiso militante. Se pasó con la OSO al FRAP, al ver como los viejos sindicalistas tomaban posiciones de poltronas en el sindicalismo burocrático. Los tenía calados, mucho comunismo, mucha lucha, pero en cuanto salían de enlaces sindicales, dejaban la planta por los despachos y se aburguesaban.

Durante las huelgas del 74 entró a formar parte de la coordinadora del metal. Los cogieron a casi todos. Era ya una cosa seria y tuvo que marcharse. En Cataluña trabajó como soldador y levantando la estructura de una nave en Sabadell, conoció al Boro, como todos le llamaban, un paleta de la obra. Lo reclutó para el FRAP y desde entonces continuaron trabajando juntos en la misma contrata. En el 75 entraron en los grupos de combate y escaparon juntos a las detenciones masivas del verano.

–Me lo he pasado peor por el camino hasta el metro –continuó Marcos–. Me parecía que no llegábamos nunca y que todo el mundo me miraba. Debemos plantearle seriamente a Ramiro que nos pase un conductor, para salir más tranquilos de las acciones.

#### 4

No había conductor. Ningún militante sabía conducir y menos hacerse con un coche por las calles de Madrid. Ramiro no consideró el hecho como un impedimento para las acciones. Podrían darse a la huida perfectamente a pie. “Como yo he hecho siempre”, les dijo.

El partido le había planteado pasar a Koldo a los grupos, pero a él no le pareció bien. Koldo acababa de salir de la cárcel y estaba completamente

quemado. Sabía que era un buen chófer, con experiencia, pero estaba quemado, muy quemado. Era de los de mayo del 73, de los comandos que se enfrentaron a los grupos de sociales en la calle Santa Isabel, un callejón paralelo a la calle de Atocha, en Madrid.

La manifestación del uno de mayo había sido pública, no de boca a boca, convocada con pintadas y panfletos. Cuando llegaron a Atocha ya estaba tomada por los grises. Incluso antes, en la estación de metro detenían a la gente. Se pasaron las convocatorias de los saltos cercanos boca a boca. Los sociales<sup>25</sup> camuflados acudieron al salto de la calle Santa Isabel, mezclados con los manifestantes. Los grupos de combate les hicieron frente con las navajas. Murió un social y otros dos resultaron gravemente heridos.

Fue un golpe tremendo para la dictadura. Por primera vez murieron los represores y no los manifestantes. En la brutal represión que siguió, Koldo fue detenido y acusado de participar en la muerte del policía.

Al salir de la cárcel, amnistiado, había pedido volver a los grupos, por propia iniciativa, pero Ramiro no estuvo de acuerdo por razones de seguridad.

El único que sabía conducir era Eusebio, pero aún tardaría en incorporarse. El partido le había encargado la organización de un encuentro internacional en Francia y al menos hasta después del verano no llegaría a Madrid.

En todo caso, la acción había salido perfecta. No era tan necesario un coche para este tipo de acciones en el centro, en supermercados sin vigilantes y de poca entidad.

Ramiro instruyó a Vivó en las conclusiones a las que había llegado: no habría conductor. Deberían centrarse en preparar acciones similares a la del economato. Y le comunicó la inminente llegada de María.

—La semana que viene se incorporará al grupo una nueva camarada. Vivirá con nosotros en el piso.

No le quiso decir que era su compañera. No le gustaba compartir su intimidad, estaba acostumbrado a una vida personal separada de la militancia. Ahora no tenía otra opción. Vivirían un tiempo los tres juntos.

---

25. Sociales: Policías políticos del franquismo, de la Brigada Político Social (BPS).

—¿No crees que una mujer en los grupos complica las cosas? —le preguntó Vivó—. No lo digo por machismo, o porque no pueda hacer las mismas cosas que nosotros, pero no se ve a menudo una mujer en un atraco.

—La ce puede encargarse de tareas de preparación y vigilancia —le contestó Ramiro—. Levantará menos sospechas que vosotros entrando en un supermercado. Incluso puede plantarse en la oficina para investigar con cualquier excusa sin que lo vean raro.

Vivó estuvo sinceramente de acuerdo.

—Otra cosa urgente es conseguir documentación y lo estáis descuidando, tienes que insistir a los demás. Tened en cuenta que no todo carné se puede falsificar. Hay que mirar la edad, el domicilio, la caducidad y sobre todo que la huella no manche la foto. Ese ya no vale. Y muy importante, no hay que llevarse la cartera, sólo el carné, para que no lo puedan denunciar como robado.

Ramiro ya tenía tres documentos, pero sólo uno le podía valer a Marcos, que era el mayor. La fecha de nacimiento era de 1948. Marcos podría pasar por 28 años, nacido en Toledo y con domicilio en Madrid. Los otros dos estaban descartados: 1941 y 1937.

Sentado en la mesa, bajo la atenta mirada de Vivó, situado detrás de él, comenzó a manipular el carné adecuado. Cortó cuidadosamente la foto del documento con una cuchilla guiándose con una regla, procurando no perforar el cartón y dejando intacto el cuadro blanco con la huella. Despegó la foto ayudándose con la cuchilla y raspó el fondo del hueco, de forma que al poner la nueva foto no pudiera notarse la unión de esta con el espacio de la huella. Pegó la foto de Marcos y cubrió todo el documento con un papel adhesivo transparente. Ya sólo quedaba llevarlo a plastificar. No pasaría un examen riguroso, pero a simple vista parecía un carné de identidad corriente, válido para circular y sobre todo para alquilar un piso.

Los alrededores del embalse de La Sarra estaban completamente repletos de coches aparcados. Ellos se habían entretenido en Sallent de Gállego, comprando comida y tomándose un vino, y llevaban retraso. La hora que se suponía que costaba subir hasta el primer embalse, el de La Sarra, por un camino forestal, se había convertido en dos horas. Vivó marchaba bien, pero Ramiro y sobre todo María no podían con su alma. Llegar al embalse y verlo lleno de coches fue la puntilla para que cundiera el desánimo, sabiendo que todavía les quedaba la mayor parte del camino hasta el embalse del Respumoso, donde tenían pensado pasar la noche.

Tomaron el sendero que sube por el margen izquierdo del torrente de Aguas Limpias, forzando la marcha, apresurados por Vivó. El barranco se iba estrechando hasta convertirse en una garganta por la que discurre el sendero a media altura. Se detuvieron, precavidos, en la entrada del paso del Onso, una repisa de apenas un metro de ancho excavada en la pared de piedra, justa para permitir el paso de una persona.

A la izquierda se alza una impresionante cantera y a la derecha queda un profundo barranco cortado a pico. El ruido de las aguas bravas en su discurrir por el torrente les impedía oírse y no se dieron cuenta que un grupo de cuatro montañeros que caminaba más rápido que ellos, les había dado alcance. Los tenían encima cuando vieron las boinas rojas de los requetés.<sup>26</sup>

Ellos sabían que Jean había montado el paso por Campo Plano, uno de los pasos fronterizos más bajos del pirineo de Huesca, aprovechando la peregrinación a la Gran Facha, un pico de más de 3.000 metros convertido en el símbolo de la reacción monárquica francesa y donde cada año a principio de agosto suben en comitiva una virgen de Lourdes. No era extraño encontrarse con requetés.

Los saludaron y les dejaron pasar. Los cuatro carlistas caminaban con seguridad sobre la piedra húmeda de la repisa, sin apenas cogerse del pasamano que hay sujeto en la pared. Verlos tan decididos les dio ánimos

---

26. Requetés: Carlistas. Lucharon con Franco contra la República. Su lema es: “dios, patria, rey”.

para continuar y avanzando lentamente, cogidos al pasamano, pasaron el estrecho. La garganta se abre después del paso del Onso en una plana boscosa, con algún lunar de pastos. Hay una pequeña borda de piedra y decidieron detenerse y pasar la noche en ella. El Respumoso está muy cerca y valoraron que el refugio estaría lleno de gente. Solo tendrían que levantarse una hora antes para estar a las doce en Campo Plano.

El silencio de la montaña, la infinitud del cielo estrellado, la proporción inmensa de los picos que los circundan, llenan su alma. Permanecieron callados, incapaces de romper el equilibrio de la naturaleza. Los tres tenían interioridades que comunicar, pero intuyeron que no era el momento.

Emprendieron de nuevo el camino casi al alba, apenas sin luz. Continuaron la ascensión siguiendo el torrente, por un sendero que se empinaba a cada paso que daban y les costó un gran esfuerzo llegar hasta el pie de la muralla del embalse. Pasaron frente a la casa de piedra con puerta y ventanas pintadas de verde, típica acompañante de los pantanos del franquismo, donde los grupos de requetés, con las camisas de montaña de cuadros, la boina roja con el borlón dorado y el pañuelo rojo, todavía se desperezaban, recién levantados. Su existencia los mantuvo en vilo, deshaciendo su apreciación de la extrema belleza del lugar.

La estrecha torrentera por la que habían ascendido, se abre en el Circo de Piedrafita, una enorme plana cubierta de hierba verde, salpicada de lagos azules y circundada de cumbres piramidales. Al fondo del valle, hacia el este se yergue la majestuosa pirámide de la Facha, hacia cuya cumbre caminaban regueros de peregrinos.

Bordearon el Respumoso y tras una pequeña ascensión alcanzaron Campo Plano. Eran los primeros en llegar, todavía no lo había hecho Jean. Observaban perfectamente nítido el collado que separa España de Francia y al poco tiempo los contemplaron bajar, dejándose caer resbalando por la pedriza. Venían Jean y su compañera Geli y unos metros detrás, Eusebio, Danielle y Robert. La célula completa.

Ramiro se estremeció emocionado, por reencontrar a Eusebio y a Danielle. Ella no pudo evitar mirarle con amor al darle los tres besos del encuentro, a sabiendas de que su gesto no iba a pasar desapercibido ante el resto. Sucedieron unos segundos indecisos entre Vivó, María y Ramiro, pero de inmediato surgió la alegría del reencuentro, del éxito de la misión.

Organizaron el gran festín: Cassoulet de Toulouse, maigret de pato, foie-gras de oca, un pequeño vino de Borgoña. Todo enlatado casero del hermano de Robert. Traían hasta un infiernillo de gas. Brindaron por los fachas de la Gran Facha.

Ramiro y Eusebio se retiraron un momento aparte:

–Ha sido una sorpresa verte, no te esperaba –le dijo Ramiro, asiéndole del brazo.

–No me iba a perder el *cassoulet* de Robert. En serio, me pareció importante acompañar a los camaradas en una acción tan arriesgada. Os traemos la Colt 45 y la metralleta alemana. La pistola está en una bolsa aparte. La he limpiado, estaba cubierta de grasa de litio. No ha debido usarse en 40 años, pero la he probado y funciona de maravilla. Es una gran arma. Le metí a un pino a veinte metros y lo tumbé. El problema es encontrar munición del calibre 45. No tiene que existir ya de eso. Era el arma reglamentaria de los oficiales USA, en la primera y segunda guerra mundial. Queda un cargador con ocho balas, todas las que puede llevar.

–¿Y la ametralladora, la has probado?

–La he probado con Jean y también funciona perfectamente, apenas tiene retroceso y si te descuidas vacías el cargador. La munición para esta es 9 mm “Parabellum”, más fácil de encontrar y de todas formas hay un cargador completo, de 32 balas y en una bolsa aparte van un montón más, mezcladas de varios calibres. La he desmontado y arreglado en dos paquetes separados, para que abulte menos.

–Antes de que se me olvide, el partido me ha dado este sobre para ti. Pensaba pasártelo por Danielle...

Eusebio imaginó lo que habría dentro del sobre: su cita de vuelta a España.

## 6

–He pensado muy bien lo que te voy a decir –dijo Danielle a Eusebio, agravando su gesto–. Quiero militar en España. Igual que vine de Alemania a Francia, cuando la revolución de mayo del 68, ahora quiero quedarme en España. Es un periodo revolucionario, soy militante del partido y quiero estar aquí, con vosotros, contigo y con Ramiro.

A Eusebio, las palabras de Danielle le cogieron por sorpresa. Estaban llegando a Barcelona y durante el viaje apenas habían conversado. La había encontrado seria, reflexiva, pero lo había achacado a la tristeza de su separación. Nada que hiciera suponer lo que Danielle acababa de decir. No dijo nada y ella continuó, sin darle tiempo a pensar una respuesta:

–En Francia no me ata ya nada. Hace unos meses que terminé con Gerard, y el trabajo no llena la vida. Creo en lo que estamos haciendo, y vuestro regreso a España me ha empujado a tomar la decisión.

Eusebio conocía a Danielle y sabía que la decisión estaba tomada, de forma irrevocable:

–No es tan fácil. Tú sabes que militamos en los grupos, al margen de la organización regular.

–Al igual que yo –le cortó Danielle–. ¿O me vas a decir que tú has asumido más riesgo que yo, cuando hemos pasado las armas por la frontera?

–No es sólo asumir un riesgo. Es aceptar vivir sin nombre, sin nada tuyo. De casa en casa, con nombre falso, siempre perseguido, siempre alerta. Yo te considero valiente, por la solidez de tus ideas, y sé que estarías a la altura. Pero reconsidéralo, date un tiempo para pensarlo.

–Como te he dicho, lo he pensado mucho y sé muy bien a lo que voy. Me defiendo bien hablando en español y tampoco habrá que hacerlo a menudo. ¿No?

–Tienes razón, y sinceramente me gustaría que vinieras a Madrid. Yo te avalo. Se lo propondré a Ramiro y espero que el partido no ponga ningún inconveniente. En realidad ni yo mismo sé lo que voy a hacer, algo me imagino, pero hasta que no esté incorporado en la organización, no sabré en realidad en qué consiste esta nueva fase. Sí sabemos que las



acciones armadas están paralizadas. El FRAP no ha vuelto a reivindicar ninguna desde el verano del 75.

Pasaron la tarde juntos en Barcelona y se despidieron con un:

–¡Nos vemos en Madrid!

Eusebio tomó el expreso nocturno, con un billete de litera. Al día siguiente tenía la cita a las cuatro de la tarde, en Madrid. Madrid, la capital de los sucesos revolucionarios. Ahora que ya estaba puesto, le había desaparecido la inquietud inicial, al conocer la cita, al tener que abandonar su comodidad francesa.

Pensó en el deseo de Danielle. Pensó que se había precipitado dando por hecho su incorporación a los grupos, cuando él no era nadie para decidir nada. La veía bien en los grupos, era una camarada decidida y firme.

## 7

Deambulaban como gatos a los dos de la mañana por las calles adyacentes a la Avenida de Burjassot. Buscaban una furgoneta 4L blanca, con la caja tapada, sin ventanas. Era un barrio obrero y presumían que encontrarían allí una de esas características.

–Si no, miraremos por Torrefiel –les había dicho Eusebio.

No era la primera vez que Eusebio recorría el barrio buscando un coche para una acción. La barriada estaba oscura, poco transitada y abundaba el simca 1000 o el morris 1100, que eran, para él, los más discretos y fáciles de hacer.

En esta ocasión estaba más complicado, era robar a la carta. Habían visto ya una 4L, pero estaba en mal sitio, en un chaffán con la avenida, muy iluminado y con mucho paso. Tardaron una hora en encontrar la buena, pegada a la valla de un solar, en un lugar oscuro y solitario.

Marcos y Boronat se quedaron apoyados en el coche contiguo, vigilando la calle y Eusebio se deslizó agachado entre la valla y la furgoneta. La consideró fácil. El cristal era de los que se deslizaba una mitad lateralmente. Introdujo la punta del destornillador en el extremo de la ventana y lo forzó haciendo palanca hacia la izquierda. Quitó el

seguro de la puerta y entró acostado sobre el suelo para hacer el puente debajo del volante. Estiró de los cables de la base del conector de encendido, sacándolos de sus terminales y fue probando, juntando los cables uno con otro. En cuanto se encendieron los indicadores del salpicadero, unió estos dos cables con cinta aislante, dejando el tercero suelto. Era el cable del arranque. Se sentó al volante y les hizo señas a los otros para que subieran. Marcos pasó detrás, a la caja, mientras que con Boronat rompía la retenida del volante, girándolo con fuerza hacia la derecha.

Eusebio puso en marcha la furgoneta haciendo contacto con el cable de arranque sobre los otros dos y salieron marcha atrás sin problemas.

No le había hecho gracia volver a Valencia, sin apenas haber tenido tiempo para instalarse en Madrid, pero la acción que tenía preparada Vivó y para la que le estaban esperando era inmediata. Y Eusebio era el chofer, como muchas otras veces.

Había llegado con Vivó esa mañana, con el Auto-Res y fueron directamente al piso donde estaban Marcos y Boronat. En su primer encuentro no se causaron buena impresión. Para Eusebio, acostumbrado en la estancia francesa a convivir con gauchistas, estudiantes, intelectuales, sus iguales, los miembros del grupo le habían parecido vulgares. Por su forma de vestir y comportarse los juzgó obreros, con sus costumbres, formas de vida y cultura diferentes.

A los otros les sucedió algo similar, sobre todo a Marcos que desconfiaba particularmente de los intelectuales. Eusebio, con su apariencia moderna, desentonaba en el grupo, pero no iban a una fiesta, era sólo el chofer, el peso de la acción lo llevaría Vivó.

Durmieron un rato al volver con la furgoneta. La acción era por la mañana, a primera hora.

Eusebio conducía la 4L por la entrada de autobuses de la estación de Valencia. La garita del vigilante estaba en la boca de salida, justo enfrente y lo suficientemente lejos para que no pudiera apreciar que las camisas azul celeste que llevaban no eran las de la SALTUV, la empresa de transportes urbanos. Condujo la furgoneta por la circunvalación interior hasta detenerla frente a las oficinas, en la planta baja del edificio de la estación, al inicio de los andenes. Marcos y Boronat estaban aguardando

su llegada, apostados a unos metros de la puerta. Vivó se bajó de la furgoneta y entró directamente en las oficinas, seguido de los otros dos. Eusebio se quedó esperando dentro del vehículo. Al entrar, a la derecha había un mostrador, detrás del cual estaban dos empleadas que ni se dieron cuenta de su entrada hasta que Marcos las encañonó:

–¡No os mováis! ¡Quedaos quietas!

Vivó anduvo deprisa hasta el fondo del pasillo y entró en tromba en el despacho. Sobre la mesa, medio empacada estaba la recaudación del día anterior, la mayoría monedas, que dos empleados, sentados ante la mesa estaban empaquetando. Al ver la Colt 45 dieron un fuerte respingo hacia atrás:

–¡No nos haga nada! ¡Coged el dinero!

Boronat ya estaba llenando la bolsa con las pilas de monedas.

Vivó, desde la puerta, le hizo la seña a Marcos para que llevara a las mujeres al despacho. Al entrar, Marcos reparó de inmediato en el archivador metálico situado detrás de los dos empleados. Trato de abrirlo pero estaba cerrado.

–¡Abrid el armario! –les conminó Marcos.

–Ahí no hay nada. Solo carpetas y documentos –contestó uno de los empleados.

–Venga: ¡Ábrelo! –le gritó Marcos, con un gesto del revolver que llevaba en la mano.

El empleado se levantó y tomando la llave de un cajón de la mesa abrió el archivador. Marcos estiró del primer cajón y gritó sorprendido:

–¡Lo que hay aquí!

Sacó dos pistolas automáticas, en sus fundas.

–¡Coge las pipas y deja las fundas! –le dijo Vivó.

Eran dos pistolas Llama del 9 corto. Las metió en la bolsa, casi temblándole las manos:

–¡Venga, vayámonos! –les dijo, ya en la puerta.

Antes de salir y dejar encerrados a los empleados, Vivó les advirtió:

–¡Estad diez minutos sin moveros! ¡Habrá uno fuera que como os oiga, os mete dos tiros!

Subieron a la furgoneta. Boronat y Marcos entraron por detrás y se tumbaron en la caja.

Al pasar, Eusebio saludó con la mano al vigilante de la garita que respondió a su saludo levantando él también la mano.

## 8

–¿Sabes?, estos dos están juntos –dijo Ramiro, refiriéndose a Vivó y María.

–¿...?

Eusebio no salía de su asombro. No por lo de “estos dos”, que le traía sin cuidado, sino porque Ramiro hubiera revelado un atisbo de intimidad. No le hizo el mínimo caso: no preguntó nada. No le interesaba romper el pacto tácito de reserva personal.

–El partido –continuó Ramiro– quiere que vayamos al acto del segundo aniversario de los fusilamientos de los camaradas. Es una forma de mantener contacto con los acontecimientos, de no aislarnos de la organización. Es en el campo del Pozo, en Vallecas. Intervendrán familiares de los fusilados y lo convoca todo el mundo.

Fueron hacia el Pozo esa tarde. Caminaron por las calles embarradas del inmenso poblado chabolista, hasta salir al descampado en cuyo fondo se adivinaba el campo de fútbol. Una barrera de antidisturbios impedía el paso: el acto había sido prohibido. Se quedaron por los alrededores, curioseando, hasta que empezaron las carreras. Entraron en el poblado con un grupo de camaradas que Ramiro conocía. José, uno de ellos, los metió en su casa:

–Quedaos aquí hasta que pase un poco. De todas formas los grises no se atreven a entrar por las calles. Se quedarán en el campo.

La chabola de José tendría no más de veinte metros cuadrados, como casi todas las del Pozo del Tío Raimundo, de planta baja de ladrillo, distribuida en tres mínimas piezas: una cocinilla con una mesa y dos habitaciones. El retrete estaba en un pequeño patio interior. La solera era una capa de cemento mil veces remendado y la cubierta, a dos aguas, de teja árabe.

Ramiro estaba acostumbrado, conocía bien el barrio, pero para Eusebio fue un revulsivo comprobar cómo vivían esas personas. A Madrid acu-

dieron, a mediados de los cuarenta, miles de emigrantes huyendo de la condena franquista al hambre perpetua. Familias enteras de los pueblos de Andalucía, de Castilla, de Extremadura. Obreros en la construcción, edificaban sus chabolas en una noche, con los materiales expropiados en sus obras. Sin luz, sin agua, sin los mínimos servicios. Poco a poco fueron urbanizando ellos mismos su barriada, conectándose “ilegalmente” a las redes de servicios públicos...

Salieron al rato, cuando dejaron de oír los disparos de los fusiles y atravesaron el poblado hasta Entrevías, con la intención de coger un autobús de vuelta a Ciudad Lineal. Al salir a la Avenida se encontraron con los grupos de manifestantes en plena batalla campal con los grises. A su lado, un joven corrió hacia un Land Rover de la policía y le estampó un cóctel molotov en la luna delantera, a dos metros. El coche, sin control, se cruzó en medio de la calle y salieron de él los grises en llamas.

Pudieron tomar un autobús. Estaban animados por la respuesta de la gente, se miraban sonrientes, cómplices.

Se bajaron del autobús en Quintana, andando tranquilos por Lago Constanza hacia el piso de Carolina Coronado. A media calle, Ramiro se volvió de pronto:

—¡Nos han seguido! ¡Me cago en dios!

El social que los seguía se detuvo, dedicándoles una sonrisita. Era un hombre joven, con el pelo afro rizado, vestido de progre con vaqueros y cazadora.

Ramiro echó a correr hacia él, con la navaja en la mano, seguido de Eusebio. El policía corrió hacia la calle Alcalá perseguido por ambos. Ramiro se iba adelantando. Corría furioso, muy rápido. Al llegar a la calle de Alcalá, el social dobló hacia la izquierda, sin bajar de la acera y trató de sacar la pistola de la funda que llevaba bajo la cazadora. Se le trabó en su cartuchera y al intentarlo con más detenimiento, perdió espacio: Ramiro le estaba dando alcance.

Eusebio retuvo el paso, impresionado, al verle echarse mano a la sobaquera. No así Ramiro, que se impulsó con fuerza hacia delante, el brazo extendido con la navaja, ya casi agachado.

Embistió al social en el costado derecho, dándole tal topetazo que cayeron ambos al suelo. Se levantó al instante y recuperando el cuchillo

que le había clavado hasta el mango, echó a correr calle Alcalá abajo, hacia Ventas. Eusebio dio la vuelta sobre sus pasos y corrió hacia el piso: tenía que avisar a los demás y abandonarlo de inmediato.

Entró temblando:

–¡Ramiro se ha cargado a un policía!

–¡Qué dices! –se espantó María.

Les contó rápidamente lo que había pasado, mientras recogía sus cosas:

–Hay que dejar el piso y salir zumbando. Recoged vosotros lo de Ramiro. Yo me llevo el dinero.

Tenían todavía en el piso las trescientas mil pesetas de Valencia en calderilla.

–¿Y las armas? – preguntó Vivó.

–Yo me llevo la “yanqui” –contestó Eusebio, refiriéndose a la Colt 45–. Llevaos vosotros el resto.

–¿Y, cómo vamos a ir con la “alemana” por ahí?

–Pues con una bolsa, como yo con el dinero. Acudid mañana a la cita de seguridad, pero con mucho cuidado. No sé cómo habrá salido Ramiro.

Se alejó de la zona y tomó un taxi, tentado de pasar por la calle Alcalá, para ver de cerca la situación, pero optó por una dirección inversa. Pensó adonde dirigirse luego y se acordó de Kaledh, el palestino amigo de Claudine. Tenía su teléfono.

Kaledh no puso ningún reparo en recibirle. Vivía en Aluche, en un piso alquilado junto con otro estudiante palestino. Era de aspecto europeo, alto, delgado, con pelo castaño, melena rizada. Su compañero, sin embargo, tenía todo el aspecto árabe de un dirigente de Al Fatah. Discutieron gran parte de la noche y efectivamente, su compañero, Wadi, era un militante muy comprometido.

Por la mañana compró la prensa. No decían nada de ningún incidente en la calle de Alcalá. Ni tampoco de ninguno en el Pozo o en Entrevías. No pasó apenas nada en España el 27 de septiembre de 1977. Ningún policía apuñalado. *El País*<sup>27</sup> trataba la noticia con mayor detenimiento, recopilando actos y manifestaciones en todo el estado. Pero de Madrid, apenas nada: una bandera republicana del FRAP conectada a una carga

27. *El País* - España - 28-09-1977

explosiva en el puente de la avenida de Daroca sobre la de Marqués de Corbera, que fue retirada por la policía; manifestaciones violentas en Callao y Colón; varias detenciones y un herido leve.

Le quedó claro que el policía no había muerto, hubiera estado en primera página, pero persistía el interrogante de la detención de Ramiro.

La cita de seguridad era en la calle Jaén, una travesía de Bravo Murillo a la altura de Alvarado. Era algo establecido de antemano: una cita al día siguiente ante cualquier percance. La policía también sabía esto y se empleaba con dureza en las primeras horas de una detención para seguir el hilo de la caída.

Eusebio estaba convencido de que Ramiro no cantaría fácilmente, pero aún así extremó las precauciones. Tomó el autobús 3, que sube de Santa Engracia por Bravo Murillo, pasando por delante de la cita. No observó nada extraño. Ninguna furgoneta parada, obreros en una obra ficticia, operarios de teléfonos... Y sí que vio a Ramiro bajando tranquilamente por Bravo Murillo. Lo tuvo tan cerca que pudo asegurar que era él, porque estaba totalmente cambiado. Se había cortado la melena y afeitado la perilla, aunque conservaba el bigote. Vestía traje, camisa y corbata. Perdió su carisma por una puñalada.

Ninguno faltó a la cita de seguridad y, ya en un bar, trataron de hacer un balance de la situación.

–Menos mal que te diste cuenta de que nos seguía. Si no, anoche mismo nos hubieran ligado con el dinero, las pipas, todo –dijo Eusebio.

–Siempre lo hago antes de llegar a cualquier sitio –contestó Ramiro–. Ya me había fijado en él en el autobús, y al verlo detrás de nosotros, no tuve duda. Lo que no me explico es de dónde salió.

–Estaría en el Pozo, mezclado entre la gente, y al ver que José nos metió en su casa, pensaría que éramos peces gordos. Ten en cuenta que José es un camarada fichado mil veces. Hicimos mal en ir. No podemos tener el mínimo contacto con la organización en este momento de movimiento tan amplio –siguió Eusebio–. Yo cuando le vi echarse mano a la pipa, es que me cagué. ¡Qué huevos tienes, camarada!

-No podía hacer otra cosa. Si me llego a parar, nos fríe a tiros. Lo pensé en una fracción de segundo, como a cámara lenta. Y no han dicho nada en la prensa. Lo que queda claro es que no me lo cargué, así que a estas alturas deben de tener Quintana tomada. Hicisteis muy bien dejando el piso anoche. Ahora hay que ver la forma de organizarnos, pero lo trataremos aparte, no podemos seguir todos juntos.

-Nosotros de momento tenemos un sitio seguro –dijo María.

-Yo no –dijo Eusebio-. Donde estoy puedo estar unos días, dos o tres, y además no es nada seguro.

-Vamos a paralizar las acciones hasta que recompongamos una mínima infraestructura. En la medida de lo posible evitaremos pisos colectivos, es mejor que cada uno tenga el suyo, a lo sumo dos en la misma vivienda –dijo Ramiro, mirando con intención a María y Vivó.

Acordó con Eusebio que este se iría, de forma provisional, al piso de Marcos y Boronat, en la misma zona de Cuatro Caminos, en un par de días.

Por la noche, cuando Eusebio volvió al piso de Kaledh, encontró su bolsa en el rellano de la escalera, junto a la puerta. Le entró el pánico. Estuvo llamando al timbre y dando con los nudillos, sin escándalo, pero nadie le abrió.

Llamó desde una cabina, en la calle, y le cogió el teléfono Kaledh. Le dijo que Wali le había registrado la bolsa y había descubierto el dinero y la pipa. No podía quedarse en su casa. Lo sentía, pero no podían correr el riesgo de tener el material en ella.

Tomó un taxi. No conocía a nadie en Madrid, y no tenía cita hasta dentro de dos días. Optó por irse a un hotel. Un buen hotel del centro, le dijo al taxista.

Le llevó al hotel Madrid, en la calle Carretas, a cuatro portales de la siniestra Dirección General de Seguridad en la Puerta del Sol, el cuartel general de la represión franquista.

No podía hacer otra cosa que deambular por Madrid con la bolsa a cuestas. Había dejado el hotel por la mañana temprano. Pasó la noche insomne en la custodia de la bolsa, atento a las idas y venidas del pasillo



y el ascensor, intranquilo, angustiado por lo mal falsificado que estaba el documento que le había procurado Ramiro. Al registrarse en recepción, se lo habían pedido. Firmó, sin cumplimentar, la ficha de registro para la policía y el empleado del hotel la unió con un clip a su carné:

–Se lo devolverán mañana –le dijo.

Bajó hacia la estación de Atocha y desayunándose un buen café con porras, trató de trazarse un plan. No podía ir a una pensión y pasarse todo el día sin salir. Tampoco podía irse y dejar la bolsa en la habitación y tampoco deambular con la bolsa a cuestas. Esperó a que abrieran las tiendas y compró una cartera de mano, barata pero resistente. Subió a una pensión de la misma calle Atocha y pidió una habitación.

–¿Es usted gallego? –le preguntó la patrona, una mujerona entrada en años y carnes.

–No, de Madrid –tal como rezaba el carné.

–Pues tiene usted acento gallego –insistió la patrona.

–Bueno, mi madre es de La Coruña –le dijo Eusebio, con ánimo de tranquilizarla.

–¡Ah, bueno!

Él mismo rellenó la ficha con sus datos y pagó los dos días. Eusebio sabía que siempre causaba buena impresión, fuera de toda sospecha: educado, bien vestido, buena presencia. Se había tranquilizado y necesitaba descansar.

La habitación era un cuartucho interior con dos camas y un pequeño armario, sin servicio ni lavabo. Se tumbó un rato, casi hasta la hora de comer, traspasó a la cartera de mano el dinero y la pistola y salió con ella a la calle. No llevaba corbata, pero sí camisa y chaqueta, así que podía pasar perfectamente por un vendedor de seguros o de libros a domicilio.

Meterse en un cine era la mejor manera de pasar el tiempo desapercibido. En los dos días que anduvo perdido por Madrid, siempre acompañado de la cartera, pudo ver: *Annie Hall*, *Un puente lejano*, *Una canta y la otra no*, *Aeropuerto 77*, *Encuentros en la tercera fase* y *Novecento*.

Cuando volvió a encontrarse con Markutxo y Boro los encontró entrañables. Se instaló en su piso de la calle Berruguete, una travesía de Bravo Murillo a la altura de Estrecho, en una finca antigua sin ascensor, casi corrala. El zaguán cubierto daba paso a un corredor interior descu-

bierto donde se alineaban las puertas de entrada a las viviendas. El piso era pequeño, un saloncito central que distribuía dos habitaciones y la cocina. Antiguo y humilde.

Se encontraba allí la compañera de Boronat:

–Mi compañera, Celia, pero la llamamos Gordi –la presentó el Boro riendo.

Hicieron un recuento del dinero que llevaba Eusebio y quedaron en ir cambiando las monedas por los bancos, poco a poco. Comentaron la acción de Valencia:

–Si no es por la suerte de encontrar las pipas, no hubiera valido la pena. Trescientas mil pesetas en calderilla –dijo Marcos.

–Sí –asintió Eusebio–. Es demasiado riesgo para tan poco dinero. Yo creo que hay que dar un salto, ahora que estamos bien armados. Hay que apuntar a donde está el dinero. En los furgones blindados.

–Eso es imposible –repuso Boronat, con gran convicción.

–No digo hacer el propio furgón, sino en el recorrido del lugar de la recogida del dinero al blindado. Cuando salen del establecimiento los vigilantes con la varilla hacia el furgón. Hay que verlo –dijo Eusebio.

Y continuó:

–Hace falta otro conductor. Yo quiero probarme en la acción. Nunca he hecho una, siempre he llevado el carro. Además, creo que todo el mundo tiene que aprender a conducir.

–Ramiro es quien tiene que decidir. Díselo a él.

Markutxo no había dicho nada. Miraba a Eusebio con desconfianza, pero sabía que tenía razón. Estaban preparados para dar el salto hacia acciones de más envergadura.

## 9

Ramiro acogió bien la idea de Eusebio de comenzar a vigilar las entregas de dinero de las grandes superficies. En cuanto al nuevo conductor, le había dado vueltas a la incorporación de Koldo y acabó aceptándola.

Notaba que se le estaba escapando de las manos la organización de los grupos, eran demasiada gente. Y para colmo, el partido había acep-

tado la incorporación de Danielle que llegaría en un par de semanas. Estaba descontento con Vivó como responsable. Lo consideraba un camarada de acción, pero un pésimo organizador y se daba cuenta de que no ejercía como responsable y los demás acudían a él continuamente para solucionar problemas, ahora precisamente que no podía ocuparse del grupo, ahora que estaba desbordado.

Había asistido a una reunión especial, con miembros del secretariado, en la que, tras una contundente explicación, le habían encargado el seguimiento de los ex militantes que en el verano anterior trataron de liquidar sin éxito el partido, pero con graves quebrantos organizativos, según le comunicaron. Y esta tarea ocupaba por completo sus reflexiones y su tiempo. Tras esa reunión, apenas había tenido dudas en la justeza y necesidad de la acción, cuando el secretariado le indicó que tenía que preparar la eliminación física de los traidores fraccionarios.

Había localizado al principal portavoz de la fracción, en un puesto de la UNESCO, pero no había conseguido perfilar una rutina del individuo. El partido le había recomendado que alternara con el seguimiento de su segundo de a bordo, un agente chino, según le dijeron, que actualmente era dirigente de la ORT: "El Moro".

Fue fácil dar con él, vivía en la calle Santa Hortensia, cerca de la Avenida de América. Salía temprano, todos los días a las 7.30, y por la noche bajaba la basura a la calle.

Hacía poco que el partido le había dado las últimas instrucciones: sería contra el Moro. Tenían que hacerlo desaparecer de forma transparente. Sin algarabía. Nadie debería saber qué podría haber sucedido. Como Pertur<sup>28</sup>, secuestrado, muerto y enterrado. Y el comando lo formarían: Boronat, Eusebio y él.

Ambos le merecían su confianza, cada uno con su particularidad. Boronat haría lo que le mandara el partido, no titubearía en el momento decisivo, pero en cambio carecía de dotes organizativas. Eusebio, al contrario que Boronat, probablemente se cuestionaría la acción,

---

28. Eduardo Moreno Bergaretxe, *Pertur*: Eduardo Moreno Bergaretxe, dirigente de ETA político-militar. Postuló por su transformación en un partido político. Desapareció en San Juan de Luz, Donibane Lohizune (Ipar Euskal Herria) en 1976.

probablemente vacilaría, pero era el único capacitado para organizar los pormenores que iban a hacerla posible.

Preparó bien las reuniones que, por separado, iba a celebrar con ambos para proponerles la acción. Era muy importante dotarlas de fuertes argumentos ideológicos que la justificaran. Centró su discurso en la denuncia de los elementos fraccionales como agentes liquidadores del partido. Sus discrepancias, planteadas en la conferencia de junio, no eran en el fondo tales, sino simples excusas que derivaban el debate a la desaparición misma del partido como vanguardia del proletariado. La aceptación de la farsa electoral, la disolución del sindicato de clase revolucionario, para integrarse en CC.OO. junto con los bonzos sindicales, el abandono de la alternativa republicana diferenciada, para acabar aceptando la legalización tolerada como el resto de los grupúsculos chuffas. Todo era una entrega. El fin de los principios.

Boronat y Eusebio, tras las reuniones que mantuvo con ambos, aceptaron participar en la acción.

Como gatos en el Foro, a las tres de la mañana merodeaban por los Carabancheles, escudriñando en las solitarias aceras una furgoneta adecuada para su finalidad.

Esta vez, Ramiro era uno más. Nunca antes había participado en el robo de un vehículo. Su inteligencia dejó a Eusebio liderar el grupo. No tuvieron suerte esa noche. Se retiraron a las seis, en cuanto los barrios obreros despertaron.

En la noche siguiente acertaron. Una DKW blanca, grande, con doble portón trasero, que Eusebio abrió fácilmente utilizando la punta de un destornillador como llave.

A partir de entonces se hizo acompañar por Eusebio en la vigilancia al Moro. Apostados discretamente en la furgoneta, observaban sus movimientos a primera hora de la mañana y a últimas de la noche, cuando éste bajaba a tirar la basura. Juntos decidieron que lo harían por la noche. No habría tránsito, para pasar mejor desapercibidos, y el poco tráfico les permitiría abandonar rápidamente la zona. Aparcarían la furgoneta junto a los contenedores, le obligarían a subir y le meterían un tiro al arrancar.

Les haría falta un cofre grande para ocultar el cuerpo y un lugar donde enterrarlo.

Comenzaron a investigar las vías de escape con salida a la cercana Avenida de América y por su prolongación, la carretera de Barcelona, buscaron el lugar del enterramiento. Por su primer desvío a la izquierda, en dirección a Paracuellos del Jarama encontraron el paraje adecuado, al final del primer camino de tierra a la izquierda, junto al lecho del río. Se encontraban cerca de las pistas del aeropuerto de Barajas. Tardarían como mucho quince minutos en llegar. Suficiente, en el caso de que tuvieran problemas y alguien pudiera avisar a la policía.

El río Jarama hace en ese rincón un meandro y la tierra es blanda y arenosa, fácil de excavar. Con la frondosa vegetación de la ribera, la furgoneta quedaba fuera de la vista del camino. Cavaron con palas hasta dejar terminado un foso rectangular, suficiente para enterrar el baúl con su contenido.

Estaba todo preparado. Eusebio había ensayado la salida a conciencia, repitiendo varias veces el recorrido. Quedaron para hacerlo la noche del siguiente miércoles, el doce de octubre.

Aparcaron la furgoneta en batería, con los portones junto a la acera, frente a la tapia del solar en el cruce con Clara del Rey. En el pequeño parque que les quedaba a la derecha había varias personas paseando a sus perros. Discutieron la probabilidad de que pudiesen darse cuenta de la acción, pero decidieron continuar. Habían estudiado bien los movimientos. Eusebio se quedó al volante, en la cabina sin bajar a la calle. Boronat, oculto en la caja abriría los portones cuando Ramiro, que quedó apostado en la calle, golpeará dos veces en el lateral en cuanto lo viera acercarse. Entre los dos, encañonándolo, tienen que meterlo dentro y dispararle cuando Eusebio ponga la furgoneta en marcha. Ambos iban armados con las Llama del 9 corto y Eusebio con la Colt del 45.

Esperaron un par de horas en vano. El Moro no apareció. Decidieron cambiar el plan y hacerlo a la mañana siguiente, cuando con toda seguridad saldría para ir al trabajo.

Esta vez aparcaron un poco más arriba de la calle, en el principio de la tapia del solar, fuera del parque.

Todo sucedió muy rápido. Ramiro no lo vio llegar hasta que lo tuvo casi encima. Dio los golpes y Boronat abrió bruscamente los portones. Ramiro ya lo sujetaba del brazo derecho y encañonaba su cabeza. Boronat lo asió del brazo izquierdo y trataron entre los dos de meterlo en la furgoneta. Gritaban todos a la vez. El Moro se revolvió como un toro, zafándose de la sujeción de ambos.

Ramiro comenzó a dispararle en la cabeza, dos segundos antes que lo hiciera Boronat.

No hubo impactos. No hubo balas. A cada disparo, el pelo del Moro se apartaba bruscamente hacia los lados, abriendo una coronilla, como si le estuvieran soplando aire a presión. Vaciaron los dos cargadores sobre él pero no pasó nada. No salieron proyectiles de las pistolas.

Ramiro y Boronat permanecieron unos segundos atónitos, los mismos que el Moro aterrado, inmóvil, los mismos que Eusebio apuntó al Moro con su Colt 45 desde el asiento del conductor. En un segundo apuntó y en el siguiente decidió no disparar.

El Moro echó a andar calle abajo, dando tumbos conmocionado.

Ramiro y Boronat subieron a la furgoneta y Eusebio los sacó del lugar. Eran los únicos que se movían, los numerosos transeúntes que contemplaban la acción se habían quedado inmóviles.

–¡Qué ha pasado! ¡Qué coño ha pasado! –gritaba Ramiro golpeando los puños contra el baúl.

–¡Le he metido seis tiros en la cabeza!

–No me lo explico –dijo Boronat–. Yo también le he metido cuatro o cinco.

Eusebio supo de inmediato lo ocurrido. Ya en otra ocasión pasó lo mismo. Habían robado un coche en Valencia, y él estaba enseñando a conducir a los otros del grupo, en los primeros tiempos, por el 74, cuando los grupos se llamaban Grupos de Combate del FRAP. Se encontraban en un descampado, en el extrarradio y llegó el dueño del coche con una pandilla de camioneros amigos suyos. Se pusieron a repartir hostias. A Eusebio lo sujetaban entre dos y le gritaba al responsable del grupo:

–¡Saca la pistola y mételes un tiro!

El responsable sacó la pistola y empezó a disparar...Nada. Aire. Lo suficiente para que lo soltaran, aterrados los hombres, y pudiera escapar.

Habían recuperado la pistola de un viejo sereno, asaltándolo en un portal de madrugada.

Quitaban la pólvora de las balas para no matar a nadie. Llevaban la pistola simplemente para intimidar.

Lo mismo que los empleados de la SALTUV:

–Vacían la pólvora de los cartuchos para no matar a nadie –les dijo Eusebio, alzando la voz para que le escucharan.

Tomaron el hábito de verse en los papeles. Comparar la realidad vivida con la ficción periodística, convertida en realidad para el resto del mundo, les resultaba imprescindible. No verse reflejados en la prensa era como no existir.

Buscaron ávidos, a la mañana siguiente, la noticia en los periódicos y allí estaban, con titulares:

### **Atentado contra un militante de la ORT en Madrid**

*El País* - España - 14-10-1977

...Un individuo disparó contra él ocho veces, aunque una sola de las balas lo alcanzó en la región temo parietal, por lo que sufre herida en el cuello cabelludo. La agresión por arma de fuego provino de unos desconocidos que huyeron en una furgoneta. Según los testigos, la persona que disparó era un joven rubio de unos veinte años...

–Ya ves, un individuo rubio de veinte años y ocho balas. Solo falta que den el carné de identidad. Me sigo sin explicar lo que pasó, cómo pudimos fallar –dijo Ramiro, dando un manotazo al periódico.

–Yo también fallé, si he de serte sincero, no pude disparar –dijo Eusebio, después de leer el periódico.

–Tú no tenías que hacerlo –le contestó Ramiro.

–Cogí la yanqui en cuanto vi que teníais problemas, cuando el Moro se os revolvió. Le apunté, pero no pude disparar. Le hubiera dado con toda seguridad, soy muy buen tirador. Pero no pude hacerlo. Todo fue muy rápido.

—Eso no importa. No estabas mentalizado. Lo importante ahora es descubrir que pasó con las pistolas. Por qué no dispararon.

—No dispararon porque las balas no llevaban suficiente pólvora. Las habían vaciado. El error fue no probarlas antes, nos hubiéramos dado cuenta al dispararlas.

Eusebio le contó lo sucedido en Valencia, cuando la pistola del sereno no disparó. Ramiro no se quedó muy convencido:

—¿Quién tenía las armas? —le pregunto Ramiro, con una intencionalidad clara.

—Las tenía el Boro, en casa —le contestó Eusebio. Él se encargó de traerlas.

Ramiro torció el gesto, llevando la cabeza a un lado y frunciendo el ceño. Había citado a Eusebio a solas. Estaba decidido, con el acuerdo del partido, a darle la responsabilidad de la organización de los grupos. Se lo propuso:

—No lo veo bien —le contestó Eusebio—. No es que no esté de acuerdo, pero un responsable debe de ser autorizado por su célula. Los ces me ven como un chófer, un buen conductor. Sé que confiáis en mí, sabéis que os voy a sacar siempre de cualquier situación. Esto mismo, esta confianza, es la que debe suscitar un responsable en todo momento.

—¿Y Vivó, qué te parece?

—Me parece que no tiene ambición. Cumple lo que le dices, pero no va más allá. No tiene iniciativa.

—Eso mismo pienso yo —dijo Ramiro—. Respóndeme a la propuesta: ¿Vas a ser el responsable?

—Sí, pero antes tengo que conseguir el respaldo de los camaradas. Marcos ha visto ya algo importante, un furgón blindado en el hipermercado Jumbo, déjame que lo prepare con él y que encabece la acción.

—¿Aceptas o no? Lo tienes que decidir ahora mismo —exigió Ramiro, con firmeza.

—Acepto —le contestó Eusebio.

—Bien, me alegro. Ponte a pensar en cómo organizamos a toda la gente que tenemos, contando con Koldo, que conduce, con Danielle que va a llegar pronto y con la compa del Boro.



-A primera vista se ve claramente que no podemos estar todos en el mismo grupo, somos demasiados y con distintos niveles. Hay que dividirlo en dos. Uno, digamos, duro, para acciones de envergadura y el otro menos experto. Aún así, hará falta más gente para mantener dos grupos, que se vayan fogueando. Lo voy a pensar bien y te doy un plan en un par de días.

Eusebio tenía las ideas claras: el, Marcos y Boronat eran un buen grupo, todos expertos. Faltaba un buen conductor: Koldo. El otro grupo tenía que estar completamente separado del primero, pero faltaba un chófer y al menos otro militante hombre. Vivó no podría actuar con tres mujeres. Llamarian demasiado la atención. No existían grupos de delinquentes mujeres. Sería como llevar la etiqueta: políticos.

## 10

María se encontraba bien con Vivó. El amor que había sentido por Ramiro se apagó un día de pronto. Después de un año de incertidumbres, ese día decidió que ya no le amaba. En el fondo no compartían nada, a pesar de militar en el mismo partido. Comprendía las idas y venidas de su compañero, su reserva sobre la tarea, pero no su indiferencia hacia ella y su trabajo. Percibía que no se consideraban iguales, se encontraba disminuida frente a él. Este sentimiento le hizo desprenderse del amor que le profesaba. Chocaba contra sus principios y considerarse revolucionaria consistía en mantenerlos por encima de cualquier atracción.

No le costó romper con él. No tuvo ningún sentimiento de culpa, ni pesadumbre, ni desamor. Estaba convencida que debía ser así.

Vivó, que en principio le pareció un hombre rudo, era tierno, comprensivo y camarada. No alardeaba de su puesto y compartía con ella las tareas. En las horas que pasaban juntos en las vigilancias a los supermercados, fueron intimando y se sintieron a gusto el uno con el otro.

Al salir del piso de Quintana se habían instalado en casa de una pareja de simpatizantes, hasta que pudiesen alquilar uno para ellos, y pasaban gran parte del día en la calle, preparando acciones. Vivó le había hecho

perder el miedo que sentía al principio de su incorporación a los grupos. Ahora estaba deseando entrar en acción.

Tenían muy preparada una expropiación en un Simago, por el barrio de Campamento, frente a la estación del suburbano. Habían entrado varias veces a comprar y observado que las cajeras llevaban los billetes a la oficina en cuanto tenían una buena cantidad. Ella entró en esta con la excusa de pedir trabajo, y vio la caja fuerte entornada. Había un vigilante en la puerta uniformado, pero no iba armado. Cerraba y abría la puerta para que saliesen los últimos clientes, cuando terminaban la jornada por la noche.

Tenía fácil salida, directa al Paseo de Extremadura, pero era necesario contar con un coche.

Hacia un mes que no veía a Eusebio, desde el 27 de septiembre, cuando tuvieron que salir corriendo del piso de Quintana. Lo encontró cambiado, más serio por la ropa que llevaba: americana de vestir, camisa y corbata.

Estaban en una cafetería, en la Glorieta de Bilbao, Ramiro les había pasado una cita, como siempre sin decirles el motivo. Eusebio apareció con otro camarada, que presento como Koldo:

–El camarada será el conductor del grupo –dijo Eusebio señalándolo– y yo vuestro responsable. Estamos en una nueva fase y el partido ha considerado que yo lo sea. Pero quiero saber vuestra opinión.

–Yo lo veo bien, te conozco hace tiempo –asintió María–. Que digan algo los demás camaradas.

Vivó y Koldo asintieron con la cabeza, sin decir una palabra.

–Bien. Lo primero que vamos a hacer es procurarnos un vehículo y preparar a conciencia la acción del Simago. Saldremos los cuatro a buscarlo mañana por la noche.

María informó con detalle de lo que tenían pensado:

–Tenemos que entrar los cuatro al supermercado, el primero en entrar sorprende al vigilante y lo mete adentro, otro se queda en las cajas y yo y Vivó nos vamos a la oficina por el dinero de la caja, que es donde está todo. Lo que quede en las cajas no vale la pena llevárselo, es perder el tiempo.

—Koldo será el conductor. Yo entraré el primero, neutralizaré al vigilante y me quedaré con él, delante de las cajas —dijo Eusebio, y señalando a los otros—, vosotros entraréis inmediatamente después. Koldo se quedará conmigo, controlando al personal y vosotros dos os vais directos a la oficina.

—Koldo tendrá que salir antes, si va a conducir el coche —dijo María.

—Koldo sale primero, después salís vosotros con la varilla y yo el último, cuando ya esté el coche en marcha. Lo esencial es tener el coche aparcado en el lugar adecuado. Tendremos que ir a verlo todo de nuevo y hacer un ensayo.

—Habrá que dejar el coche en doble fila. ¿Habéis controlado el paso de lecheras? —dijo Koldo.

—No, en doble fila no se puede dejar —dijo Eusebio—. Nos arriesgamos a llamar la atención. Es preferible aparcarlo cerca, aunque sea en otra calle. Ya lo estudiaremos. Otro tema importante es el de las pistolas, tenéis que aprender a usarlas. Las que tenemos son un poco complejas y debéis conocerlas. Saldremos al campo a probarlas.

María estaba excitada. La reunión con Eusebio le había sobresaltado. Robar el coche, el atraco, las pistolas, encogía su estomago de desasosiego y al mismo tiempo encendía en ella el deseo de la acción, la codicia de tomarlo de inmediato.

La siguiente noche salieron a la busca. Koldo prefería un 124 o un catorce-treinta, los más rápidos de los utilitarios. Ya tenía experiencia en esos coches.

No tomó demasiadas precauciones, se fue a por el primero que vio. Apoyó a María en el coche, junto al ventanillo triangular delantero, la abrazó simulando una pareja amorosa y mientras, forzó el pasador de la ventanilla. Metió el brazo por ella y abrió la puerta. Mientras tanto Eusebio y Vivó vigilaban de cerca.

María lo sintió próximo, apretado contra ella. Era un hombre joven, guapo de facciones simpáticas, moreno de cabello ensortijado y muy atlético. Koldo, en los cuatro años que pasó en Carabanchel tuvo tiempo de muscularse en el gimnasio.

Hizo el puente fácilmente, rompió el seguro del volante y salieron los cuatro sin más complicaciones. La gente que pasaba por la calle ni se dio cuenta, o miró para otro lado.

Salieron por la carretera de Burgos hacia Guadalix de la Sierra, con el 1430, con objeto de probar el coche y las pistolas. Koldo conducía el coche:

–No vayas deprisa, si no es necesario –le dijo Eusebio–. Incluso si debes conducir muy rápido trata de hacerlo sin llamar la atención. No te cambies bruscamente de carril, no hagas zigzag, prevé las maniobras con antelación. Tienes que hacerlo como un mago, que hace sus trucos sin que los observen. Conducir es igual. Nadie debe imaginar que llevas un coche robado a la fuga.

Pararon y anduvieron por el monte un trecho hasta encontrar el lugar adecuado:

–Este arma es una Llama 380, automática del calibre 9 mm corto –dijo Eusebio, mostrando la pistola–. El cargador carga siete balas. Mirad cómo se saca.

Eusebio apretó el botón que se encuentra tras el guardamonte, extrajo el cargador y sacó las balas.

–Ahora, poned las balas otra vez y colocad el cargador en su sitio.

–No se irá a disparar –dijo María, una vez hubo colocado el cargador.

–No te preocupes, esta pistola no se puede disparar sin meter una bala en la recámara, de forma manual. Es su inconveniente, mirad:

Eusebio tiró de la corredera hacia atrás, volvió esta adelante por efecto del muelle, apuntó a un pino e hizo un disparo contra el árbol.

–Una vez hemos hecho el primer disparo, por el retroceso del arma se mete otra bala en la recámara de forma automática, no hay que volver a tirar de la corredera. Lleva tres seguros –dijo mostrándolos–, el seguro de empuñamiento, en la parte posterior de la empuñadura, de forma que si no la tienes en la mano no se puede disparar. El seguro de la corredera, para retenerla y poder sacar la bala de la recámara y el seguro del martillo, que es el que hay que poner siempre, una vez que tenemos bala en la recámara, para que no se dispare accidentalmente y que hay que quitar para disparar.

Dispararon cada uno varias veces. Practicaron con el arma hasta tomar confianza con ella.

Tuvieron suerte, Koldo estacionó el coche en la misma acera del Simago, tres coches antes de la misma puerta. Eusebio se situó junto a la puerta, bien vestido, en trance de esperar a alguna persona que permanecía adentro. Koldo, cerca de él, apoyado en la pared y Vivó y María separados unos metros, disimulando cogidos del brazo.

Todos permanecían atentos a Eusebio. En un momento se acercó al vigilante, como para hacerle una pregunta, le metió discretamente la Colt contra el estómago y lo empujó hacia adentro. El vigilante vio el enorme pistolón, lo sintió y supo que no tenía que hacer nada. Se dejó llevar dócilmente.

Entró Koldo detrás de él y seguidamente Vivó y María, que rápidamente se fueron hacia la oficina. Nadie se movió. Una cajera miraba a Eusebio, fascinada, sin poder apartar la vista, casi sonriéndole.

La caja fuerte se encontraba abierta, con el dinero ya preparado envuelto en bolsas de plástico. En cuanto Vivó y María abandonaron la oficina, Koldo salió a la calle, se fue hacia el coche y lo preparó para marchar. Seguidamente, salieron Vivó y María. Eusebio quedó solo controlando al personal del supermercado.

–¡Métanse todos en las oficinas! –les gritó a los empleados, intimidándoles con la pistola-. ¡Venga rápido!

Se fueron todos hacia el fondo, y antes de que entraran en las oficinas, Eusebio ya había desaparecido.

–¡Dos kilos! –dijo Ramiro, tras leer el recorte del periódico<sup>29</sup>.

–Un poco más, casi dos y medio –puntualizó Eusebio, entregándole la bolsa que llevaba-. Esta vez no se han inventado nada, está casi tal cual.

–Lo peor es que identifican a una mujer. ¿No podéis hacer algo para disimularla? –apuntó Ramiro.

–No sé, está difícil –le contestó Eusebio-. Lo que más me mosquea no es eso, es lo que dicen de que no saben cómo nos fuimos, cuando es evidente que alguien nos tuvo que ver salir y subir al coche.

29. *El País* - Madrid - 10-11-1977.

—¿Y al grupo, cómo lo has visto? —preguntó Ramiro.

—Muy bien, muy compenetrados. María se ha portado muy bien. Daba la impresión de que lo hubiera hecho toda la vida. Y Koldo también muy bien. Se hizo un catorce treinta en un momento y conduce bien, con aplomo.

—¿Y tú, que tal?

—Muy bien —contestó Eusebio—. En realidad es lo mismo que he hecho siempre, aunque antes de chofer. El mecanismo de la acción es el mismo, con otra función. Pasas el acojono, los nervios, en un primer momento y en cuanto empieza la acción, haces tu trabajo tal y como lo habías imaginado.

—Claro, es así. Todo eso que me dijiste de la falta de confianza, son figuraciones tuyas —Ramiro hizo una pausa—. Ahora tienes que incorporar a Danielle, Berta se va a llamar de nombre de guerra, y a la Gordi, la compa del Boro.

—No pueden estar las tres ces en el mismo grupo. Serían el grupo “Las Amazonas”. Hace falta más gente, dos o tres. El grupo de Vivó, como te he dicho, está muy bien. Yo incorporaría a una de ellas al grupo, la que mejor cuadre, y formaría otro grupo, de pruebas, para acciones fáciles, para que la gente se vaya fogueando.

—Ya hay varios candidatos para entrar. Aceleraré su incorporación. Tienes que recoger a Danielle el lunes que viene. He montado la cita en la misma calle Atocha, frente a la estación. Hay que buscarle un sitio, de momento con los otros ces.

—¿Tú no vas a verla? —preguntó Eusebio.

—No. No es conveniente. Tú eres su responsable y no tiene por qué saber que yo estoy por aquí.

Una vez más Ramiro sorprendió a Eusebio, que tenía la certeza de que algo había entre ellos.

Danielle llegó a la estación de Atocha de Madrid el lunes 14 de noviembre de 1977. El trajín de ésta, sus detalles constructivos, la fisonomía de las gentes, sus caras, sus tipos, sus ropas, le dijeron que se encontraba en un lugar diferente de todo lo que hasta el momento había conocido. Al salir al exterior y darse de bruces con el excaléstric de la Glorieta del Emperador Carlos V, el monstruoso laberinto elevado de hormigón, rozando las austeras casas castellanas de la ronda de Atocha, quedó con la boca abierta del asombro. A un lado los modestos edificios techados de tejas del Paseo de Delicias, al otro la grandeza del Paseo del Prado. El palacio del Ministerio de Agricultura frente a las grasientas freidurías populares de la esquina de la calle Atocha.

Todo repleto de vida. Las gentes se apretujaban en las aceras, en las bocas del metro, en los bares. El ruido que producía todo el conjunto, el tráfico y la gente no lo había oído nunca.

Como en un sueño, esa visión que se goza cuando se entra en la gran ciudad desconocida, cruzó la ronda y buscó el número 120 de la calle Atocha. Era una de las grasientas freidurías y no se resistió al penetrante olor de los calamares rebozados, entre el pan, y a una caña de cerveza por 25 pesetas. Lo que costaba un demi panaché en Montpellier.

Eusebio llegó puntual. Se abrazaron fuertemente después de los tres besos tradicionales:

–¡Estamos en España! –dijo Eusebio.

–¡Sí, qué bien!

Encontró a Eusebio muy cambiado, sin las gafas, con bigote, el pelo corto, las ropas conservadoras, se confundía con la masa transeúnte.

–Aquí es distinto, no podemos llamar la atención –le dijo, mostrándose con las manos abiertas–. Tú vas a ser Berta, es un nombre compatible en varias lenguas. Te vas a instalar en el piso de un camarada, de forma provisional. Ahora te lo presentaré, hemos quedado dentro de una hora. Yo no tengo que saber dónde vives, debemos llevar unas normas de seguridad muy estrictas.

Danielle no pudo resistir la pregunta que le rondaba durante todo el viaje:

–¿Y Ramiro?

–No lo sé –respondió Eusebio y recapacitó, pensando que no podía engañarla:

–No te lo puedo confiar, en todo caso, no estará en contacto con nosotros. No creo que lo puedas ver.

Quedó desilusionada. Ramiro no era la razón de su decisión, pero siempre contó con verlo. Su noche con él en Barcelona había estado presente en su recuerdo durante todo este tiempo.

–Tienes que cambiar de aspecto, arreglarte de forma que pases desapercibida. Lo más normal posible –dijo Eusebio, señalando al entorno.

Le dio la razón. Con su aspecto no pasaba desapercibida. Rubia intensa, con las guedejas de la melena sobre el tres cuartos de lana andina, la falda larga y las botas con piel de borrego, iba proclamando su condición de gauchista. Empezaba a comprender que no estaba jugando a los radicales. No se sintió mal, era lo que esperaba.

Bajaron al subterráneo, sucio, empapelado de carteles a medio arrancar. Le asombró la proliferación de partidos y sindicatos. Eusebio le iba explicando: trotskistas de la Cuarta Internacional, trotskistas disidentes, maoístas, revisionistas, la AOA, el CSUT, el SU, la CNT, PCE(i), LCR, LC, ORT, PTE, MCE, PCOE,...

–La sopa de siglas –dijo Eusebio-. Había tanta hambre que todos y todas han acudido enfebrecidos a afiliarse a los partidos políticos. Es la *grande bouffe* tras la hambruna pasada.

–Pero quizás olviden que la revolución del hambriento termina en la primera panadería, una vez saciada el hambre –apuntó Danielle.

Volver al olor peculiar de los túneles del metro, a los vagones desvenecijados, los mismos del metro de París, le traían los recuerdos del 68.

–Es la línea más antigua, la uno. Bajamos en Sol y cambiamos a la tres, a Moncloa. Allí nos espera el camarada.

Koldo era guapo, risueño y amable. Le cayó bien al instante. Hablaba un poco de alemán, que usaba para hacer gracias, parodiando la lengua. Decidieron hablarse en español, que ella ya dominaba bastante bien, y



quería hablarlo con perfección. La llevó a un piso antiguo en la calle Fernández de los Ríos, en la última planta de un edificio de ladrillo rojo vahído del tiempo, sin ascensor. Compartía el piso con otro joven estudiante y quedaba una habitación para ella. Una alcoba triste, oscura a un patio interior, la pintura de la pared, de polvo azul claro abigarrada en capas sucesivas, desconchada. Los muebles oscuros, antiguos, de mal gusto modesto. Un armario, una cama individual con cabecera aparatosa, una mesa de estudio con estantes y una silla.

Koldo le contó historias toda la noche. Ella escuchaba fascinada: La mani del 73, la detención en la DGS, las torturas, la cárcel de Carabanchel.

Ella le interrumpía, para preguntar detalles:

—¿Y a los camaradas fusilados, tú los viste?

—No, nosotros estábamos en la sexta galería, la de los políticos, que éramos unos cien. A ellos los llevaron a las celdas del reformatorio. Pero nos contaban cada paso que daban. Yo me los imaginaba, porque, hasta que cumplí los dieciocho estuve en ese módulo, lo conocía bien. La nuestra era una galería de plantas individuales, no como la tercera o la séptima que eran de patio interior, como en las películas de cárceles americanas. Todas las galerías daban al centro, era como una araña, con el cuerpo y las patas. El 26 por la tarde los pasaron a jueces y uno del PCE que estaba en la puerta de la sexta les vio pasar. Estaban todos los funcionarios en el centro. Luego los bajaron a las celdas de los preventivos, que estaban en un sótano, cerca de la entrada. Allí pasaron las últimas horas. La noche del 26 al 27 de septiembre nadie durmió. Los mismos funcionarios nos iban contando lo que estaba pasando. Cuando los sacaron para fusilar, de madrugada, toda la cárcel cantó la Internacional, hasta los presos comunes.

—¿Los fusilaron allí mismo, en el patio?

—No, los llevaron al campo de tiro de Hoyo de Manzanares, en la sierra. Les fusilaron uno tras otro, con saña. Les dispararon a la cara. Me contó la hermana de Sánchez-Bravo<sup>30</sup>, que siempre le ha quedado la incertidumbre de si se llevó el cuerpo de su hermano o de otro. Ella estaba en la ermita, arriba del campo de tiro, con Fernando Salas, un

---

30. José Luis Sánchez-Bravo Sollas, Humberto Baena Alonso y Ramón García Sanz, militantes del FRAP, fueron fusilados el 27 de septiembre de 1975.

abogado, y el padre de Baena. Fueron oyendo las descargas, una tras otra, imagínate cómo lo pasaron. Al rato subieron los cuerpos. Estaban tirados de cualquier manera en la trasera de un jeep de la guardia civil, metidos en los sacos negros inundados de sangre y ella no supo distinguir a su hermano. Se llevó el cuerpo del que le dijeron que era.

Durmió hasta bien entrada la mañana. Salió luego, tenía cosas que hacer: ir a la peluquería y comprarse ropa.

## 12

Boronat fue quien planteó el asalto a la armería, como primera acción del grupo recién creado y del cual se había hecho cargo como responsable. Su propuesta fue aceptada en tanto que necesitaban más armas y sobre todo munición.

La armería ocupaba un local pequeño, familiar, en la calle Reyes, muy próxima a la Plaza de España, casi pegado a la torre que preside la plaza en su fondo. Se podía aparcar bien en la puerta, en doble fila y sólo había un empleado en la tienda.

Era una acción que él consideró sencilla, sin riesgo y apropiada para probar a los nuevos, Néstor y Machado, ambos muy jóvenes, procedentes de las nuevas hornadas de militantes, organizados recientemente y ajenos a la etapa anterior. Néstor era decidido, mostraba ambición para asumir acciones de riesgo y sabía conducir, pese a su juventud. Tenía apariencia de estudiante bien vestido y no despertaría sospechas al volante del automóvil. Machado aparentaba ser obrero, habitante de algún barrio del extrarradio, Villaverde quizás, muy alto y flaco, con melena oscura y ropa característica de la juventud de su entorno: vaqueros estrechos, bambas y camiseta negra.

Al grupo incorporó a su compañera, Celia. Ella había insistido y él no consideró ningún inconveniente, al contrario, estaba orgulloso de que ella militara a su nivel.

Koldo instruyó a Néstor como hacerse con un coche. Harían la acción el viernes, a última hora de la tarde. Néstor se quedaría en la calle, dentro del coche y entrarían los tres.

En cuanto Boronat vio que Néstor aparcó frente a la puerta, entró decidido en la armería. Machado y Celia bajaron la persiana metálica del exterior al entrar, de forma que la tienda parecía estar ya cerrada.

Boronat se puso nervioso. Una vez dentro, la acción no le pareció tan fácil. Estar rodeado de tantas armas le producía intranquilidad. Gritó más de la cuenta al dirigirse al empleado:

–¡Levanta las manos y sal del mostrador!

De pronto, se abrió la puerta que había al fondo del local:

–¡Qué pasa aquí! –gritó el hombre que acababa de asomarse, ya saliendo.

Machado actuó con rapidez, corrió hacia él y encañonándole lo empujó hacia el cuartito que servía de almacén. Dentro encontró a un tercer hombre que levantó las manos, asustado. Celia llevaba un revólver en la mano, pero permanecía ausente. No sabía lo que tenía que hacer. No estaba previsto que hubiera más gente. Ella sólo tenía que cargar las armas en el coche, envueltas en los plásticos negros que llevaba en una bolsa de viaje.

Boronat condujo al empleado al almacén y allí decidieron atarlos a los tres con el cordel de un rollo de embalaje que encontraron dentro. Los hicieron sentar en el suelo, con las piernas estiradas y las manos tras la espalda. Celia los ataba mientras Boronat y Machado los vigilaban.

Al atar las manos del tercer hombre se percató de que iba armado:

–¡Hostia, lleva una pistola! –gritó Celia, retirándose hacia atrás.

Boronat se puso más nervioso:

–¡Hostia, hostia! –repetía.

Machado le abrió la chaqueta, y efectivamente, llevaba un revólver en la funda de sobaquera. Lo desarmó, le quitó la cartera y miró su documentación:

–¡Es policía! ¡Un madero!

–Venga acaba de atarlo, cojamos lo que sea y vámonos –dijo Boronat, gesticulando con su mano libre.

Machado, más tranquilo, empezó a hurgar por los armarios del almacén:

–¡Esto está lleno de escopetas!

Comenzaron a cargar las escopetas del almacén en el coche, que estaban en sus cajas nuevas, sin abrir. Néstor ayudaba en el transporte al maletero del 124.

–No van a caber todas –dijo Néstor–. Las tendremos que meter en los asientos.

Boronat, en la tienda, rompió el cristal del mostrador para hacerse con los cuatro revólveres Llama que estaban expuestos. Les faltaba el tambor. Se fue al almacén y apuntó al que parecía el dueño en la cabeza:

–¿Dónde están las piezas que faltan?

–Están en la caja fuerte –dijo el dueño, señalando con la cabeza hacia un armario metálico.

Lo tuvieron que desatar para que les abriera la caja, donde encontraron las piezas de las armas. Las cogieron todas. Celia volvió a atar al dueño, dejando su bolso descuidado a un lado, a los pies del policía. Le estaba dando la espalda a este mientras ataba al otro.

El policía empujó el bolso con los pies, hasta llevarlo debajo de una estantería, fuera de su vista. Celia, alterada, no advirtió la maniobra del policía y salió a la calle dejando su bolso olvidado.

No se dio cuenta de que le faltaba, hasta que llegó a su casa. Y ya no podía volver a por él.

Celia ya había sido detenida cuando Eusebio y Boronat estaban comentando la noticia que traía el periódico de la mañana<sup>31</sup>. En el largo artículo, contradictorio con el suceso, atribuían el asalto a delincuentes comunes y minimizaba los resultados. Según la prensa, sólo se habían robado seis escopetas. Por supuesto ocultaba que hubiera habido ningún policía por medio.

–¡Seis escopetas! ¡Han sido cuarenta y además cinco pipas! –dijo Boronat–. Mira en la mariconera, qué regalo te he traído.

Le pasó a Eusebio el bolso de mano con el revólver dentro. La pistola del policía. Un revólver Rubi de cañón corto de 2 pulgadas, del 357 especial, nuevo, brillante, precioso.

Boronat estaba eufórico. Contó toda la aventura, sin olvidar el descuido de Celia.

31. *El País* - Madrid - 26-11-1977

—No llevaba nada en el bolso. Solo una cartera con dinero, pero sin documentación. Las llaves de casa y poco más.

—No sé, no me cuadran muchas cosas de la noticia que publican. No dicen que hubiera una mujer, ponen al policía como empleado... Tapan la acción.

—Es normal —contestó Boronat—, igual no pueden tener tantas armas almacenadas. Y dicen que robamos seis repetidoras, lo cual es verdad, porque la mayoría es de esas de caza de dos cañones. Además, tenemos las Llamas y un montón de cajas de balas, del 38, del 9 corto y del 12.

—¿Y Celia que ha hecho? —preguntó Eusebio preocupado—. Tendréis que tomar medidas inmediatas.

—Se ha ido a trabajar esta mañana, temprano. Ya te he dicho que no llevaba nada en el bolso.

Celia trabajaba de empleada de hogar en una casa particular. Le abrieron la puerta dos policías de paisano cuando llamó al timbre. La estaban esperando. En el bolso olvidado llevaba una agenda de teléfonos, entre los cuales estaba el de la señora que la empleaba. La policía había comprobado los teléfonos de la agenda hasta dar con ella.

La esposaron allí mismo, en el rellano, con las manos por delante sobre las que un policía puso una gabardina. La subieron al asiento trasero de un 127 blanco, sin identificación visible y se la llevaron a la comisaría de policía de la calle Leganitos, a la que correspondía el caso.

Celia estaba derrotada. Trataba de dar marcha atrás al tiempo. Podría haberse acordado del bolso en su momento. Estaba tan mal consigo misma que decidió no decir ni una palabra en el interrogatorio. Ni su nombre. Era lo que el partido siempre había dicho: si empiezas a hablar ya no hay forma de parar. Los demás no iban a pagar por su torpeza.

Entraron en el edificio de la comisaría por el sótano del aparcamiento, con el coche. Un edificio nuevo, de piedra gris como el uniforme del policía armada que les levantó la barrera al entrar. La subieron en el ascensor a la segunda planta, sin decir ni una palabra. Los policías apenas habían hablado, simplemente un:

—Vas a acompañarnos a comisaría.

Celia ni respondió. Ya sabía por qué la llevaban.

Le hicieron entrar en un despacho diminuto, donde había una sola mesa. Un inspector estaba sentado tras de ella. Delante de la mesa dos sillas vacías. La sentaron en una silla que quedaba fuera de la mesa, en el rincón de detrás de la puerta.

–Ésta es la de la armería de Peñuelas –dijo uno de los policías dirigiéndose al que estaba sentado tras la mesa.

–Dile a Paco que venga –le mandó el inspector.

Salió uno de los policías mientras el otro se sentó en una de las sillas, volviéndola hacia Celia. Nadie decía una palabra. Esperaban a Paco.

Apareció el policía que se encontraba en la armería durante el asalto:

–¡Hombre! ¡La puta madre que te parió!

Le pegó dos puñetazos seguidos en la cara. Celia se tapó la cabeza con las manos esposadas. Entre los dos policías le sujetaron los brazos, mientras Paco le pegaba con las dos manos:

–¡Ahora me vas a decir dónde está mi pistola!

No le sacaron nada. Ni su nombre. La tuvieron que identificar por las huellas dactilares.

Al no establecerle ninguna relación con grupos políticos no se hizo cargo de ella la Brigada Político Social, la BPS, el cuerpo represivo modelado por Himmler<sup>32</sup> en 1940. No le aplicaron, por tanto, la Ley Antiterrorista que permite mantener los interrogatorios durante 10 días.

Ingresó en la cárcel de mujeres de Yserías, como presa común, el 28 de noviembre de 1977, a las 72 horas de su detención, después de pasar por las Salesas, acusada de atraco a mano armada.

La caída de Celia había sido tan rápida que apenas les dio tiempo a tomar medidas de seguridad. Boronat y Marcos no durmieron esa noche en el piso de Berruguete, donde vivían con ella. No tuvieron conciencia de que algo pasaba hasta bien entrada la noche y salieron precipitadamente, cuando comprobaron que Celia no llegaba, sin limpiar el piso.

---

32. Heinrich Himmler: Comandante Jefe de la SS y Ministro del Interior del nazismo, responsable del exterminio, visitó España en 1940. Estableció un tratado de colaboración con la GESTAPO, formando a la policía española a su imagen. Creó también los campos de exterminio franquistas.

Cuando pudieron ponerse en contacto con Ramiro, a través de Eusebio, Celia ya estaba en Yaserías.

–Yo me ocuparé de buscar un abogado que contacte con ella –dijo Ramiro–. A los únicos que conoce es a vosotros dos. No volváis por el piso, por si acaso y extremar las medidas de seguridad. Comprobad siempre si os siguen y vigilar las citas.

–A mí también me conoce –dijo Eusebio.

–Pero no sabe quién eres. Es difícil que te pueda identificar –contestó Ramiro.

–Yo, conociéndola, estoy seguro de que no va a cantar nada –dijo Boronat.

–Por si acaso. De momento suspendemos las acciones que estaban preparadas, pero seguir trabajando.

Tenían a punto dos acciones casi simultáneas, en la línea que había planteado Eusebio: los transportes de dinero.

La más importante la había preparado Marcos. Era en el Jumbo de la avenida Pío XII, en el barrio de Chamartín. Habían controlado la llegada del furgón blindado que recogía diariamente la recaudación de la gran superficie comercial. Llegaba sobre las doce del mediodía, bajaba un empleado uniformado del coche blindado del Banco de Valladolid, entraba en las oficinas del centro comercial y salía con las sacas del dinero, acompañado por un vigilante armado con un revolver del 38. El blindado se quedaba en la avenida, sin entrar en el aparcamiento al aire libre para los clientes. Recorrían cien metros andando desde la puerta de la oficina al furgón.

La otra acción era del grupo de Vivó, en el centro comercial Galaxia, en Argüelles. Una furgoneta bancaria, sin blindaje, entraba a los muelles de carga, en el sótano del aparcamiento y los dos empleados, armados, recogían la recaudación.

Eusebio decidió que en esta, participara el grupo de Vivó tal cual, sin refuerzos, pese a las reticencias de los otros, sobre todo de Marcos, que desconfiaba de la actuación de las dos mujeres. Era el estreno de Danielle.

En unos días se aclaró la caída de Celia. A través del abogado supieron que ella no había dicho absolutamente nada. Todo quedaba como antes.

María no reconoció en un primer momento a Danielle. Venía caminando con Koldo al lugar de la cita, con zapatos de medio tacón, una falda discreta de color marrón oscuro y un chaquetón de cuadros marrones. Se había cortado y teñido el pelo con tonos rojizos, las puntas del flequillo más largas que el resto, en disminución hasta la nuca. Estaba elegante, seria y formal.

No pudieron evitar reconocerse y abrazarse:

–Ahora soy Berta –le dijo Danielle al oído.

Eusebio también quedó sorprendido al verla tan cambiada. Mientras buscaban una cafetería discreta donde reunirse, María y Danielle, retrasándose del resto hablaron:

–¿Cómo está Ramiro? –preguntó Danielle.

–Hace tiempo que no lo veo. Ya no estoy con él, lo dejamos al poco tiempo de llegar yo a Madrid. Ahora salgo con Vivó y estoy muy bien. ¿Y tú? Ha sido una gran sorpresa verte aquí, y aún mayor en los grupos.

–Tomé la decisión de venirme, igual que tú, me imagino, por los ideales revolucionarios. La revolución está en todas partes y carece de propietario.

Fue por casualidad como descubrieron el transporte de fondos. Iban hacia el metro Moncloa cuando entró la furgoneta bancaria en el aparcamiento del centro comercial Galaxia, cruzándose delante de ellos. Koldo le dio un codazo a Danielle para que se fijara y decidieron investigar.

Bajaron al sótano del aparcamiento al día siguiente, y esperaron la llegada de la furgoneta. Disimularon buscando las llaves de un supuesto vehículo aparcado y observaron sus movimientos. Salían los dos empleados del banco, uniformados y armados con dos pistolas automáticas, que llevaban bien visibles en la funda del cinturón y entraron por una puerta junto al muelle de carga. No esperaron a verlos salir el primer día, por no llamar la atención, aun más cuando no tenían siquiera coche aparcado.

Al día siguiente vieron como entraba en el aparcamiento, desde la calle, a la misma hora, las diez de la mañana. Otro día bajó María al



sótano y otro Vivó. La acción quedó configurada. Aparcarían el coche en el sótano y los sorprenderían cuando salieran con el dinero.

Eusebio comprobó todo con Vivó y dio la conformidad. Era una buena acción. La harían el próximo jueves, 15 de diciembre. Para el lunes 12, tenían el Jumbo.

Se estaban retrasando. Eusebio tenía puesta la angustia en el final de la garganta. Desde la boca del estómago hasta la garganta. Llevaba media hora haciendo el paripé de descargar un carrito de la compra en el maletero del coche.

Habían llegado temprano para aparcar en el lugar adecuado, en el trayecto de los vigilantes cargados con el dinero, de la oficina al blindado. En el extremo izquierdo del aparcamiento, junto al carril libre de salida del centro comercial Jumbo, situado en la avenida de Pío XII, prácticamente junto a la misma puerta de salida.

Koldo esperaba sentado al volante. Marcos y Boronat, cada uno a un lado del trayecto, retirados unos metros del coche.

Eusebio había decidido usar la MP-40, la metralleta alemana. La tenía en el maletero, tapada con las bolsas de la compra, a la espera. Marcos y Boronat llevaban las Llama del 9 corto, más manejables que los revólveres del 38.

Llegó por fin el blindado, aparcando en la avenida, sin entrar en el aparcamiento. Eusebio volvió, a toda prisa, a meter las bolsas en el carrito de la compra para simular de nuevo a un comprador del supermercado que está descargando la compra. Bajó del furgón un empleado, no demasiado joven, camino de la oficina. Pasó por su lado sin reparar ni en él, ni en nada. A su trabajo, a su rutina.

Todavía debía esperar los interminables minutos hasta que saliera con las bolsas de cuero de la recaudación del día anterior, acompañado del guarda de seguridad. En cuanto el empleado desapareció de su vista, Eusebio interrumpió su operación con las bolsas de la compra y observó con detenimiento a Marcos y Boronat, apostados ambos, uno a cada lado del camino de los vigilantes, a escasos metros. Pasaron las ideas por su mente, agolpadas sin relación unas con otras. Valoró la actitud de ambos. Boronat, sereno, recostado en el lateral de un coche, casi parecía

dormirse. Marcos, sin embargo, era una rapaz, con su nariz afilada, escudriñando de reojo la puerta por donde iban a salir, de un momento a otro, los dos vigilantes. Al contemplarlos cercanos sintió disminuir los nudos de su estomago y pensó en quienes serían y cuáles eran sus vidas. Un instante después, consideró que tendría que disparar si el vigilante armado intentaba usar su revólver y se le revolvieron de nuevo las tripas, pero él se sentía, a pesar de las consecuencias, previstas, imaginadas cien veces, dispuesto a hacerlo.

Vio salir inesperadamente al empleado, cargado con sus bolsas, acompañado del vigilante armado del Jumbo. Se agachó sobre el maletero cogió fuertemente la ametralladora con las dos manos, y esperó a que llegaran a unos pasos tras su espalda. Se volvió resuelto y los encañonó:

–¡No os mováis! ¡Quietos!

Los dos vigilantes se asustaron, lo decían sus expresiones, manteniéndose inmóviles mientras, Marcos le quito rápidamente la pistola al seguridad y Boronat las sacas del dinero al empleado del banco. Eusebio se mantenía firme, sujeta la ametralladora con las dos manos a la altura de la cintura, apuntándolos. Marcos y Boronat subieron rápidamente al vehículo, luego lo hizo Eusebio, sin dejar de apuntarlos y se marcharon sin revuelo. Los clientes no se dieron ni cuenta de lo que había pasado.

–Yo, en cuanto vi que Eusebio se tiraba a por “la alemana”, me dije: ¡Ya está! Joder, fue impresionante, se quedaron acojonados –dijo Markutxo.

–Y valió la pena –dijo Eusebio–. Asumimos un mayor riesgo pero el resultado no tiene comparación. ¡Seis kilos!

Estaban celebrándolo en una bodega de Chamberí, con vermú de la casa y unas anchoas caseras. Todos alrededor del mostrador sobre el que se encontraba el periódico que traía la noticia<sup>33</sup>.

–Lo que me mosquea es lo del carro: ¡azul! Si todos vieron que era blanco –dijo el Boro.

–Si a mí también me mosquea eso. Todas las veces, o dicen que no nos han visto salir o que el coche era otro. Lo hacen para que nos confiemos y sigamos usando el mismo coche. Es la única pista que tienen de nosotros –dijo Markutxo.

33. *El País* - Madrid - 13-12-1977

—Tienes razón. Está claro que por el coche nos pueden ligar. No hay que usar dos veces el mismo coche. Habrá que buscar otro para lo del Galaxia, que es el jueves —dijo Eusebio.

—¿Y lo van a hacer estos solos con las dos ces? —preguntó Markutxo.

—Sí. Son cuatro y son buenos. Han planeado bien la acción y está fácil. Bueno con el peligro que tienen dos tíos armados. La clave, como hemos visto, es cogerlos por sorpresa, sin tiempo para reaccionar, y actuar rápidamente, sin entretenerse por nada.

Marcos miraba con admiración a Eusebio. Estaba con él, había disuelto sus reticencias tras su actuación, metralleta en mano.

Danielle no estaba demasiado asustada. Veía a los demás camaradas tan firmes y decididos, sobre todo a María, que le daba seguridad.

Echaba de menos su propia intimidad, su lugar para ella sola. Su lugar para ordenar sus libros, sus recortes. El pequeño piso que compartía le resultaba claustrofóbico, oscuro, sin un espacio agradable en el que aislarse en soledad.

Le gustaba Madrid. Paseaba por la ciudad, a menudo con Eusebio, que le hacía de guía turístico revolucionario, mostrándole los lugares relevantes de los grandes acontecimientos políticos.

Había un lugar que le fascinaba especialmente, Las Vistillas. Por la calle Bailén, pasando el Puente de Segovia, llegaba a los Jardines de las Vistillas, al atardecer, se sentaba en una terraza a pesar del intenso frío y contemplaba la puesta de sol más bella, sobre las dehesas y la sierra de Guadarrama.

Encontró fácilmente un piso en alquiler por la zona, en la calle de San Buenaventura, una travesía de Bailén que baja hasta los jardines. Tenía algún dinero y no se lo pensó. Lo alquiló el mismo día que lo encontró.

No le dijo nada a Koldo, quería reposar su decisión. Le gustaba, disfrutó del sexo con él a los pocos días de instalarse en su casa y lo seguía disfrutando. Koldo era guapo y agradable, pero no estaba enamorada de él. No compartía con él las complejidades de su interior, les separaba un abismo cultural. A su favor, argumentó, también, que compartían el partido y la militancia en los grupos.

En unos días, decidió que sí. Se fueron a vivir juntos a la calle San Buenaventura. Compraron los muebles en el rastro, al gusto de Danielle y ella decoró la casa a su estilo. Él se encargó de los arreglos del interior.

–Esta noche tenemos que salir a por un coche, el que teníamos no nos vale –le dijo Koldo.

Fue su primera acción. Esta vez hizo ella de novia, apoyada contra el coche, mientras Koldo lo abría. Al día siguiente hicieron el Galaxia. Para ella, fue como en un vértigo, ellas dos charlando junto al coche, mientras los otros permanecían escondidos. María estaba lúcida, lo notaba en sus ojos brillantes y en el incisivo de sus palabras comentando los sucesos que ocurrían:

–Ahora llegan. Se han bajado. Entran. Salen con la pasta. ¡Ahora!

Ella, al contrario, actuó como en un sueño, dejada llevar, sin control de sus actos. Permaneció en un segundo plano, mientras Vivó y María, protagonistas, resolvían la acción.

Por la tarde recordaba con imprecisión lo sucedido, trataba de pasarse una filmación de los hechos, pero no conseguía recordar cómo habían salido del lugar, o como habían cogido el dinero y las pistolas. Todo había sucedido muy rápido y ella pensaba que no había reaccionado bien. Valoró, honestamente, que ante un imprevisto no hubiera sabido qué hacer.

–Eso pasa sólo al principio –le dijo Koldo, quitándole importancia.

Al llegar Eusebio, Marcos ya estaba en el bar, con el Informaciones, el periódico de la tarde, en la mano. Le sonrió con complicidad, mostrándole la nota del Galaxia, asintiendo con la cabeza:

–*¡Kina parella de ruks!*<sup>34</sup>

A Markutxo le encantaba usar esa frase catalana, que pronunciaba con fuerte acento vasco. La decía siempre que veía a los agentes de la autoridad, grises, monos o pioletos<sup>35</sup>. Esta vez se refería a los dos vigilantes del banco en la acción del Galaxia.

34. Quina parella de rucs: Qué pareja de burros (catalán)

35. Grises, monos o pioletos: Policía armada, municipal o guardia civil.

— ¡Y qué dos pipas llevaban! Dos Smith&Wesson del 9 Parabellum, nuevecitas —dijo Eusebio riendo—. Aparte de los dos kilos.

Estaban los tres, Eusebio, Markutxo y el Boro, en la bodega de Chamberí. Esperaban a Néstor, al cual había decidido Eusebio incorporar al grupo principal. A pesar de su juventud, le había parecido un camarada dispuesto y con iniciativa, ambicioso por destacar. No tenía trayectoria política, pues era de las nuevas hornadas de militantes incorporadas al partido recientemente, tras la muerte de Franco. En la armería se había comportado, y el grupo necesitaba un conductor propio para no tener que recurrir a Koldo constantemente.

Markutxo tenía una acción de gran envergadura preparada y trataban de planificarla:

—Es en un banco, en el centro, en la calle O'Donnell, y ¡agarraos!: ¡un furgón de Transportes Blindados!

Era una acción arriesgada. Eusebio no lo vio nada claro y así lo manifestó:

—Es asumir un riesgo excesivo.

—No lo creas. El blindado aparca en la puerta, se bajan los dos seguras con las sacas del dinero y entran en el banco. Nosotros estamos dentro, se las quitamos y salimos —defendió Markutxo con naturalidad.

—No lo pongas tan fácil —rebatía Eusebio—. Es en el centro de Madrid, en un banco con alarma directa con la policía, con un blindado de los buenos. No digo que no se pueda hacer, pero hay que verlo y planificarlo muy bien. No es un trabajo a la ligera.

—El conductor del blindado se queda en el furgón, no sale de él pase lo que pase. Si se da cuenta de la acción lo más que puede hacer es llamar por radio.

—¿Y te parece poco? Contaremos con escasos minutos para darnos el piro —contestó Eusebio.

—Los justos para desaparecer. Lo tengo todo pensado —insistió Markutxo.

Eusebio venció sus reticencias iniciales y estudiaron la acción a conciencia. Era un salto adelante, por el riesgo asumido, pero era este mismo lo que les motivaba a darlo.

Decidieron que intervendrían los dos grupos con dos coches, uno en la acción directa y el otro protegiendo la salida.

Ramiro tropezó con la noticia del atraco y no tuvo ninguna duda de que habían sido ellos:

### **Seis millones de pesetas, botín de un atraco en el Banco del Norte**

*El País* - Madrid - 17-01-1978

Cerca de seis millones de pesetas fue el botín obtenido por tres hombres que armados con dos revólveres y una pistola atracaron ayer las oficinas centrales que el Banco del Norte tiene en la calle O'Donnell, 23. El atraco, que se cometió sobre la 1.15 de la tarde, se produjo minutos después de que el dinero fuera ingresado en la entidad bancaria por varios vigilantes jurados que lo habían trasladado en sacas en una furgoneta de la compañía de seguridad Transportes Blindados.

Los autores del atraco, al parecer, tenían estudiado el *golpe*, ya que actuaron en el momento en que existían más fondos en el establecimiento bancario. De las declaraciones obtenidas, entre los empleados y los clientes intimidados por los atracadores, se ha podido saber que uno de los asaltantes era de estatura baja, con bigote y gafas. Según parece se dieron a la fuga en un *Seat 124* o *1430* de color azul oscuro, en el que había un cuarto cómplice.

Minutos después del asalto fuerzas de la policía efectuaron varios registros en coches que circulaban por las calles O'Donnell y Alcalá, aunque, al parecer, no se obtuvo ningún resultado positivo.

El señalado como bajo, con bigote y gafas, era Marcos. Sabía que se ponía unas gafas de pasta en los atracos. Era un sello de marca. Y el catorce treinta, seguro que era de Koldo, otro distintivo. Uniendo los dos era inevitable reconocerlos. De la misma forma que había razonado él, podía hacerlo la policía, uniendo las evidentes pistas que iban dejando, inevitablemente, en cada asalto.

Era la nota que completaba el cuaderno. Ya había llegado a conclusiones firmes, tras de muchas reflexiones, anotadas una tras otra en su libreta. Los grupos se habían hecho fuertes, calidad y cantidad tenía anotado, y a él se le había escapado su control.

Se reunía con ellos, ni siquiera con todos, de vez en cuando y cuando lo hacía era consciente que estaba fuera de la piña que ellos habían formado, a fuerza de estar mucho tiempo junto y haber compartido la necesidad de uno con el otro en la acción. Le disgustaba el liderazgo de Eusebio, no podía impedir ese sentimiento, a pesar de que en su razonamiento lo aceptaba cómo tal, en tanto que era, cómo él, miembro del central y responsable de su organización. Pero lo consideraba un peligro. Se preguntaba, hasta que punto podría llegar a ser autónomo en las decisiones, que cómo esta última, había tomado sin su aprobación. ¿Hacia dónde podría llevar Eusebio a los grupos?

–Te tienes que quitar el bigote y las gafas, porque no creo que puedas crecer a tu edad –le dijo Eusebio a Markutxo riendo.

–Las gafas son de pega, que me veo muy bien.

–Que bien nos salió la salida, si nos descuidamos la hubiéramos armado buena –dijo Eusebio.

–Yo iba confiado pensando que Eusebio estaba en el otro coche, protegiéndonos con la alemana –dijo Boronat, asintiendo.

–Creo que os habéis pasado –movía la cabeza Ramiro con desaprobación.

Ramiro había convocado a Eusebio, Marcos, y Boronat en una reunión urgente.

–No vais a hacer más acciones en Madrid –les dijo Ramiro, con gravedad–. Os habéis quemado. La policía ya debe tener, a estas alturas, descripciones vuestras y por la forma de actuar se os conoce de lejos. El partido ha pensado en darle otra estructura a los grupos. Vamos a actuar en varias grandes ciudades: Barcelona, Sevilla y Zaragoza. Aquí ya sois demasiados.

Nadie dijo nada, a pesar de que lo comunicado por Ramiro les había sonado a rapapolvo.

Continuó Ramiro:

–Marcos y Néstor se irán a Barcelona, Boronat a Sevilla y Machado a Zaragoza. Vuestra tarea será montar grupos operativos en esas ciudades. Eusebio continuará siendo el secretario de organización y se quedará con el grupo de Vivó, que continuará con las acciones en Madrid.

—Sí, estoy de acuerdo contigo —dijo Eusebio— en cuanto a que las expropiaciones han llegado a un límite. Es cierto que estamos quemados, son muchas acciones. Pero, por eso mismo, habría que estudiar darle otro sentido a los grupos. No digo que volvamos a las acciones armadas, pero sí a acciones de combate próximas a las masas. Como en el 74...

—No es esa la directriz del partido en estos momentos —le corto Ramiro.

—Pero, déjame terminar —insistió Eusebio—. En estos momentos, vemos que la lucha de masas se encuentra en regresión. Ya no hay tantas huelgas y manifestaciones y la maniobra continuista se está reforzando. Creo que se hace necesaria nuestra intervención tratando de elevar el nivel de lucha revolucionaria, con acciones en fábricas y barrios.

—Ya te he dicho que esa no es la política del partido en estos momentos. Pero si es una propuesta, la formulas por escrito, la pasaré y será discutida. Ahora lo que interesa es lo que está resuelto, que es lo que os he comunicado anteriormente y es que vamos a seguir en la misma línea de acción en otras capitales.

Ramiro consultó su libreta, miró a Eusebio para que se estuviese callado y continuó:

—Tú, Marcos, con Boronat os vais a encargar de vaciar el piso de Berrugete y a ocultar las armas, obrando zulos en el monte. El piso lo dejaremos de seguridad, almacén, tránsito y reuniones.

—Y tú, Eusebio, tienes que volver a Francia por una temporada, con el objeto de comprar armas y explosivos.

Eusebio no dijo nada, atónito ante la orden tan contradictoria. Asintió con la cabeza.

—Vamos a cambiar el método de organización —continuó Ramiro—. A partir de ahora se acabaron las citas en la calle. Deberéis buscaros pisos con teléfono y el contacto lo haremos de esa forma, de manera que yo os llamaré frecuentemente para ver cómo van las cosas.

Ramiro tenía previsto comprarse un coche, todo legal, para poder desplazarse con comodidad. Había recuperado su vida personal, su nombre. Se estaba sacando el carné de conducir, mantenía una relación



de pareja con una militante de las juventudes, había alquilado un piso, el partido le pasaba una asignación...

La amnistía de octubre del 77 había cobrado su efecto. Los militantes perseguidos, como él, habían vuelto a su vida normal. La efervescencia política hacía que nuevos miles se incorporaran a la lucha. El partido actuaba de forma casi legal, confiadamente. La clandestinidad había pasado a la historia. El FRAP era de otra época, estaba acabado.

Él era consciente de la dualidad de su militancia. Por una parte su trabajo político en la legalidad, en el que encuadraba su vida personal, y por otra los grupos armados clandestinos. Chocaba con dos formas diferentes de pensar. La militancia política, cercana a lo cotidiano y los camaradas de los grupos, con su lenguaje particular, su aislamiento de la realidad, su visión épica de la historia.

## 14

Eusebio se encontraba a menudo con Danielle. Se citaban para verse al margen de la organización, como buenos amigos, en las terrazas de las Vistillas o en el Chaplin, el pub cercano, si quedaban por la noche. Para ambos, su proximidad cultural les era estimulante. Danielle seguía por la prensa los acontecimientos políticos con inquietud. Se perdía ante la precipitación con la que los cambios se estaban produciendo. Ambos, en sus conversaciones, coincidían en apreciar la creciente consolidación de la maniobra continuista. Socialdemócratas y revisionistas estaban pactando con el antiguo régimen una constitución monárquica.

De pronto, como salidos de la nada, leoneses o extremeños enarbolaban banderas que nadie nunca había visto y reclamaban la independencia o cuando menos su propia nacionalidad. No podía entender cómo siendo la condición de apátrida el patrimonio universal de la izquierda, ésta, ahora, encabezaba los movimientos regionalistas.

Los grupos de la izquierda habían sido legalizados: el PTE, el MC, la LCR, la ORT... Los sindicatos apagaban los fuegos con los Pactos de la Moncloa. La "ruptura" se estaba diluyendo. No se iba a romper nada. Se estaban quedando solos con la alternativa republicana.

Evitaban el desánimo acentuando su aislamiento militante, alejados de la realidad. Contemplando los acontecimientos como espectadores, armados de su pureza ideológica, fortificaban la creencia de estar en posesión de la verdad.

Danielle realizaba trabajos esporádicos, traduciendo textos del alemán o del francés y Koldo se había empleado en una fontanería, de forma que tenían suficiente para vivir. Con Koldo ocupado, ella estaba más dedicada a preparar las acciones.

Quedaba con María para ello y esta le transmitía su seguridad y codicia. Notaba como crecía a medida que se involucraba en la creación y preparación de las acciones, cuando las hacía suyas. Estaban centradas en lo que pensaban que sería una sonada. Los almacenes Sepu de la Gran Vía madrileña, en la arteria principal de la ciudad.

Los almacenes ocupaban casi toda una manzana de la avenida de José Antonio, entre el edificio de Telefónica y Mesonero Romanos, antes del Olivo, por la avenida y Desengaño por la parte trasera. A Danielle le producía escalofríos que la gran vía madrileña, la calle mayor de la capital, llevara el nombre del fundador del partido fascista, la falange. Los demás estaban acostumbrados, siempre había sido la Gran Vía. El consuelo de todos era que José Antonio fue fusilado en Alicante y que, popularmente continuó llamándose la Gran Vía.

Las oficinas tenían su entrada por la calle del Desengaño, a espaldas de la Gran Vía y estaban situadas en el primer piso. María y ella habían entrado en un par de ocasiones, aparte de haber controlado los movimientos del dinero en las cajas. Sobre las doce pasaba un blindado de Esabe para recoger la recaudación del día anterior, así que, un poco antes, en la oficina, tenían el dinero preparado.

Plantearon la acción para hacerla directamente en las oficinas, poco antes de que llegaran los vigilantes, en el momento que tuvieran la entrega dispuesta. María se quedaría en la puerta, en el primer piso, para interceptar a las personas que pudieran pretender entrar e impedir la salida de cualquiera que lo intentara. Entrarían, ella, Vivó y Koldo. Saldrían andando, por Desengaño a Gran Vía para tomar el metro en Callao, cada uno por su cuenta. María se llevaría la bolsa con el dinero.

Eusebio les advirtió de que se taparan la cara para no ser reconocidos, para evitar una descripción coincidente con otras acciones.

## **Atraco de dos millones en los almacenes Sepu de la Gran Vía**

*El País* - Madrid - 21-02-1978

Tres personas, una mujer y dos hombres, atracaron ayer por la mañana, hacia las once y media, las oficinas de los almacenes Sepu, situados en la avenida de José Antonio, número 32. El atraco, que no fue percibido por los clientes que se encontraban en esos momentos en los almacenes, se realizó a mano armada y produjo un botín de aproximadamente dos millones de pesetas. Según informó ayer a EL PAÍS el director del centro, dos personas, un hombre y una mujer, preguntaron a una de las telefonistas si había trabajo para ellos en los almacenes, sobre las once y media de la mañana. Sin esperar a la respuesta bajaron las escaleras hasta el almacén, y poco después volvieron a subir tres personas a la primera planta, dos hombres y una mujer que empuñaban pistolas. «No sabemos si intervinieron cinco personas en el atraco o tres solamente. Los mismos que subieron al principio preguntando si había trabajo pudieron subir después nuevamente. La mujer tapaba la cara con una media y los dos hombres estaban también enmascarados con el cuello de sus jerseys, que eran muy amplios.»

Una vez en la planta primera, los tres atracadores amenazaron a la telefonista y la obligaron a que les condujera hasta las oficinas donde en esos momentos trabajaban unas diez personas. «Nos obligaron a todos a ponernos contra la pared y, a punta de pistola, obligaron a la cajera a entregarles el dinero que hubiera en la caja fuerte.»

Aunque aún no había evaluación exacta del dinero robado cuando *El País* se puso en contacto con Sepu, ya que la policía estaba tomando las posibles huellas digitales que hubiera en las oficinas, se estima que el botín fue de dos millones de pesetas. Sobre la aparente facilidad con que fue cometido el robo, el director de los almacenes consideró que cualquier persona puede entrar en los almacenes y preguntar por dónde se encuentran las oficinas. Parece que los atracadores pasaron directamente a las oficinas por la entrada de la calle Desengaño. Se desconoce hasta el momento la forma en que se dieron a la fuga.

Danielle esta vez se había sentido segura. El miedo que notaba en forma de angustia, desde la noche anterior, se le pasó en el momento de

entrar en los almacenes. En cuanto empezó la acción actuó con decisión, concentrada en lo que estaba haciendo.

Leyendo la noticia del periódico, se vio a sí misma con una media en la cabeza y la pistola en la mano. Habían entrado en parejas, vestidos convenientemente y en cuanto empezaron a subir la escalera se le pasó la angustia, se puso la media en la cabeza y sacó la pistola del bolso. Comprendía ahora a María, una vez que comprobó por sí misma el temor que suscitaba en los empleados la amenaza de su pistola. La sorpresa y el miedo en sus caras, su actitud nerviosa y sumisa, acrecentaron su seguridad y decisión. No dijo una palabra, se habría delatado con su acento; fue Vivó quien conminó y amenazó, pero, ahora que lo pensaba, le hubiera gustado a ella ser la protagonista de la acción, la voz cantante.

Ahora recordaba cada detalle, el terror de la recepcionista cuando Koldo la conducía fuertemente sujeta del brazo, las mujeres asustadas que sollozaban pegadas a la pared, sus propios movimientos felinos custodiando con la pistola la hilera de empleados.

¿Pero de dónde se sacaban las subidas y bajadas de gente? Si todo había salido como lo planearon: subir a la primera planta, entrar en la oficina, coger el dinero y salir andando.

—Cada uno tiene una percepción diferente de los acontecimientos —se dijo.

## 15

Eusebio volvió a la casona de Claudine, en Montpellier. Si alguien podía tener contacto con armas y explosivos eran los de su grupo. Todo seguía igual en la casa: Paul con Madeleine y Claudine con Serge. Todo igual pero más sucio y desordenado.

Todos se alegraron de verse de nuevo. Eusebio especialmente. Nada más cruzar la frontera volvió a sentir esa misma sensación de alivio, de seguridad, de tranquilidad en suma, que sintió en el 76, cuando pasó por primera vez a Francia. En la casa, con el calor de los amigos, con la fiesta de recibimiento, revivió los buenos momentos pasados de su anterior estancia.

–Unas alegres y necesarias vacaciones –se dijo.

Comenzó a mover hilos, primero con Claudine, que contempló varias posibilidades de contactos. Luego en la comuna de Marcel, donde todo seguía igual, con otra gente diferente.

A las dos semanas ya tenía varias posibilidades concretas de conseguir, por un lado los explosivos, treinta kilos de exógeno plástico, y por otro, buenas armas aún por concretar. El plástico vendría del grupo de Claudine, cedido sin coste y ella se encargaría de llevarlo a Toulouse. Jean y Robert lo pasarían a España por la montaña.

La provisión de armas estaba, sin embargo, más complicado. Había logrado concretar una cita con el FLNC<sup>36</sup>, que pasaría armas a cambio de una suma de 4.000 francos<sup>37</sup>. El contacto estaba en Bastia, en la isla de Córcega. Decidió ir acompañado de Robert aprovechando las vacaciones de pascua.

Por fin habían encontrado plaza en un ferry, después de haber recorrido Marsella, Niza y Toulon. Desde este último puerto sólo consiguieron destino a Ajaccio, casi en el extremo sur de la isla, mientras que Bastia, su destino final, se encontraba al norte, a unos 160 Km, pero no tenían otra opción.

Pasaron la noche dormitando en la gran sala de clase turista, incómodos en sus butacas de plástico entre los cientos de pasajeros.

–Venga, despierta, que estamos llegando –zarandeó Robert a Eusebio.

Cuando salieron a cubierta, el ferry se hallaba en el golfo de Ajaccio, a un par de millas del puerto. Contemplaron boquiabiertos la espléndida vista. Rodeada de un circo montañoso, con las cumbres todavía nevadas, sobre un mar azulísimo, en calma a esa hora de la mañana, estaba la bella Ajaccio. La intensa luminosidad acrecentaba los contrastes del azul del mar, el verde de los montes y el blanco de la nieve. Despertarse en ese lugar era el mejor de los sueños.

Una vez desembarcados, tomaron, justo a tiempo, el tren para Bastia, una sola unidad autorraíl Renault del año 50, con 40 plazas en bancos de madera. A Robert le gustaba lo auténtico, despreciaba la modernidad

---

36. FLNC: Front de Libération Nationale de la Corse.

37. 4000 FF: 800.000 pesetas.

y había elegido ese medio de transporte para aproximarse a la Córcega profunda. A pesar de que el viaje tenía una duración de seis horas para recorrer 158 Km.

El tren comenzó su ascensión, lentamente, internándose, efectivamente, en una orografía abrupta. Conforme ascendía, las poblaciones se empequeñecían: de pueblo a aldea. De poblado al monte agreste. Del monte Renoso de 2300 m al este, al monte Cinto, la cúspide de la isla con 2700 m, al oeste.

El maquis lo poblaba todo. El matorral, compuesto por decenas de especies, en su mayoría aromáticas, confundía los sentidos. La jara, el mirto, el brezo, los madroños, los asfódelos. Entremezcladas con él, las encinas, algunas inmensas, centenarias, el alcornoque, los olivos, el castaño, el pino negral, gigante de las selvas corsas.

Kallisté, la más bonita para los griegos, lo era sin ninguna duda.

El tren se paraba en ocasiones para tomar las cremalleras que ascendían sobre pendientes inverosímiles. Todo con la lentitud y tranquilidad que caracteriza los lugares primitivos. Los corsos permanecían aburridos, indiferentes a las exclamaciones de terror de la clase turista ante los traqueteos inseguros de la anciana máquina.

Por fin llegaron a Bastia, la capital de la isla. Diferente de Ajaccio, se notaba su capitalidad como centro de servicios, modestos, descuidados. No se veían tantos turistas como en el resto de la costa, a los que Robert tenía especial ojeriza.

–Nos disfrazaremos de turistas para pasar desapercibidos –le había dicho.

Antes de irse al hotel pasaron a vigilar el lugar de contacto, la agencia de seguros Gan. Estaba ya cerrada. A las nueve de la noche no quedó un alma por la calle, en una hora ya se habían paseado, recorriendo todo el centro por dos veces y optaron por irse a dormir, cansados de un viaje de veinticuatro horas.

El casco antiguo, de origen italiano se extiende a lo largo del viejo puerto, y la ciudad moderna, ya francesa, en torno al boulevard Paoli, paralelo a la línea costera del puerto nuevo. A pesar de haber estado en ella los genoveses hasta 1760, antes de pasar a manos francesas, no conserva de los italianos más que algunos notables apellidos.

Tenía el regusto propio de las ciudades mediterráneas, como Nîmes, Marsella o Argel. La cultura francesa, el Estado francés, lo devora todo.

El agente Gan estaba próximo al boulevard Paoli, donde también se encontraba su hotel. Desayunaron temprano y decidieron que entraría Robert en la agencia, y Eusebio esperaría en un café, justo enfrente. Debía preguntar por Simoni, el contacto del FLNC.

Eusebio, desde el café, no llegaba a ver el interior de la agencia. No tenía ventanas a la calle y la puerta de entrada era de cristal opaco. Robert ya llevaba dentro casi un cuarto de hora y habían quedado que una vez localizada la persona, era él quien tendría que hacer el trato.

Se estaba inquietando, a punto de acercarse a la agencia, cuando paró un coche de la policía en la puerta. Salieron dos individuos con Robert, lo subieron al coche y se lo llevaron. Tan rápido, que si no llega a estar atento, no se hubiera dado ni cuenta.

No se movió del café, asustado como estaba. Pidió un Courvasier y trató de ordenar sus ideas.

–Robert no ha hecho nada. No tiene porqué decir nada, ningún dato, pero tengo que salir de aquí de inmediato –se dijo, calmado con el efecto del licor.

No podía volver al hotel, era el primer lugar que controlarían, en una villa tan pequeña saber dónde estaba alojado les costaría nada. Allí, además, sabían que Robert no estaba solo. Llevaba lo fundamental en el bolso de mano, el pasaporte, el dinero y la agenda. En la habitación dejaba un poco de ropa y la bolsa de aseo. Nada importante que pudiera identificarle.

Salió a la calle, con dirección al muelle del puerto. No pensaba en otra cosa más que en salir corriendo. Compró pasaje para Marsella, en el ferry de las seis y media de la tarde. Hasta entonces tenía que encontrar donde meterse.

Los vio justo al lado de la oficina de turismo, tirados en el césped de la plaza de San Nicolás. Un grupo de españoles, con las mochilas, las guitarras, los sacos de dormir... Hippies españoles. De normal, evitaba a los españoles. Hay que darles siempre explicaciones: quién eres, de dónde eres, qué haces aquí... Esta cualidad, la curiosidad, era inherente al ser

español y siempre trataba de evitar su encuentro. No sabía mentir bien y entraba en flagrantes contradicciones en sus explicaciones. Esta vez iba obligado. Se le había hecho la luz al verlos. Camuflado entre un grupo de hippies españoles evitaría que lo relacionasen con Robert en el caso de que lo estuviesen buscando.

Cambió de imagen. Se deshizo de la chaqueta y de los zapatos de vestir, que cambió por una vaquera gastada y unas zapatillas. La camisa por una camiseta. Compró unas gafas de sol, redondas de cristal azul, como las de Janis Joplin y una mochila pequeña. Se despeinó a conciencia y le puso a todo un rebozo de polvo y barro de la calle.

Acudió al jardín donde estaban instalados y se sentó con ellos. No eran hippies auténticos, sólo estudiantes madrileños de vacaciones en la isla, de peregrinación al cabo Bonifacio, el lugar de culto hippie y naturista.

Entre los acantilados del sur de la isla, el lugar más aislado y agreste de la costa, hay playas de arena fina de difícil acceso y la gente andaba desnuda, mezclada con los hippies que tenían numerosas colonias en la zona.

Entabló conversación con dos de las chicas. Él había estado unos días en casa de unos amigos franceses, en Ajaccio y no quería irse sin conocer Bastia. Les contó su viaje en tren cruzando la isla y lo que valía la pena hacerlo. Era valenciano pero trabajaba de delineante desde hacía un año en una empresa de Madrid. Estaba de vacaciones. Ellas, por su parte, eran de Ponferrada y estudiaban en Madrid. Noemí, la más joven, estaba en primero de Bellas Artes, pero tenía hasta el sexto de piano, y Aurelia en tercero de filología. Estaban esperando para tomar el ferry, como él.

No se despegó de ellas más que para comprar unas botellas de vino, pan y unas latas de atún, que compartieron entre todos.

Subieron al barco. Eusebio le llevaba la guitarra a Noemí, mezclado con el grupo. No vio nada anormal. Los *ffics* visibles iban de uniforme, sin controles aparentes. Estaba tranquilo y confiado, arropado por su disfraz y sus nuevos amigos.

No estaba buena la mar. Desde el mediodía soplaban el mistral, el viento frío del norte, proveniente del golfo de Génova. Al doblar el cabo Córcega, la punta más al norte de la isla, y salir la embarcación al mar de



Liguria, el tiempo empeoró. El mistral no cejaba y la marejada zarandeaba el barco, inclinándolo de un costado al otro.

Aurelia estaba mareada, el olor de los vómitos les hacía imposible permanecer en la cabina de la clase turista.

–Es mejor salir a cubierta, que nos dé el aire –les dijo Eusebio.

Salió con Noemí a la cubierta, encaminándose dando trompicones hacia la proa del barco. La luna llena, como un gran disco brillante, estaba recién elevada, rozando todavía el horizonte a su espalda, abriantando la mar rizada. El frío viento norteño había dejado una atmósfera limpia y el infinito, lleno de estrellas, parecía tener los límites cercanos, a la vista, entre el horizonte del mar al sur brillante y la isla que dejaban al este, perfectamente iluminada por la luna.

Ella daba un gritito con cada vaivén de los costados del barco y se agarraba a Eusebio, divertida, como en una atracción de feria. Era una chica menuda, guapa de cara, con unas grandes tetas que llevaba sueltas bajo la camiseta, sin sostén. Tenía el cuerpo fino, pequeño, de piel blanca morena de sol y el pelo negro azabache.

Cuando llegaron a la proa del barco, este desvió ligeramente el rumbo, para coger las olas casi por la proa, por la amura de estribor y evitar los golpes del mar por el costado. Ahora, el barco cabeceaba, levantando la proa y volviéndola a hundir bruscamente en la mar con cada ola.

–Vienen las tres olas más grandes siempre seguidas, las tres Marías las llaman.

Noemí gritaba con fuerza ante cada embestida del mar. Los rociones los habían puesto perdidos de agua salada y los pechos de ella, empapados, subían y bajaban al compás del temporal, abrazada a la cintura de Eusebio.

Había olvidado por completo la suerte de Robert.

Una vez en Marsella, fueron a tomar el tren:

–Yo me voy a quedar en Montpellier unos días, en casa de unos amigos –dijo Eusebio a Noemí–. ¿Te quieres quedar conmigo?

–¿Cuántos días?

–¿Tres?

–Vale, sí.

Robert entró en la agencia, se dirigió a una de las mesas, donde había una empleada sentada y preguntó:

–¿Puedo ver al Sr. Simoni?

Había visto a los dos hombres sentados en el sofá, a su espalda, pero no le dio importancia. La oficinista no le contestó, levantó la cabeza y se quedó mirando indecisa a los policías. Estos se levantaron, le pidieron la documentación y muy amablemente que los acompañase a la prefectura.

Le hicieron algunas preguntas sobre Simoni y le dejaron marchar por la noche. Habían tenido la mala suerte de meterse en medio de una caída del FLNC. Simoni, uno de sus dirigentes, había huido a las montañas. Robert volvió al hotel y se marchó al día siguiente.

–Hiciste bien marchándote –dijo Robert–, a mí no me quitaron ojo desde que salí de la prefectura hasta que me marché.

–Dejamos lo de las armas, de momento –dijo Eusebio–. Os voy a pasar un contacto que nos ha procurado treinta kilos de exógeno plástico. En cuanto tenga montado el paso en España lo pasaréis.

Eusebio no tenía ya nada que hacer en Francia y regresó a Barcelona, en donde Marcos y Néstor ya estaban instalados. Habían alquilado un piso en la calle San Fructuoso, cerca de la Plaza de España, en las primeras estribaciones del Montjuïc. Un piso en buen estado, nuevo, con teléfono.

Habían estado trabajando, ya tenían preparadas varias cosas y estaban a la espera de que el partido pasara militantes al grupo. Marcos estaba feliz. Había vuelto a Cataluña y tenía un nuevo pupilo: Néstor, al que llamaba el “Nano”.

–Te tenemos preparada una que te va a gustar –dijo Markutxo a Eusebio, mirando al Nano con sonrisa cómplice.

–A ver, qué va a ser.

–El Corte Inglés de Plaza Cataluña.

–¡Joder! Esa sí que es buena, media España se apuntaría a manganarla al Corte Inglés. ¡Esta sí que habrá que reivindicarla! –se rió Eusebio.

No estaba tan fácil, como comprobaron sobre el terreno. Dos guardas de seguridad, armados con 38, recogían los fondos de la oficina situada en la planta sótano. Era sencillo colarse en las oficinas y sorprenderlos, el problema estaba en salir, sin organizar un escándalo, sin que se percataran los vigilantes de las puertas, los clientes y los empleados.

Una vez hecho el asalto en el sótano, había que subir a la primera planta, atravesarla casi por completo para salir por la puerta, cargados con las bolsas, sin que se diera cuenta el vigilante. Una vez en la calle, descartado huir en coche, ir hasta la boca del metro, bajar a los andenes y esperar el paso de un metro. Tendrían que ser cinco al menos: cuatro haciendo frente a los vigilantes en el sótano y uno en la primera planta para garantizar la huida, neutralizando al vigilante de la puerta si este intervenía tratando de cerrarles el paso.

No estaba nada fácil. Marcos quedó encargado de estudiarlo mejor. Caminos alternativos por el interior de los almacenes, control de las puertas, horarios del metro...

Eusebio volvió a Madrid después de un mes de casi vacaciones. Debía cambiar de piso, ver al grupo de Vivó, reunirse con Ramiro para informarle de sus gestiones en Francia y poner al día el seguimiento de los grupos.

La nueva directriz, de piso con teléfono, le obligaba a dejar el pisito en el que vivía hasta el momento. Pequeño y muy modesto, pero cercano al metro Carabanchel, le había resultado cómodo y seguro. El partido, en todo caso, no pasaba dinero para más.

La fórmula más cómoda y segura para encontrar piso era hacerlo a través de un corredor, normalmente un jubilado del barrio, conocido por todos, que buscaba el piso en su entorno a cambio de una mensualidad. El corredor embellecía al inquilino dando confianza al arrendador, sin ningún tipo de contrato o papel que firmar.

Miró por el barrio próximo a los cuarteles militares del Paseo de Extremadura, que le habían encargado controlar. Era una zona nueva, sin dejar de ser popular, pero ya no era el barrio de Carabanchel, obrero y entrañable. Encontró un piso en la calle Fray José de Cerdeiriña, nuevo,

amueblado y con teléfono, nada de su gusto y menos en esa zona, poblada de matrimonios de oficinistas de ministerios.

-Tampoco es para mucho tiempo –se dijo. Y desde la ventana del salón, con prismáticos, podía observar el cuartel militar.

## 17

Eusebio paseaba con Danielle por la calle de Segovia, al mediodía, cuando en la prensa expuesta en el quiosco de prensa vieron la noticia de Diario 16, en portada: “El FRAP se legaliza”. En la foto de portada, cuatro conocidos dirigentes posando frente a la Dirección General de Seguridad en la Puerta de Sol: Julio Fernández, José Garés, Manolo Blanco Chivite y Pablo Mayoral.

Y en *El País*, una escueta nota:

### **El PCE (m-l) solicita su legalización**

*El País* - Madrid- 18-05-1978

En la mañana de ayer fue depositada en el Registro de Asociaciones Políticas, del Ministerio del Interior, la solicitud de legalización del Partido Comunista de España (marxista-leninista), junto a los estatutos del grupo.

En los estatutos presentados se señala, entre otras cosas, que es deber del militante del partido esforzarse por adquirir un temple bolchevique caracterizado por la firmeza, la disciplina, la intransigencia de principios, la perseverancia y la energía combativa.

También es su deber esforzarse por estudiar, dominar y aplicar la teoría marxista-leninista, eliminar los vestigios de ideología burguesa, no ocultar la verdad ante el partido y guardar celosamente los secretos del mismo, que son inviolables.

Les cogió por sorpresa, no entendían nada, por lo inesperado y contradictorio. Nunca se había planteado en sus reuniones una discusión sobre la conveniencia de una legalización oficial. Era cierto que el partido trabajaba en la legalidad, manteniendo locales oficiales y representantes conocidos, pero nunca al nivel de tener que pasar por la ventanilla del gobierno civil.

Danielle llevaba ya un tiempo apagada. La falta de actividad del grupo, su aislamiento de la política cotidiana, las ausencias de Eusebio, estaba enfriando su entusiasmo. Los acontecimientos políticos, la anunciada constitución monárquica y ahora la legalización del partido, influían en su razón hasta el punto de pensar que todo estaba perdido. Llegó al convencimiento de que no habría revolución en España.

–No lo entiendo –le dijo a Eusebio, enfadada–. ¿Es necesario pedir el reconocimiento al enemigo? ¿Qué vamos a ganar?

Eusebio tardó en responder:

–Bueno, no se trata de pedir legalidad, en el sentido de permiso para existir, sino de aprovechar los resquicios legales que el capitalismo nos pueda dejar para actuar entre las masas con más eficacia. Se trata de aprovechar la libertad de prensa y de reunión. Siendo legales les será más difícil prohibir nuestros actos y manifestaciones. Podremos hacernos oír mucho mejor.

–No lo veo así, nosotros tratamos de impedir la consolidación del continuismo de la clase franquista, no de trabajar en un Estado burgués consolidado. Tratamos de romper con el régimen franquista, no de acreditarle ahora cómo demócrata. Pidiéndoles la legalización del partido hemos reconocido su legitimidad, porque al fin y al cabo, son los mismos franquistas los que siguen en el aparato del estado.

Danielle había elevado su tono, denotando su enfado. Reflexionó un momento y continuó con el mismo énfasis:

–Y no creo que tú pienses como has dicho. Me ha molestado que me tomes por tonta, como si no se pudiera tener una actitud crítica. Has tenido una posición seguidista en tu papel de responsable, como si tú –remarcó el tú–, fueras el partido.

Eusebio quedó callado, dudando. Se despidieron con tristeza. En ambos pesaba el hecho de que habían sido políticamente sobrepasados y sobre todo, porque se habían abierto serias dudas sobre el funcionamiento democrático del partido.

Reflexionó sobre lo que Danielle había dicho y preparó con ello la reunión que tenía a continuación con Ramiro. Decidió no ofrecer una posición demasiado crítica, como la de Danielle, hasta escuchar el razo-

namiento de Ramiro y tampoco quería que la crítica le hiciera rebajar su nivel de convencimiento y compromiso, con la acción del Corte Inglés tan cercana. Sabía por experiencia que no se puede ir a una acción sin pleno convencimiento. Sin él su actuación sería endeble, debilitada por las dudas.

Ramiro llevaba el *Diario 16* en la mano y al verlo, lo levantó sonriente, con gesto triunfal:

–Has visto, se lo han tenido que tragar. Hace nada, estaban la cárcel como terroristas y ahora como señores en el gobierno civil.

–Menos Julio, que nunca ha estado, los otros sí, es cierto –le puntualizó Eusebio–. Pero yo no estoy nada contento. Me he enterado paseando con Danielle y nos ha sorprendido la noticia. No la esperábamos, no se nos ha dicho nada.

–Ha sido una decisión colectiva del ejecutivo. A mí, sí que me lo habían comentado.

–No es cuestión de comentar de pasada. Soy miembro del comité central y no me he enterado de nada. Qué menos que una decisión tan significativa se plantee para su discusión en el central.

–No es para tanto, de hecho, ya venimos trabajando desde hace tiempo de forma legal. No me vengas ahora con izquierdismos.

Ramiro cambió de tema y Eusebio no insistió sobre lo que barruntaba en su cabeza:

–He hablado con Marcos y ya lo tiene todo a punto en Barcelona. Te vas a hacer responsable de la acción, encabezándola, y te vas a llevar a Vivó, a Riquelme y a Amador, los ces que acaban de pasar a los grupos. Lo haréis vosotros, con el nano Néstor. Marcos, con su físico tan identificable, no debe de intervenir, por lo quemado que está. Vivó y Riquelme se van a quedar en el grupo de Barcelona.

–Si Vivó se queda en Barcelona, ¿qué va a pasar con el grupo de Madrid?

–Ya quedamos que en Madrid hay que rebajar las acciones, y Vivó es necesario para montar el grupo de Barcelona. Aquí se quedará Amador, con Koldo y Danielle.

–¿Y María?

–De momento se queda en Madrid.

Finalizó Ramiro:

–Prepara bien esta acción, nos jugamos mucho. Vete a Barcelona la semana que viene y tomaros el tiempo que sea necesario para que salga bien. La encuentro con demasiado riesgo, pero Marcos insiste y tú has estado de acuerdo, así que...

Eusebio se quedó pensando en cómo le iba a decir a María que Vivó se marchaba a Barcelona sin ella. ¿Cómo le iba a decir que tenía la impresión de que él, secretario de organización, ya no organizaba nada?

## 18

Si a Eusebio en alguna ocasión le habían asaltado serias dudas, pesadas como plomos, era en esta ocasión, mientras descendía las escaleras del semisótano del Corte Inglés de Plaza Cataluña. A cada paso del descenso notaba aflojarse los músculos de las piernas, y sin embargo, hubiera dado la vuelta y ascendido la escalera, huyendo, como si hubiera tenido alas. Néstor, a su lado, caminaba resuelto, incluso sonriente, satisfecho de entrar por fin en acción. Ambos se habían procurado trajes de chaqueta, camisa y corbata y podían pasar perfectamente por vendedores del gran almacén. Amador y Riquelme, igualmente trajeados, les habían precedido, y deberían de estar ya camuflados en los lavabos de las oficinas, reservados a empleados.

Se detuvieron, en el vestíbulo del sótano, junto al dispensador de agua e iniciaron el discreto disimulo de la espera. El momento más crudo. Todo estaba preparado contando con un completo sincronismo entre los dos grupos. Néstor y Eusebio deberían dejar pasar a los vigilantes de Esabe y abordarlos por la espalda. En ese mismo instante, Amador y Riquelme saldrían del lavabo y los encañonarían de frente. Así, rodeados por los dos grupos, esperaban anular su capacidad de respuesta. El mejor aspecto de Eusebio y Néstor, más altos y mejor parecidos, les hacía ocupar la posición del vestíbulo. Los vigilantes les tendrían que ver, al pasar junto a ellos y el éxito de la acción dependía de no levantar sospechas. Deberían parecer dos empleados, charlando en una pausa.

Dos guardas de seguridad de una de las mejores compañías de transportes de fondos y él, Eusebio, con un grupo de bisoños apenas probados. A pesar de que la acción había sido preparada a conciencia y ensayada un par de veces, no podía evitar la sensación de inseguridad. Dudaba motivado por su ideología resquebrajada.

Afortunadamente, los de seguridad aparecieron apenas unos minutos después, pasaron por su lado, entraron en la oficina y regresaron de inmediato con las bolsas de la recaudación del sábado anterior.

—¡Quietos! —gritó Eusebio, apretando con su Rubi el cuello de uno de ellos.

Al oír el grito, salieron en tromba del lavabo, a su izquierda, Amador y Riquelme con sus armas dispuestas. En unos segundos, todo quedó resuelto. Dejaron a los guardas encerrados en el lavabo y ascendieron a la planta baja, al nivel de la Plaza de Cataluña. Atravesaron por parejas la planta, resueltos, sin precipitarse y salieron a la calle, pasando frente a Vivó, que garantizaba la salida controlando al vigilante de la puerta.

Marcos les aguardaba en la boca del metro, en la esquina con la Ronda de Sant Pere, a escasos metros de la puerta del establecimiento. Habían decidido que la salida la harían en metro, ante la dificultad de aparcar un coche en la Plaza o alrededores. Marcos les debería de guiar por el subterráneo, al andén más conveniente, según el horario de los trenes más inmediato, sin importar su destino. Los guió hasta el andén de la línea uno, en dirección a Bellvitge, esperaron dos interminables minutos, en tensión, atentos a las idas y venidas de los andenes, subieron al metro y desaparecieron.

## 19

Sin Vivó, el grupo de Madrid quedaba descabezado.

El camarada recién incorporado, Amador, no parecía contar con la iniciativa suficiente. En la acción del Corte Inglés, Eusebio lo notó tenso, asustado. Decidió darle la responsabilidad del grupo a María. Lo decidió justamente, por ser la adecuada, sin que mediara la conveniencia de justificar así su permanencia en Madrid, separada de su compañero.



La citó a solas, para comunicarle al mismo tiempo su separación:

–¡Qué cabronada! ¡Esto es cosa de Ramiro! Sabía que por algún sitio iba a salir, conociéndolo, con lo rencoroso que es.

–No lo creo –le respondió Eusebio–. Han venido así las cosas. No te lo tomes tan mal, es por un tiempo, hasta que el grupo se estabilice y puedas marcharte con él.

María estaba dolida, pero por otra parte, orgullosa de ser la responsable. Se encontraba muy capaz:

–Sí, perdona, ha sido un primer pronto –le respondió, ya calmada.

–No podemos pararnos por esto –continuó Eusebio, también tranquilo–. El grupo debe seguir activo, con las acciones planeadas y con mayor discusión política.

–¿Entonces hacemos la del banco? –preguntó María.

–No –respondió Eusebio–. Vamos a aplazarla hasta darle cohesión y seguridad al grupo. No sabemos cómo va a resultar el nuevo camarada. Debéis volver al principio. Acciones fáciles en supermercado de barrio. Pero antes que nada hay que preparar una buena discusión política. La situación lo impone. Con la legalización del partido y la consolidación de la monarquía, han cambiado muchas formas en nosotros.

–Sí, es cierto, todos nos estamos preguntando qué coño pintamos aquí ahora, en grupos armados.

–Prepara la reunión y después dejaremos pasar el verano. En septiembre volveremos a las acciones.

Si en Madrid el grupo se había debilitado, en Barcelona se consolidaron dos grupos. Marcos, con su disciplina constante, no paraba de tramitar acciones, superando en su ejecución la última a la anterior. Seguro, decidido, con el carácter que forma al obrero que ha trabajado duro desde su infancia, Markutxo consolidó el grupo y pronto se extendió a Valencia, donde él mismo se estableció en un piso alquilado.

Si en Barcelona, el Corte Inglés estaba en el centro urbano, en Valencia asaltó la central del Banco de Bilbao, en la calle de Pintor Sorolla en pleno

centro bancario y comercial. Si en el de Barcelona se expropiaron diez millones<sup>38</sup>, en el de Valencia, trece<sup>39</sup>. Y continuó aspirando a más.

Eusebio, sin embargo, no tenía gran cosa que hacer. Pasaba su tiempo concretando absurdas tareas sin finalidad aparente. Ejercía vigilancias en cuarteles militares y en la base yanqui de Torrejón. Formaba a los grupos en el uso de armas y explosivos en marchas agotadoras por Gredos y el Montseny, sin un programa de consecuciones previstas. Se apoderó de él el tedio, y la sinrazón de su cometido le incitaba la añoranza de una vida ajena a la militancia.

Ramiro visitaba los grupos esparcidos por las diferentes capitales. Su cuaderno, era ya una guía pormenorizada de datos encriptados de teléfonos y resultados, de citas políticas y subrayados ideológicos.

## 20

El día 31 de octubre de 1978, en sesión plenaria del Congreso y Senado, fue aprobado definitivamente el texto constitucional, tras de un año de tira y afloja entre los partidos políticos que aceptaron la transición del régimen franquista a la monarquía constitucional. La nueva constitución monárquica debía someterse a un referéndum popular, ya ganado de antemano por sus propulsores, el 6 de diciembre. Los grupos republicanos, extraparlamentarios, se debaten entre el voto no y la abstención. El régimen se emplea a fondo para impedir la igual difusión de las propuestas, persiguiendo a los partidarios republicanos.

Los militantes de los grupos, ajenos durante años a la voz de la calle, a la realidad política, viven otra experiencia, encerrados en sí mismos. Han descuidado sus hábitos clandestinos, relajando sus precauciones. No son conscientes de la represión que se avecina...

---

38. *La Vanguardia Española*. Martes, 6 de junio de 1978

39. *El País*. Robo de trece millones al Banco de Bilbao de Valencia. 30-09-1978. Jaime Millas.

Danielle estaba especialmente ansiosa, nunca antes Eusebio había fallado a una cita. Estuvieron más de una hora esperándole en la Plaza de la Cebada, paseando del metro Latina a la puerta del teatro, observando la esquina de la calle Toledo con Maldonada, donde tenían la cita.

Pensaban en lo mejor, una equivocación en el día o la hora de la cita. El lugar era el correcto, porque siempre quedaban allí. Les venía bien a todos, era muy transitado y con puntos de observación discretos.

El referéndum de validación de la constitución era el día 6 de diciembre y estaban en plena campaña:

–Nos hemos quedado solos con el no –les había dicho Eusebio.

No era cierto, pero casi. La LCR y la izquierda nacionalista vasca también suscribían el voto no, pero la mayoría de los partidos llamaban a votar sí o abstención, lo cual les parecía lo mismo.

Las detenciones se multiplicaban esos días, obstaculizando la propagación del no. Danielle estaba particularmente ansiosa por la detención habida el 28 de noviembre y que conocieron por la prensa al día siguiente. No hacía referencia a Eusebio, pero un algo interior, su intuición, le decía que algo había pasado:

## **Detenidos diecinueve miembros de Convención Republicana**

*El País* - Madrid - 29/11/1978

Diecinueve miembros de la junta promotora del llamado Tribunal Cívico Internacional de Crímenes Franquistas fueron detenidos ayer por la policía, en el Hotel Convención, cuando celebraban la sesión constituyente del tribunal.

Los detenidos han sido acusados de reunión ilegal, ya que la CRPE no ha sido legalizada aún. Es posible que se les inicien diligencias judiciales. La CRPE ha anunciado, por su parte, que presentará una querrela criminal por considerar ilegal la detención, «ya que la misma se celebraba en lugar cerrado y conforme a la legislación actualmente vigente sobre reuniones».

El Tribunal Cívico Internacional pretende ser un organismo similar al Tribunal Russel.

El senador Audet<sup>40</sup> se ausentó de la sala donde se celebraba la reunión del Tribunal Cívico Internacional para juzgar los Crímenes del

40. Rossend Audet Puncernau: Senador por la Entesa des Catalans, desde agosto de

Franquismo, requerido por un empleado del hotel para que atendiera una llamada telefónica a su nombre. En cuanto bajó al hall se dio cuenta que no le esperaba ninguna llamada telefónica. Varios policías de paisano, junto con una decena de policías armados, ocupaban parte del recibimiento y bloqueaban la puerta de entrada.

De nada sirvió que el senador Audet respondiera airado a la requisitoria de la policía para que abandonara el lugar de la reunión. Iban a subir a detenerlos a todos, por orden superior, pero no a él, que debía abandonar el hotel de inmediato. Hubiera sido un gran escándalo detener a un parlamentario, pero no así al resto.

Los policías, una vez que se marchó el senador, entraron en tromba en la sala donde celebraba sesión el Tribunal y ordenaron a los presentes que salieran, pues quedaban detenidos por reunión ilegal.

De nada sirvieron las protestas de Pablo Mayoral, argumentando que era una reunión legal amparada en el derecho de reunión; del periodista Enrique Cerdán Tato, replicando que estaba ejerciendo su labor informativa; del catedrático de Estética de la Universidad de Madrid, Ramón Garriga Miró; de la jurista Katia Acín; del abogado Rafael Blasco i Casany; de Gisèle Moroni de la Liga Internacional de los Derechos Humanos de Ginebra.

En la calle esperaban dos furgones grises para la conducción de los detenidos, donde les hicieron subir a todos para ser trasladados a la Dirección General de Seguridad en la Puerta del Sol.

Los furgones entraron con su carga por el portalón de la calle del Correo al patio interior del antiguo edificio. Los grises formaron en dos filas, a la derecha de las camionetas y conforme iban bajando los detenidos, los entraban a los calabozos traspasando una pequeña puerta que daba a los sótanos, tras bajar unos cuantos peldaños sin barandilla.

Los metieron en las celdas amplias, las colectivas que dan a la calle de Carretas, ocupando dos de ellas, nueve en la del fondo y diez en la siguiente, en total 19 detenidos. Se acomodaron para la larga espera, sentándose como pudieron, en el ancho banco de obra, ennegrecido de roña, como el suelo y las tres paredes de la celda. La pared frontal

era una reja, también roñosa, que ocupaba toda la longitud de la celda, separada por un estrecho pasillo de las ventanas, que a la altura del techo daban a la calle de Carretas. Por estas, veían pasar las medias piernas de los transeúntes, del zapato a la rodilla, a través de los cristales sucios ennegrecidos, protegidos por una malla de alambre tupido.

Al caer la tarde los fueron subiendo a la segunda planta del edificio para su identificación e interrogatorio. Uno por uno, durante toda la noche, ya con los portales cerrados, un policía armada los acompañaba, sin esposar, del sótano de los calabozos, atravesando el patio del recibimiento, por el ascensor hasta el despacho de la segunda planta donde les esperaba la plana mayor de la BPS. No estaba el comisario Conesa, pero sí González Pacheco, alias “Billy el Niño”, el más famoso de los torturadores por su crueldad.

No parecían los sociales demasiado interesados por los detenidos. Se limitaron a identificarlos y realizar un interrogatorio rutinario. González Pacheco se marchó pronto, aburrido. Solo le llamaron cuando fue identificado Pablo Mayoral<sup>41</sup>.

Para Pablo era su tercera visita la DGS: en Julio de 1975, cuando fue brutalmente torturado, casi por los mismos sociales que ahora tenía delante; en mayo de 1978, cuando formó parte de la representación del partido que entregó la solicitud de legalización de este, y ahora como miembro del Tribunal Cívico Internacional Contra los Crímenes del Franquismo.

–¿Tú qué sabes de unos atracos? –le preguntó el Niño.

Pablo centró en él su mirada cargada de odio y desprecio, sin contestar.

–No sabes nada, ¿no? Y de las armas y la goma dos tampoco, ¿verdad?

–...

–Os hemos cogido con una buena. ¿Que no? ¿Cuándo ibais a empezar otra vez con los atentados?

Pablo estaba desconcertado, algo intuía, más que sabía, de los grupos, y ante el interrogatorio imaginó lo peor. Un montaje de carácter terrorista, urdido por la policía, para desprestigiar al Tribunal y también con la intención de relacionar el voto no a la constitución con el terrorismo.

---

41. Pablo Mayoral Rueda fue condenado a 30 años en 1975, y posteriormente indultado.

A la media hora lo dejaron en paz, sin haberlo tocado. Acompañado de un gris y de un par de sociales lo bajaron a los calabozos. Cuando salieron del ascensor se pararon en los escalones que daban acceso al patio. Por la puerta del sótano salía en ese momento Ramiro, esposado, sujeto por dos grises. Se cruzaron los dos grupos en medio del patio, Pablo, evitó mirar a Ramiro y este hizo lo mismo. Lo llevaban a rastras, descalzo, con las piernas dobladas, medio inconsciente. Sabía adónde lo llevaban. Él había pasado por lo mismo.

Era una burda maniobra de la policía para ver si se reconocían al encontrarse. Conocía a Ramiro de sobra, de antes del central, cuando era un chaval de la organización del FRAP, en el 73. Quedó todavía más desconcertado, no imaginaba la razón de su estado: por qué se encontraba allí.

Después de Pablo subieron a Gisèle, la única extranjera entre los detenidos. De madre española y padre italiano, ambos emigrantes, había nacido en Suiza y estaba en el Tribunal como miembro de la Liga Internacional de los Derechos Humanos, de la sección de Ginebra, donde residía. Abogada, simpatizante de la causa española, tenía gran amistad con los dirigentes del PCE(m-l), también residentes en Ginebra y acudió a la reunión convencida y dispuesta a impulsar el reconocimiento y condena de los crímenes cometidos durante la dictadura franquista.

Gisele, en un aceptable castellano, grave, airado, comenzó exigiendo sus derechos y acabó soltando toda clase de improperios contra los sociales, que ni se inmutaron.

—No sabes dónde te has metido, o ¿sí lo sabes?

—...

—Estás con la Ley Antiterrorista, porque os hemos cogido con armas y explosivos. Vas a estar el tiempo que queramos porque aquí tenemos a terroristas y tú tienes algo que ver con ellos.

—¡Eso es mentira, cabrón! ¡Ahora mismo quiero una asistencia letrada!

La soltaron a primera hora de la mañana, junto con los dos periodistas que asistieron a la reunión del Tribunal en calidad de informadores.

Gisèle Moroni se encontró sola, aturdida, en la Puerta del Sol madrileña a primera hora de la mañana del 29 de noviembre. Antes de soltarla en

libertad, la habían vuelto a subir, esta vez a un despacho de la primera planta, donde un inspector, ya de edad, bien vestido, le había dado las razones de su libertad, era extranjera, y recomendado que abandonara el país de inmediato.

–Parece que no tiene usted que ver con las armas y explosivos encontrados a los detenidos. De momento. Así que aproveche la oportunidad y salga lo más pronto posible de España.

No pensaba hacerlo. Aunque no conocía a nadie en Madrid, tenía el teléfono de Francesc Molins, el presidente de la Federación de los Derechos Humanos en Cataluña, que formaba parte del Tribunal, aunque no había asistido a la reunión de Madrid.

Molins no llegaría hasta la noche y mientras tanto pensó en acercarse a local que el PCE(m-l) tenía en Madrid, en la calle Libertad n.º 7. No había comido nada desde el día anterior y aunque en los calabozos les habían llevado unas bandejas con la cena, no probó bocado, y tampoco había dormido nada. No sintió miedo, no se vio asustada en ningún momento. Era la indignación la que le encogía el estómago impidiéndole comer.

Una mujer joven le abrió la puerta del local. No estaba Elena, por quien había preguntado, pero la hicieron pasar y esperar. El piso era amplio, antiguo con cierta clase, al menos el gran salón con chimenea donde aguardó la llegada de Elena. Solo los retratos de Marx, Engels, Lenin y Stalin hacían suponer que era el local de un partido comunista.

Elena formaba parte de la secretaría del comité central. La había tratado frecuentemente en Genève, cuando trabajaba como traductora en las oficinas de la UNESCO. Creía recordar que era de origen vasco, de Bilbao, pero sabía que llevaba mucho tiempo en Suiza.

Le contó lo ocurrido:

–Es una provocación, un montaje de la policía. No han detenido a ningún camarada con armas y explosivos. Pretenden contrarrestar con falsedades el avance del voto no a la constitución monárquica.

–Molins llegará esta noche, he quedado en recogerlo en el aeropuerto, y nos iremos directamente al juzgado, con el fin de conseguir una asistencia letrada para los detenidos. Es un escándalo la detención del Tribunal, totalmente arbitraria, contraria a los derechos más elementales.

—Es que les hemos metido el dedo en la llaga —le contestó Elena—. Lo que pretenden con el refrendo constitucional es precisamente, la completa impunidad de sus crímenes, con la complicidad de los traidores revisionistas, que llaman a votar por el sí.

—Lo que me temo es que va a salir que sí.

Elena no contestó a la afirmación de Gisèle:

—Los abogados del partido ya están al tanto de las detenciones y hacen lo que pueden, pero está muy bien que desde la Federación se denuncie la falta de libertades en nuestro país.

Gisèle acompañó a Molins en sus gestiones. No había nada que hacer. Los detenidos lo serían las 72 horas que marca la ley y después pasarían a diligencias judiciales acusados de reunión ilegal.

—¡Reunión ilegal! —dijo Gisèle—. ¿Qué validez tiene una consulta popular, un referéndum, cuando a los opositores se les encarcela por reunión ilegal? Esto es propio del Tirano Banderas.

—Sí, pero baja la voz, no te vayan a oír los policías —le dijo Molins.

—¡Ya me han oído bastante!

Molins trató de asistir a los detenidos en la DGS, pero su esfuerzo resultó infructuoso. Recibió, en cambio, toda clase de veladas amenazas y un contundente: Gisèle Moroni debía abandonar España inmediatamente o no podrían responder por su seguridad.

## 21

Eusebio falló a la cita que tenía con el grupo de Madrid el 30 de noviembre. Decidieron que fuera Amador a la cita de seguridad, por ser el menos reconocible, al día siguiente, en metro Embajadores, en la misma glorieta, chaflán con la Ronda de Valencia. Al fallar de nuevo Eusebio a la cita, quedó claro que algo había pasado.

Al día siguiente se enteraron por la prensa, por una parte de la liberación de los detenidos del Tribunal el 28 y por otra de las detenciones de los grupos:



## **Detenidos catorce presuntos miembros del FRAP y requisado numeroso armamento**

**En Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia y Zaragoza**

*El País* - 02/12/1978

Catorce personas han sido detenidas por la policía como presuntos miembros de la organización Frente Revolucionario Antifascista y Patriótico (FRAP), según una nota oficial de la Dirección General de Seguridad hecha pública ayer. «Se dedicaban -dice la nota- a la consecución de fondos por medio de atracos a entidades bancarias. Les han sido ocupados dieciocho revólveres, veinte pistolas, 37 escopetas y una metralleta, abundante munición y material explosivo.» Al margen de la nota, fuentes competentes precisan que les fueron ocupados treinta kilos de exógeno plástico, informa Efe.

Trataron de sobreponerse a la noticia de las detenciones, superar el miedo y trazarse un plan de acción. No podían saber el alcance de las detenciones, y aunque en la prensa daban con detalle los nombres de los detenidos, no los relacionaban con sus nombres de guerra en el partido. Tampoco podían saber si ellos mismos podrían estar delatados e identificados.

Danielle decidió marcharse a Francia de inmediato. Acordó con los demás que los recogería más tarde en Barcelona y les pasaría la frontera.

Durante el trayecto de vuelta a su casa sintió el miedo adueñarse de su corazón que, palpitando cómo nunca, la hacía detenerse a cada paso, para volverse a comprobar que nadie la seguía, aunque, irremediablemente en todos encontraba a sus perseguidores. Sus propias sensaciones habían desplazado a los acontecimientos y sólo podía sufrir un mínimo dolor por los otros. Tomó de su casa lo imprescindible, temerosa, acuciada por los ruidos vecinos y casi sin despedirse de Koldo, salió precipitadamente.

María estaba rota. Había identificado el nombre verdadero de su compañero, entre los seis detenidos de Barcelona. Se imaginaba lo que estaría pasando y sufría con él. Si bien en principio estuvo de acuerdo con Danielle, en huir a Francia, una vez a solas decidió no moverse. Tenía

tanta confianza en Vivó, que estaba segura de que no la habría cantado. Ni tampoco Eusebio, en caso de que lo hubieran cogido. Tenía sus dudas con Ramiro, al que había identificado como detenido en Madrid, pero él no sabía dónde vivía ella. Decidió cambiar de aspecto y quedarse en Madrid, hasta conocer con detalle el alcance de la caída.

## 22

Acompañada por Molins hasta la estación de Atocha, Gisèle subió al tren Talgo que la llevaría a París. A pesar de que su colega le había insistido en que no había nada que hacer, pensaba llegar hasta Bruselas con la denuncia de la arbitrariedad cometida contra el Tribunal.

–No hay nada que hacer –le había dicho–. España no forma parte del Convenio Europeo de los Derechos Humanos. España no ha firmado ninguno de los protocolos. Aunque recurras al Tribunal Europeo, este no tiene competencias para juzgar hechos cometidos por los países no adheridos al Convenio Internacional sobre Derechos Humanos, que en estos momentos, en Europa, sólo son España y los países del bloque del Este.

En su butaca del tren Talgo y una vez iniciada la marcha, no pudo impedir el llanto. Abatida por el cansancio, la rabia y la impotencia, trataba de ahogar sus sollozos. Dos filas de asientos delante, Danielle, que también abandonaba España, hacía lo mismo. Unas pequeñas lágrimas se escapaban de sus ojos y eran recogidas con el dorso de su mano antes de caer resbalando por la mejilla.

Ambas se hacían la misma pregunta:

¿Cómo un pueblo entero puede hacerse cómplice de los crímenes franquistas, refrendando una ley de punto final, ley de borrón y cuenta nueva, ley de la impunidad y del olvido?

Gisèle era sabedora que los crímenes contra la humanidad y el genocidio no prescriben nunca, ni pueden jurídicamente perdonarse, aunque quieran las partes. No valen la reconciliación ni el olvido para los crímenes cometidos por el franquismo: genocidio y crímenes contra la humanidad, tal y como se recogen en el informe presentado a la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1946.

Danielle esperaba hace tiempo la consolidación de la maniobra continuista y, con ello, el final de las ilusiones revolucionarias. El pueblo español, la clase obrera, estaba defendiendo algo que no era suyo. Con una maniobra estudiada, “todo estaba atado y bien atado”, había concluido el dictador. Con la oposición republicana silenciada a fuerza de detenciones y prohibiciones, el pueblo debe elegir entre lo malo y lo peor: Monarquía o Fascismo.

No estaba triste por ello. Ahora, superadas sus propias sensaciones de temor, su dolor era la suerte de sus camaradas. ¿Qué habría sido de ellos? ¿Dónde se encontrarían Ramiro y Eusebio?



# LA NAJA DEL KÍE



## 1

Ramiro estaba inquieto, preocupado por Boronat. No había podido hacerse con él, tras dos días de intentarlo por teléfono. El número de Sevilla no contestaba. Había decidido acercarse por el piso de Berruguete no sabía bien el por qué, quizás porque era el único punto de contacto, una vez fallado el teléfono.

Había aparcado su coche, un 127 de segunda mano de color verde oliva, bastante lejos, en el lado opuesto de Bravo Murillo, dejando la agenda comprometedora debajo del asiento. Caminaba receloso por la calle Berruguete y pasó de largo frente a la puerta del zaguán, observando con detalle toda alteración de la normalidad, pero no encontró nada extraño. Un barrio de fincas sencillas, de pocas alturas, antiguo extrarradio integrado en la gran ciudad.

Volvió sobre sus pasos y se decidió a subir al piso. Al abrir la puerta y entrar, aún en el quicio, el ruido de una explosión y el impacto en la pared junto a su costado, lo tiró instintivamente hacia delante, de bruces al suelo, mientras las explosiones y los impactos barrían la pared a su izquierda.

–¡No llevo nada! ¡No llevo arma! –gritaba espantado, pegándose al suelo con los brazos extendidos hacia delante.

Cayeron sobre él dos policías, apretando las Rubis contra su cara, causándole dolor. Le pusieron las esposas bien cerradas, con las manos a la espalda, todavía él tendido sobre el suelo. Esperaron un buen rato antes de que llegaran dos policías más y lo bajaran entre los cuatro al coche que aguardaba en la calle.

En la espera, y pasado el terror inicial, recapacitó:

–No llevo nada encima. No tienen de qué acusarme. El piso estaba limpio, la documentación auténtica. Todo depende de lo que haya cantado el Boro, qué está claro que ha caído, pero yo no he participado en las acciones. Aunque haya cantado, no pueden involucrarme en nada.

Durante el trayecto, en el asiento posterior, apretado entre dos policías, maquinaba una coartada para explicar su presencia en el piso:

–Es de un amigo que está ausente y le dejó las llaves. Había ido a ver cómo era. Lo conoce del partido, de alguna reunión.

Cuando llegan a la DGS en la Puerta del Sol, no le bajan a los calabozos del patio interior, donde finaliza su trayecto en el coche. Lo suben directamente, por el ascensor, a la segunda planta. Después de recorrer un largo pasillo, con puertas de despachos a la derecha y los ventanales que dan a la calle del Correo a la izquierda, lo hacen entrar en el despacho del final del pasillo. Una gran estancia con numerosas mesas de metal gris, ocupadas en su mayoría por funcionarios de la policía. Lo observan con curiosidad al pasar por delante de las mesas, deteniendo sus tareas. Al fondo hay una puerta de cristal opaco, cerrada, que vislumbra un despacho y a su derecha otro con la puerta abierta, donde lo sientan en una silla en el centro de la estancia.

Tienen prisa. De Sevilla les ha venido un informe bastante completo sobre un grupo armado del FRAP, que señala a Ramiro como cabecilla. Los integrantes están identificados, en su mayoría, como antiguos terroristas, ya fichados. De la rapidez con que hagan cantar al cabecilla depende que escapen.

Los sociales registran el bolso que Ramiro llevaba al entrar en el piso. Sobre la mesa, depositan su documentación y varios juegos de llaves, entre los que destacan unas llaves de coche.

–¡Las llaves del coche! –se dice Ramiro–. No había caído en el coche y la libreta.

Lo identifican, comprueban los documentos y de inmediato salen dos sociales con ellos y con las llaves para comprobar su dirección. Los que se quedan, comienzan a interrogarle. Le hacen un resumen del informe



de Sevilla: atracos, depósitos de armas, grupos armados. Le dan nombres: Boronat, Marcos, Eusebio, Vivó, Celia, la de la armería Peñuelas.

Ramiro lo niega todo. No sabe de qué le están hablando. Repite su coartada una y otra vez.

—¿Me vas a decir que eres un pringao? —le dice el social que parece el jefe, un joven de estatura media, bien vestido, rubio, casi albino.

No lo tocan. Lo dejan solo cociéndose en su salsa. Sabiendo que ellos saben quién es y qué es lo que ha hecho. Por otra parte, el edificio está lleno de oficinistas y no pueden emplearse a fondo hasta el final de la tarde, cuando todos se hayan marchado.

Al cabo de una hora ve pasar al despacho contiguo a los dos sociales que se habían marchado, con su compañera detenida. Hacen que se fije en ella al pasar.

Ramiro se inquieta, sufre por su compañera, pero no está derrotado. Nieves no sabe absolutamente nada. Es una militante de base, organizada en las juventudes, que no ha conocido su trayectoria ni su militancia en los grupos.

La tienen poco tiempo en el despacho. De momento, ella no ha salido cantada, no la relacionan con los que buscan y lo que les interesa saber, lo ha contado en un instante: la marca, color y matrícula del coche. Cierran la puerta de Ramiro, para que no la vea salir y la bajan a los calabozos del sótano.

A las ocho de la tarde ya tienen en su poder el cuaderno. Cuando el grupo de seis sociales entra de nuevo en el despacho donde se encuentra Ramiro, sentado en la silla con las manos esposadas a la espalda, ya no queda nadie en las oficinas.

## 2

Eusebio ha rondado por el local de la calle Libertad, sin atreverse a subir, alertado por la falta de llamadas de Ramiro. Esperaba una llamada el día 26 de noviembre y no se produjo, ni los siguientes días. Debate entre su excesiva desconfianza y la rutina cotidiana. Alejado de la lucha

política, la rutina de los meses anteriores ha sido de calma, incluso de tedio, con el grupo de Madrid semidormido.

Decide volver a su piso y esperar la llamada de Ramiro. Laman a las cinco de la tarde. Una voz de hombre pregunta por el dueño del piso. Eusebio da las explicaciones: el dueño no está, él es el inquilino. No sospecha, no se alerta. No puede saber que la libreta de Ramiro, donde está su número de teléfono, está en manos de la policía, y aunque escrita en clave, Ramiro ya se ha derrotado tras dos días de torturas y se la ha revelado.

Media hora después de la llamada, suena el timbre de la puerta y Eusebio, sin más, sin sospecha ni cuestionamiento, abre. Tres sociales, pistola en mano, entran en tromba en la casa.

Como en un sueño, lo sucedido le parece irreal. No está pasando, se dice. No me tumban en el suelo. No me esposan. No me suben en un coche.

Cinco minutos después de la entrada de los sociales en la casa, Eusebio ya está, esposado, en el asiento trasero de un 127 blanco, camino de la DGS. Durante el trayecto no prepara ninguna estrategia, la ha tenido siempre: no decir una palabra. Pero se lamenta de su ineptitud. Trata de volver el tiempo atrás:

–¡No haberme dado cuenta! ¡No haber salido corriendo con una llamada tan clara! Cuando todo anunciaba la tragedia:

–Los fallos de Ramiro, la llamada –se dice Eusebio–. ¡Qué burro!

A él tampoco lo bajan a los calabozos de la DGS. Los calabozos llevan un régimen estricto de entradas y salidas. Los detenidos son registrados en el libro de entradas y se dejan en custodia a la policía armada. Sin embargo, en los despachos de la Brigada Político Social, nadie sabe nunca quién entra y quién y cómo sale.

A Eusebio lo suben al cuerpo de guardia del primer piso. Lo sientan en una silla, con las manos esposadas tras el respaldo, frente a un gran aparato de televisión. Un social conecta la televisión, sin antena, y la pantalla se llena de vibrantes puntos de luz. Manchas diminutas de luz blanca que se alternan velozmente con manchas negras. Eusebio cierra los ojos y aprieta los parpados, pero aun así no puede evitar continuar

viendo los brillantes puntos de luz. En una hora estará provisionalmente ciego.

La estancia es pequeña, con una mesa de despacho, de madera, como único mobiliario, donde un policía armada, sentado frente a ella, se aburre escuchando la emisora central de la policía. En el extremo izquierdo del fondo del cuarto está Eusebio, sentado frente al televisor en blanco y negro sin sintonía, con el resplandor de la pantalla iluminando su cara. Se distrae escuchando las comunicaciones de los coches patrulla de los antidisturbios.

Al cabo de dos horas lo levantan de la silla y lo sitúan de pie, en el centro de la estancia rodeado por varios sociales. Eusebio los ve como sombras a su alrededor, entre destellos blancos.

–Quiero ver a mi abogado –les dice desafiante.

–¡A tu abogado, vaya! ¡Mira, este es tu abogado!

Un social le suelta un puñetazo en la cara y Eusebio, como una pelota, rueda en el círculo de policías, aporreado y pataleado por todos ellos.

Los golpes no le duelen, se asombra Eusebio, que es la primera vez que los sufre. Nota un calor ardiente en las partes golpeadas, pero no dolor, nada que no pueda soportar. No sabe cuánto tiempo le siguen golpeando, cae al suelo y lo suben a los despachos de la segunda planta.

Dos de los policías acercan dos mesas grises metálicas, hasta que queda entre ellas un corto espacio; mientras otro le da instrucciones, como si de una consulta médica se tratara:

–Te voy a cambiar las esposas de atrás adelante, te las voy a dejar un poco sueltas, porque si no, te las vas a clavar –le dice con tranquilidad, soltándole las esposas y esposándole de nuevo–. Siéntate en el suelo y arquea las rodillas.

Le pasan las manos por encima de las rodillas, quedando Eusebio sentado en el suelo, con las piernas arqueadas entre las manos esposadas a la altura de las espinillas, de forma que los codos quedan por debajo de las rodillas. En esa posición, el social le pasa una barra de acero, ennegrecida y alabeada por el uso, entre la cara interna de los codos y las rodillas. Eusebio queda ensartado por la barra de acero, que le atraviesa entre los brazos y las piernas.

–Vale, ya está. Listo.

Lo suben entre los cuatro, apoyando la barra entre las dos mesas. Eusebio queda suspendido en el aire, colgando de la barra entre las mesas, con los pies más elevados que el resto del cuerpo, la cabeza casi rozando el suelo. Le quitan los zapatos y los calcetines y uno de los policías comienza a pegarle con una porra de guardia en la planta de los pies.

–No muevas los pies, porque te podemos romper un dedo –le dice el policía-enfermero, con la mayor naturalidad.

El dolor es intensísimo. No para, no se calienta. A cada golpe, Eusebio se retuerce. Cada golpe es más doloroso que el anterior. Eusebio al final tiene que gritar, y grita con cada golpe.

Interrumpen el castigo con la entrada en el despacho del jefe de grupo de la brigada, el policía rubio, de cara roja, al que llaman “Alemán”. Hasta el momento no han interrogado a Eusebio, no le han hecho ni una sola pregunta. Piensan que es el momento, al menos para comprobar los efectos del trabajo sobre él.

–¿Cómo te llamas? –le pregunta “El Alemán”.

Eusebio sigue colgado en la barra. Los dos policías que se han turnado para golpearle en los pies descansan frente a él. “El Alemán” se ha sentado sobre la mesa, a su derecha, observando su DNI, que lleva en la mano.

Eusebio da el nombre falso, el del DNI. Le golpean de nuevo en los pies hasta que dice su nombre.

–¡Ah, bueno! ¡Eso ya está mejor!

Le hacen saber que está plenamente identificado y él es consciente de que ha empezado a hablar.

“El Alemán” sigue con la misma tónica, primero pregunta, luego pega. Cuando no obtiene respuesta, él mismo contesta a su propia pregunta. Quiere que sepa que ya lo saben todo. Todo menos el grupo de Madrid. No tienen al grupo de Madrid, se da cuenta Eusebio.

Eusebio piensa en ellos, tiene una cita el día 30 y otra al día siguiente, la de seguridad. Cuenta las horas que tiene que aguantar en la barra:

–Estamos a 28, ya 29, serán como 36 horas para la primera cita y 60 hasta la segunda.

Se distrae haciendo las cuentas y no escucha lo que le pregunta “El Alemán”. No va a decirles nada. No va a caer por su culpa el grupo de Madrid. Piensa en Danielle, no va a delatar a Danielle.

El policía bueno, el aséptico enfermero, toma el relevo de “El Alemán”. Todos ellos son jóvenes, de no más de 30 años. Visten ropas corrientes, modernas, y nada en ellos podría hacer pensar a nadie que son de la Brigada, ni tan siquiera policías. El policía bueno aparenta unos 25 ó 26 años, moreno, con el pelo corto, bien parecido. Habla suave, sin imperativos ni amenazas, como llevando una conversación trivial, si no fuera porque su interlocutor está colgado en la barra, con los pies amarrados, entre las dos mesas del despacho.

Le relata la acción del Jumbo:

–¿Es verdad que tú ibas con una metralleta?

–...

–Al que no tenemos es al conductor. Unos dicen que eras tú, pero no nos cuadra que fueras con la metralleta y conduciendo el coche.

–...

–Aquí hay cosas que nos faltan –le dice el social, señalando la lista que tiene en la mano–. Tenemos un montón de atracos que debéis de haber sido vosotros.

Le enumera los atracos de la lista, descartando él mismo los que por sus características cree que no han sido ellos. Eusebio permanece callado, aunque está atento, inquieto, al largo monólogo del policía.

–Mira –le dice, con el son soniquete monótono–, yo no te voy a pegar, es más, te voy a bajar de ahí si me dices algo, aunque sea sin importancia. Tengo que irme con algo. Tú te comes un marrón y yo me comprometo contigo a quitarte la barra.

Eusebio cae en la trampa que le tiende el policía. Está dolorido, no sólo le duelen los pies, también las muñecas, donde las esposas han abierto un surco en la piel y se le clavan en la carne viva.

Entre los atracos enumerados por el policía hay uno que le llama la atención. Es una recuperación de máquinas multicopistas en Gestetner. Algo muy típico de los grupos políticos. Él, de hecho, ha participado en una igual en Valencia, en el 74, y casualmente, el grupo de Celia, tenía preparada esa expropiación, aunque no llegó a realizarla por su caída.

Sabe que está en la calle Gaztambide, él mismo estuvo estudiando su viabilidad.

Se come el marrón, inventando la acción sobre la marcha, con similitudes a la de Valencia.

—¿Quién conducía la furgoneta?

—Yo.

—¿Y entonces, ese grupo cuál era? El de Madrid, claro.

—No sé, no los conocía de nada. Gente del partido, de Madrid, supongo.

Ha empezado a hablar. El policía ha conseguido su objetivo, pero ha pasado ya la noche y tienen que llevarlo a los calabozos. Lo bajan de la barra, le quitan las esposas y hacen que se calce. Los zapatos le quedan como chancletas, por la hinchazón de los pies, las esposas delante, bajo un jersey que oculta las marcas de las muñecas. Dos policías de uniforme lo bajan, sosteniéndolo para que no caiga, al calabozo.

Lo conducen a las celdas individuales, situadas a ambos lados del pasillo de la derecha. La celda sólo tiene un colchón sobre un banco de piedra, donde cae rendido Eusebio.

### 3

La noción del tiempo se pierde cuando no se puede apreciar su magnitud, bien por referencias de acontecimientos externos, bien por su medición directa. Eusebio, en la celda del calabozo, no tiene ni lo uno ni lo otro. Sin luz natural, sin rutinas observables, no diferencia el día de la noche. Su contacto con el exterior es el tránsito desde el sótano de los calabozos, por el patio interior del recibimiento, a la planta de la Brigada, pero ha perdido la cuenta de las horas, primero y de los días después.

Lo suben, de nuevo, la tarde del día siguiente, del 29 de noviembre, al mismo despacho de la noche anterior. Ha descansado, y aunque le duelen los pies y las muñecas, su percepción del entorno ha mejorado respecto a la noche anterior. Observa a los sociales que están en el despacho: el joven policía bueno, otro moreno barbudo y delgado, con acento andaluz y el otro también moreno, alto y delgado, sin barba y bien peinado, con

flequillo. Entre ellos utilizan sus alias, se dirigen unos al otro como “Andaluz” y “Karateka”. El bueno no tiene apodo, o no se dirigen a él por ningún nombre.

Le quitan las esposas y le hacen sentarse en la silla frente a la mesa donde está sentado “El Andaluz”. Tiene en sus manos el informe del policía bueno y se lo lee a Eusebio.

–Así qué tú robas fotocopadoras. Y del Corte Inglés, ¿qué sabes?

Eusebio no contesta. Ha recapitado sobre el error cometido y no piensa decir una palabra.

“El Andaluz” le repite la pregunta:

–No te hagas el que no sabe nada, ¿Quién estuvo en el Corte Inglés, aparte de ti?

–...

“El Karateka” le propina un golpe seco con el bies de la mano en la oreja, sin preámbulos. Eusebio cae de la silla, pero se levanta a medias y trata de salir por la puerta.

–¡Cógelo, que se va!

Lo reducen a puñetazos, lo esposan detrás y sin miramientos lo empujan entre los tres hasta el despacho más grande y de allí hasta la puerta del despacho donde Ramiro se encuentra, abatido, destrozado, maniatado en su silla. Él no levanta la vista, fija en el suelo. Está con “El Alemán”:

–¿Quién estuvo en el Corte Inglés? –le pregunta a Ramiro, señalando a Eusebio.

–Sí, sí, lo hizo él –contesta Ramiro, con la vista fija en el suelo.

A Eusebio le espera otra sesión de barra, de palos en los pies. Y de nuevo la charla del policía bueno. Pero esta vez conoce la trampa y no entra en su juego.

Los sociales no se emplean a fondo, piensan que el grupo de Madrid, a estas alturas, a tres días de la caída de Ramiro y día y medio de la de Eusebio, ya debe andar lejos. Han pillado armas, explosivos y un sin número de asaltos y atracos. Se dan por satisfechos.

Lejos de desmoronarle, la delación de Ramiro reafirma su fortaleza. Encuentra la razón de su parte y esto motiva su resistencia. En la barra, distrae su mente recapitando sobre lo sucedido, la pifia de Ramiro con

sus criterios organizativos, su debilidad. Hasta que la dejadez del cuerpo maltrecho y su desnutrición, confunden su mente perdiendo el sentido.

No lo dejan dormir apenas. A primera hora de la mañana le despierta la apertura de la puerta de la celda, al descorrerse desde afuera el pesado cerrojo. Al policía armada que abre la puerta le acompañan “El Andaluz” y “El Karateka”. Entre los dos lo levantan, esposándole por delante. Ya en el patio interior, le hacen subir al 127 blanco.

Eusebio está asustado:

–¿Dónde me lleváis?

Ahora son los policías los que no contestan.

Hace una buena mañana, fría, soleada. La luz solar molesta a Eusebio, tras tres días sin verla. En Moncloa, Eusebio ya se encuentra bastante despejado y atento al recorrido del coche. Cuando salen de Madrid por la carretera de La Coruña, hacia las Rozas y Majadahonda, la desazón se apodera de él. Los policías permanecen callados e insiste:

–¿Dónde coño me lleváis? ¿A dónde vamos?

Dejan atrás Collado Villalba y toman la desviación a San Lorenzo del Escorial. El día es claro y la vista de la sierra de Guadarrama magnífica, con la impresionante pared de Cuelgamuros a su derecha, pero Eusebio no está para contemplaciones. A medida que el medio natural sustituye al urbano aumenta su angustia, alejado de la presencia humana. Toman, a la derecha, el antiguo camino de Cuelgamuros, y al poco trecho, el primer camino forestal a la derecha.

Ya por medio de los pinares, completamente aislados, sin testigos presenciales, Eusebio se teme lo peor. Recorren un kilómetro del camino y paran el coche.

Le hacen bajar:

–Ahora nos vas a llevar al zulo de las armas.

–¿Qué zulo? Yo no tengo ni idea de ningún zulo.

Sabe que hay zulos. Sabe que por decisión de Ramiro se escondieron las armas y los explosivos en zulos, incluso acompañó a Ramiro a comprar lecheras herméticas de metal para guardarlas. Pero no sabe en qué lugar se encuentran. Boronat y Marcos se encargaron de construirlos.



— ¡Venga, camina! ¡Esta vez no te vas a ir de rositas! ¡Encuentra el zulo o te pegamos un tiro! —le grita “El Karateka”, empujándole para que ande.

— ¡Os juro que no sé dónde está! —contesta Eusebio, aterrado.

“El Karateka” lo lleva sujeto del brazo, a empujones. Los otros se han separado, cada uno por un lado, a la izquierda del camino, subiendo por la pendiente del bosque, hacia Cuelgamuros.

Ascendiendo por la pendiente, a la media hora, los pinos comienzan a escasear, dando paso a formaciones de rocas graníticas, oscuras, y en ese momento el Karateka se para.

— ¡Me cago en dios! ¡Ya estoy harto de ti! ¡Quién te crees que eres, cabrón! —le grita, tirándole con fuerza al suelo.

El Karateka saca su Rubi y, dándole una patada en el costado, le apunta a la cabeza con el revólver:

— ¡Ahora verás!

Dispara una vez el arma, apuntando más alto que al cuerpo de Eusebio, sin darle. La detonación del 357 es como un cañonazo, que retumba montaña arriba. Eusebio está aterrorizado, inmóvil, intentando esconder la cabeza entre los hombros.

— ¡Eh, está aquí! —escuchan cercano.

Aparece “El Andaluz” corriendo:

— ¡Colega, que has hecho!

— Nada, se me ha escapado un tiritito.

— ¿No irías a darle matarile, verdad?

— Nada, sólo un susto.

— Juan ya lo ha encontrado. Guárdate la fusca y vamos para allá.

En un montículo rocoso, señalado con una gran piedra inhabitual, estaba el zulo, aprovechando una cavidad natural convenientemente tapada. Dentro de la pequeña cueva, varias lecheras y una docena de escopetas recubiertas con grasa y plásticos.

— ¡El marronazo que te vas a comer! —le dice “El Karateka” a Eusebio.

#### 4

El tiempo pasaba, sin que Eusebio se apercebiera de ello. Tras el descubrimiento del zulo, dejaron de subirlo por la noche a los despachos de la Brigada. Aunque siempre con las manos esposadas a la espalda, subía, en horario de oficina, con un solo policía armada que lo conducía hasta el despacho de “El Alemán”, el de la puerta acristalada, al fondo de la gran estancia repleta de mesas grises de despacho, ocupadas en su mayor parte por funcionarios realizando algún trabajo.

Eusebio permanecía sentado, frente a la única mesa del despacho, cabizbajo, mientras “El Alemán” confeccionaba torpemente su declaración con una máquina de escribir. Le interrogaba y ante el silencio de Eusebio, él mismo encontraba las respuestas, que escribía usando los dos dedos corazón sobre el teclado de la máquina.

Permanecía en el despacho un par de horas, sin saber en qué momento del día, y lo bajaban de nuevo al calabozo, siempre a la misma celda. Empezó a comer algo de la bandeja que le llevaba el guardián, y trató de orientarse en el tiempo por sus frecuentes visitas. Pero no consiguió que el desayuno, un sucedáneo de café con sucedáneo de leche y un bollo suizo, coincidiera con su despertar.

Había perdido el apetito y el sueño, y sentía dolores en el estómago, por la ausencia de evacuaciones. Desde que entró en la DGS no había sentido la necesidad de hacer de vientre, aunque los continuos retortijones de éste le recordaban que debía hacerlo. Los pies y las muñecas, sin embargo, estaban casi restablecidos, y aunque se notaban las marcas, no sentía dolor.

El 8 de diciembre, diez días después de su detención y tras haber firmado la declaración de “El Alemán”, le comunicaron que lo pasaban a jueces.

Un furgón de conducción de detenidos le estaba esperando en el patio. Dentro estaba Ramiro, esposado cómo él, con las manos en la espalda. Se miraron, sonriéndose aliviados de salir de aquel infierno. A los pocos minutos subieron a Nieves, la compañera de Ramiro, a la parte delantera del furgón, sentándola al lado del guardia acompañante del conductor, los

tres en el mismo asiento. Ramiro se acercó a la reja que separaba ambas partes, acercándose a su compañera y así hicieron, mirándose arrobados, el trayecto hasta las Salesas.

Era la primera vez que Eusebio veía a Nieves, ni tan siquiera tenía conocimiento de su existencia, pero la derrota en que se encontraba hizo que no se plantease más preguntas que la de adónde le llevaban ahora.

El furgón acabó su trayecto en la plaza de las Salesas, por donde entró al patio del Palacio de Justicia, sede de la Audiencia Nacional. Les quitaron las esposas en el calabozo, donde entraron los tres juntos. No habían cruzado una palabra entre ellos y continuaron en un silencio violento. Ramiro abrazado a Nieves.

Con la mayor luz de la estancia, Eusebio pudo observar a Ramiro. Le faltaba una gran porción del pelo, casi desde la coronilla hasta la frente, en la parte central de la cabeza, dejando ver una calva enrojecida. No llevaba zapatos. En su lugar, calzaba unas zapatillas de estar por casa, de fieltro a cuadros marrones, que le quedaban enormes.

Los pasaron al Juzgado Central de Instrucción número uno, cuyo titular era el juez Rafael Gómez Chaparro, de la Audiencia Nacional. Nuevo título para el antiguo Tribunal de Orden Público, el gran factótum de la represión franquista, por el que han pasado más de 10.000 antifascistas, en 3.000 juicios, casi todos condenatorios, en sus trece años de existencia.

El juez Gómez Chaparro es uno de los represores franquistas que ha pasado, por decreto, del TOP a la Audiencia Nacional, sin por ello cambiar un ápice sus procedimientos totalitarios. La declaración de un acusado, firmada ante la policía, es la prueba contundente, muchas veces la única, de su culpabilidad.

El juez Chaparro, Inquisidor del Santo Oficio, prelado del Consejo de la Suprema.

Pasaron uno tras otro ante Él, que les formuló idénticas preguntas rutinarias:

–¿Se ratifica usted de su declaración ante la policía? –les preguntó, impasible, sin mostrar ningún interés particular por su respuesta.

–No, no me ratifico, la he firmado coaccionado por la policía.

–¿Y cómo explica usted que se encontraran armas y explosivos en el lugar que usted le indicó a la policía?

—Yo no indiqué ningún lugar —contestó Eusebio—. La policía me llevó hasta allí y fueron ellos los que las encontraron...

## 5

Eusebio se encontró sin Ramiro esperando su turno junto con otros internos, para subir a la oficina del Centro de la cárcel de Carabanchel.

Tras una corta espera en una celda del vestíbulo de la entrada, habían pasado ambos por un estrecho pasillo, donde les habían tomado las huellas dactilares, incautado sus pertenencias, cacheado y dado una manta gris con dos franjas marrones.

Al ver el estado en que se encontraba Ramiro, lo habían llevado a la enfermería de la cárcel. Eusebio, acompañado de un funcionario de prisiones, pasó un primer portalón y llegó al Centro. El funcionario le señaló una fila de tres presos que, de pie, apoyados en la pared, esperaban su turno para ser fichados de nuevo y asignados a una galería.

—Espera junto a esos —le dijo el funcionario.

El Centro era un gran cilindro hueco, de 32 metros de diámetro por 12 metros de alto, sobre el que se asentaba la bóveda de su techo, un casquete polar unido por pilares al muro del cilindro en su parte más alta. Entre los pilares, quedaban restos de cristalerías policromadas representando escenas de santa redención. Tanto la bóveda, como la mayor parte de las vidrieras habían sido destruidas en los motines habidos en julio del año anterior y continuaban en ese estado. Por los boquetes de la bóveda, y por los ventanales, entraba el agua de la lluvia, que se encharcaba en gran parte del suelo. El lugar donde esperaba Eusebio junto a los otros presos, era casi el único sitio donde el agua no formaba charco, aunque se encontraba mojado por el trajín de los internos.

Del Centro partían los ocho edificios de las galerías, como en una gran araña, con las patas pegadas al cuerpo. En el centro del Centro, otro cilindro emplazaba la oficina acristalada, concéntrico al monumental cilindro principal, pero mucho más pequeño y con una sola planta, elevada sobre el suelo y a la que se accedía por una pequeña escalera metálica.

Eusebio subió a la oficina en cuanto le llegó el turno. Una bombilla de escasos vatios, colgaba de un hilo del centro del techo, dando a la estancia un tono amarillento, de tabuco traperero en que se apilaban fardos de legajos mal ordenados. En una mesa, iluminada con un flexo, un interno, contable redimiendo pena, hacía las veces de oficinista.

–¿Eres político? –le preguntó el interno, mirándole con curiosidad.

–Sí, soy del FRAP.

–Aquí pone terrorista, mira –le dijo el oficinista, alargándole su ficha.

En la tarjeta, una cartulina listada a rayas azules escrita a mano con sus datos, estaba estampado un cuño en rojo con la palabra maldita, en mayúsculas, entre dos franjas también rojas. Como en una factura PAGADO, o FRÁGIL en un paquete.

–¿Sabes si hay alguien más del FRAP? –le preguntó Eusebio, aprovechando la buena disposición del preso.

–Hay de todo, pero creo que sí, hay unos cuantos del FRAP. Te han puesto en la séptima –dijo, volviendo el torso y señalando la puerta que quedaba detrás de él.

La séptima galería de la cárcel de Carabanchel, era, junto con la sexta, la galería en uso. El resto estaba parcialmente destruido. Quedaba enfrentada a la nave reservada a servicios, por donde había entrado. Un murallón de pavés, del suelo al techo de ladrillo traslucido, delimitaba su fachada, en cuyo bajo estaba la puerta metálica de acceso, junto a una pequeña ventana enrejada que comunicaba con la garita de los funcionarios. Se iban alternando, en torno al centro, los murallones de las fachadas de las galerías. Unas de pavés y otras de ladrillo enfoscado y mal pintado.

La puerta metálica de la séptima estaba entreabierta, dejando la apertura justa para el paso de un cuerpo, y el tránsito de presos que entraban o salían era continuo.

Eusebio esperaba otra cosa, tal y como siempre había pensado, o visto en las películas que era una cárcel. Los guardianes acompañan al preso hasta su celda y una vez éste dentro, cierran su puerta con estrépito de cerrojos, quedando el pobre preso desolado en su interior.

Eusebio se coló, sin ningún acompañante, en la galería, por la estrecha apretura de la puerta y lo que se encontró le dejó petrificado, inmóvil a

un lado de ella. Un enorme reflector, enclavado en el techo al fondo de la galería, iluminaba un gigantesco espacio, llenando de luces y sombras el patio interior sobre el que se asomaban tres pisos de celdas, a derecha e izquierda. No se distinguían otras luces. En la planta baja, sobre un suelo ennegrecido de porquería, adherida a pegotes negros, una marabunta de presos iba y venía en grupitos, desde el fondo de la inmensa nave hasta la puerta, andando muy rápidamente, sin chocarse ni molestarse. Como un barrunto de vehículos en una ciudad tercermundista. La mayoría con chándal de colores brillantes, con rayas blancas en las mangas, y zapatillas deportivas. Otros apoyados en las barandillas de los corredores de las plantas. Otros en las pasarelas que cruzaban aéreamente la galería, de derecha a izquierda.

Una algarabía de hombres, gritos, luces y sombras.

Los cuatro guardianes permanecían en su garita, también con una escasa luz, y Eusebio se dirigió a ellos, llamando a la puerta para que le abrieran. Tanto la puerta como los ventanales interiores estaban enrejados, pero desde dentro podían verle perfectamente. Eusebio insistió, golpeando otra vez en la puerta. Uno de los guardianes le hizo desde dentro un gesto, al mismo tiempo que levantaba los hombros y extendía sus manos. Eusebio insistió, quería que le atendieran. El guardián entreabrió por fin la puerta:

–¿Qué quieres? –le dijo con mala cara y modos.

–Es que acabo de llegar y no sé qué tengo que hacer.

–Pues, búscate una celda por ahí –le contestó el guardián, cerrando la puerta.

Eusebio, tras unos minutos observando el alrededor, enclavado en la garita de los guardianes, se decidió a moverse. Con la manta doblada bajo el brazo como único equipaje, subió por las escaleras al corredor de la primera planta y comenzó a preguntar a los presos que, acodados sobre la barandilla, observaban el movimiento de las idas y venidas del patio de la planta baja:

–¿Sabéis dónde hay presos políticos?

Les sonaba que algo había, pero no pudieron darle indicaciones exactas. Andaba sobrecogido, sintiéndose solo en un medio espeluznante para él. Recorrió todo el pasillo de la primera planta y subió por las escaleras

del fondo a la segunda. Conforme preguntaba, la desconfianza hacia los habitantes de la galería iba menguando. Los presos, en su mayor parte, eran gente joven corriente, que apenas reparaban en él.

Por fin le dieron una dirección fiable, en el pasillo de enfrente, en esa misma segunda planta. Atravesó la galería por la pasarela, un estrecho pasillo suspendido en el aire, que comunicaba el corredor derecho e izquierdo al mismo nivel, y llamó a la puerta de la celda que le habían indicado. Le abrió un joven alto, moreno, con melena rizada afro y un escaso bigote, la cara picada de acné, ojillos negros y una nariz acabada en una bola, como de payaso. Le explicó su situación y el joven, atento le hizo pasar a la celda.

–Soy Nico, pasa. Somos de los grupos autónomos, anarquistas. Bueno, este es de la CNT –le dijo, señalando a otro que estaba acostado en una litera.

En la celda había dos literas de tres pisos cada una, arrimadas a las paredes, dejando un estrecho pasillo entre ambas. La cama de arriba estaba adosada, apoyada y atada con cuerda, a la litera primitiva de dos camas. Completaba la estancia, una mampara de cristal opaco, descansada sobre un murete de ladrillo, que delimitaba un servicio con lavabo y retrete.

–Estoy buscando a la gente del FRAP. Me han dicho que hay algunos –le dijo Eusebio.

–Sí, que yo sepa hay un par. Un tal Rufo y otro bajito, de Vallecas, pero no sé si están en la sexta –se volvió Nico hacia el de la CNT, buscando su aportación.

–No sé –dijo éste–. Hay unos de ETA aquí al lado y gente del GRAPO en otra, pero no sé dónde están los del FRAP.

En ese momento Eusebio vio a Muñoz en la puerta de la celda, que junto con otro joven, buscaban cómo él, desorientados, donde meterse.

Le conocía de Valencia, como militante de las juventudes, pero no al otro. Los abrazó con ganas, caídos del cielo como venían. Muñoz le explicó su situación: los habían detenido en la puerta de un cuartel, repartiendo propaganda por la objeción de conciencia y por el voto no a la constitución a los soldados. En el maletero del coche les habían descubierto carteles y paquetes de propaganda supuestamente ilegal.

Iniciaron los tres la búsqueda de una celda donde alojarse. En la planta baja y en la primera todas estaban ocupadas y al completo. En la segunda planta quedaban algunas desocupadas, pero estaban completamente destruidas, repletas de escombros, desperdicios de comida, orines y heces. En la tercera planta, la más destruida y por tanto menos habitada, encontraron una celda, en el pasillo izquierdo, que aunque arruinada y llena de escombros, pensaron que podían arreglar. No encontraron otra opción.

Fueron sacando los escombros y arrojándolos en la celda contigua, hasta que quedó parcialmente despejada. Buscaron entre las ruinas camas, somieres y colchonetas y taparon la ventana con plásticos y cartones. No tuvieron luz ni agua, pero al menos esa noche pudieron descansar, no sin antes atrancar la puerta con una pila de ladrillos y perfiles de hierro.

Descansar no fue dormir, molestos por el frío que entraba por la ventana y las picaduras de las chinches en las partes descubiertas del cuerpo.

Eusebio, despierto a ratos, se percató de que pensaba, de que tenía hambre, de que estaba sucio, sin lavarse en once días. No se había dado cuenta hasta el momento. En el calabozo de los sótanos de la DGS no pensaba, o por lo menos no recordaba haber pensado en nada. A pesar de los cientos de horas pasadas solitario, en silencio, en penumbra, cuando dicen que acuden las reflexiones profundas, cuando se toman las grandes decisiones, cuando se recapacita sobre la vida pasada y el futuro, Eusebio no había pensado en nada.

Recordaba retazos, imágenes del pasado inmediato le venían a la mente: la detención, los golpes en la barra, los interrogatorios en los despachos, el paseillo por la sierra. Pero ningún recuerdo del calabozo.

Su cuerpo, sus funciones fisiológicas, se detuvieron diez días y con el cuerpo, la mente. “El aislamiento y la tortura son como la muerte en vida”, se dijo, concluyendo sus reflexiones.



## 6

Ya despiertos los tres, trataron de organizarse, buscar alguna ayuda para solucionar sus problemas de intendencia. No tenían dinero ni enseres. Decidieron pedir ayuda a los anarquistas, por ser los más próximos y asequibles.

Para el mediodía ya tenían una ligera perspectiva de su vida en cárcel. Nico los acompañó por la comida:

–El papeo lo dan abajo, en los antiguos comedores del sótano, pero hay que ir a recoger el piri con fiambreras. Nosotros no bajamos, nos arreglamos con lo que nos traen de fuera o comprando en el economato.

Bajaron a un ancho corredor subterráneo que circunvalaba el Centro, con apenas iluminación, hasta la reja de las cocinas. A la izquierda, a oscuras, quedaba el espacio del antiguo comedor, ahora vacío y destruido. Algunos presos, pocos, esperaban junto a la reja, con fiambreras, cazos, ollas y otros recipientes. Llegó la comitiva con las provisiones, portando cada dos presos grandes ollas y bandejas de aluminio, dejándolas en el suelo y marchándose. Potaje de garbanzos en las grandes perolas y magro empanado con patatas en las bandejas. Completaba el menú dos calderos llenos de manzanas. Los presos pasaban, sin gran entusiasmo, sin prisas, sin agobios ni empujones, sirviéndose a placer.

La fila de presos que recurría al sustento de la prisión eran, del más bajo escalafón. Los más miserables, los que carecían de recursos propios o de otros compañeros.

–El pan lo pasan por la celda a primera hora de la mañana, pero si no abres te quedas sin él –les dijo Nico– y para las duchas tenéis que estar en esta misma reja a las nueve de la mañana, y entonces sí que hay movida, ya que, sólo la primera tanda tiene agua caliente. En cuanto abran la reja hay que salir corriendo para coger ducha.

En el camino de regreso a la séptima, Nico les señaló una escalera:

–Aquí es donde teníamos el túnel en el que ligaron a Agustín. A Agustín Rueda. Los boqueras lo despanzurraron a palos, los muy cabrones.

La escalera estaba cubierta por un tabique de ladrillo, dejando en su parte posterior un oscuro rincón. El grupo de fuguistas, presos anarquistas

y comunes de la COPEL<sup>42</sup>, habían levantado varios ladrillos del faldón que cubría la escalera, del lado del rincón oscuro y que luego disimularon con una tapa. Una vez dentro del falseado hueco, empezaron a cavar el túnel en el suelo. Lo llevaban avanzado, cuando fue descubierto:

–Aquí hay chotas por todas partes –les dijo Nico.

A Agustín lo descubrieron dentro del túnel, junto con tres comunes más. Era anarquista, sin filiación a la CNT, de grupos autónomos, activista en pro de la desertión del ejército y la objeción de conciencia. Joven inquieto, ya en su pueblo, Sallent de Gállego, había participado en actividades antifranquistas por las que fue encarcelado en el 73. Agustín escapó a Francia, a Perpinyá, donde se incorporó al movimiento anarquista. De vuelta a España lo detuvieron y encarcelaron, incorporándose, ya en prisión, a la COPEL como activista destacado.

Los funcionarios se cebaron en él, siendo como era anarquista y de la COPEL. Desnudo en una nevera, una celda baja del CPB, le alternaban manguera de agua fría con porrazos por todo el cuerpo. Despiadados golpes de porra que machacaron todo su cuerpo. En un momento de desvanecimiento, ya moribundo, el médico de la prisión volvió a reanimarle para poder seguir machacándolo.

Murió el 14 de marzo a las 7:30 debido a un shock traumático como hizo constar el doctor Gregorio Arroyo. Nadie le vio después de la brutal paliza. Trasladado el cadáver a Sallent, fue enterrado sin permiso, incluso sin el de Sanidad. Urdieron la farsa, como siempre, de una pelea entre presos. Posteriormente se supo que murió por hemorragia generalizada, debido a los golpes que presentaba en un 60% de su cuerpo. Golpes dados a conciencia, con técnica depurada, aprendida en muchos años de palizas, que no habían interesado a órganos vitales. Diez funcionarios, jefe de servicio incluido, estaban procesados por ello.

–Murió sin delatar a los que estaban con él implicados en el plan de fuga.

–Era de los buenos –acabó de contar Nico, llorando abiertamente.

---

42. COPEL: Coordinadora de presos en lucha. Movimiento de los presos comunes que reivindicaba amnistía y mejoras del sistema penitenciario. Presos anarquistas se unieron a él.

Al patio de la séptima se accedía por una puerta desde el patio interior. Tenía el patio exterior forma triangular, con el vértice más estrecho formado por la parte redonda del centro, de la que salían las dos galerías que hacían de lados, abriéndose hasta el muro alambrado que formaba el lado más largo del triángulo. Otro muro, este más alto, rodeaba todo el perímetro de la prisión, salpicado de las garitas de los guardias civiles encargados de la vigilancia exterior. Entre los dos muros, el que cerraba los patios y el exterior, había un estrecho pasillo, el recinto, el sueño de todo fuguista.

La marabunta de presos que la noche anterior ocupaban el patio interior y las balconadas de la galería estaba ahora en el patio, al aire libre. Unos sentados bajo el porche, del lado de la séptima, otros paseando apresuradamente en grupitos, arriba y abajo, desde el muro del recinto hasta la puerta.

Debajo del porche, cerca de la entrada, se encontraba el economato, cantina o colmado, que regían los propios presos. Menos alcohol, uno podía encontrar de todo, y si no tenían lo que se buscaba, a lo largo del porche había un auténtico mercadillo: chupas guapas de trinquí, calcos, canales, pelucos de digital, loros. Ropas y objetos nuevos, venidos a saber de dónde, a precios de regalo.

A la primera hora de la tarde, con el sol de poniente, los presos ocupaban el patio. Agrupados los colegas, se podían distinguir las clases sociales, al igual que paseando por la Gran Vía madrileña. Los grupos tribales permanecían juntos, coexistiendo unos con otros sin trifulcas ni violencias. Un grupo de italianos, impecablemente vestidos, alto, guapos, bronceados, iban y venían a lo suyo. Gitanos de mercadillo, chavales vallecános de vaqueros de pitillo y melenas, manguis de chándal, gente normal, pobre gente y gente pobre. La mayoría de ellos muy jóvenes, todos a lo suyo, como en el patio del colegio de los curas, con el mismo estrépito y el mismo ir y venir.

Eusebio, Muñoz y Stalin, así se llamaba el otro del FRAP, iban y venían, con todos los demás, del muro a la puerta, recorriendo velozmente el patio.

–¿Cuántos crees que hay aquí?

–No sé. Unos dos mil, puede. Tal vez más.

–¿Cómo tenéis lo vuestro? –preguntó Eusebio.

–Bien. Saldremos en unos días. Stalin saldrá enseguida, no tiene ni los dieciocho, y a mí me han pedido la condicional. Lo que tarde en venir –contestó Muñoz.

Nico los encontró en ese momento, llegaba apresurándose para avisarles:

–¡Se llevan a los de ETA de cunda, a Soria! ¡Tenéis que venir corriendo a pillar su queli, antes de que se vayan!

La celda, al igual que la de Nico, tenía dos literas, con tres camas cada una, para seis personas. El servicio estaba en buen estado, con agua corriente y los cristales íntegros, tanto de la mampara como de la ventana. Les pareció una suite, en comparación con la anterior. Podían cerrar la puerta con una cadena con candado.

Revisaron el envés de los somieres y cómo les habían advertido, estaban llenos de chinches, arracimadas en los muelles. Habían comprado alcohol, y junto con papeles, procedieron a quemar los somieres, las grietas de las paredes y las juntas de la puerta y ventana.

Les faltaba la luz eléctrica para que todo estuviera completo. En los motines, los presos habían arramblado con los cables de línea, que ahora vendían para que uno mismo se procurara su instalación, o bien la pagara a un electricista. En comparación con el precio de una chupa nueva de piel vuelta, a cinco libras, el cable costaba cuatro veces más, a dos talegos. El neutro lo tomaron del grifo del lavabo, enroscando a él uno de los cables, pelándolo para hacer contacto. El cable de la fase lo engancharon de la celda contigua, haciendo un agujero en la pared para pasarlo. Algunas celdas tomaban la fase directamente de la barandilla metálica del pasillo, lo que provocaba que en cuanto llovía se cortara el fluido eléctrico.

Se construyeron un infiernillo, tal y como les habían explicado: con un ladrillo hueco, pasando por su interior una resistencia eléctrica.

## 8

Ramiro tenía un aspecto extraño, con su chaquetilla vaquera de pana marrón y las zapatillas de andar por casa, que seguramente no necesitaba, ya que andaba igual de rápido que Eusebio, en su ir y venir por el patio de la séptima. Le añadía a su nuevo carisma la calva que coronaba su cabeza, tintada por el yodo de las curas, y rodeada de bucles rizados.

–Todo vino de Sevilla, del Boro. Había robado un catorce treinta y lo usaba para sus desplazamientos habituales. Lo ligaron subiendo al coche al salir del cine. Se ve que, aunque había cambiado las placas, el dueño reconoció el coche y lo denunció a la policía, que en principio creyó que era cosa de manguis.

–¡Desde luego, vaya mangui el Boro! –le cortó Eusebio.

–Espera, que se ha echado novia, del partido, otra Gordi y la ligan a ella con él. Llevan el coche de propa hasta arriba y al ver que son políticos les aplican la antiterrorista y los tienen ocho días, pero cuando ya están en el furgón para ir a jueces, los vuelven otra vez para dentro. Se han tirado dieciocho días detenidos con la social.

El tono irónico de Ramiro contrastaba con la cada vez más pronunciada seriedad de Eusebio, que redujo el paso hasta detenerse porque le cegaba la cólera. No dijo nada, optó por seguir escuchando.

–La social se dio cuenta, en el último momento, de que han dado direcciones diferentes: el Boro, para no pringarse con las pipas que tenía en su casa, da la dirección de su compañera, un piso de estudiantes; y la otra, para no pringar a sus compañeros de piso, da la dirección de la casa del Boro.

–¿Y tú cómo sabes todo eso?

–Por el partido. Bueno, por el abogado, que es del partido y ha visto las declaraciones del Boro. Primero declara que es militante del partido, que está en un comité de propaganda y que la reparte por toda Andalucía, y que había robado el coche para hacer los repartos. Y se lo tragan.

–¡Joder! ¡También es mala suerte!

–Claro, la policía va al piso de estudiantes y no encuentran nada. Pero después, una vez contrastadas las declaraciones de ambos y al ir a su piso,

le encuentran las pipas, y bueno, ya sabes, se emplean a fondo y el Boro canta la marimorena. A mí me ligan en el piso de Berruguete y se lían a tiros. Entro y empiezan a dispararme, pero en serio. Si no me tiro al suelo me matan. Estaban dos en el salón esperando.

—¿Y tú, no te diste cuenta de que el Boro estaba desaparecido? ¿Y el partido en Sevilla no se enteró, en ocho días, de que han detenido al Boro y a la otra?

—Pues no. Yo estaba mosqueado porque el Boro no contestaba al teléfono y por eso fui a Berruguete.

—¿Y los demás? ¿Y yo? El Boro no tenía ni puta idea de donde vivíamos los demás —le pregunta Eusebio, ya bastante exaltado.

—Bueno, es que encuentran mi agenda, y aunque todo está escrito en clave, la terminan por descifrar.

—¡Me cago en dios! Y en...

Eusebio se mordió la lengua, no supo muy bien porqué. No había meditado qué iba a hacer, ni decir, cuando tuviera esta conversación con Ramiro. Pero sabía perfectamente que la policía no descubre claves, ni busca pistas, ni recopila pruebas. Sabía muy bien que la policía trabaja a base de hostias, de torturas. La clave, la pista, la prueba, es la declaración del detenido.

—Estábamos muy confiados, muy relajados. Te aseguro que la caída es por puta casualidad. La policía no tenía ni idea de que tuviéramos grupos armados —le dice Ramiro.

—La casualidad no existe. Los efectos, en apariencia casuales, se manifiestan porque hay una causa. La causa es nuestro pésimo funcionamiento orgánico. Ya lo que cuentas del Boro, andando por ahí con un coche robado, no es una casualidad, es... no sé... Mejor me callo.

Ramiro también calló.

—¿Y a ti, qué te va a caer? —preguntó Eusebio, ahora con un aire irónico.

—Me ha dicho el abogado que me meten un depósito de armas. El Boro había cantado el depósito que estaba por el Jarama y yo tuve que acompañar a los sociales. Como fui yo quien los acompañó, pues me lo han metido.

—A mí me pasó lo mismo, sólo que no tenía puta idea de dónde estaba. Los muy cabrones me llevaron por el monte, con el zulo cantado y ellos sabiendo dónde estaba, para que me comiera el marrón.

—Ya. Tú sí que lo tienes muy mal. Mis padres pidieron una entrevista con Gómez Chaparro y les dijo que yo era un idealista, pero que tú eras una mala compañía, que eras de lo peor y que te ibas a pasar la vida en la cárcel.

A Ramiro le hizo gracia lo que el juez Chaparro les había dicho a sus padres, y lo contó riendo, sin mala intención, convencido como estaba, de que él era el responsable, el artífice de los grupos. A Eusebio, sin embargo, no le hizo la menor gracia. Tampoco en un juez obra la casualidad, las cosas a la ligera. Si había dicho eso, era con la clara intencionalidad de sembrar la división, el descrédito de uno en el otro, se dijo.

—Lo que está claro es que ha habido una cantada, y que es necesario, atendiendo a los estatutos del partido, que cada uno realice un informe interno de sus revelaciones a la policía. Siempre se ha hecho así y el partido nos lo debe exigir —le dijo Eusebio, serio, mirándole con intención obvia.

—Bien, sí. Yo tengo el contacto con el partido por medio del abogado y estoy esperando instrucciones. De momento hay que organizarse aquí dentro y tratar de estar lo mejor y más protegidos posibles. Me ha traído el comunicado del partido sobre nuestra detención.

Eusebio leyó detenidamente el comunicado y no le pareció bien. Esta vez no se calló:

—No me parece bien.

—¿Qué es lo que no te parece bien?

—Que se desvinculen de nosotros atribuyendo las acciones a un montaje policial. Eso suena ridículo. No hay quien se crea que la policía ha urdido una trama de atracos, armas y explosivos para desprestigiar al partido y a su política contraria a la constitución. Que lo han utilizado para desprestigiar, entendiendo el desprestigio según su punto de vista, sí es cierto. Pero a esto hay que darle la vuelta, reivindicando precisamente la acción revolucionaria contra la farsa constitucional. Y nuestra existencia en pro de la acción revolucionaria. Vamos, no hay quien se crea que no hemos sido nosotros los que hemos hecho los atracos y los que teníamos las armas. Con esta declaración, achacándolo todo a un montaje policial,

nosotros quedamos fuera. La gente, hasta los militantes, se va a preguntar: ¿de dónde salen estos?

–No es tan fácil. Ya sabíamos a lo que nos exponíamos. Todos asumimos en su momento que teníamos que ocultar nuestra militancia.

–Ocultar, sí. Pero una vez revelada, y no precisamente por mí –dijo Eusebio con retintín-, hay que salir a dar la cara.

–No te quieres dar cuenta de que estamos en otra situación. El Partido lucha por su legalidad, no puede decir que existen al mismo tiempo grupos armados clandestinos.

–Pues eso es lo evidente: tenemos grupos armados clandestinos. Negarlo es una cobardía y lo peor que se puede ser es un cobarde.

–¡Eres un izquierdista! –exclamó Ramiro, subiendo el tono-. Y ya sabes lo que dijo Lenin del izquierdismo: la enfermedad infantil del comunismo.

–Pues prefiero ser un niño enfermo, que un cobarde que escurre el bulto.

Eusebio meditó largamente sobre lo que había dicho. Había expresado sinceramente lo que en realidad pensaba, quizás, más por defecto que por exceso. Pero dudaba sobre la oportunidad de su opinión, en un momento en que permanecer juntos y unidos era esencial para su supervivencia. Se quedaba para sí lo que él consideraba la traición de Ramiro.

Conforme pasaban los días, acudía cada vez más frecuentemente el recuerdo de Ramiro sentado en el despacho de la DGS, abatido, machacado por las torturas, pero acusándole de ser el autor del atraco al Corte Inglés.

–¡Fue él! ¡Sí, fue él!

## 9

El funcionario siempre llama a la puerta alrededor de las nueve de la mañana:

–¡Cuántos!

Ellos no abrían, nadie abría la puerta de su celda en la séptima. El boquera se tenía que conformar con la respuesta, el número de presos que ocupaban la celda, que le dieran:



-¡Tres!

Distribuidos por plantas, los funcionarios de prisiones realizaban un primer recuento de los presos de la séptima, llamando a las celdas y anotando en un cuadernillo los números, que luego sumaban. Pasaban de nuevo a las diez de la noche, realizando la misma inútil rutina. Inútil porque la mayoría de los presos nunca decían el número verdadero de los que ocupaban la celda. Los boqueras se limitaban a cumplir el reglamento y a volver a ocupar su lugar en la garita, en la entrada de la galería y a veces, ante la rendija de la puerta siempre entornada.

Desde el gran motín de julio del 78, cuando los presos se hicieron dueños de la cárcel durante 48 horas, destruyendo su mayor parte, los funcionarios apenas salían de su garita. Los presos sociales esperaron vanamente una amnistía que nunca llegó. Las movilizaciones en la calle por la amnistía de los presos políticos, levantó sus esperanzas de un indulto general para todos, organizando sus reivindicaciones en torno a la COPEL. Tras la amnistía, ya total, de los políticos, que dejó a los comunes dentro, se sublevaron, encaramándose a los tejados de las prisiones, hasta que fueron brutalmente sometidos y sus dirigentes castigados, trasladados a prisiones más duras.

En las condiciones en las que había quedado la prisión, sin garantías de seguridad para los funcionarios, se limitaban a realizar las mínimas obligaciones. El recuento era un trámite, nadie sabía a ciencia cierta el número de internos de la séptima.

A esas horas, pasadas las nueve de la mañana, la galería aparecía casi desierta. Un grupo de presos fregaba el patio interior formando una fila horizontal, cada uno con su fregona, que avanzaba lentamente desde el fondo, retirando al mismo tiempo la basura que se acumulaba junto a las puertas. Dejada caer durante todo el día anterior, sin bolsa ni cubo contenedor, la basura formaba pequeños montones arrimados a la pared que los presos de la limpieza iban depositando en una cubeta.

La fila de limpieza la formaban los internos más miserables, los indigentes, casi siempre los mismos, que compraban el turno rotatorio a los demás presos para conseguir unos pequeños ingresos.

Eusebio los observaba desde la puerta de la galería, donde estaban esperando para bajar a las duchas. Se fijaba en su miseria, en su dejadez

al realizar la tarea, sin fuerzas, con un vaivén maquinal de la fregona que, más que limpiar repartía monótonamente un chorro de agua negra por el suelo.

–En cada chorretón se les va un poco de su dignidad humana, si es que les queda alguna, arrebatada como estaba por el sistema carcelario.

Abrieron la puerta para descender a las duchas y el grupo de presos que esperaba junto a la cancela emprendió una carrera frenética, escalera abajo, y luego por el corredor circular del sótano hasta las duchas. Llegaron a tiempo para pillar una para los tres. Una de las diez que había, con el agua caliente justa para tomar una ducha rápida, uno después del otro.

Si la ida era una carrera, sin tiempo para fijarse por donde discurría, la vuelta era reposada. A medida que iban terminando, los grupitos volvían a la galería. Disponían de tiempo para remolonear e irse fijando en la estructura de los sótanos.

Eusebio ya tenía en mente considerar la fuga. Nico le había quitado de la cabeza meterse en alguno de los planes que circulaban entre los presos comunes:

–¡Ni se te ocurra! Esto está lleno de chotas. Cualquiera, hasta el más kío, puede ser un chota. Se chivan para obtener beneficios en sus condenas, o por un traslado. Ahora mismo todo el mundo sabe que hay dos túneles, uno en el comedor de la séptima y otro en el taller del sótano de la tercera, al que se pasa por una celda de la sexta, en la planta baja.

–¿Y los boqueras, no lo saben?

–Claro que lo saben, esperan el momento oportuno. En cuanto se líe una pirula, ya verás que pronto los encuentran.

Se detuvo un momento ante el comedor. Un grupo de presos desmontaba el falso techo semiderruido, iluminándose con lámparas portátiles de obra. Subidos a un andamio de borriquetas con tabloncillos, iban derribando la escayola a golpes de picoleta y martillo. Si dos eran los que realizaban la tarea, cuatro miraban, dos de ellos apoyados junto a la puerta de entrada. Era evidente que estaban preparando algo.

Distraído observando, casi le atropella una vagoneta cargada de pan que empujaban dos reclusos:

–¡Abri que voy!

—Oye colega, ¿dónde hay que ir a recoger el pan? —les preguntó Eusebio, parando la carretilla.

—Te lo encalomo a la queli. ¿Cuántos manrós te naquelo?

—¡Que cuántos panes quieres! —le dijo el acompañante, al ver la cara de pardillo que ponía Eusebio.

—Bueno, somos tres: pues tres manrós. Lo que quería preguntarte —dijo Eusebio, ya andando junto a ellos—, es qué hay que hacer para trabajar en esto.

—Te tienen que apuntar los boqueras, en la galería.

Vislumbró la posibilidad de andar arriba y abajo, de recorrer los sótanos hasta la calle.

—¿Y vosotros hacéis el pan?

—Nanai, nardián. Lo lanelan de abri —contestó el que se llamaba Antonio.

—Nosotros lo cargamos en las cestas y lo vamos repartiendo por las quelis de la séptima —dijo el otro, completando a su compañero.

Antes de comer, se presentó Antonio en su celda para decirle, en un castellano romanizado, que había hablado con los boqueras y que podía ir con él al reparto del pan, que ya estaba harto del otro y que si Eusebio quería, podría coger el puesto. Le daban una libra a cada uno por el trabajo.

Si no fuera por sus anticuadas ropas, Antonio no daba el tipo del indigente carcelario. Era de media estatura, de cabeza grande, con perfil romano y piel clara. Iba limpio, con el cabello rizado castaño que se dejaba secar alborotado y una escasa barba de pelo fino que hacía resaltar unos dientes blancos y ordenados. Daba un aire educado, a pesar de que su única educación recibida era la del orfanato, el reformatorio y la cárcel.

De sus tres centros de enseñanza tituló en romaní la lengua y en sumisión su espíritu. Podía hablar el castellano romanizado o el romaní castellanizado, según conviniera a las circunstancias. El abundante romaní le daba un aire kíe, una antigüedad en el oficio, una maestría, que por otra parte no tenía. A temporadas pequeño ratero o rufián mantenido, sin carácter para ello, había pasado la mayor parte de su vida recluido bajo férreas disciplinas, esas disciplinas que, lejos de forjar a los hombres duros, los convierten en peleles.

Antonio se acopló, sin que nadie le invitara, a las comidas y a las cenas de la celda del FRAP, de los políticos, como les iban conociendo, y Eusebio se acopló a sus enseñanzas carcelarias. No sin antes acordarlo con Ramiro. Era evidente que Antonio era chota y que venía mandado por los boqueras, pero habría un *quid pro quo*. Ellos le darían de comer y él sería un pasaporte y fuente de información. Se trataba de ser discretos delante de él, nada más.

Sin oficio ni beneficio, sin familia ni amigos, Antonio subsistía gracias a su inteligencia en el juego de las prisiones. Un juego que pronto comprendió Eusebio de su mano. Era al mismo tiempo el criado de los boqueras y el de los kíes más carismáticos: los hermanos Torres. Y era sabido por todos. En eso consistía el juego de las prisiones. La moral y la ética eran otras, las correspondientes al sistema social de las cárceles. No era malo ni bueno: era normal, no iba a morir por eso.

## 10

Cargaba cada uno una gran cesta de pan sobre una carretilla y comenzaban su paseo matinal, desde el almacén hasta la séptima. No llegaban a salir al recinto exterior, pero desde donde cargaban las cestas del pan se podía ver el callejón donde estaban los camiones. Era más ancho que el recinto y quedaba entre dos edificios, con un alto portón por donde entraban y salían los vehículos. Había un gran ajetreo a esa hora, los boqueras anotaban los portes e impartían órdenes a varios presos que iban y venían con carretillas de materiales de construcción.

Estar a veinte metros de la libertad a Eusebio le producía un gran desasosiego. Estaba tan fácil meterse en un camión y adiós. Recordó a Mari Carmen López, la presa del FRAP que se fugó de la prisión de Yaserías en abril de 1975, en plena dictadura franquista, y del mismo modo, en una cesta del pan. Ahora tenía que ser necesariamente más fácil, pensaba, con el descontrol que se llevan los boqueras.

No le dijo nada de lo que pensaba a Antonio, ni siquiera le hizo preguntas sobre el almacén. Fingió no interesarse, atento a su trabajo, cargando la vagoneta.

Comenzaron a repartir el pan, empezando por las celdas de la planta baja, uno por cada lado. En la planta baja estaban instalados los presos de mayor nivel, de clase alta. Había celdas decoradas espléndidamente, en comparación con las de los pisos altos. Las paredes tapizadas con las colchas de cuadros verdes y rojos, que antes de los motines cubrían las camas, carteles enmarcados, luces rojas o indirectas, mobiliario. La mayoría de ellas albergaban incluso más de seis internos, que a esa temprana hora todavía dormitaban. Se levantaba uno de ellos, abría y recogía el pan. En todas apestaba un fuerte olor, mezcla de las emanaciones del retrete, que quedaba abierto dentro de la celda, de la gente que duerme, del tabaco y del hachís.

Una vez terminado el reparto y de vuelta del almacén, Antonio, continuaba su jornada laboral. Limpiaba la lavandería, la celda de los Torres y realizaba los recados que estos le encargasen.

–Abillela a la chobaría –le dijo, con el gesto preciso para que entendiera que le siguiese.

La lavandería estaba en el patio de la séptima, contigua a la cantina, bajo los porches. No estaba en funcionamiento como tal lavandería, los Torres, aprovechando la infraestructura, tenían montado un gabinete de sauna y masaje.

–Acoi se chobela chichi –le dijo Antonio riendo–. ¡Qué se chobela poco!

La Merme, un preso brasileño, travestí, estaba en ese momento en el interior, doblando y ordenando un montón de toallas blancas. Eusebio ya lo había visto en la celda de Nico, y también paseando a veces con él.

–¡La tienes que dicar con gonéles de manusardi! ¡Está para jalarla!

–Es verdad, maquillada y vestida soy una mujer –dijo la Merme, sonriendo sin afectación.

–¡Ten cuidao que tiene su alialy: maró a su minchoró de una churdinal! –dijo, al tiempo que fregaba las cubas de lavado que hacían las veces de bañeras.

La Merme y la Mauri atendían los servicios de lavado corporal de los reclusos, según servicios, por dos talegos, al tiempo que Antonio se cuidaba del orden y limpieza de las instalaciones. La Merme daba el aire elegante, femenino, bien parecido, alto. No así la Mauri, que atendía en

la cantina por la mañana y cuyo aspecto era bochornoso, de hombruna travestida.

Antonio le llevó más tarde a la celda de los hermanos Torres. Eusebio había remoloneado con ese propósito, a pesar de no sentirse a gusto en la lavandería.

La celda de los Torres la ocupaban los dos hermanos y un tercer preso que permanecía dormido, tapado el rostro por la manta. No se podría decir que eran diferentes de cualquier persona normal, nada en su aspecto delataba que eran dos kies, jefes carcelarios, temibles atracadores de bancos a mano armada. El mayor era alto, delgado, moreno, con la barba cuidada, vestido con jersey de lana inglesa, camisa y pantalón de tergal. Con un aire hasta de pijo universitario. El pequeño era un poco más bajo y algo más grueso, de iguales características.

–Este es el Lillax, un colega de los políticos –le presentó Antonio.

–¿Eres de la ETA? –le preguntó el mayor Torres.

–No, del FRAP.

–Ah, yo estuve con uno del FRAP, que se fugó de Segovia, ¿cómo se llamaba...?

–Carlos García Soler –le adelantó Eusebio.

–Eso, Carlos, un buen tío. ¿Y vosotros, sois los de los atracos y el mazo de armas?

El Torres se consideraba preso social, dirigente de la COPEL, kía, ahora de la séptima y casi de todas las cárceles, puesto que las había recorrido casi todas.

–Nosotros –dijo el Torres, con un gesto circular de la mano que englobaba a los de la celda–. estuvimos desde el principio en los motines, en el más gordo del año pasado, estuvimos dos días enteros apoderaos de todo esto. Nos sacaron los pirañas a saco, con gases y no veas qué pelletazos. Hasta vinieron con tanquetas. Luego nos secuestraron a casi cuarenta pa Ocaña, pero mira, aquí estamos otra vez.

–¿Y ahora, que queda de la COPEL? –preguntó Eusebio.

–Poco queda. A los anarcos los están llevando a Segovia, y los demás no ayudáis nada, no estáis con los presos sociales. Nosotros pedíamos la amnistía total para todos los presos sociales, pero nos encontramos con la contra total de los políticos. Ya te digo, los únicos que están echando una

mano son los anarcos. Un abogado del partido comunista, que siempre estaba por aquí, un tal Antonio Rato, ¿lo conoces?

–No, ni idea, no sé quién es.

–Pues ese menda llegó a decir que a nosotros, que somos delincuentes, se nos debe aislar como a infestados de virus o a los locos y que no podíamos tener amnistía porque hacíamos actos antisociales, mientras que los presos políticos defendéis a la sociedad. ¿Qué te parece?

El Torres miraba fijamente a Eusebio, esperando su respuesta. Eusebio sabía que no podía engañarle, ni irse por las ramas. Tras un momento de tensión le contestó:

–Bueno, yo no conozco a fondo el tema, acabo de entrar, y en la calle, sí, te enteras por la prensa de algo, pero no es lo mismo que estar aquí dentro. Nico, el de los anarcos, me ha pasado algún material que he leído, como vuestro programa de reformas y lo suscribo enteramente. Lo que os falta es saber diferenciar a los políticos, no todos somos iguales. Vosotros mismos denunciáis el oportunismo de los partidos que se llaman democráticos, pero no decís qué partidos, porque aquí todos tenemos nombres y apellidos. A vuestra lucha, que es al fin y al cabo la de todos, la lucha por la dignidad humana, le ha pasado lo mismo que a la de todos. Los partidos que decís que se han aprovechado de vuestro grito y vuestro sufrimiento tienen nombre: PSOE y PCE.

–¡Eso ya lo sabemos! –le cortó el menor Torres, que hasta el momento no había abierto la boca.

–¡También se han aprovechado del nuestro! De todas luchas han sacado provecho para situarse ellos bien –continúa Eusebio.

–¡Pero eso, todos los políticos! Yo por eso voy siempre a la mía, si no mírate tú, has hecho lo mismo que yo, pero seguro que no has visto ni un duro, los políticos han trincao la pasta y tú a comerte los marrones. ¿Sabes cómo llamamos a esos? –le dice el mayor Torres.

–Sí, un pringao –le contesta Eusebio, sonriéndole.

–Pues eso, un pringao.

–Siempre habrá gente que hará cosas por los demás sin esperar nada a cambio. Para la propia satisfacción de sus ideas, ¿y si no? Mira tus colegas, rajándose las venas para que os hagan caso, por lo que pedis todos vosotros –le contesta Eusebio, sin amilanarse.

Eusebio sabe que los cabecillas de los motines, los deportados a los penales duros, de Ocaña, el Puerto o Herrera, lo han pasado muy mal. Comprende su sentido individualista, desengañados por la derrota y sin una fuerte ideología para respaldarla.

–¡Pues unos pringaos! ¡Qué me voy yo a achinelar las venas! –interviene Antonio, que hasta el momento había estado ajeno, limpiando el retrete.

El Torres no puede consentir situarse al mismo nivel que Antonio, un chota, un indigente, un ratero de poca monta:

–No es por falta de huevos, es porque no sirve de nada. Yo estoy en contra de las autolesiones y las huelgas de hambre. Antes le meto el corte a un boquera. Llevas razón en lo que dices, Lillax, en el fondo todos luchamos por lo mismo. Yo estuve cuando se hizo la plataforma y era la misma que la de todos, la amnistía, la depuración de fiscales, jueces y funcionarios, la reforma democrática del código penal y del sistema penitenciario...

–Y nada de eso se ha conseguido. Es lo mismo que con la constitución, todo lo fascista sigue en su sitio –termina Eusebio.

## 11

Comprender el juego de la prisión, de la mano de Antonio y a través del trato con los otros presos comunes, hizo que Eusebio cambiara su actitud hacia Ramiro y sus camaradas de los grupos. Comprendió que la negligencia, el miedo, el derrumbe ante la policía, eran atributos inherentes a las personas, características humanas no reprochables, como no lo son la distracción, la introversión o la dicharacha, la lentitud de reflejos, la calvicie o la miopía.

Uno sabe cómo es el otro y lo acepta como es, no existen las virtudes ni los defectos.

Y sintió ajenas a la realidad la personalidad de los personajes expuestos en las novelas románticas o en las películas de Bogart. O en los estatutos del partido. O en la puta sociedad competitiva capitalista.



Por encima de todo está la buena intención, la honestidad, la amistad, la solidaridad en suma.

Con estos pensamientos notaba resurgir su ánimo, su capacidad de liderazgo y de decisión, y comenzó a tomarse en serio el plan de fuga. No podía contar con Muñoz, su salida era inminente, y tampoco con Ramiro, que aunque decía que sí a todo, no podía estar verdaderamente interesado. Con una sola acusación, no podrían pedirle más de seis años, de los que, en el peor de los casos, sólo cumpliría dos de cárcel.

Al fin y al cabo, lo que estaba preparando, la fuga en un camión, sólo permitía fugarse a uno y tampoco a Mari Carmen López le había ayudado nadie, ella lo preparó sola. Tuvo decisión y suerte.

Antonio había dejado el reparto del pan y pasado a trabajar en el almacén, en la carga y descarga, de manera permanente. Esta situación le permitía a Eusebio observar más atentamente el proceso del trasiego de las cestas del pan. Lo saludaba efusivamente por la mañana, de buen humor y le ayudaba a bajar del camión las cestas llenas de pan, y a subir de nuevo las cestas vacías del día anterior.

El camión que hacía el reparto era pequeño, de 3.500 kilos, con una lona sobre la caja. El chófer dejaba el camión aparcado y, mientras descargaban, entraba en la garita de los guardias para que estos le firmaran el albarán. Una vez acabada la carga, el boquera echaba un vistazo en el interior del camión, mientras el chófer subía y fijaba la trasera.

El problema más grave a resolver era que medio almacén le vería subir al camión. Aunque se aprovechara de un momento de descuido de los boqueras, siempre habría varios presos que le verían subir. El primero, Antonio.

Cada día que acudía al almacén, trataba de indagar un poco más, le faltaba saber qué hacía el camión cuando llegaba al portón exterior, el que daba ya a la calle. Se quedó remoloneando, arreglando las cestas sobre la vagoneta, en el quicio de la puerta del almacén, estirando la cabeza tratando de observar. Antonio no le quitaba ojo:

—¡Está debuten! Si nos encalomamos al berdoche sin que nos diquen, nos najamos del estaribel.

—¡Qué dices!

—¡Chil! Ya te chamullo —dijo Antonio, bajando la voz al acercarse uno de los boqueras.

Eusebio partió empujando la vagoneta, con el estómago encogido. Había entendido casi lo que Antonio le había querido decir y la proximidad del suceso le había desatado los nervios. Dudaba de su fiabilidad, pero era más real el plan fuga contando con su colaboración que sin ella.

Pasó inquieto la mañana. Dudaba de la honestidad de Antonio, pero por otra parte no podía pensar que le estaba tendiendo una trampa. Era ridículo pensar que todo podía obedecer a una conspiración, que Antonio estaba trabajando en el almacén sólo para implicarle en una fuga. Decidió esperar y escuchar lo que tenía que decirle.

Escuchó con atención lo que Antonio le contaba, mientras andaban arriba y abajo por el patio de la séptima, preguntando detalles una y otra vez.

El plan había salido del Fuente, un recluso de la confianza de los boqueras, que trabajaba en los locutorios de jueces y en la oficina del almacén llevando los libros de contabilidad. Lo acababan de juzgar y le habían caído doce años por una muerte y estaba decidido a fugarse, aprovechando su situación privilegiada en el entorno de los servicios de la prisión. Había acordado con el chofer del camión el pago de cien mil pesetas por su complicidad. Pero necesitaba también la complicidad de Antonio para subir al camión.

En realidad no tenían trazado ningún plan efectivo, no habían concretado el cuándo ni el cómo. El Fuente le había pedido a Antonio el dinero de su parte para entrar en la fuga, y el Antonio había pensado en Eusebio para que la pagase, a cambio de entrar él también.

—Tú childas mi jandorro y yo me camelo al Fuente pa que enrres en la naja.

—Bien, háblale y si está de acuerdo ya vemos la manera de que yo le hable.

Eusebio le tendió la mano y las estrecharon fuertemente, sellando así su acuerdo.

Sobre las diez de la mañana comenzaba la lánguida letanía por los altavoces de la séptima, que solía durar hasta pasada la una. El nombre del interno, una pausa, su primer apellido, una pausa, su segundo apellido, una larga pausa y terminaba voceando su destino, elevando la voz y emitiéndolo más rápidamente:

–José...Gómez...Estrela ..... ¡A comunicar!

–Marcelino...Canellas....García.... ¡A locutorio!

–Sergio...González...Zarzo..... ¡En libertad!

Y repetía de nuevo:

–Sergio...González...Zarzo..... ¡En libertad!

El camarada Muñoz se iba libre, ¡en bola! ¡Me dan la bola!, repetía casi llorando de alegría.

Se quedaron tristes Ramiro y Eusebio. Notaron el vacío que dejó Muñoz en su celda.

–Ya lo ves, se ha tirado casi un mes de talego por repartir panfletos a la puerta de un cuartel. Esta es la nueva democracia –dijo Ramiro.

–¡Constitucional! –exclamó Eusebio–. Menos mal que estábamos nosotros, si no... imagínatelo a él solo en la séptima galería.

–Se las hubiera arreglado, aquí no se muere nadie.

Se fue Muñoz y ese mismo día por la tarde, como en un juego del destino, apareció Amador.

–¿Qué haces aquí? ¿Cómo es posible? –le interrogó Eusebio sorprendido.

–Estoy en la sexta desde ayer, e indagando os he encontrado –le respondió Amador.

–¿Pero tú, cómo has caído? ¿Cuándo has caído? –siguió preguntando Eusebio.

–Pues hace cuatro días. Me han tenido tres en la DGS y entré ayer por la tarde, pero llevaba desde vuestra caída escondido en casa de una amiga, simpatizante.

Amador estaba un poco desconocido. Se había dejado cuatro pelos de barba, que en su cara de niño de ojos chinos le daban un aire mandarín.

Estaba mucho más delgado, flaco, con el pelo más largo. Parecía un combatiente hochimita.

–¡No me cuadra! A mí ni me preguntaron por ti, ni me imaginaba que supiera la policía de tu existencia –dijo Eusebio, cuya extrañeza se había convertido en suspicacia–. ¡A ti no te conocía nadie!

–A mí tampoco me cuadra –comentó Ramiro, igualmente sorprendido.

–No, no, ya sé que no habéis sido vosotros, me cantó Riquelme, en Barcelona. Yo soy amigo suyo –continuó Amador–. Vinieron a buscarme a mi casa, pero me avisaron a tiempo y me escapé. Lo que no sé es cómo me han vuelto a encontrar.

Amador aparecía frágil, desconcertado y cansado se tumbó en la litera que antes ocupaba Muñoz.

–¿Dijiste algo de los demás del grupo de Madrid? –le preguntó Eusebio, que desde que le había visto aparecer tenía el corazón en un puño.

–¡Déjalo ahora! No ves que está reventado – le cortó Ramiro.

–No, no dije nada. Dije que no los conocía –respondió Amador–, he firmado que pertenecía al FRAP, y que estaba en un grupo, pero nada más. No me han sacado nada.

–¡Bien! –exclamó Eusebio–, tranquilo de que al menos Koldo, María y Danielle hubieran podido escapar sin ser identificados.

–¿Te torturaron? –le preguntó Ramiro.

–Bueno, me dieron bastantes hostias, pero no, no me torturaron –respondió Amador.

Gestionaron el cambio de galería para que se quedara con ellos, y pasaron a la sexta a recoger sus cosas. Amador era madrileño, del barrio de Ciudad Lineal, y había recibido de inmediato la asistencia de su familia, incluyendo unas fiambreras rebosantes de buena comida.

La sexta, la antigua galería de los presos políticos, no tenía patio interior al que daban todas las celdas como la séptima. Las plantas se superponían formando pisos al que se accedía por una amplia escalera interior, y en cada piso se alineaban las celdas, a derecha e izquierda, tal como las habitaciones en un hotel. Apenas estaba destruida, solo los falsos techos presentaban algún que otro agujero, pero en suma estaba bastante limpia.

Amador los condujo hasta su celda, que compartía con dos presos de edad avanzada. El mayor, comunista del PCE, había matado a un falangista en su pueblo, cuando, tras la muerte de Franco, pensó que había llegado la buena hora. El otro, un patrón de la marina mercante, vasco nacionalista, que había preparado un atentado contra el rey en Palma de Mallorca.

Volvieron a ser tres en la celda, la de los políticos de la séptima. Amador se acopló de inmediato, cambiando su humor al sentirse descansado. Si bien no era como Muñoz, siempre risueño, de buenas bromas de ingenio, Amador, como el resto, se tomaba a la ligera la situación carcelaria.

En la pared de la celda contigua a la puerta pintó un mural con el escudo del FRAP, valiéndose del carbón de los restos de maderas quemadas que se encontraban por doquier en las celdas destruidas. Un escudo perfecto, realizado de memoria, con su contorno de la península ibérica, incluido Portugal, sobre el que se yergue la mano que porta el naranjero, el subfusil MP-28 fabricado por la República en Alberique, patria de la naranja. Debajo de la mano asida a la metralleta, las siglas F.R.A.P. y en un círculo a su alrededor, como en las monedas: Frente Revolucionario Antifascista y Patriota.

### 13

A Eusebio le costó hablarle al Fuente. Aunque lo veía a menudo en la oficina del almacén, y se habían cruzado miradas de entendimiento, no podían hablarse delante de los demás presos. Antonio le dijo que el Fuente estaba de acuerdo, pero que tenía que decírselo a su vez al chófer y que preveía que este iba a pedir más dinero.

–Hay que urdificar el jandorro al julay, los cien talegos, cincuenta tuyos y cincuenta míos.

–Yo tengo que hablar con el Fuente antes de soltar los talegos –le dijo Eusebio, algo escamado

–Pos date al salamisto. El Fuente tiene la queli en la enfermería.

Apuntarse al médico no era tan fácil, los boqueras establecían una barrera para evitar aglomeraciones en la enfermería, y a no ser que se

montase una bronca, o fuera una dolencia aparatosa, hacían caso omiso de la petición del interno.

No le interesaba lo primero, la bronca, para no llamar la atención y tampoco simular una dolencia grave que, al descubrirse, llamaría igualmente la atención.

Reflexionó un par de días, barajando todas las posibilidades, no sólo sobre la manera de entrar en la enfermería y coincidir con el Fuente, sino en todos los pros y contras que planteaba el plan de fuga. Primero, conseguir el dinero y pasarlo dentro de la cárcel. Segundo, subir al camión sin ser percibido. Tercero, esconderse en algún lugar en Madrid por un tiempo.

Decidió que no tenía más remedio que contarle la fuga a Ramiro, al que hasta el momento había ocultado sus movimientos. Le contó su plan en una de las idas y venidas por el patio de la séptima con que diariamente ejercitaban su físico.

–Yo no voy a entrar –le dijo Ramiro, una vez hubo conocido las intenciones de Eusebio–, pero te ayudaré en todo lo que pueda.

–El principal problema con que me encuentro es entrar el dinero en la cárcel. Lo tiene que hacer el abogado, por el locutorio de jueces. De conseguirlo ya me ocupo yo.

El locutorio de jueces era un estrecho pasillo, dividido por una mampara de madera acristalada, que dejaba ventanillas libres de obstáculos, de forma que entre preso y abogado, uno a cada lado de la ventanilla, podían intercambiar documentos. Un sumario, por ejemplo, dentro del cual podría ir un sobre con el dinero.

–¿Y tú crees que Cristina se prestará a ello? –le preguntó Ramiro, refiriéndose a la abogada de Eusebio.

–No, no había pensado en ella. Cristina es una tía maja y buena abogada, pero no a ese nivel de compromiso. Había pensado en el tuyo, el abogado del partido –le contestó Eusebio.

–¡Uf! –exclamó Ramiro torciendo el gesto–. Tendría que consultarlo con el partido, y luego, que él quiera hacerlo. Es un marrón.

–Mejor que no digas nada –le dijo Eusebio, pensativo–. Espera a que le hable al Fuente. Quizás ellos tienen maneras mejores de hacerlo. No comentes absolutamente nada hasta que yo te lo diga.

Esta vez, Eusebio había subido el tono, imperativo. Y al mismo tiempo se le pasó por la cabeza hacerle una visita al Nico.

–Vale, vale, no te pongas así. No voy a comentar nada a nadie –le contestó Ramiro, también subido de tono.

–Me tenéis que ayudar a entrar a la enfermería. He pensado en caerme por las escaleras, así de un tropezón, enfrente de la garita, y que me llevéis a la consulta. Pero Amador tiene que estar dispuesto a ocupar mi lugar en el reparto del pan, por si acaso. No puedo arriesgarme a que otro me quite el puesto y no pueda recuperarlo después.

–¿Y te vas a caer de verdad?

–De verdad, con todo el equipo. No encuentro otra forma.

Esa misma tarde, Eusebio pasó por la celda de Nico, el de los grupos autónomos. No pensaba decirle nada de la fuga, no porque no se fiara de él, no era el caso fiarse o no, sino porque era normal que él lo comentara con sus colegas, con su familia y al poco lo sabría toda la séptima. Pero sí, había pensado en hablarle de cómo entrar dinero.

No fue un buen momento para visitas. Nico ya sabía que se iba de cunda para Segovia, donde estaban agrupando a todos los anarquistas y estaba desolado.

–No quiero irme, ahora que he encontrado un buen colega –le dijo entre sollozos–. Que me entiendo aquí de puta madre.

–Hombre, míralo por el lado positivo, en un colectivo de solo políticos estarás mucho mejor. Yo al menos pienso que es mejor para nosotros el reagrupamiento, que estar aquí, con los comunes, en estas condiciones –le trató de consolar Eusebio.

–Yo no pienso así. Los autónomos nos consideramos presos del sistema y los que tú llamas comunes, son en realidad presos sociales, consecuencia de la irracionalidad y de lo antinatural del sistema capitalista.

–Puedes pensar eso, lo cual es acertado, pero de lo que se trata en este momento es estar lo mejor posible, y por otra parte, con los compañeros agrupados es más rica la vida, en discusión, en formación. Dentro de lo que tú llamas presos sociales, hay bastantes indeseables.

–Igual que en la clase obrera, de la cual precisamente forman parte la mayoría de ellos. Tienen las mismas responsabilidades revolucionarias que los obreros. Al igual que ellos, depende de lo que hagan, y al igual que los

obreros en la lucha, ha habido gente que ha adquirido conciencia y gente que se ha pasado al enemigo. Y hemos tenido las mismas experiencias negativas con los sociales que con los políticos -concluyó Nico, que había hablado siempre de modo tranquilo, sin alzar la voz.

Eusebio se tomó una pausa, meditando lo que acababa de decir Nico. Hacía mucho tiempo que estaba fuera de todo, de la lucha obrera. Le sonaban raro esos términos en las condiciones de subsistencia en las que se encontraban.

-En realidad había venido para hacerte una consulta, ¿cómo crees que puedo entrar pasta en la prisión?

-¿Cuánta pasta?

-Bastante, como cien talegos.

-¡Hostia, cien talegos! -exclamó Nico, tomándose un tiempo, pensativo-. Habla con los Torres, ellos venden pasta, pero se te quedarán al menos veinte.

-¿Y tú crees que me puedo fiar de ellos? -le pregunto Eusebio, nada tranquilo con la opción de los Torres.

-Sí, sí que te puedes fiar -le contestó Nico.

Todo quedaba en el aire. No era tan fácil como en un principio había deseado, subirse al camión y adiós. Eusebio se deshacía en un mar de dudas, por un lado optar por el abogado del partido era esperar un largo tiempo, con la duda de una respuesta no segura. Por el otro, los Torres, que tranquilamente podrían arrebatarse su dinero con total impunidad.

Decidió que lo primero era hablarle al Fuente, y después ya se vería.

## 14

Eusebio estaba en el suelo, frente a la garita de la puerta de la séptima, doliéndose de la caída. Sin aspavientos, pero doliéndose de verdad. A su lado, Ramiro y Amador, trataban de incorporarlo.

-¡Ay que me he roto un pie! ¡No puedo levantarme!

Se formó una bulla a su alrededor, con otros internos, unos curiosos, otros tratando de ayudar.

-¡A la enfermería! ¡Hay que llevarlo a la enfermería!



Hasta que Eusebio no estuvo en pie, sujeto de los hombros de sus camaradas, y ya en la puerta, no salió el boquera para ver que le pasaba.

–Le duele mucho un pie, no puede apoyarlo en el suelo –le dijo Ramiro.

–¿Y qué te ha pasado? –preguntó el boquera a Eusebio.

–No sé, me he resbalado y he caído escaleras abajo –le contestó este, con gesto doliente.

–Bueno, vamos a que te vean en la enfermería.

El boquera debía acompañarles, pues, si bien podían rondar libremente por el Centro, incluso pasar a las otras galerías, para entrar en la enfermería situada en el edificio de servicios, debían franquear una puerta enrejada siempre cerrada que se abría desde dentro por la petición de un funcionario.

–Que se venga uno solo acompañándolo.

El boquera marchaba delante, tranquilo, volviéndose hacia atrás de cuando en cuando, en tanto que Eusebio, renqueando y apoyado en Ramiro le seguían lentamente. Franquearon la puerta y al cargo de otro boquera llegaron a la enfermería.

En una amplia estancia había seis camas, ocupadas por reclusos que no parecían sufrir graves enfermedades. Cuatro jugaban a las cartas animadamente, mientras que otro leía tumbado en su cama. Les hicieron pasar a una pequeña consulta donde uno de los presos hacía la vez de enfermero.

–No parece que esté roto –le dijo palpándole el pie–. Te voy a poner una pomada de voltarén y a vendártelo, y si ves que te duele mucho esta noche, te vienes mañana a que te vea el médico.

El Fuente, avisado por Eusebio a través de Antonio, entró en la consulta. Permaneció observando, callado, y en cuanto acabó el enfermero el vendaje, hizo un gesto para que se marcharan los que estaban de sobra. Era un tipo alto, flaco y desgarbado. Llevaba flequillo de raya y gafas de pasta negra con cristales de miope y vestía el usual chándal acrílico con rayas blancas en las mangas.

–¿Has conseguido la tela? –preguntó el Fuente, en cuanto se hubieron marchado Ramiro y el otro preso.

–Sí, tengo el dinero preparado. Lo traerá mi abogado en cuanto le diga –mintió Eusebio.

—Es cosa segura. Te lo explico. Hay que hacerlo la semana que esté al cargo del almacén el Cermeño, un boquera julandrón que está enchochao con el julay. El chófer ya sabe lo que tiene que hacer, y ya le está dando palique pa que pierda el sentío. En cuanti que se lo meta en el despacho nos subimos al camión y a najar.

—Lo vuestro está claro, os podéis despistar y nadie os va a echar de menos. Pero yo no lo tengo tan fácil, no puedo dejar la carretilla con las cestas del pan en el medio del almacén, se van a dar cuenta de que no estoy.

—Pues si va un colega contigo, se lleva él las cestas y arreglao.

El Fuente tenía mano para meter a Amador en el reparto del pan, y en cuanto volviera Eusebio, repuesto del accidente, se quedarían los dos, en tanto que siempre había habido dos internos repartiendo el pan.

—¿Cuándo traes la pasta? Que el julay quiere verla, si no, no mueve ná.

—En cuanto que estemos los dos en el reparto y yo vea claro que es como tú dices.

—¿Qué, es que no te fías?

—Colega, hay que ver las cosas primero, antes de comprarlas.

## 15

Antonio continuaba frecuentando la celda de los del FRAP, invariablemente a comer o a cenar, e invariablemente les contaba una historia, que recordaba con todo género de detalles, a la menor oportunidad. Eran tan pocas las ocasiones, en sus treinta años de vida, que había podido vivirla en libertad, fuera del encierro, que conservaba vívidas todas las secuencias de sus aventuras.

De vida de pensiones mugrientas, con una puta o con dos putas a su cargo, de lo cual se enorgullecía. De traiciones y malas pasadas de sus colegas. Un robo y otra vez a la cárcel. El último que contó, y por el que estaba de nuevo preso, daba una idea de quién era y de su vida miserable.

Entró, acuciado por el hambre, a un mesón madrileño forzando una ventana. Se atiborraba a comer de las bandejas de tapas preparadas del mostrador, que relataba con gran detalle y deleite. Sepia encebollada,

callos a la madrileña, boquerones en vinagre, manos de cerdo, albón-digas con tomate, croquetas de bacalao... Cuando ya no podía comer más, lo vomitaba todo y continuaba comiendo. Hasta que llegó la policía, advertida por el vecindario. Lo encontraron escondido en un armario de la cocina.

¿Qué le empujaba a fugarse?, se preguntaba Eusebio ¿De qué país, patria o nación es este hombre? ¿Proletario, lumpenproletario, marginal? ¿Nada, una sombra, un espectro, uno que no cuenta?

Su inocencia, su falta de maldad derivada de su inexistente moralidad, le daban confianza, le hacían creer en él. Se fugaba porque querría andar por la calle, paseando, deseando todo lo que hubiera a su alrededor. El deseo mueve la codicia y la más legítima de las codicias es la libertad.

Las demás cuestiones quedaban en su cabeza, retumbando, por resolver.

Con Amador, acudía cada día a primera hora de la mañana al almacén. Atento a todos los movimientos de la rutinaria, pero impredecible en el detalle, carga y descarga de los suministros que a diario necesitaba la numerosa población reclusa. Sin que lo notaran demasiado los demás, observaba la situación exacta de las cosas. El estacionamiento habitual del camión del pan, el recorrido del chofer, el julay, la posición de los dos o tres boqueras que supervisaban el tránsito de las mercancías, el trasiego de los internos con las carretillas...

Cruzaban frecuentemente sus miradas, el Fuente, Antonio y Eusebio, acompañadas de gestos, señales inequívocas de atención por tal o cual detalle: fíjate en el Cermeño, ¡qué julandrón, cómo se queda con el julay! Míralo ahora, cerrando la trasera. El boquera, cómo comprueba el interior lleno de cestas vacías.

Iba trazando el desarrollo de la acción, como una más, al igual que había trazado la del Jumbo, el Galaxia o El Corte Inglés. Cada uno con su papel, sin improvisaciones.

La acción estaba atada. Una vez que Antonio hubiera descargado las cestas llenas, al tiempo que las iban colocando en la carretilla, Eusebio y el Fuente entrarían y se tumbaría al fondo de la caja, de costado para ocupar el mínimo espacio. Antonio la rellenaría con las cestas vacías y

subiría el último, metiéndose dentro de una de ellas, hacia la mitad de la caja y echándose por encima otra de las vacías. La composición de las cestas debía de quedar irregularmente, como cargadas deprisa, sin un orden estricto. Amador se tendría que haber marchado con el reparto antes de que salieran de la oficina el chofer con el Cermeño.

Los cabos sueltos eran los otros boqueras, impredecibles en su posición y los otros presos, que podrían verlos subir al camión.

El Fuente hacía de cuando en cuando el signo del dinero, juntando y desplazando los dos dedos, pulgar y corazón. Eusebio le asentía con la cabeza y con la palma de la mano derecha le decía que calma, que ya lo tenía resuelto, que tuviera paciencia y esperase el momento.

No era verdad, no lo tenía resuelto.

Decidió, por fin, una vez vista la viabilidad del plan, ir a ver a los hermanos Torres. Prefirió ir solo, evitando la compañía de Antonio, pues pensó que a los ojos de los kíes, semejante comparsa rebajaría su posición, y quería medirse de igual a igual.

Le recibieron amigablemente, efectivamente, con un trato entre iguales:

–Mirad, necesito entrar bastante pasta al talego y me han hablado de que vosotros podéis hacerme el favor –les dijo Eusebio, que había meditado la forma humilde de entrarles.

Se miraron los dos hermanos con una sonrisita de complicidad:

–¿De cuanta pasta estás hablando?

–De cien talegos en mano, para mí, descontando vuestra astilla.

Se rieron, asintiendo con complicidad, sin disimulos:

–¿Tú sabes dónde te estás metiendo? Con los chotas con los que hablas, no vas a ninguna parte. Bueno, sí, te vas clavao a celdas, en Ocaña o en el Puerto –le dijo el mayor Torres.

–Eso es cosa mía –acertó a responderle Eusebio, desconcertado.

–¿Qué te crees, que no se sabe lo del Fuente y el Macías? ¿Te has creído que esos dos chotas se van a dar de naja?

El mayor Torres estaba muy en su papel de kíe, duro, con la mirada hiriente, seguro de saber que lo sabía todo, que lo controlaba todo, que todo pasaba por él.

Eusebio se le revolvió, a estas alturas no tenía nada que perder:

-Tú dime si vas a poder hacer la bisna, que de lo otro ya me ocupo yo. Estoy childo y si después hay que marar alguno, ya se hará.

Se lo dijo de kía a kía, y el Torres así lo entendió. Le sonrió amigable, cambiando su actitud:

-Te va costar veinticinco talegos, la astilla mía.

-De acuerdo –le tendió la mano Eusebio, sellando el bisne.

## 16

La vida en prisión se hacía monótona una vez superadas las primeras adversidades y conocidas las reglas ocultas de la galería, el juego de la prisión. La llegada insospechada de *Medius* alteró su tranquila monotonía.

*Medius* había estado unos días en el hospital penitenciario, en el mismo recinto de la prisión, recuperándose de las torturas. Detenido en Bilbao como máximo responsable de la infraestructura de los comandos especiales de ETA (m), había sido trasladado a Madrid para prestar declaración en la Audiencia Nacional, e internado provisionalmente en Carabanchel.

Todos los internos de la prisión de hombres de Carabanchel tenían carácter preventivo, a la espera de juicio. Los juzgados culpables penaban sus culpas en penales esparcidos por toda la geografía nacional, que eran característicos por su aislamiento y dureza: El Puerto de Santamaría, Ocaña, Burgos, El Dueso... Podían pasar hasta dos años antes de eso.

A Carabanchel, aparte de los detenidos de Madrid, llegaban también presos de todas partes del estado para ser juzgados, permaneciendo a veces meses en él, o también presos que eran trasladados de unas cárceles a otras. La población de la prisión se renovaba constantemente, con el trasiego de presos originado por la lentitud de los procesos judiciales.

El abertzale llegó a la celda de la mano de Nico, como todos los que anteriormente habían llegado, preguntando por los políticos. Se movía con gran dificultad, dolido en sus partes y en los riñones. Era un grandón, más alto que Eusebio, corpulento, moreno velludo, un poco mayor que él, que en esos momentos era el mayor de los del FRAP. No tenía facciones

vascas, más bien de castellano viejo, moreno, con la cara de pan y la nariz redonda, no muy grande.

No se mostró amigable, más bien reservado, pero sin mostrar timidez. Lo achacaron a su estado y a la dificultad del momento.

*Medius* salió al día siguiente para comunicar y volvió con un jamón entero y un infiernillo de verdad, de los de resistencias embutidas en una pieza de material refractario sobre un armazón de hierro, con sus patas. Era un verdadero lujo, al alcance de pocos, poder cocinar con una cocinilla decente. Abandonaron el artilugio casero fabricado con un ladrillo hueco, sobre el que habían arrollado una resistencia, que continuamente se fundía por el calor desarrollado.

El miembro de ETA cocinó esa noche una sopa de ajo, con todos los ingredientes necesarios: ajos, pan, huevos y grandes tacos de buen jamón. Hizo honor a su tierra, y aunque sin vino, bebieron una sidra casera, de la que se fabricaba en la séptima a base de manzana fermentada con levadura.

La buena cena y el alcohol que consumieron, que aunque poco, estaban desacostumbrados, creó un buen ambiente, propicio a la conversación, que por otra parte, tanto Ramiro como Eusebio estaban deseando.

La conversación derivó, inevitablemente a la situación política.

–No, nosotros valoramos que ahora no es el momento de emplear la lucha armada –dijo Ramiro, revistiéndose de gran autoridad–. Eso no quiere decir que renunciemos a ella, pero no es el momento de la acción armada de grupos aislados.

–Os comprendo, en tanto que la transición ha ganado en España, pero no en Euskadi, pues. En Euskal Herria ha salido un rotundo no en el referéndum, pues tan sólo han votado el sí un 28% en Guipúzcoa y un 30% en Vizcaya. Y menos de un 35% en toda Euskal Herria. Eso quiere decir, pues, que los vascos no aceptan la imposición del Estado español.

–Bueno, habría que matizar esos resultados, tened en cuenta que el PNV llamaba por la abstención y esa postura es totalmente oportunista. Eso no quiere decir un rechazo, y si no, al tiempo. El PNV es la derecha católica de toda la vida –dijo Ramiro, mirando al vasco con sus ojos astutos.

–Aún así, hay más de doscientos mil votos negativos –le corta *Medius*.

—En Madrid también hay doscientos veinte mil votos con el no —apunta Ramiro.

—De los doscientos mil fascistas de Madrid —deja caer Eusebio, indolente—. Ten en cuenta que los fascistas estaban también por el no. Doscientos mil fascistas y veinticinco mil nuestros. Y si no, al tiempo.

—Para nosotros, pues —continúa *Medius*—, la transición no ha terminado. Con el rechazo popular en Euskadi a la constitución española, quedan pendientes para nosotros, todas las reivindicaciones anteriores. La amnistía, la disolución de los cuerpos represivos y la consulta popular sobre la autodeterminación de Euskadi, para que podamos decidir libremente qué es lo que queremos.

—Creo que es un error desmarcaros de la lucha de todo el Estado —intervino Eusebio, con tono serio—. Hasta el momento la lucha en el país vasco ha sido el referente, la vanguardia de la lucha contra el franquismo.

—¡Es el estado español el que se desmarca de nosotros, aceptando la transición! No nosotros de vosotros. ¡Sois vosotros los que os vais! —le cortó *Medius*, con contundencia, alterando su tono de voz.

—¡Nosotros estamos en Euskadi, como parte nuestra! —intervino Ramiro, también alterado—. Muchos militantes nuestros son vascos, y nuestro partido mantiene organización en todo Euskadi.

—Una organización irrelevante, testimonial —siguió *Medius*, con igual contundencia.

Ni Eusebio, ni Amador, que escuchaba callado, estaban por llevar la discusión a la crispación en que se encontraba. Si bien era cierto que nunca habían mantenido relaciones con los nacionalistas vascos, ni siquiera en la solidaridad de los fusilamientos del 27 de septiembre, y que desde la prensa de las organizaciones del FRAP se criticaba duramente a los nacionalistas vascos, no era el lugar y el momento para el enfrentamiento.

—Insisto en lo que he dicho antes —intervino Eusebio, tratando de conciliar—, la lucha del pueblo vasco contra el franquismo ha sido un referente para todos nosotros durante la dictadura, no sé por qué, ahora todo el mundo se desmarca de esta lucha. Yo recuerdo el impacto que nos produjo el atentado de Carrero, y de cómo lo celebramos, así como el proceso de Burgos, los estados de excepción... Los únicos que hubo en el final del franquismo. Esto quiere decir algo.

—Es cierto —dijo *Medius*—, todo el mundo se apuntaba a la lucha del pueblo vasco. ¿Os acordáis de Raimon?

—Hombre claro —intervino Amador, rompiendo su silencio—, es uno de mis favoritos.

*Tots els colors del verd  
sota un cel de plom  
que el sol vol trencar.*

Cantaba Amador, con poca voz, pero con buena afinación. Los demás lo escucharon, sorprendidos, antes de cantar también con él. Todos se sabían la canción, a pesar de que ninguno entendía el catalán.

*Tots els colors del verd,  
gora Euskadi, diuen fort  
la gent, la terra i el mar  
allà al País Basc.*

Estos versos finales se los sabían y entendían todos. Y siguieron cantando y bebiendo del pozal de la manzana fermentada. Amador, entusiasmado, encabezaba el coro, proponiendo con su inicio una canción revolucionaria tras otra. Le llegó el turno a *Medius*, que revestido de gran solemnidad, con la voz grave y coral de los vascos entonó:

*Hegoak ebaki banizkio  
nerea izango zen,  
ez zuen aldegingo.  
Bainan, honela  
ez zen gehiago txoria izango  
eta nik...  
txoria nuen maite.*

—Es de Mikel Laboa —dijo *Medius*, cuando terminó la canción—, se llama *Txoria txori*, ¿la conocíais?

Hicieron el no con la cabeza, se habían quedado impresionados del sentimiento con que había cantado *Medius*.

—Quiere decir: Si le hubiera cortado las alas habría sido mío, no habría escapado. Pero así, habría dejado de ser pájaro. Y yo... yo lo que amaba era un pájaro.

Y terminó diciendo:

—Viene al pelo, ¿No?



Medius sólo estuvo unos días, al cabo lo llevaron de cunda a Soria, donde estaban agrupando a los presos de ETA. El tiempo suficiente para comprometer gravemente a los del FRAP.

Habían bajado al patio y al volver a la celda se la encontraron forzada y desaparecidos el jamón y el infiernillo.

Medius montó en cólera, e insultando y despreciando a los comunes, ni corto ni perezoso, se bajó a montar la bulla a los boqueras. Tan impresionante era, por su aspecto fiero, enorme, furioso, como por lo que era, que los boqueras, asustados, hicieron lo que pedía: que le acompañaran a registrar todas las celdas de la séptima.

Muy amablemente, con tacto, el boquera llamaba a la puerta de las celdas y preguntaba, pidiendo perdón implícitamente con su expresión de mandado:

–Mirad, es que a estos les ha desaparecido un infiernillo...

No llegaba a terminar la frase, Medius entraba en tromba en la celda, amenazador, y echaba un vistazo rápido, sin encontrar nada. Ramiro se quedaba fuera, con Eusebio, que procuraba mantenerse al margen, sin conseguirlo.

–Ya verás, esto nos va a traer complicaciones –le dijo aparte a Ramiro.

No había visto bien el registro, pero Ramiro, que compartía la visión y actitud de Medius, había decidido colaborar, como un problema a resolver, de políticos y comunes, de buenos ultrajados y malos perversos. Eusebio iba considerando, conforme avanzaban por los pasillos, abriendo las celdas con el boquera, que estaban rompiendo las reglas y que lo iban a pagar caro. Trató de parar la intervención:

–Vamos a dejarlo, no vamos a conseguir nada, esto es ridículo, no van a tener el jamón colgando en la celda –les dijo, alterado.

Lo dejaron al finalizar el registro de las celdas del primer pasillo, pero Eusebio sabía que el mal ya estaba hecho. Lo sentía, en el fondo, por cómo las consecuencias podrían influir en su plan de fuga.

No se equivocó. Al cabo de unos días, el Luengo y el Oreja, dos kíes, pegaron un patadón en la puerta de su celda, saltando la cadena. Llevaba

cada uno un corte de buen tamaño en la mano, amenazador, pero al ver el escudo del FRAP en la pared de la puerta se quedaron quietos. La metralleta pintada sobre la pared no dejaba lugar a dudas.

–¿Sois de la ETA? –preguntó el Luengo, contemplando el escudo.

–Sí –dijo Eusebio, sin pensárselo.

–Bueno, del FRAP –añadió Ramiro.

Amador estaba blanco, paralizado.

–¿Y habéis ido por las quelis registrando? –entró el Luengo, con el corte todavía en la mano, pero sin fiereza.

–Uno de la ETA, que estaba hasta ayer aquí, se cabreó porque le habían robado el infiernillo –le contestó Eusebio, dejando el libro sobre la cama, levantándose y acercándose a él.

–¡Colegas! No se puede ir con los boqueras y entrando en las quelis –recriminó el Luengo.

–¡Veníamos a por vosotros! –entró amenazador el Oreja.

El Luengo era del estilo de los Torres, bien parecido, alto, moreno con los ojos claros, vestido también como un pijo, con camisa y un jersey de lana buena, azul claro. El Oreja, sin embargo, daba más miedo en apariencia. Astroso, con gafas metálicas de cristal de culo de vaso, el labio borbónico, el pelo lacio, largo y pringoso, que se recogía tras las enormes orejas que daban origen a su alias, dejando la raya al medio. Esgrimiendo el corte, el cuchillo artesanal taleguero, daba una impresión de psicópata de Peckinpah, sembrando la inquietud en la celda, a pesar de que sus maneras agresivas iban calmándose.

Pero era el Luengo el verdadero kío. Eusebio recordó algo oído por la galería:

–¡A mí me habla el Luengo! –le decía un preso a otro, dándose tono.

Aceptaron todas las disculpas, que Eusebio les dispensó, achacándole la mala acción a Medius, por su bisoñez y por tanto, desconocimiento de la prisión.

–¿Ese no era el de los noventa kilos del atraco de Bilbao, de la nómina de una fábrica? –le pregunto el Luengo, guardando el corte y ya con ganas de hacer amigos.

–Sí, ese era –le contestó Eusebio–. Noventa kilos de un golpe, a los Altos Hornos de Vizcaya, un tío grande.

—¡Noventa kilos! —dijo el Oreja, abriendo tanto la boca que se le escapaba la baba.

El que alguien que hubiera atracado noventa kilos hubiera estado en su celda, fuera su colega, le hubiera hablado, confirió a Eusebio, que era quien llevaba la voz cantante, el aura infinita del gran kío. Todo quedó aclarado y disculpado. Medius hubiera podido hacer lo que hubiera querido, que todo hubiese estado bien, para quien había hecho el atraco más grande que se había dado en España hasta la fecha.

Se quedaron un rato, hablando de los motines, de la COPEL, de su organización, donde el Luengo todavía militaba y era de los dirigentes.

—Te voy a pasar algo para que lo mires —le dijo el Luengo a Eusebio.

Volvió con un cuaderno, tamaño folio, de tapas azules con gusanillo y hojas cuadrículadas. Era el libro de actas de la COPEL de Carabanchel, con el detalle de todos los acuerdos y comunicados que habían resuelto.

Al día siguiente volvió el Oreja, con un loro bueno. Les pidió cinco talegos, en préstamo y como fianza les dejó el loro.

Así fue como los del FRAP de la séptima sintonizaron Radio Tirana: en el 31.5 de la onda corta del loro del Oreja, a las 17:30 y a las 23:00.

## 18

Todo estaba a punto para la fuga, faltaba sólo que el Cermeño, el boquera julandrón, ingresara de semana. El Fuente había calculado que entraría la primera o la segunda semana de marzo. Habían concretado mejor la acción, para que el chofer arrimara lo más posible el camión a la pared, de forma que al menos por un lado, no pudieran ser vistos por los boqueras que controlaban el almacén. Quedaron de acuerdo en esperar el momento cerca de la trasera y entrar en la caja en el orden, primero el Fuente, luego Eusebio y por último el Antonio.

Eusebio ya había entregado el dinero al Fuente, en mano, después de recibir los cien talegos de los Torres. No fue tan problemático como pensaba. Una amiga llevó las 125.000 pesetas al despacho del abogado de los hermanos, y este lo había pasado por el locutorio de jueces.

Con todo tan a punto, Eusebio estaba angustiado, con ese nudo en la garganta que a veces baja a la boca del estómago, atento a todos los movimientos de todos y de todo, esperando el momento.

De todo lo previsible, lo que menos se esperaba es que entraran los pirañas en la galería.

Llegaron de madrugada, como siempre han llegado los alevosos, los sociales, los escuadrones de la muerte, los pistoleros falangistas.

Se despertaron por los gritos y los golpes inusualmente fuertes en la puerta metálica de la celda, que resonaron como truenos al golpear con la culata del fusil. Abrieron la puerta, sin ninguna resistencia, e instados por dos antidisturbios, completamente pertrechados con casco y visera, chaleco antibala, escudo y fusil lanza botes, se vistieron y salieron al pasillo.

—¡Poneos contra la pared, las manos en alto y las piernas separadas!

Los pirañas ocupaban toda la galería. En los pasillos transversales y en el fondo de cada planta, varios montaban guardia igualmente pertrechados. Mandaban abrir las celdas, conminando a los presos a salir y alinearse contra la pared, de espaldas a la galería, con las manos en alto apoyadas en ella y las piernas separadas.

La batalla campal comenzó en cuanto, varias celdas de la planta baja se negaron a abrir sus puertas. Los pirañas utilizaron los arietes y fueron derribando las puertas, no sin esfuerzos. Los presos, atrincherados en sus celdas, los recibieron con lanzamientos de cascotes y botellas de alcohol incendiadas. Los antidisturbios dispararon sus botes de humo, que hicieron salir a los ocupantes, y una vez fuera los apalearon.

Los presos de las plantas altas permanecían quietos, vigilados de cerca, observando de reojo la pelea, que en unos minutos quedó resuelta. Sacaron de la galería a una docena, los que habían ofrecido resistencia y con la situación controlada, entraron varios sociales directos a la celda de los del FRAP.

Registraron la celda a conciencia, y cuando salían con la libreta que les había dado el Luengo, las actas de la COPEL, en la mano, los gritos desaforados provenientes de la celda de enfrente los detuvo, y todos los demás volvieron la cabeza sin disimulo.

Un preso salía por la puerta de la celda, gritando y sangrando, con las venas de las muñecas abiertas. Puso los brazos, sin dejar de clamar gritos del alma, sobre la barandilla del pasillo. La sangre salía a borbotones y caía en dos chorros, estrellándose contra el suelo, con el estrépito de un grifo abierto salpicando en el silencio sobrecogido de los cientos de hombres que lo contemplaban.

El preso, oculto en la séptima para impedir un traslado no deseado al Puerto de Santa María, no contemplo otra alternativa que la muerte para evitarlo, y lo consiguió.

Tardaron cuatro horas en identificar y contar a todos los presos de la séptima.

Después se hizo la calma y comenzaron los rumores y las especulaciones: ¿Por qué este asalto? ¿Qué o a quién buscaban?

Hubo multitud de respuestas, elucubraciones más o menos elaboradas, como la de Ramiro:

–Venían a por nosotros, has visto a los sociales, directos a nuestra celda. Te estás metiendo en algo oscuro, y nos estás metiendo a los demás –le dijo a Eusebio, con reproche.

–No creo que tengamos nada que ver con el motivo del asalto –le respondió Eusebio–. Han registrado más celdas, y todo el mundo sabe que somos del FRAP –le dijo señalando el escudo.

La explicación más plausible la dio Antonio:

–Ayer se najaron cinco estardos del estaribel, por un butrón aquí mismo –les dijo señalando el fondo de la galería–, salieron al recinto y por una bordañí sin picoletto se bucharon a la ulicha. Un picoletto dicó al último y brucharnó de la pusca. Uno, “El Portugués”, colega mío, y otro, “El Gallego”.

Eusebio supo enseguida quienes y por dónde se habían fugado. Él había contemplado anteriormente esa posibilidad, por una bajante hueca, junto a la última celda de la planta baja. Ahondando el agujero ya existente se podía salir al recinto fácilmente. Lo vio arriesgado, en cuanto se salía frente a una garita de guardia. Lo que no supo entonces es que la garita quedaba vacía por la noche.

Los cinco fugados accedieron al recinto por el butrón y por la garita vacía saltaron a la calle. El picoletto de la garita cercana sorprendió al último y le hizo un disparo.

No pudieron saber cuántos se habían fugado hasta no realizar una identificación y un recuento efectivo de todos los presos. De paso ajustaron unas cuantas cuentas y registraron las celdas de, en su opinión, los presos más comprometidos.

## 19

No le dieron importancia al hallazgo de la libreta de la COPEL en la celda. No había nada en ella que comprometiera a nadie, pues, los comunicados y resoluciones que contenía eran en su mayoría de carácter público.

No lo debió de pensar de igual manera el Director del centro penitenciario cuando los llamó a su despacho.

Los llamaron a los dos, por los altavoces, a media mañana. A Eusebio y a Ramiro, sin especificar el destino. Inusualmente dijeron por los altavoces:

–Presentarse en la puerta de la galería.

Una vez en la puerta el funcionario les dijo:

–El señor Director quiere veros. Acompañarme a su despacho.

Algo debieron sospechar, cuando vieron al boquera con su gorra de plato, sólo obligatoria en actos oficiales. Una gorra de plato igual a la de la Marina, con el frente elevado al estilo de los mariscales nazis, en cuyo frente destacaba el emblema de las dos palmas, en apariencia dos boquerones, de ahí su alias. Y con su uniforme impecable, la guerrera verde gris con su cinturón abrochado, la corbata negra y la hombrera con los dos boquerones, una hoja de palma y otra de roble entrelazadas, bordadas en oro verde.

Se corrió la voz en la galería, expectantes como estaban los presos ante los acontecimientos inusuales de los días pasados y el circular de rumores de todos tipos:

–¡Se los llevan al Doble!

Siguieron al boquera hasta el despacho del director:

–Da usted su permiso –pidió el boquera al abrir la puerta.

El Doble Parada quedaba de perfil a la puerta de entrada, sentado ante una mesa aparatosa, de madera antigua, con patas labradas. Vestía de paisano, con traje gris oscuro y corbata, y sentado en el gran sillón tapizado de terciopelo granate, y ante la gran mesa, aparecía todavía más minúsculo de lo que en realidad era. De corte arrabalino, cabezón con entradas y cabellos negros rizados, gafas metálicas de miope y barba de tirano romano, con el bigote afeitado que resaltaba unos labios carnosos.

Les hizo sentar frente a él, de forma que pudieron observar sobre la mesa el cuaderno sustraído de su celda. Los identificó por sus fichas y tomando el cuaderno, lo abrió y comenzó a hojearlo, como si lo viese por primera vez.

–Han encontrado esta libreta en su celda –les dijo sin levantar la vista, en tono amable.

–Sí –afirmó Eusebio–, estaba ahí cuando llegamos.

–Ustedes saben que la COPEL, cualquier organización de presos, está prohibida por el reglamento de régimen de los servicios de instituciones penitenciarias.

–Nosotros, precisamente, no estamos por ninguna organización de presos –le interrumpió Ramiro–. Somos presos políticos, y nuestra reivindicación es que se nos trate como a tales, diferenciados de los comunes.

–Ahora, no hay presos políticos en España.

–Pero en nuestra ficha sí que resaltan bien lo de terrorista, diferenciándonos de los demás presos –le contestó Ramiro, sonriendo con cinismo.

El Doble no estaba alterado, ni mantenía un carisma autoritario, carcelario. Daba la impresión de un funcionario, un alto funcionario político de partido. Un carrerón de cuñado figurante.

Eusebio permanecía ausente, intranquilo. Era lo que le faltaba. Si su trayectoria había sido siempre la de pasar desapercibido, el no llamar la atención su lema, ahora estaba listo. Se decidió a intervenir, tratando de remediar lo imposible:

–Nosotros no estamos en nada, la libreta es una casualidad, lo crea o no. Yo apoyo a mi compañero en el tratamiento que se nos debe, como

presos políticos. Somos gente educada, con estudios, nada conflictivos. Nuestra opción es producto de nuestras ideas, no de intereses personales. No somos delincuentes.

–El reglamento no contempla esa distinción. Ustedes son internos, igual que los demás. Vuelvan a su celda –dijo por terminada la entrevista el doble Parada.

De camino a la galería comentaron la visita:

–No sé para qué nos ha llamado, no ha tenido ningún sentido –dijo Ramiro.

–Para cubrir el trámite del director del colegio que ha pillado una libreta insultante –le contestó Eusebio, expresando su deseo de que así fuera realmente.

## 20

–Son para la tercera galería –dijo el Fuente, contestando al comentario de Eusebio de ¿qué hostias hacen aquí esos colchones?

Era el día previsto. Todo estaba a punto, pero una inusual entrada de material de hogar, colchones, ropa de cama, mantas, vajilla, hizo que el chofer no pudiera aparcar el camión en el lugar preciso y que la afluencia de reclusos y boqueras, fuera mayor que otros días. Decidieron dejarlo para el día siguiente. Tenían toda la semana para hacerlo. La semana que el Cermeño estaba al cargo del almacén.

La reconstrucción de la tercera galería estaba terminada y los ajueres que llegaban completaban su inauguración. El rumor más insistente entre los presos era cuándo, quién y cómo sería el traslado a la tercera.

Conocieron las respuestas al día siguiente, en cuanto Antonio aporreó con insistencia la puerta de su celda:

–¡Lillax! ¡Lillax! Están liguerando a los kías a la tercera. Te van a naquelar el primero.

–¡Lillax! ¡Pindraba, que te están llamando!

No era exactamente el primero, pero sí de los primeros que nombraban, seguido de Ramiro:

–¡Con todo, salgan de la galería!



No podían hacer otra cosa. No había ninguna resistencia. Los presos, los más kíes, acudían sumisos, con todas sus pertenencias, a la puerta de la galería, e iban formando una larga cola, que atravesaba el centro desde la séptima hasta la tercera, contigua a la sexta en el sentido inverso de las agujas del reloj.

Una barrera de funcionarios, de gala, con sus gorras de plato, establecía el pasillo por donde los reclusos debían pasar, sin salirse de su camino. En la misma puerta de la tercera, el Doble Parada, satisfecho, también de gala, con su gorra de mariscal de la Wehrmacht, con su galón de oro contorneando la visera y la hombrera con sus tres rombos con la corona dorada, rodeado de sus subalternos, subdirector y jefes de servicios, igualmente engalanados con sus distintivos propios, bocamangas, galones, hombreras, emblemas... supervisaba el traslado a cierta distancia.

Como en las películas de nazis y judíos. Ellos tan puestos, empacados con sus elegantes uniformes, contemplando a distancia, en un plano superior, las filas de desarrapados con sus maletas a cuestras, subiendo al tren que los llevará al campo de exterminio.

Y así conocieron, por vez primera, la estancia en prisión.

El boquera cerró su celda, individual, hizo el estrépito reglamentario al pasar el cerrojo y el preso quedó desolado, inmerso en su soledad y en sus propios pensamientos.

La desolación. Los pensamientos de Eusebio no podían ser más negros y fatalistas, acariciado como había la libertad. Trató de no derrotarse, condujo su mente al pensamiento optimista: podría volver al reparto del pan, no hoy, pero sí mañana.

Se daba ánimos sin ningún fundamento. Como pronto comprobó, el régimen de la tercera galería era el propio de cualquier cárcel. Control estricto de los reclusos, con dos recuentos al día, dos horas de patio por la mañana, comida en el comedor, otras dos horas de patio por la tarde y cena en el comedor. El resto del día, permanecían aislados encerrados en sus celdas.

El nadir para su ánimo le sobrevino cuando el Torres, en un encuentro en el patio, le soltó a Eusebio, en un aparte y en voz baja:

—¡Se han najao el Fuente y el Macías! Ayer por la mañana, metidos en el camión del pan, en el almacén.

Y añadió sentido:  
–¡Vaya mala suerte que tienes, Lillax!  
–¡El Pipindorio hasta ha salío en los papeles! –completó su hermano pequeño.

A los pocos días los volvieron a llamar por los altavoces de la tercera, a Eusebio y a Ramiro, con todas sus cosas: se iban de cunda para Segovia.

# EL RENUNCIO DEL REVOLUCIONARIO



## 1

Caminaban, emparejado cada uno a su guardián, a escasos pasos el uno delante del otro. Habían tenido que dejar sus pertenencias para su registro, el par de bolsos de viaje que cada cual llevaba, en la dependencia de la entrada. Andaban sin nada en las manos, todavía frotándose de cuando en cuando las marcas que habían dejado las esposas sobre las muñecas, por el pasillo que los llevaba al Centro de la cárcel de Segovia. Un corredor en miniatura, comparado con los de Carabanchel. Una sola planta, iluminada por la luz del día que entraba por la claraboya que ocupaba el techo en toda su longitud.

El conjunto de los diferentes matices del verde de las puertas, de los enrejados y de los uniformes de los guardianes, junto con las tonalidades blancas luminosas de las paredes, del cristal opaco de la claraboya y del pavés de la pared del fondo del corredor, todos ellos iluminados por el sol del mediodía que se filtraba por la cubierta, les comunicaba una sensación agradable, familiar.

Comparando con los tonos grises oscuros, cuando no de negro humo, de Carabanchel, con sus vacíos inmensos, les dio la sensación de entrar en un pequeño hostel de ambiente familiar y trato agradable.

El Centro era el cuadrado central de la cruz griega que formaban las cuatro naves de la prisión. No tenía oficina en su centro, no daban para ello sus dieciséis metros de lado. Solo una pequeña garita, acristalada y protegida con rejas de arriba abajo, en una esquina, significaba la presencia de los guardianes. Cerraban el cuadrado paredes de pavés, del suelo al techo, con una pequeña puerta metálica, pintada de verde, un verde chillón, que daba acceso a las galerías.

Entraron las parejas, guardianes y presos, a la primera galería, que quedaba orientada al este, a la derecha del corredor por donde habían entrado. La nave era diminuta, en relación con la séptima, o con la tercera, de donde procedían. Una decena de celdas, contó rápidamente Eusebio, a cada lado del pasillo central, en dos plantas: unas cuarenta celdas.

Avanzaron por el corredor central de la galería hasta la escalera, situada en su fondo, que subía a la primera planta. La escalera, centrada y ocupando casi todo el ancho de la nave, dejaba un pequeño paso a las dos celdas que todavía quedaban a ambos lados de ella, hasta llegar a la pared del fondo. Sobre ella, superando la altura de la primera planta, un gran ventanal dejaba pasar la luz del día. Subieron al piso. Eusebio siguió a su acompañante por el pasillo de la derecha, un estrecho voladizo, suspendido sobre escuadras metálicas en la pared, y con una endeble barandilla de candeleros de metal, hasta la segunda celda. Ramiro por el pasillo de la izquierda hasta la cuarta.

Quedaron desde el primer momento, como por una reafirmación del destino, enfrentados.

Las celdas eran todas similares, emparejadas por la simetría de los retretes, uno a la derecha y el contiguo a la izquierda, con la cama al fondo, debajo de un ventanuco, más tronera que ventana, dado el grosor de los muros. Una cama de barrotes de metal gris, a juego con la pintura del zócalo de la pared, un gris oscuro que cubría una franja hasta una altura de un metro y medio. Un retrete y un lavabo a la izquierda de la puerta, un tablero sobre escuadras, que hacía las veces de mesa de estudio y unos estantes que hacían las veces de armario, eran todo el mobiliario. Las paredes pintadas de gris claro, sobre el zócalo gris oscuro, que se convertía en azulejos blancos en torno al retrete y el lavabo. Las grandes losas de piedra del suelo estaban sucias y gastadas, de manchurroneos de derrames y del tiempo.

Sentado sobre la cama, deprimido, con la frente sobre las manos, Eusebio cayó en la cuenta de los años que le estaban aguardando en aquel lugar. No quería ni mirar, ni saber dónde estaba. La agradable sensación de la entrada había dado paso, una vez en la celda, a la realidad de su miserable existencia. No podía quitarse de la cabeza al Fuente y al Antonio. Se lamentaba de la mala suerte que él había tenido. De la

sinrazón de los acontecimientos que habían propiciado su fallida fuga. La bulla de Medius, la libreta del Luengo, el registro, la marca del doble, el traslado con los kías a la tercera...

Y ahora en esta fría celda espartana, de monje franciscano, de convento de clausura, de folletín decimonónico: la celda de Edmond Dantés, el Conde de Montecristo.

Hasta Ramiro se compadeció de él, al verlo tan abatido:

–¡Venga, ánimo! Acompáñame a dar una vuelta –le dijo, en tono amable desde el quicio de la puerta.

Su entrada en la galería no había llamado la atención a nadie, a pesar de que las celdas habitadas, una treintena, estaban abiertas y algún que otro preso les había visto llegar.

Salieron al corredor del piso y permanecieron observando, apoyados en la endeble barandilla. La luz del día entraba por el gran ventanal a su derecha, a través del cristal traslucido, enrejado, sin policromías. No se veía a nadie, como si estuvieran solos.

–¡Qué pequeño es esto! Casi te puedes dar la mano con el de enfrente –dijo Ramiro, extendiendo el brazo hacia el corredor frente a ellos.

–Sí, más que una cárcel parece un convento. Sin embargo, el techo de la nave es muy alto. Mira.

Eusebio señalaba la techumbre, hacia el extraño voladizo sobre el ventanal, como un pasillo a ninguna parte. Entró en la celda y comprobó que esta tenía un falso techo mucho más bajo que la altura de la nave.

–Aquí, encima de las celdas, debe de haber algo, como una cámara antes del tejado.

Ramiro se rió, malicioso, moviendo la cabeza de un lado al otro:

–¡Ya estás! Deja, deja... ¡No has tenido bastante!

Nico los vio en ese momento, al salir de una celda de la planta baja. Sabían que él se encontraba en esta prisión, junto a los presos anarquistas, agrupados en Segovia.

Se saludaron efusivamente, con cariño:

–¡Qué tal! ¿Mejor? –le saludo Eusebio, recordando lo abatido que estuvo, poco antes de marcharse de Carabanchel.

—Sí, mejor. Aburrido, no sabes lo aburrido que es esto. Viniendo de Carabanchel, a pirula diaria, aquí no pasa nunca nada. ¡Venid a que os conozca la gente!

Bajaron las escaleras y salieron al patio por una pequeña puerta de la planta baja, casi junta a la de entrada. Era el patio también pequeño, en consonancia con el resto. Estaba limitado por las dos naves correspondientes de la cruz y por otra edificación al sur, en cuya planta baja se encontraba el comedor, y hacia el este, por el muro que limitaba con el recinto. Era un cuadrado de 25 metros de lado, rodeado de edificios en tres de sus lados, por lo que, a pesar de estar al aire libre nunca daba el sol en él, acentuando su carácter sombrío de patio interior.

Hacía un intenso frío y los presos que no estaban en sus celdas se encontraban en el comedor, que hacía las veces de salón social. En un par de mesas jugaban al parchís, un parchís talegario confeccionado con un retal de sábana rotulada, en monocolor. En otra jugaban al ajedrez, y en las restantes, los presos simplemente estaban sentados, dejando pasar el tiempo, del cual se iba sobrado en este lugar.

—¡Unos compañeros del FRAP! —Nico los fue presentando.

Nombres cortos, algunos verdaderos, otros de guerra o de apodos familiares adquiridos en la prisión: Guille, Cati, Epi, Alcatraz, Pepito, Rubio, Javi, Arturo, Chamorro... La mayoría, militantes de los grupos autónomos. Todos muy jóvenes: ninguno sobrepasaba los veinticinco años.

A pesar de que conocerían sus verdaderos nombres, les gustaba reconocerse por los alias de guerra, el que lo hubiera tenido. Eusebio se presentó con tal nombre, su nombre de guerra: Eusebio, el nombre político. Pensó que el Lillax, el equivalente romaní de su verdadero nombre, el que le puso el Antonio, el Pipindorio romaní, era mejor enterrarlo en Carabanchel.

—Eusebio —dijo al presentarse, mirando de reojo a Ramiro, intrigado por cómo se iba a presentar él.

—Rubén Holguera —se presentó Ramiro, con su verdadero nombre y apellido.

—Rubén, como el heroico hijo de Pasionaria —dijo Pepito con retintín, un cenetista, abriendo el fuego—. *Qué tots els comunistas os llamáis Rubén?*



—Casi todos, casi todos —le contestó Ramiro sonriente, siguiéndole la gracia.

Pepito era bajo, algo regordete, con melenita de paje, de raya al medio, bigote mexicano al uso y cara simpática. Era uno de los cuatro del caso Scala, la sala de fiestas barcelonesa, cocteleada después de una manifestación contra los pactos de la Moncloa, en enero del 78, y en la que murieron abrasados cuatro trabajadores de la limpieza. Fruto de su inconsciencia y de la manipulación policial —un policía infiltrado, Gambín, dirigió la acción— un grupo de jovencísimos manifestantes, sin saber ni pensar que podía haber alguien dentro, tiraron sus cócteles molotov incendiando la sala que creían vacía. A los dos escasos días estaban, asombrosamente, identificados y detenidos media docena de cenetistas, inculpados de la acción. La CNT se desvinculó del hecho, que supuso un duro golpe para su credibilidad, en unos difíciles momentos en que el sindicato trataba de reconstruirse tras la represión franquista.

El resto de los presos eran de los grupos autónomos: un grupo de Madrid, otro de Valencia y otro de Valladolid. En su mayor parte, estudiantes universitarios.

## 2

No había gran cosa que hacer en la prisión. Dedicaron sus primeros días a poner en orden sus pertenencias, limpiar con lejía la celda y matar las chinches del somier. Eusebio, más comunicativo, pronto trabó contacto con los presos anarquistas, incorporándose a su rutina ordinaria. Ramiro permanecía, entretanto, recluido en su celda, nadie sabía muy bien en qué ocupaciones.

Era una rutina tranquila, con todo el tiempo del mundo a su entera disposición, en un régimen no demasiado severo, pero sí bajo un control continuo por parte de los guardianes.

Un primer recuento a las ocho de la mañana empezaba el día, con la apertura de las puertas y la primera anotación en el cuaderno del guardián. Los presos seguían en sus camas durmiendo hasta las diez, cuando era obligatorio salir a formar, informalmente, en el pasillo de la planta baja.

Salían de sus celdas a esa hora, aún adormecidos, con pijama o bata la mayoría y aguantaban la ridícula formalidad de formar en torno a la planta baja y ser contados y anotados de nuevo en el cuaderno del guardián, bajo la atenta supervisión del jefe de servicio de turno. A las dos, después de la comida, pasaban a la celda, cerraban sus puertas los guardianes y volvían a anotar en el cuadernillo su existencia. A la cuatro abrían las celdas y quedaban libres hasta las diez.

En el transcurso de la tarde, como el que no quiere la cosa, volvía a entrar en la galería un guardián, de manera informal, anotando otra vez en su cuaderno el listado completo de los presos. Era un espacio tan reducido, tan familiar, que, en un breve paseo controlaba donde se encontraba cada uno.

Por la noche, a las dos de la madrugada volvían a pasarse un par de guardianes para repetir el recuento. Encendían la luz de la celda desde un interruptor en el pasillo, al lado de la puerta, y por la mirilla comprobaban que el preso se encontraba en su interior. Este era el momento más tenso del día, cuando se ponían a prueba el talante y las tensiones acumuladas de presos y guardianes. Si el preso no quería ser molestado, aflojaba, o fundía, la lámpara del interior. El guardián, entonces, abría la puerta y entraba, obligado a solucionar el desperfecto. En otras, el guardián dejaba intencionadamente la luz encendida, obligando al preso a levantarse para aflojar la bombilla. En todo caso, la mayor parte de los presos permanecían despiertos, leyendo, esperando al recuento de la noche para dormirse.

Es un buen lugar para leer, pensó Eusebio, que llevaba dos años, o más, sin leer un libro, suscrito por voluntad propia, y en exclusividad, a los comunicados, periódicos, revistas y folletos del partido. El deseo de volver a tomar la lectura, como modo de distraer los depresivos pensamientos que le torturaban, le permitió conocer al maestro de la cárcel, que era quien concedía el acceso a la biblioteca de la prisión a los presos.

Era el maestro un funcionario de edad, gris, vestido invariablemente con el mismo traje de chaqueta civil, también gris, tan gastado que le brillaban las perneras del pantalón y los codos de la chaqueta. Recibió con buenos modos a Eusebio y le acompañó a la biblioteca, que no era más que una pequeña aula de escuela. Un entarimado, con la mesa del

maestro y una pizarra, tres filas de bancos corridos, y los armarios de madera con puertas vitrina, con sus libros ordenados, eran todo el mobiliario. Con su color y sabor del año cincuenta.

La escuela estaba en la galería central, dedicada a servicios, por lo que Eusebio tuvo que salir de la primera, pasar por el centro, y acompañado del maestro, subir hasta el primer piso, donde se encontraba esta. Vislumbró posibilidades. Salir de la galería y adentrarse en otro espacio, ajeno a los guardianes y presos, como en los sótanos de Carabanchel, le podía abrir nuevos planes de fuga.

Trató de comprometer al maestro de alguna manera, ofreciéndose a colaborar con los préstamos, sin ningún resultado. La escuela había dejado de funcionar, desde el momento en que la prisión pasó a acoger presos políticos en exclusividad y, hasta el momento, nadie había solicitado un libro. La realidad era que al maestro no le venía nada bien tener que ir a la prisión, cada día, abandonando sus clases en una academia privada que simultaneaba con su dedicación funcionaria a los presos. Le dijo que mirara a ver qué libros quería, se los llevara y los devolviera, cuando quisiera, a los funcionarios en el centro.

Eusebio no tenía prisa y comenzó a recorrer los armarios, en los que se disponían los libros ordenados sin criterio alguno. La mayoría estaban forrados con un papel, en su día, blanco, devenido un degradado ocre. Los lomos llevaban escritos parte del título y el autor, con rotulador, también desleído por el tiempo. Decenas de ensayos marxistas, obras de los clásicos, completas, escogidas, puntuales. Desde el *Anti-Duhring (Introducción al estudio del socialismo)* de la editorial Claridad de Buenos Aires, hasta las *Obras Escogidas* de Mao Tse-tung, un tomo II de Fundamentos, pasando por Dolleans, tres tomos de una historia del movimiento obrero; Nosty, la Comuna asturiana, Ehrenburg; una *Historia de la revolución rusa* de León Trotski, traducida por Andrés Nin...

Un sinfín de libros, acumulados tras los años de permanencia de los presos políticos en la prisión. Todos con su pequeña cédula, adherida a la parte interna del forro de papel, otrora blanco. Una etiqueta de fino papel, con un cuño de tinta azul estampado: "Prisión celular de Segovia. Se autoriza la obra..... perteneciente al recluso de la ... Galería. Segovia." Todas cumplimentadas con pluma, con tinta negra, con la letra

picuda, detallista en sus inflexiones curvilíneas, de las escuelas franquistas. No tenían fecha, sólo un número de registro.

Eusebio se entretuvo con los libros yendo de un armario a otro, hojeando unos y otros, interesado por sus cédulas con los nombres de los presos. El maestro, impacientándose, comenzó a tamborilear los dedos sobre la mesa. Sus modos empezaron a cambiar, y con mirada aviesa se dirigió a Eusebio:

—¡Venga, que no tenemos todo el día!

Eusebio le respondió con otra mirada, más iracunda, como si hubiera sido él el culpable de aquella acumulación de libros. De aquel sinsentido intelectual, al que los presos políticos tenían acceso, mientras en las librerías se mantenían prohibidos estos mismos libros. Como si los individuos, una vez encarcelados, adquirieran la madurez necesaria para alcanzar la literatura, prohibida al resto de la ciudadanía.

Entre los libros que fue ojeando, encontró de forma casual, en los *Textos teóricos* de Meyerhold, Volumen I, burdamente camuflado entre sus páginas, el suplemento al *Revolución Española* n.º 6, fechado en 1971, monográfico sobre el FRAP. La cédula estaba a nombre de Teodomiro Barros y en la primera hoja del libro, una dedicatoria: “Solidaridad con vosotros, compañeros”. Firmaban Daniel Gerardo y José Ramón Prado. Había sido la fórmula que encontraron Daniel y José Ramón para hacerle llegar a Teodomiro la propaganda del partido. Pero, ¿quiénes eran?, se preguntó. ¿Quiénes eran los cientos de propietarios de los libros?

Cada libro representaba su tragedia, asociado a su destinatario, el nombre escrito en la cédula. Nombres, anónimos ahora, olvidados, privados de recuerdo.

—¡Venga, termina, que tengo que marcharme! —interrumpió el maestro las reflexiones de Eusebio.

Ya tenía una idea clara de lo que se iba a llevar, le apetecía novela, sin complicaciones, sin demasiado pensamiento. Tomó el *Germinal* de Zola, los tres tomos de *La lucha por la vida* de Baroja, los dos tomos de *Los misterios de París* de Sue y por supuesto el de Meyerhold, por lo curioso de la encuadernación adjunta.

### 3

A las pocas semanas llegaron, con intervalos de corto tiempo, Amador, Machado, procedente de Zaragoza y Boronat desde Sevilla. Con su llegada renació Ramiro. Había estado enfrascado estudiando los materiales del partido, analizando y tomando notas. Ahora, con militantes suficientes, juzgó celebrar de manera inmediata la reunión de la célula.

Ramiro consideraba que era necesario mantener un alto nivel ideológico y político en estas circunstancias. La cárcel tenía como sentido derrotar al militante, que alejado del fragor revolucionario, mitigaba su compromiso, anteponiendo sus intereses individuales a la firmeza de sus principios revolucionarios. Más aún en estas circunstancias, en un ambiente anarquizante, donde, por los principios individualistas propios del anarquismo, era difícil sustraerse de su ideología. Solo a través del estudio y la discusión serían capaces de superar esta adversidad. A Eusebio lo consideraba perdido: era un intelectual pequeñoburgués. Si bien la pequeña burguesía era un aliado natural de la clase obrera, uno de los componentes del Frente Unido, junto con el campesinado, tenía sus propias características vacilantes. Igual podía, en momentos puntuales, ser aliada del imperialismo.

Había observado en Eusebio esa tendencia ya en Francia, en sus relaciones con elementos anarquistas, con Claudine y su círculo de estudiantes. Ahora, había vuelto a las andadas. Se pasaba las horas en las celdas de los anarquistas, congeniaba con ellos, le daba a él de lado, incluso en el ámbito de lo personal.

Era urgente mantener la cohesión de partido, volver a su disciplina. La llegada de los camaradas le había llenado de satisfacción, por la significación que tenía la presencia orgánica del partido en la prisión, como tal partido, un grupo cohesionado de militantes. Sabía que quedaba un punto oscuro por resolver, las caídas.

Había reflexionado mucho al respecto, siempre desde el punto de vista militante. No guardaba remordimientos sobre su actuación, pues el análisis individual, al margen de la dialéctica, era una concepción

pequeño-burguesa. El análisis correcto lo debía de llevar a cabo el partido, orgánicamente, en el secretariado del comité central.

Convocó la reunión, expresamente, en la celda de Eusebio. Quería comprobar hasta qué punto llegaba su compromiso. Con todo el rigor de un orden del día extenso. Discusión del último informe del ejecutivo, sobre la actual situación política, los últimos Vanguardia Obrera, organización y responsabilidades.

La reunión no fue lo que esperaba. Los camaradas no llevaban nada preparado y a ninguno pareció interesarle lo que él estaba planteando. Amador fue el único que habló, y fue para comunicar su abandono del partido.

–Ya antes de mi caída, tenía decidido dejarlo –dijo Amador a los reunidos.

–De todas formas, sigue con nosotros –le dijo Eusebio–. No vas a quedarte fuera del grupo, tú solo, en esta situación.

Y añadió:

–Los anarcos nos han convocado a una asamblea de galería. Al parecer quieren que formemos una comuna.

Ramiro se sintió decepcionado, nada había salido como pensaba. Había creído que sus camaradas le arroparían en su concepción partidista, pero era evidente que no era así. Salió para su celda, ofuscado, con el impulso ciego de aislarse de nuevo, de situarse por encima de ellos, centrándose en sus estudios. Luego, recapacitó y decidió hablarle a Eusebio.

Trató de ser franco:

–No estoy nada satisfecho de cómo ha salido la reunión. No llevabais nada preparado, ni os lo habíais leído siquiera. Os han sobrado las bromitas y las sonrisitas.

A Eusebio le sonó a rapapolvo, a la eterna crítica del responsable del partido, y no estaba dispuesto a eso:

–Es que no tiene ningún sentido. Llevamos años, en realidad, fuera del partido, sin contacto con las masas, sin militancia real. Ponernos ahora a estudiar los materiales del partido, no tiene sentido. Es como memorizar un texto sin entender nada.

–Pero no te das cuenta que con esa actitud socavas tu militancia comunista –le dijo Ramiro, crispado, elevando su tono de voz.

—No toques más los huevos —le contestó Eusebio, crispándose él también—. Eres tú el que no se ha dado cuenta de que estamos en la cárcel y que aquí, lo que cada uno haga es cosa suya. Como en la calle con su vida privada. ¡Mira que tú! Siempre has procurado aislar tu vida de tú militancia.

—Entonces, ¿no ves la necesidad del partido, de funcionar cómo célula?

—No, no la veo —contestó Eusebio—. El partido no es un fin en sí mismo. Es un instrumento para la organización de la revolución, y aquí, ya me dirás.

—No es eso, precisamente, lo que piensa el partido. Nos ha dicho que funcionemos como tal —dijo Ramiro.

—¡Enséñame dónde! —le cortó Eusebio, airado—. Ambos tenemos idéntica responsabilidad en el central, y a mí no me ha dicho nada. Y si me lo dijera, le daría mi opinión.

—Y entonces, no vamos a estudiar, no vamos a discutir, ¿nos disolvemos, entonces? —le preguntó Ramiro.

—No seas maniqueo —contestó Eusebio—. Seguimos siendo militantes, pero estamos en la cárcel y las tareas son asegurarnos la subsistencia, unidos como camaradas, en un plano igualitario. En cuanto al estudio y la discusión, es algo de cada cual. Yo no tengo gran cosa que discutir, por ejemplo, con Boronat. Nuestras diferencias culturales son abismales. Lo aprecio como a un camarada, para ayudarnos en lo cotidiano.

#### 4

La asamblea tenía lugar en el antiguo comedor, ahora salón social. Estaban todos, la mayoría sentados sobre las mesas, formando un conjunto variopinto. Los había en pijama, bata y zapatilla, en chándal talegario y bambas, en ropa de calle, anorak o gabán, aseados y sin asear. Pese a que casi todos tenían estudios universitarios, pintaban la partida de Luis Candelas.

La propuesta en discusión era la formación de una comuna de todos los presos. Elaboraron una tabla reivindicativa, incluyendo sus exigencias a la dirección de la cárcel. Dejarían de hacer comidas en la cocina,

excepto un par de menús aceptables, y les proporcionarían los alimentos en crudo, para cocinarlos en la propia galería. Dejarían una celda libre, para habilitarla como cocina y despensa. Las comidas de los familiares se aportarían al uso colectivo. Las celdas se cerrarían a las doce en invierno y a las dos en verano. Un vis a vis mensual con cualquier persona, sin que esta fuera necesariamente esposa. Comunicación regular con familiares y amigos en el locutorio de jueces... Un paquete de medidas, coincidentes con las reivindicaciones históricas de la COPEL, para hacerles más agradable la existencia.

—¿Pero quién le pone el cascabel al gato? —dijo Pepito, con su ironía habitual.

—Que vayan a negociar con el doble, Guille por nosotros y Eusebio por los del FRAP. Son los más oportunos.

Quien había hablado era Cati, del grupo autónomo de Madrid. Estaba sentado sobre una mesa, en una segunda fila, y hasta el momento no había abierto la boca. Pero, al hacerlo, todos guardaron silencio, y nadie hizo otra propuesta. Eusebio, al oírse inesperadamente nombrado, dirigió la mirada hacia él, un tanto asombrado, por la autoridad con la que había hablado y sobre todo, por la atención que los demás le prestaron. Hasta el momento no había tenido ocasión de hablarle. Era de los que no se dejaba ver demasiado. Nunca iba al comedor. Permanecía en una celda u otra, y sólo lo había visto en el recuento de las diez, siempre vestido de la misma manera que ahora: con un pijama gris, sobre el que anudaba un albornoz de baño, de tela de toalla azul marino. En los recuentos, se incorporaba a la formación siempre de los últimos y con todos los signos de acabarse de despertar, somnoliento, malcarado, arrastrando lentamente sus chancletas, con actitud desafiante hacia los guardianes. Era de esa morfología hombruna, moreno, velludo, cuyo exceso de estrógenos propiciaba una más que incipiente calvicie. A pesar de aparentar más edad de la que debería tener, Eusebio estaba seguro de que esa no era la razón que lo revestía de autoridad.

Guille, el otro propuesto negociador, era al contrario que Cati de facciones infantiles, suave en su conjunto aniñado, piel y melena clara, media estatura, abierto y comunicativo. Era también del grupo autónomo de Madrid, junto con Epi y el Rubio.



Solicitaron, pues, por instancia escrita al director de la prisión, Eusebio y Guille, una entrevista con el doble.

El despacho del director de la prisión se encontraba próximo a la puerta de entrada, en el pabellón de una sola planta con el techo traslúcido. Conforme avanzaban por el corredor, la puerta abierta de la calle, mostrando el recinto, encogió el estómago de Eusebio.

–¡Joder, la calle! –le dijo a Guille.

–Ya te hablarán sobre esto, en otro momento –dijo Guille, en un susurro con misterio.

El doble los recibió secamente. No por maldad alguna, sino por su propio carácter, de pocas palabras. Funcionario de prisiones, vestía como tal, sin el gorro de mariscal, pero con la guerrera perfectamente abotonada, los cuatro bolsillos, incluso el cinturón en su hebilla, las hombreras con los entorchados, bocamangas, camisa blanca y corbata negra. Desentonaba con su pulcritud, la espesa sombra de su barba, pese a estar recién afeitado, y su escaso pelo rizado, hirsuto y mal peinado.

Había dispuesto del tiempo suficiente para que la visita no fuera imprevista. Estaba perfectamente informado, por sus subalternos, de la asamblea de presos y de casi todas sus conclusiones.

Les hizo tomar asiento, secamente:

–¡Sentaos!

Juntó las manos sobre la mesa y esperó que hablaran.

Eusebio y Guille quedaron desconcertados, intercambiaron miradas y gestos, tratando de ponerse de acuerdo sobre quien comenzaba la exposición. Empezó Eusebio. Llevaba un escrito que leyó, mientras el director de la prisión hacía por permanecer impassible, dando palmaditas con sus dedos, como todo gesto.

–Bien –dijo en cuanto terminó Eusebio–, ya os daré mi respuesta.

No le hizo falta tomar sus nombres, sabía perfectamente quienes eran, y tampoco quiso, en ese momento, dar su respuesta, aunque, la tenía antes de que Eusebio leyera el escrito. No quería problemas. Ni motines, ni huelgas de hambre, ni escritos de denuncia en la prensa. Ya había tenido bastantes con la fuga de los políticos en el 76, y desde entonces, su prisión había sido modélica: ni un solo motín.

Cuando entraron Eusebio y Guille de nuevo en la galería, todos aguardaban expectantes. Hubo insinuaciones de montar bulla, pero se impuso el criterio de esperar la respuesta del doble.

Esa misma noche, el jefe de servicio les comunicó que el director había aceptado sus propuestas.

## 5

Eusebio había quedado intrigado ante el comentario de Guille, “ya te hablarán”. Por las connotaciones que el “hablar” tiene en la prisión, imaginó que algo había. Algo que, imagina, debe de ser un plan de fuga. Sin embargo, no presionó a Guille, esperó impaciente que “alguien” le hablara.

Ese “alguien” fueron Cati y Agustín. Pero no a él a solas. Aprovecharon que estaba junto con Ramiro para acercarse a ambos y decirlos:

–Queremos hablar con vosotros.

Entendieron el “vosotros” como: queremos hablar con los del FRAP. Lo entendieron como una entrevista a nivel oficial.

–Hemos iniciado un túnel y queremos contar con vosotros. Necesitamos vuestra ayuda, y por supuesto, podéis participar en la fuga si queréis.

Agustín venía, reciente, de cunda de la Modelo de Barcelona. Era del ERAT<sup>43</sup>, un grupo de trabajadores de la SEAT que habían realizado expropiaciones económicas para financiar a los huelguistas de su fábrica, y afín a los autónomos. Mayor, de casi cuarenta, con hijos, obrero, grueso, desentonaba en ese ambiente estudiantil.

La construcción del túnel la llevaban tan sigilosamente, que no se habían percatado de nada. Ahora se explicaban el porqué siempre había gente en algunas celdas. Habían comenzado el túnel en la celda de debajo de la de Eusebio, la de Luis, uno de los del Scala, y necesitaban que desde su retrete se echara constantemente agua para disolver la tierra, que vaciaban en el de la propia celda. La bajante del desagüe era la misma para las dos celdas.

---

43. Ejército Revolucionario de Ayuda a los Trabajadores.

—Después de la fuga del 76, instituciones penitenciarias mandó reforzar el suelo de la prisión con hormigón, y cavilando, vimos la posibilidad de que se hubieran saltado los muros. Entre las celdas hay muros de casi un metro de ancho, que necesariamente, se deben hundir en el subsuelo otro tanto, para hacer de cimentación, por lo que creemos que debajo de los muros no lo echaron. Y creemos también que no deben haber tocado el colector, que pasa por el centro de la galería y desagua en el principal, que va al barranco, ya en el exterior.

—Venid uno conmigo y os lo enseño —dijo Cati.

Luis estaba en la celda, él solo. Habían terminado su tarea por ese día. A sus pies, tenía una caja de cartón llena de piedras, que estaba volviendo a introducir en el agujero practicado en el muro, entre el retrete y el lavabo. Un boquete, de unos sesenta centímetros de diámetro, que profundizaba hasta el suelo, en el mismo corazón del muro.

—De momento no hay hormigón —dijo Luis—. Vamos bajando por el muro hasta que sobrepasemos el nivel del piso de la galería. Entonces seguiremos en línea recta hasta el colector, pero hasta que no estemos, no sabremos lo que hay.

Ayudaron a volver a meter las piedras, y taparon el boquete con un contrachapado, al que habían adherido los ocho azulejos blancos, que fue necesario quitar para comenzar a excavar, y que servían de tapadera.

—Un túnel clásico —dijo Eusebio.

—Hacemos turnos de vigilancia, para avisar si un boquera entra en la galería, y otro turno de trabajo. Vosotros debéis tirar agua al servicio constantemente y podéis vigilar la planta baja, el pasillo y el patio. En cuanto entre un boquera, hay que pararle, preguntándole cualquier chorrada y avisar.

Eusebio lo vio claro, pero quiso saber más. Y Guille era el más adecuado para hacerle confidencias. Lo buscó y fueron juntos al patio, y en el extremo izquierdo, junto a los lavabos se pararon.

—Aquí estuvo el túnel anterior, el de la fuga del 76. Detrás del lavabo tapiado —dijo Guille, señalando un paño del muro— hay un cuarto negro, un espacio ciego, que da a la galería, al fondo, debajo de la escalera. Si te fijas, cuando vuelvas, verás que falta una celda en el pasillo de la derecha. Es el espacio que ocupan los lavabos del patio.

Y continuó contando:

-Los que estaban en el 76 se dieron cuenta de que al lavabo le faltaba longitud. Quitaron unas baldosas, y efectivamente, estaba ese cuarto cerrado, detrás de la pared del retrete. Hicieron el túnel, desde el cuarto negro al colector, y por él a la calle. En su desembocadura hay una reja, que da al barranco, debajo de la prisión. Hemos comprobado, desde fuera, que por lo menos esa parte sigue igual. Lo que no podemos saber, hasta que no llegemos a él, es cómo ha quedado el colector.

El cinco de abril de 1976, veintinueve presos, de los cincuenta y cinco presos políticos que había, se fugaron de la prisión de Segovia. En las mismas fechas que Eusebio pasó la frontera con Francia, escapando de la persecución policial. En su mayoría fueron de ETA (p-m), tres del PCE (i), dos del MIL y uno del FRAP.

En la mañana del día cinco, al final del colector se habían dispuesto tantos paquetes de ropa como presos iban a participar en la fuga. Dentro de cada paquete, un pantalón, un jersey y unas deportivas. Uno de los barrotos ya había sido limado para permitir el paso de los fugitivos.

A las dos de la tarde, después del recuento, iniciaban la evasión. Una furgoneta Mercedes esperaba fuera. El comando exterior de apoyo -dos hombres y dos mujeres- los esperaban en la furgoneta. Después de proporcionarles armas y dinero, salieron hacia Pamplona. Cincuenta kilómetros más adelante cambiarían a un tráiler que los conduciría hasta Espinal, apenas a una hora de camino de la frontera francesa.

Poco después de la media noche, los veintinueve fugados y los cuatro miembros del comando de apoyo empezaron a caminar. Entre ellos había dos o tres que conocían perfectamente la zona. Iban provistos de planos y, según sus cálculos, entre la una y las dos de la madrugada debían de entrar en territorio francés.

Pero no contaron con la niebla. No veían absolutamente nada. Para no separarse, tenían que ir agarrados de la mano. De pronto, los sorprendió como el fogonazo de una linterna. Antes de que se dieran cuenta empezaron los disparos de los cetmes. Oriol Solé Sugranyes, militante del MIL, compañero de Salvador Puig Antich, quedó allí, con el

pecho destrozado. Dicen que por un disparo fortuito. Otros tres fueron heridos por disparo de bala.

Huyeron en desbandada por el monte, sin ninguna posibilidad, cercados por tres compañías de la guardia civil, una de la policía armada y una especial del ejército, de los boinas verdes.

Solo cuatro consiguieron escapar y pasar a Francia, junto con una de las militantes del comando de apoyo. El resto fue nuevamente detenido.

Menos de un año después, en marzo de 1977, con la primera amnistía, salieron todos libres, libres de culpa.

## 6

El tiempo, la rutina sobreentendida, la falta de acción estimulante, acaban por aislar a Eusebio, encerrándolo en sí mismo, procurándole una cárcel dentro de la otra, como les ocurre a todos los presos. Se encierra en su celda en cuanto terminan las tareas que produce el túnel, lee; frecuenta la celda de Guille, conversan, discuten; sale al salón, juega al ajedrez, al dominó, al parchís. Como hacen todos los de esta galería.

El túnel no va bien, han encontrado grandes piedras en el subsuelo y no aciertan a quitarlas. Son los grandes bolos de piedra que cimentan los muros. Han parado los trabajos, mientras discurren soluciones. Sin herramientas apropiadas, al menos una maceta y un escoplo, no pueden continuar.

Vienen ruidos de sables del exterior, conspiraciones de los militares fascistas, rumores golpistas. Por su cabeza cruzan las situaciones derivadas de su indefensión ante un golpe fascista. Pensamientos oscuros, visiones de un pasado ocurrido.

*Negras tormentas agitan los aires  
Nubes oscuras nos impiden ver  
Aunque nos invada el horror y la muerte  
Contra el enemigo sabremos vencer*

Pepito Cuevas atronaba la galería, a las ocho de la mañana, con esta sintonía a todo volumen en su casete. Obrero como era, se despertaba a temprana hora, por la costumbre fabril adquirida, y ponía, a todo volumen, la cinta de la Confederación.

Quería decir que empezaba otro día nuevo. Tras “A las Barricadas”, en realidad “La Varsoviana”, el himno de la revolución bolchevique de Varsovia en 1918, reletreada por la Confederación, le seguía “Mujeres: Mujeres, debéis de colaborar...”, y así sucesivamente, uno tras de otro, todos los cortes de la cinta.

Un par de guardianes, con la arenga cenetista como fondo, abrían las puertas, causando el estrépito propio de los cerrojos y los grandes pasadores que las cerraban. Pero hasta la diez, nadie se movía.

Unos minutos antes de esa hora, volvían a pasar los guardianes, despertando a los presos para la formación en el pasillo de la planta baja. El jefe de servicio, esperaba paciente, sin adentrarse en la galería, junto a la puerta.

Los presos iban formando un círculo informal y cuando ya están todos, pasan lista. Nombre tras nombre, mientras, “El Nazi”, así llaman al jefe de servicio, permanece junto a la puerta, posturando su perfil alemán, fumando un cigarrillo con su boquilla de marfil, a lo Marlene Dietrich. Explota su físico, acorde con sus ideas, el jefe de servicio. Muestra su desprecio, a unos presos a los que no puede someter como quisiera. Aguarda su momento ansiado, tras de unas circunstancias que sabe transitorias, para que todo vuelva a la normalidad anterior, a la estricta disciplina carcelaria.

Tras la muerte del dictador, con las algaradas callejeras, los motines en las prisiones y los cambios anunciados, lo había pasado mal, esperando lo peor. El rencor de sus antiguos internos, los ajustes de cuentas, el descenso de su grado, el despido.

Pero nada de esto ha ocurrido y su confianza aumenta, a medida que los acontecimientos políticos indican que todo seguirá como antes. Es un jefe de servicios todavía joven para progresar en la carrera funcional y se mantiene atento, vigilante, rodeado de un equipo subalterno que coincide en su turno y en sus creencias y a los que exige seguimiento y disciplina.

Se hace notar, cumpliendo estrictamente el reglamento y encuentra satisfacción en que los presos lo sepan. Y que lo demuestren huyendo de él.

Durante su servicio, ninguno solicitaba nada, porque sabían que él les iba a hacer la vida imposible. Sabían que en un vis a vis iba a mandar el registro reglamentario de la mujer, las iban a desnudar y a meter el dedo en el ano y la vagina. Sabían que iba a rebuscar en las fiambreras de la comida, en los paquetes, en las cartas, en los libros. Sabían que iba a interrumpir los locutorios antes de los diez minutos concedidos. Sabían que iba a devolver cualquier instancia con defectos de forma, o que los iba a llamar al despacho para comprobarlas.

Con “El Nazi” de jefe de servicios, los presos extremaban las precauciones al saberse permanentemente observados. Los guardianes aumentaban sus entradas intempestivas a la galería y, constataron, que no sólo anotaban su permanencia en la prisión, sino también, dónde y con quién estaba cada uno. Especialmente Guille y Eusebio notaban su presencia en cuanto se reunían en su celda.

Para las simples concepciones de “El Nazi”, adquiridas en los años de la dictadura, los cabecillas eran siempre los visibles, los que tomaban la representación de los demás, los delegados, los que osaban alzar la voz. Y, como en la dictadura, la vigilancia, el castigo, la ejemplaridad, debían recaer sobre ellos.

Sin embargo, ni Guille ni Eusebio sentían su liderazgo. Habían sido escogidos por sus buenas maneras, por su talante negociador, más que por su significación radical, y se reunían simplemente a conversar de sus respectivas lecturas.

–¡Con esos ladrillos que lees, no me extraña que te hundas en el pesimismo! –le decía Guille, refiriéndose al *Germinal* de Zola.

–Bueno, es un clásico, y aparte de las coincidencias ideológicas, adoro el folletín –le contestaba Eusebio.

–Folletín, sí, pero, ¿coincidencias ideológicas? No sé de dónde, es de un primitivismo obrerista, en todo caso más anarquista que leninista –le incitaba Guille a la discusión.

–No me refiero a su concepción política, sino a su fondo, a la concepción materialista del individuo, inmerso en su entorno social y

material, causante de sus taras sociales. Me gusta su ateísmo, incluso el pesimismo al que somete a la clase obrera, frente al optimismo de la burguesía liberal. Coincido en identificarme con los perdedores.

–Un antiguo. Esas concepciones obreristas están ya fuera de lugar. Yo me identifico más con las miradas al interior, a mi propio interior. ¿Lees en francés? Ten lee esto –le dijo Guille, tendiéndole *L’Histoire de l’Oeil par Lord Auch*–, verás cómo te gustará.

El librito era un facsímil de la propia edición de George Bataille, la nueva edición, con el capítulo añadido de las “Réminiscences”, de Sevilla, y con seis aguafuertes de Ilans Bellmer. En la primera página, Eusebio leyó en voz alta la dedicatoria, de letra femenina:

–Para G punto de A punto. ¿Se refiere al Marqués de G punto de la Baronesa de A punto? ... Bueno, conozco a Bataille, he leído *El Azul del Cielo*. Y, sí, me gusta.

–Pero esta no tiene nada que ver, ya verás cómo te fascina –concluyó Guille.

Fascinado por su lectura, Eusebio quiso saber más. Continuó con *Madame Edwarda*, con *El muerto*, y llegó a *Pierre Louÿs, Trois Filles de Leur Mère*. Y estalló en él la sexualidad reprimida durante meses.

## 7

La comuna funcionaba con carácter informal, sin severidad organizada. Cada grupo afín se las arreglaba por su cuenta, sin normas impuestas. Los del FRAP hacían vida en la celda de Eusebio, en parte como coartada que justificaba los turnos para tirar agua al retrete y en parte porque él les abría la puerta de buena gana.

Como en otras situaciones similares, de hombres solos, se reían las gracias de los pedos y los eructos. Realizaban comparativas de los respectivos sistemas reproductores, rodeadas de todos los tópicos al uso entre los machos de la manada. Similar al colegio franquista de hombres solos, al casal fallero, al txoko vasco o al servicio militar.

Eusebio, vencidas sus primeras reticencias, participaba de igual forma en los juegos de sus camaradas. Contradictoriamente, se dejaba llevar, y



aun sintiéndose embrutecido, participaba en las risas de los concursos de pedos, cada vez más sofisticados, de eructos y en las comparativas de los penes erectos.

En las expulsiones de gases, de una primera fase auditiva, de potencia decibélica, se pasó a valorar la intensidad odorífera y de ella a la potencia ígnea, prendiendo fuego a los gases con un mechero. Todo un arte, pues había que combinar hábilmente la salida de estos con la propulsión de la chispa, como si se tratara de un motor de cuatro tiempos.

Boronat no tenía rival. Ingería los líquidos de las latas de conservas para aumentar la potencia de sus gases, que incendiaba como un lanzallamas. Tampoco tenía rival en la potencia de su pene erecto. Enhiesto, apuntando al techo, torcido sutilmente hacia la izquierda, con el glande como un capirote del tallo fálico. Hubiera sido un idóneo modelo de Priapo para los frescos que adornaban los recibimientos de las villas romanas.

Lo blandía moviendo las caderas, sin gracia, de derecha a izquierda:

–Il maestro Boronat –recitaba, pícaro–, vare insiñati la directione musicale dil tempo di pajetto: “Due dedi” –tomaba el pene con el corazón y el pulgar, deslizándolos arriba y abajo–. “Capuchinni” –tomaba el glande entre los dedos de la mano, rozando su palma–. “Mano presta” y ... “¡A tutta la orchestra!”.

Llegado a este punto, tomó su pene con las dos manos y comenzó a tararear la *Marcha Radetzky*, la composición de Johann Strauss que anualmente cierra el concierto de año nuevo de Viena, mientras, tradicionalmente año tras año, el público palmea el compás. Imitaba con su pene los movimientos del director de la orquesta, que, vuelto hacia el público, dirige sus palmoteos en lugar de a la orquesta. Y tarareaba...

*Tararan, tararan, tararan, tan, tan.*

*Tararan, tararan, tararan, tan, tan.*

*Tararan, tan, tan. Tararaan, ...*

Era una de sus fantasías, acumulada desde la infancia, año tras año, cuando, invariablemente se sentaba con su padre para ver el concierto de año nuevo por televisión. Se imaginaba en el escenario, como ahora, frente a filas y más filas de señoronas de clase alta, acicaladas, pintadas y empelucadas para la ocasión, todas en corsés franceses, o sostenes, por

más vestido, todas orondas, con grandes senos, entusiasmadas por su magistral dirección, aplaudiendo el compás que marcaba con su falo.

Eusebio, que frecuentaba la celda de Guille en cuanto tenía ocasión, le comentó la escenificación:

–Son las lacras de la clase obrera –le decía Guille, despreciando esas prácticas.

–Es la lacra del franquismo. Su modelo impuesto de macho español –le contestaba Eusebio– Se es más hombre, y por tanto más español, cuanto más zafio y vulgar se es.

–No sólo franquista, es el modelo propio de los que dais consigna por cultura. De los que practicáis el catetismo para atraer a la clientela a vuestros partidos. Vosotros permitís esos usos, con tal de que la gente se quede con vuestro carné.

Eusebio recordó su símil de la cara y la cruz de la pandereta, formando parte de la misma esencia de la cosa.

Era cierto lo que le acababa de decir Guille, lo presentía en su fondo. Su primer acto de rebelión adolescente, como el de otros muchos, había sido, precisamente, abominar del modelo de la vulgaridad machista impuesto por el franquismo.

Ahora, sintió revivir esos momentos, el despertar ante ideas nuevas e implícitamente, condenar las viejas. Volvió a sentir las ansias de discutir, como en su adolescencia, tras de los años sin hacerlo, inmerso en principios inamovibles, similares a los de su educación de infancia.

Sentía de nuevo la necesidad de cuestionar las verdades de fe. No solo las cuestiones de táctica o estrategia, discutidas habitualmente en el partido, si no la profundidad de los incuestionables principios marxistas-leninistas, sin que nadie le impusiera el calificativo de la herejía oportuna en ese momento: revisionista, menchevique sarnoso, trotskista, oportunista...

–¿Y los anarquistas, no hacéis lo mismo? –le preguntó a Guille, con ánimo de polemizar.

–Lo hacen menos, creo. Ellos tratan de educar a sus militantes. En todo caso, yo no soy anarquista –le contestó Guille.

–¿Ah, no?

—Es curioso, para la ortodoxia anarquista, soy marxista, y para la marxista, soy anarquista. En todo caso, hay un trasfondo moral similar en los anarquistas y comunistas, me refiero a los elementos organizados en las estructuras tradicionales. Todos confiesan una moral tradicionalista, conservadora, inmovilista, más próxima a la moral calvinista que a la nueva concepción del mundo que propuso el marxismo. En el caso del anarquismo tradicional, hacen gala de una moral excesivamente purista, muy autoritaria y reaccionaria. ¿Tú qué crees de los tuyos, los comunistas? —le preguntó, finalmente, Guille.

—Pues algo parecido, si además le añades el patriotismo nacionalista, que los anarquistas no poseen. Hay temas intratables entre nosotros, como la sexualidad o las drogas, en los que se mira para otro lado, pero donde se adivinan opiniones conservadoras, y otros, como la igualdad, de sexos, de tareas, de consideración jerárquica, cuyas concepciones están francamente atrasadas, si no son reaccionarias —contestó Eusebio, sincerándose.

—Sí, se anteponen consideraciones mercantilistas, el lugar que se ocupa en el proceso productivo, antes que el pensamiento del propio individuo. Se organiza a un obrero huelguista, por ser obrero y huelguista, sin tener en cuenta cuáles son sus ideas. Y luego, una vez dentro, se funciona a base de consignas, sin tratar de educar. ¿No lo ves tú así, Eusebio?

—No lo sé. Si así fuera no lo veo tan grave. Corregirlo, sería solo una cuestión de método. El problema es: ¿existe algo realmente distinto en que educar? Contéstame con sinceridad, Guille: ¿tú tienes esa nueva concepción del mundo de la que has hablado antes?

Guille quedó pensativo unos instantes, antes de contestar:

—No, no la tengo. Por eso mismo, soy coherente y estoy con los autónomos. Nos negamos a establecer una nueva ideología. Las ideologías las dejamos en un segundo plano y funcionamos sobre la base de la práctica de unos acuerdos mínimos. Por eso estamos en contra de los partidos y sindicatos, por lo que significa de aceptación de una ideología determinada.

—Al fin y al cabo es lo mismo, funcionas por consignas. Tú, has adquirido una cultura por ti mismo, igual que yo, al margen de partidos y

sindicatos, autónomos o no, y es lo que nos hace diferentes del resto. En los autónomos, como en todas partes, habrá sus catetos.

–Pero al menos, no ocupan altos puestos como en el partido comunista. No tenemos jerarquías, ni comités ejecutivos. Carecemos de cualquier delegación de responsabilidades, que es la base del poder. Entre nosotros, el individuo adquiere verdadera autonomía para asumir sus responsabilidades revolucionarias.

–¿Responsabilidades revolucionarias? ¿Cómo cuales, la lucha contra el capitalismo de una forma global? No me convence. Yo estoy en un momento en que necesito profundizar más teóricamente. La lucha contra la dictadura, sin más, sin elaborar un modelo alternativo, nos ha conducido donde estamos. La lucha contra el capitalismo, sin más, sin oponer otro modelo de sociedad, no lleva a ningún sitio. Tú lo has apuntado antes: el marxismo es una concepción del mundo, pero ¿cuál?

## 8

Lograron, al fin, pasar una maza y un escoplo para continuar cavando el túnel. Cubiertas de telas, habían arrojado la herramienta desde la calle, al patio interior. La forma, tan simple, pero tan arriesgada de pasarlos, había suscitado una amplia discusión. Si los hubieran sorprendido, hubieran descubierto de inmediato que estaban planeando un túnel. Pero, finalmente, se adoptó este modo. Hubiera sido imposible introducirlos de otra forma, sin contar con la ayuda de los presos comunes, que se encargaban de las tareas de intendencia en la segunda galería y que quedó descartada, por la desconfianza que les merecían.

Con la herramienta adecuada, volvieron a la rutina de las excavaciones.

El orificio practicado en el muro que separaba las dos celdas contiguas, era demasiado exiguo para permitir el trabajo cómodo de una persona normal. Se eligió a Javi, otro de los implicados en el caso Scala, para que excavara, ya que por su complexión extremadamente delgada, podría acceder y trabajar más fácilmente.

Javi tenía una apariencia frágil, anímicamente depresivo, de aspecto anoréxico, pero era puro nervio. Se introdujo en el túnel con los pies

por delante, variando la rutina de hacerlo de cabeza, con los brazos extendidos, hasta medio cuerpo, y una vez dentro, se sentó en su fondo y comenzó a golpear las piedras con la maceta y el escoplo. Golpeaba incansablemente, con las fuerzas que proveen las ansias de libertad, el deseo de aferrarse a la vida, negada en su actual situación.

Pepito colaboraba con su radiocasete a todo volumen; un turno propinaba balonazos a una pared del patio; otro paseaba constantemente el pasillo de la galería, arriba y abajo; otro tiraba agua en el retrete de Eusebio y otro vigilaba en la celda contigua a la suya, desde el primer piso, la entrada de boqueras en la galería.

Todos estaban pendientes del trabajo de Javi, que, sin descanso, iba partiendo las piedras de la base del muro. En menos de una semana, fueron retiradas y quedó una pequeña bóveda en su base, suficiente para contener a cualquier persona trabajando cómodamente. Quedaban unos cinco metros de túnel, esta vez excavando arcilla, para llegar al colector.

Las piedras que habían extraído llenaban cinco cajas de embalaje, de cartón, que diariamente tenían que extraer y volver a depositar en su interior. Mientras excavaban, se almacenaban en la celda de Luis, a sabiendas de que si se producía una situación anormal, un registro exhaustivo inesperado, serían descubiertos. Y con los visos de realidad que había tomado el túnel, la tensión creció entre los presos. Todo movimiento giraba en torno al túnel y todo se interpretaba en función de este.

Comenzaron las discusiones. Todos entendieron que el problema no estaba ya en salir, sino en que hacer una vez fuera, como eludir el cerco posterior a la fuga. En realidad cómo huir.

–El fallo de la fuga anterior fue posterior a la evasión de la prisión, al intentar huir todos juntos. ¿Dónde vamos a ir treinta tíos juntos?  
–comentó Guille, en una ocasión.

Fue Cati el que tomó una decisión tajante, compartida por todos:

–Que cada grupo se las arregle por su cuenta, una vez fuera.

Ramiro estaba de acuerdo con la fuga y colaboraba activamente, como el resto de los del FRAP. Pero llegado el momento de las concreciones, el cuándo y el dónde, todo eran evasivas, indeterminaciones sobre quién los iba a recoger, sacar de Segovia y esconderlos en Madrid. El contacto con

el partido lo realizaba su compañera y Eusebio desconfiaba de alguien que no tenía en el fondo ni experiencia ni compromiso suficiente. Quería ver las cosas como siempre las había visto, con un plan metódicamente preparado.

Quiso tantear a Guille sobre sus planes:

–Nuestro grupo ya lo tiene preparado, con compañeros de Madrid que se han hecho cargo de la acción. Pero los demás... es cosa suya. Aquí, cada uno se lo tiene que montar por cuenta propia.

–Yo no lo tengo claro –le confió Eusebio.

–¿Y tu partido, no se hace cargo? –le preguntó Guille.

–No. La verdad es que no lo sé. Yo no mantengo contacto con el partido, es Ramiro quien lo lleva, y no sé qué es lo que han preparado. Te confieso que creo que nada. Por la trayectoria desde que estamos en la cárcel, estoy convencido de que no van a hacer nada por nosotros –contestó Eusebio.

–Yo lo siento, pero con nosotros no puedes venir. De todas maneras, lo consultaré con el resto y te daré una contestación.

De cualquier forma, Eusebio estaba decidido a fugarse. Se las arreglaría de cualquier manera, preferiblemente solo. Soñaba despierto situaciones. La trasera de un camión, un vagón de mercancías, bien vestido y afeitado en un autobús, un tren... Lo importante era llegar a Madrid... Con documentación.

Dos sucesos providenciales, suerte le llaman, acudieron a redimirle: Guille le contestó que, efectivamente, no podrían llevarle, pero que le facilitarían un carné falso. Y una carta de Noemí, su amiga hippie de Córcega.

Para falsificar un carné, necesitaban una foto suya, que iba a tomar la novia de Guille, A., en el locutorio de jueces, a varios de ellos. Tendría que pedir una comunicación con ella, para que pudiera hacérsela.

La carta de Noemí la recibió abierta, como todas las cartas. Le decía que había reconocido su foto en un panfleto del partido, que repartieron en la universidad, en solidaridad con los presos. Muy cariñosa, le decía que lo recordaba, y le preguntaba si querría verla y qué tendría que hacer para ir a verlo.

## 9

Los preparativos de la fuga, la agitación que originaba las labores del túnel, dejaron a un lado las discusiones que mantenían Guille y Eusebio. Una, la más inmediata, debería versar, por mutuo interés, sobre el llamado socialismo real. El amplio abanico conceptual que constituían los países al amparo de la URSS y de China.

Ambos lo habían preparado a conciencia. Eusebio, más costosamente, por cuanto militaba en un partido estalinista, había llegado a lo que él consideraba conclusiones interesantes. Guille, en tanto que se consideraba marxista revolucionario, no leninista, y mucho menos estalinista, incluía en sus principios la desestima de la URSS como país socialista.

–En otra ocasión –le dijo Guille.

–¡Quizás nunca! –le contestó Eusebio.

–¡Ojalá!

Los acontecimientos se precipitaban velozmente, sin dar tiempo a pensar o prever. No estaban sucediendo como a Eusebio le gustaban. Era como si el túnel hubiera cobrado vida propia, y él, ajeno a este, se dejara llevar sin control.

Una vez traspasado el muro de piedra, el asiento de la solera de hormigón, bajo la galería, era de una tierra blanda, apenas mezclada con piedras. Los excavadores, socavaban con saña, extrayendo grandes cantidades de tierra, que ya no sólo tiraban al retrete de la celda de Luis, sino que transportaban en cubos a otras celdas para su desagüe en las tazas del váter. Habían tropezado ya con el colector de la galería. Estaban a un paso de la calle.

Eusebio había pedido dos comunicaciones, una en el locutorio de jueces, con A., para la foto, y un vis a vis con Noemí, para el veinte de mayo. Era una fecha forzada por la disponibilidad de los días que quedaba libre el cuarto para el encuentro y no podía esperar al mes siguiente. Había reservado esa fecha sin poder asegurar que ella pudiese venir. No disponían de tiempo para un carteo de ida y vuelta.

En su carta a Noemí, escrita sin meditación sensata, agarrándose a un clavo ardiendo, no había podido explicar convenientemente los

pormenores de la comunicación. Las cartas eran leídas y censuradas por los funcionarios. Le había pedido que viniera a un encuentro personal, en una habitación a solas, durante una hora, advirtiéndole que la iban a registrar, sin precisar detalles.

Había puesto al corriente a Ramiro del ofrecimiento de los autónomos de facilitarle documentación falsa, y este, enigmático, como siempre, le dijo que ya lo sabía:

–Mi compañera viene a menudo con la novia de Guille, y también hacen cosas juntas, en Madrid, en solidaridad con los presos. Se mueven.

El día fijado, los llamaron a la par para comunicar y salieron juntos de la galería, camino del locutorio de jueces.

Este era una pequeña estancia, dividida en dos por un murete de un metro, sobre el que descansaba un enrejado hasta el techo, sin cristales, ni otro obstáculo, que impidiera pasar los brazos a la parte contraria de la división en que quedaba el cuarto. Cuando llegaron, Guille y los de su grupo salían. Su novia, A., estaba esperándoles, junto con Nieves, la compañera de Ramiro. Hizo que se retiraran hasta la pared del fondo, y desde la reja los fotografió con la cámara que llevaba en el bolso, primero a uno y luego al otro.

–Igual podría haber llevado una pipa –le dijo luego Eusebio a Ramiro.

El día del vis a vis con Noemí, se preparó a conciencia. Se aseó y dejó preparado el colchón de su cama junto a la puerta junto con una brazada limpia. Se encontraba nervioso, alterado. En una mezcla de ansiedad y excitación sexual. No sabía si vendría, no le había dado tiempo a contestar. Trataba de tomar conciencia de que, si se producía el encuentro, debía hacer primar la propuesta de su ayuda para la fuga. No la había llamado para joder, aunque cercano el momento, el deseo se iba revelando prioritario.

Le llamaron, por fin, a comunicar. Vocearon su nombre desde la puerta de la galería, y él, bajó las escaleras con su colchón a cuestas, jaleado por el resto de los presos, que observaban su marcha. Le dedicaron todos los tópicos que pueden dedicarse cuando alguien camina cargado con un colchón con destino a un encuentro sexual.



Noemí había llegado a la puerta de la prisión acompañada por su hermano, que la había acercado desde Madrid en su coche. Desconocía qué debía hacer. Llamo a la puerta y le abrió un guardia civil:

–Vengo a visitar a un amigo –le dijo al guardia.

La hicieron pasar al zaguán y de allí, atravesando el recinto, a las puertas de la prisión, donde tuvo que repetir sus intenciones, esta vez a un funcionario de prisiones. Pasó a un minúsculo cuarto, donde el funcionario, sentado en una pequeña mesa de madera, le tomó su filiación, y acompañada por este, le hizo pasar a otra estancia, un poco más amplia, sin apenas mobiliario. Tan sólo un perchero de tres pies y al fondo, rodeado de alicatado blanco, un lavabo y un retrete. La habitación tenía otra puerta, distinta de la que había entrado, y por donde se accedía al lugar del encuentro. Toda ella estaba sucia, desconchada la pintura de las paredes, sin ventana, mal iluminada por un tubo fluorescente, y Noemí empezó a sentirse mal.

Permaneció en pie, sola, esperando no sabía qué, hasta que entró una funcionaria. Uniformada, gruesa, con la media melena, teñida azabache, sucia, grasienta y las manos enfundadas en guantes de látex blancos. Su presencia acompañaba a la sordidez de la estancia.

–Quítate la ropa y ve dejándola aquí –le dijo, señalando al perchero.

Conforme Noemí iba colgando la ropa en el perchero, la funcionaria rastrea meticulosamente las prendas con sus dedos. Las volvía del revés, doblaba las costuras, palpaba los forros, las hombreras.

–Quítate todo, la ropa interior también –le dijo cuando Noemí quedó en bragas y sostén.

Palpó el sujetador, los aros, el corchete, la costura del protector de las bragas, y sacando de la guerrera una linterna le dijo:

–Ponte en cuclillas.

Noemí estaba avergonzada, se sentía humillada, a punto de llorar. Hubiera querido salir corriendo. Pero se agachó, a su pesar. La funcionaria se inclinó también y enfocó con la linterna el ano.

–Inclina el cuerpo hacia adelante –le dijo, observando la pequeña hendidura estirando de las nalgas, sin penetrarla–. Date la vuelta y abre las piernas.

Observó su sexo, esta vez sin tocarla, ni forzar su apertura, y salió.

—No te vistas, espera un momento —le dijo antes.

El jefe de servicios estaba en el pasillo, a un lado de la puerta, aguardando el resultado de la inspección. Habían tenido la mala suerte. “El Nazi” estaba de turno ese día.

—¿Y bien? —le preguntó a la funcionaria.

—No lleva nada. Creo que está limpia —le contestó esta.

—¿Cree? ¿La ha explorado cómo obliga el reglamento? Pues hágalo —le ordenó secamente, ante la negativa de esta con la cabeza.

La funcionaria volvió a entrar en el cuarto, de mala gana. Le volvió a pedir a Noemí que se pusiera en cuclillas y volvió a repetir la secuencia, pero esta vez, le exploró a conciencia el ano, primero, y la vagina después. Le volvió a decir que esperara desnuda y volvió a salir a dar el parte al jefe de servicios.

—Bien, que se vista y pase al dormitorio —le ordenó “El Nazi”.

Eusebio ya estaba en el dormitorio cuando entró Noemí. Había entrado por otra puerta de acceso, arreglado la cama y la esperaba en pie, junto a la puerta por donde debía entrar ella. Noemí se echó en llanto a sus brazos:

—Me ha metido el dedo en el culo —dijo entre sollozos, apenas comprensible.

—No llores —la acarició Eusebio—. No les des ese placer. Esto no va contra ti, sino contra mí. Es su forma de tortura. Te humillan a ti para que yo me sienta herido y puedan castigar mi rebeldía o pierda mi dignidad.

—No puedo, me he sentido tan mal —continuó Noemí sollozando.

Eusebio la continuaba abrazando. Acercó los labios a su oído y en un susurro le dijo:

—Calla, que no nos oigan.

La retuvo abrazada, acariciando su cabeza y su espalda, tratando de serenarla, en silencio. Notaba sus senos junto a su vientre, sus grandes pechos firmes, esféricos, casi perfectos. Le resultó difícil retraerse a la atracción y sentarse con ella en la cama. La siguió acariciando, con sus manos y con los labios, suavemente, limpió sus lágrimas. Con Noemí, ya calmada, comenzó a hablarle muy quedamente, al oído:

—Tengo que salir de aquí y tienes que ayudarme. Si no salgo pronto, moriré. Interiormente me estoy muriendo, estoy dejando de ser yo mismo.

—¿Y qué quieres que haga? —le dijo Noemí, también en un susurro junto al oído.

Eusebio sintió un escalofrío de placer con los labios de ella pegados a su oreja. Cada sílaba que pronunciaba le erizaba el vello y ya no pudo esperar más.

Noemí se dejó hacer, sin pedir nada a cambio. Como un tributo solidario, una ofrenda al amigo necesitado.

—¿Qué tengo que hacer para ayudarte a salir de aquí? —le preguntó, una vez que Eusebio hubo terminado.

—Tenemos un túnel, ya casi terminado, que va a salir al barranco que rodea la prisión. Tendrías que venir a recogerme y llevarme a Madrid.

—¡Claro! Me traerá mi hermano. Él simpatiza con vosotros, estuvo en la mani de Cuatro Caminos y creo que hasta está organizado. También quería verte. Esta ahí fuera, esperándome.

—¿Qué bien, Noemí! Haré lo siguiente: te mandaré un telegrama para felicitar un cumpleaños, tuyo o de algún familiar próximo. La cifra que incluya, será la del día de la fuga. Es la única opción que tengo de comunicar algo rápidamente.

—¿Pero a qué hora y dónde?

—La hora será entre las ocho de la tarde y las diez de la noche. Tendréis que estar a las ocho en los edificios que hay frente a la cárcel, por el lado norte, arriba del barranco, y esperar que yo aparezca. Si has entrado a la prisión por el sur, las fincas que te digo, están a espaldas de la puerta de entrada, a unos doscientos metros del muro trasero. No se ven otras edificaciones.

—Llevamos un fiesta blanco, de León. No te preocupes, que allí estaremos con toda seguridad.

A Noemí le brillaban los ojos de malicia cuando se despidieron.

El ataque al colector había quedado en suspenso. La parte superior del tubo de desagüe estaba casi debajo de la solera de hormigón, y no tenían suficiente espacio para romperlo desde arriba. Si lo perforaban en su parte más baja, las aguas fecales inundarían el túnel.

Eusebio pidió bajar a examinarlo, en parte por curiosidad y, también, para comprobar la idoneidad de su amplitud, ya que se había dudado si por su altura, podría darse la vuelta en el punto de inflexión.

La celda de Luis olía a tierra húmeda y a desagüe. Las piedras extraídas de la cavidad llenaban las cajas y se esparcían por parte de la estancia. Había restos de tierra y pisadas embarradas, a pesar de la manta extendida frente a la boca de la entrada del túnel. Siguiendo las instrucciones de Luis, Eusebio se puso de rodillas en el suelo, de espaldas a la pared, y primero, metió las piernas en el boquete, para después descolgarse hasta el fondo de la cavidad. Quedó con la cabeza todavía en el orificio de la entrada y los hombros encogidos, atrapados entre sus paredes. Le pareció que se iba a quedar para siempre allí, retenido en el estrecho conducto.

–¡Estoy atrapado, no puedo moverme! –le gritó a Luis.

–Tranquilo, relájate y reptas como una serpiente, dejándote caer al mismo tiempo. Ves –le dijo en cuanto Eusebio pasó la estrechez.

En su parte más baja, el túnel se ensanchaba, formando un codo esférico, donde tenía que darse la vuelta, para entrar en el tramo que continuaba hasta el colector con los brazos por delante. Reptando, empujándose con brazos y piernas, llegó hasta su final. Iluminó con la linterna el último obstáculo que los separaba de la libertad, observando el gran tubo de hormigón y, con gran dificultad, volvió a salir.

–¡Joder! ¡Qué mal se pasa! ¡No podía ni respirar! –le dijo a Luis, sacudiéndose la tierra adherida.

–¡Dínoslo a nosotros, que llevamos dos meses metidos ahí dentro! –le contestó este.

–No creo que podamos pasar todos. Los más gruesos, imposible – dijo Eusebio.

—Pues no se puede hacer más ancho, al menos la primera parte. Estamos limitados por el grosor del muro. ¿Y el colector, qué te parece? —le preguntó Luis.

—Creo que hay que romperlo como sea. Podemos cancelar los servicios de las celdas, de la tuya hasta la puerta y usaríamos, con discreción, los tres que quedan después del desagüe, para evitar fugas de agua.

Luis se le quedó mirando. Debía de ser el más joven de los presos, dieciocho o diecinueve años. Bien parecido, de tez muy blanca, las guedejas de su melena le ocultaban parte de la expresión, pero no lo suficiente para denotar que Eusebio había encontrado la fórmula.

La tensión aumentaba cada día que pasaba, aún, sin haber roto el colector. Cada golpe de la maza, perfectamente audible en toda la galería, estremecía y llenaba de pavor a los que estaban al cuidado de las entradas de los vigilantes.

Eusebio, Ramiro y Machado estaban de guardia en la planta baja, paseando maquinalmente, arriba y abajo, el escaso trayecto desde la puerta hasta el pie de la escalera.

El guardián entró, sin ruido perceptible, por la puerta abierta del patio. No lo vieron, pues coincidió su entrada con la revuelta del trayecto hacia la escalera. Anduvo tras de ellos, sin que se apercibieran, en su rutinaria tarea de comprobar y anotar a los habitantes de las celdas en su cuadernillo. Cuando se volvieron, el boquera ya había comprobado las celdas anteriores y estaba a punto de levantar la tapa de la mirilla de la puerta de la celda de Luis.

Lo descubrió levantándose en ese momento del boquete en la pared, y sobresaltado, cerró la puerta intempestivamente, echó vuelta a la cerradura con su llave, dejando encerrados a Luis y al excavador de turno, y salió disparado a dar la alarma.

Los tres quedaron petrificados, sin saber reaccionar. ¡Lo ha descubierto!

Para cuando sonó la sirena de la prisión, ya todo el mundo sabía que se había terminado.

Les hicieron salir a todos de la galería, excepto a Luis y a Arturo, el excavador, que continuaban encerrados en la celda, y conducidos por un tropel de funcionarios, los recluyeron en el patio de la tercera galería, la de los presos comunes.

Empezaron, entre ellos, primero las explicaciones, luego, las discusiones por la culpabilidad de unos y otros. Cati y Agustín estaban de guardia en la celda de este, en el primer piso, la primera del pasillo, junto a la de Eusebio, para vigilar la entrada a la galería. Ramiro les echaba la culpa: “seguro que estaban fumándose un porro”.

Cati enfrentado a Ramiro, lo llenaba de reproches: “imperdonable, no haber parado al boquera”.

Lo cierto es que el funcionario había entrado por una puerta del comedor que comunicaba directamente con el retén de guardia. Había atravesado el patio y entrado a la galería, para su recuento rutinario, sin ser visto. A nadie se le había ocurrido prever esta posibilidad.

De esta forma lo comprendió Eusebio y, ante las susceptibilidades de unos, los del FRAP, a cargo de la vigilancia en la planta baja, y otros, los anarquistas, a cargo de la vigilancia de la puerta, se acercó a Guille:

–¡Es mi mala suerte! Siempre concurren una serie de casualidades fatídicas que me lo echan todo abajo.

–¡No digas tonterías! Ese túnel era una chapuza. Lo que no me explico es como no lo han encontrado antes –le dijo Guille.

–¡Pero yo había cifrado mis esperanzas en él!

–¡Mal hecho! Tómatelo como yo, como un juego que nos mantiene ocupados. Tienes que empezar a aceptar tu destino, que es estar preso muchos años –dijo Guille en tono serio, apoyando su mano en el hombro de Eusebio.

–Ahora lo que tenemos que esperar son las represalias. A ti y a mí nos van a poner guapos –le aseguró Eusebio.

–No lo creo –le contestó Guille.

La perspectiva de la acción, aunque fuera en forma de represión, paliaba, en parte, el desaliento que producía en Eusebio la malograda fuga. Tensar su voluntad, esperando lo peor, alejaba la tristeza que acompañaba el enfrentamiento entre los grupos por la adjudicación de las responsabilidades del fracaso. La tristeza y el desaliento ante la lucha de grupos fraternos, mientras el enemigo asiste complacido al lamentable espectáculo, crecido de su razón. Montar la guardia, atento a los movimientos del contrario, era una forma de supervivencia.

Unas horas más tarde les hicieron volver a su galería. En fila, por pequeños grupos, fueron atravesando el Centro por el pasillo que formaban los funcionarios, entre las dos puertas de las galerías. Los que no tenían servicio ese día habían sido requeridos; se encontraba toda la plantilla en ese reducido espacio. El director de la prisión, junto con los jefes de servicio, ocupaba un segundo plano. “El Nazi”, sin embargo, con expresión triunfal, revestido con su gorro de mariscal, se encontraba en la misma puerta de la galería, obstaculizando la entrada. Como un torero a porta gayola. Provocador, se apartaba lo justo para dejar pasar a cada preso, buscando su roce, un improperio, una mirada torva.

–Tú, te vas a enterar –le dijo a Eusebio, en un susurro amenazador, al pasar por su lado.

Al llegar a su celda encontró todas sus pertenencias tiradas en el suelo, formando un montón en su centro. Ropa, libros, cartas, papeles. El colchón de la cama, la frazada, los estantes. Todo había sufrido un salvaje registro.

Todas las celdas habían sufrido similares actos vandálicos. Las de la planta baja añadían al desastre pequeñas esquirlas de azulejo, resultado del tanteo de la cenefa que rodeaba el retrete y lavabo, en la búsqueda de otro túnel.

Pero nadie dijo nada. No se oyeron palabras altisonantes. El único ruido existente era el de las puertas al cerrarse y el pasar de los cerrojos, provocado por el tropel de guardianes encerrando a los presos.

Eusebio pasó la noche en vela, en la tensa espera del verdugo. Por su cabeza pasaron todas las ideas, todas las escenas. Recordó al preso que se abrió las venas en Carabanchel, con los brazos sobre la barandilla, dejando caer la sangre a borbotones sobre el suelo de la galería y sus gritos desesperados. No sentía miedo, ya lo había perdido todo.

A las cuatro de la madrugada abrieron la puerta.

–Coge tus cosas, que te vas –le dijo un boquera, desde el pasillo, sin entrar en la celda.

–¿Adónde me llevan? –le preguntó Eusebio.

–...coge solo una bolsa con lo imprescindible –le dijo el boquera.

–¿Y el resto de mis cosas?

No tuvo respuesta.

—Venga, coge cuatro cosas. ¡Date aire! —le ordenó otro boquera, entrando en la celda.

Llevaba la guerrera abierta, mostrando la porra de goma negra, en la funda del cinturón. Eusebio pensó en sus libros y rebuscó entre el montón del suelo.

—¡Hala! ¡Vamos! Te vas a ir sin nada —le dijo, amenazador, al notar su tardanza, el boquera de la porra.

Eusebio metió en el bolso, rápidamente, cuatro libros, alguna ropa, un frasco de champú y salió de la celda, escoltado por los guardianes. Al pie de la escalera esperaba “El Nazi”, sin su compostura habitual, con la guerrera desabotonada, la gorra de plato elevada sobre la frente, achispado, con su boquilla de marfil entre los labios.

Se unió a la comitiva, conservando una escasa distancia lateral, y esperó a salir de la galería para comenzar su letanía de reproches y amenazas:

—¡Qué os habíais creído! ¡Que yo no sabía que toda esta pamplina de la comuna no era para fugaros! ¡Vivís como señoritas, y esto es una cárcel! ¡Ahora sí que te vas a enterar de lo que es esto! ¡Vas a estar en celdas hasta que a mí me salgan canas en los huevos!

Eusebio anduvo cabizbajo, haciendo caso omiso al descompuesto discurso de “El Nazi”, se dejó esposar por la guardia civil y subió al furgón que esperaba en el recinto. Poco tiempo después, en breves intervalos, fueron llegando Luis, Arturo y Guille.

—¿Adónde nos llevan, lo sabéis? —preguntó Eusebio.

—A Burgos, a celdas de castigo —contestó Luis.

## 11

Tardaron cuatro horas en recorrer los doscientos kilómetros que separan Segovia de Burgos. Hablaron poco durante el camino. De las justificaciones del descubrimiento del túnel y de las condiciones que iban a encontrar en el penal de Burgos. Luis y Arturo, que ya habían padecido traslados similares a celdas de castigo, restaron importancia al hecho.



—Es lo mismo. Estás preso. Te van a quitar las cuatro limosnas que te están dando, que os parecen la hostia, y que a mí me dan igual —dijo Arturo.

Arturo era también del caso Scala, amigo de Luis, un poco mayor que este, algo más bajo, pero con aire muy resuelto, radical.

El penal de Burgos, había sido durante el franquismo, uno de los grandes centros de reclusión de los presos políticos antifranquistas, miles de los cuales penaron sus condenas en él, en durísimas condiciones infrahumanas.

Alejado del casco urbano, aislado de elementos de población, constituyó, en los primeros años de la dictadura, un centro de exterminio de primer orden. A su primitiva planta de cruz griega, le habían ido anexionando edificaciones, constituyendo un centro penitenciario capaz de contener, en sus peores tiempos, cuatro o cinco mil reclusos.

Llegaron ya de día. Al aminorar el furgón la marcha, los cuatro se acercaron a la malla de acero que los separaba de la cabina del conductor. A través de su tupida retícula pudieron ver la alameda frente a la fachada y tras ésta, una parte de la puerta principal, y esperándoles, al comité de bienvenida.

—¡Nos van a hacer el tubo! —dijo Arturo, con ánimo de prevenirles—. ¡Poneos los brazos sobre la cabeza, y no os los quitéis! ¡Procurad que no os peguen en la cabeza ni en la cara! ¡Sobre todo, que no os rompan los dientes!

El furgón estacionó junto a la puerta del penal, enfrentando su puerta lateral al gran portón. Dentro, en el zaguán, esperaban dos filas de funcionarios, armados con sus porras de goma, formando un estrecho pasillo.

—¡Dejad que salga yo el primero! —dijo Arturo. Bajó de un salto y corrió, con los brazos sobre la cabeza, entre las dos filas de guardias. Solo uno acertó a darle de forma contundente en la espalda. El resto, como en un ritual de iniciación ya obsoleto, descargaba su porra sin arte ni ganas. Como en un juego infantil: ¡chinchas y garrapatas!

Eusebio saltó el siguiente. Recibió un golpe en la nalga izquierda y, herido en su orgullo, se revolvió contra su agresor, recibiendo un golpe en su ojo derecho, que probablemente no iba dirigido a ningún lugar. Cayó al suelo, dolido. Su gesto rebelde hizo arreciar los golpes, que recibieron

Luis y Guille al levantarlo y atravesar el tubo con él a rastras. Ofuscado, rabiando de impotencia, se revolvía una y otra vez contra los guardianes, llenándolos de insultos.

Cuando llegó a calmarse ya estaba en su celda, derrotado encima de la colchoneta de espuma que descansaba sobre un poyo de ladrillo. Se le habían hinchado ambos párpados del ojo golpeado, sentía un intenso dolor, y apenas tenía visión en ese lado. La suficiente para observar el lugar, un cuarto oscuro, con un camastro de obra, una estantería de escayola, del suelo al techo, un retrete y un lavabo. Entre la cama y la estantería quedaba justo un espacio de paso, arriba del cual, al nivel del techo, había una ventana, con reja y un mallazo que apenas dejaba pasar la luz del día. Una bombilla de escasa potencia, protegida por una reja, encima de la puerta, era, prácticamente, toda la iluminación de la estancia.

Su sueño, duermevelado por el dolor que sentía, se interrumpió al oír bruscamente: ¡Lillax! Había sentido un primer susurro, Lillax, luego otro, hasta este grito. Se incorporó de la cama, al entender que le estaban hablando, claramente desde la puerta:

–¿Tú eres el Lillax? –le decían unos labios a través de la mirilla.

–¿Y, tú quién eres? –le preguntó Eusebio.

–... de parte del Torres –dijo la voz, dejando caer un papel doblado, por el hueco de la mirilla.

El papel doblado, un recorte de periódico, cayó al suelo. Era la noticia del descubrimiento del túnel.

### **Descubierto un túnel en la prisión de Segovia**

Partía de la celda donde están los presuntos incendiarios de una sala de fiestas de Barcelona

*El País* - PEDRO VICENTE - Segovia - 27/05/1979

Torres, por tanto, estaba preso en Burgos y sabía que él se encontraba allí también, y que era uno de los del intento de fuga. Eso era bueno, llegó a pensar.

Al oír el trajín de los cacharros de la comida, en el pasillo, cercanos a su puerta, se aprestó junto a esta, dispuesto a pedir atención médica. Al abrir la puerta, un par de presos, vigilados de cerca por un guardián,

trataron de dejar una bandeja con la cena. Eusebio les habló atropelladamente, sin dejar escapar la ocasión:

–Soy colega del Torres, el Lillax. Necesito nolotil y un anti-inflamatorio para el ojo...

El boquera intervino de inmediato, frenando la acción de los presos:

–¡Retírate de la puerta! ¡Ponte en el fondo, junto a la cama!

–¡Mira como tengo el ojo, necesito medicamentos! –le dijo Eusebio, llevándose la mano al ojo dañado.

–Ya te verán mañana –le contestó el boquera.

Comió con apetito lo que había en la bandeja: dos huevos duros, dos cortadas de magro empanado con patatas y dos manzanas.

Recién acabada la frugal comida, volvió a oír el trajín del carrito de la comida y se colocó de nuevo junto a la puerta, con la intención de seguir insistiendo por sus medicinas. Esta vez, antes de abrirse la puerta, la voz en la mirilla le ordenó que se colocara al fondo de la celda.

–¡Pero tengo mucho dolor! ¡Y no puedo ver! –gritó Eusebio.

–¡Ponte en el fondo y no te muevas! –volvió a decir la voz.

Tumbado sobre la colchoneta, sin sueño, sin sus libros, sin nada que hacer más que pensar, intentó tratar a sus pensamientos con suma delicadeza: “Traedme los recuerdos agradables, ya me estoy olvidando de cómo era todo antes”.

Pasada la medianoche, la voz en la mirilla volvió a susurrar: -Lillax... Lillax...

–¿Quién eres? –susurró, también, Eusebio.

–Acércate, coge esto –dijo la voz.

Por la mirilla asomaba una ampolla de nolotil. Eusebio, acercándose a la puerta, la tomó entre sus dedos, y en un instante, pero sin asomo de duda, pudo distinguir los boquerones de la hombrera del funcionario. ¡Un boquera!, se dijo para sí. La mirilla se cerró de inmediato, y sin tiempo para reaccionar, oyó los pasos del funcionario alejándose por el corredor.

Un silencio absoluto impregnaba todo su alrededor. El cuartucho, con la escasa luminosidad de la bombilla de filamento, parecía estrecharse unas veces, estirarse otras. Se durmió tratando de darles formas concretas a los desconchados del techo, como si fueran las escasas nubes de un cielo de tramontana.

El tiempo discurría con medida. A diferencia de lo que le sucedió en los calabozos de la Puerta del Sol, esta vez, Eusebio veía pasar las horas.

La luz del día en la ventana. Los ruidos del carro del desayuno, comida y cena. La luz de la noche, de nuevo en la ventana. Y con la noche, la espera tensa de la voz en la mirilla.

–...Lillax...Lillax...–volvía la voz.

–¿Eres un funcionario? Te he visto la guerrera –le dijo Eusebio.

–Soy un comunista, antes que otra cosa. Atiende: mañana te entrarán tus cosas. Te he metido dos libros, que escribió un preso comunista en estas mismas celdas ¡Ten ánimo, que el aliento del camarada te guíe! ¡Salud! –concluyó la voz, cerrando la mirilla y alejándose de nuevo.

Los dos libros que aparecieron en su bolsa eran de Marcos Ana. El primero de ellos, en realidad un folleto, editado en Argentina, de treinta y cinco páginas conteniendo once poemas. La portada era un dibujo de Pablo Picasso, firmada y fechada en 1959. El dibujo de la paloma picasiana ante la reja a la que un preso está asido. Marcos Ana. *Te llamo desde un muro (Poemas de la prisión)*. Buenos Aires, 1961. El otro libro era una edición moderna, recopilatoria de escritos en la prisión de Burgos. *Las soledades del muro*. Akal, 1977.

Los graves poemas, escritos en la prisión de Burgos a partir de 1954 y hasta 1961, año en que Fernando Macarro Castillo, preso político comunista, obtiene la libertad condicional, tras de veintitrés años en prisión, rompen la monótona existencia de Eusebio en la celda de aislamiento. Solo de pensar en los nueve meses que estuvo Fernando en las celdas de castigo del penal Burgos, aislado, en unas condiciones nada comparables a las suyas, infinitamente más terribles, incitan su ánimo a la resistencia.

*Muros hirsutos. Ásperas cortezas  
donde el hombre se duele cada día.  
Apretada oquedad de llaga y fosa.  
Socavón de Castilla. Lento espanto.*

*Catedral invertida hacia la tumba,  
bajo una piel de piedra cancerosa.<sup>44</sup>*

Un poema tras de otro, que Eusebio lee y relee, sorbiendo cada palabra, recitando en voz alta, frente a los muros, la voz de los presos:

*Yo no pido clemencia. Yo denuncio  
al dictador cadáver que gobierna  
la vida de los hombres con un hacha  
y ahora quiere dejar para escarmiento  
mi cabeza cortada en una pica.  
Yo no pido clemencia.  
Doy banderas.  
Pase de mano en mano el golpeado  
corazón de mi pueblo prisionero.<sup>45</sup>*

“Breve es el diccionario de los presos”:

*Tiene palabras frías como espadas:  
Recuento.  
Muros, cerrojos. El patio.  
Celda. Sancionado. Muertos  
en cruz.  
El Tribunal. La condena.  
Losas de piedra. Cemento.*

Hasta que topa con el, para él, poema definitivo:

*Mi vida  
os la puedo contar en dos palabras:  
Un patio.  
Y un trocito de cielo por donde a veces pasan  
una nube perdida y algún pájaro  
huyendo de sus alas.*

---

44. Marcos Ana, “Prisión central”, en *Las soledades del muro*.

45. Marcos Ana, “Yo denuncio”, en *Las soledades del muro*.

Y el preso se ve a sí mismo respondiendo a la petición de María Teresa León:

–Cuenta cosas de tu vida.

Y él:

–Mi vida te la puedo contar en dos palabras: un patio.

Un patio de diferentes lugares, pero siempre el mismo patio. Las dos palabras reverberan con vida propia, de un muro al otro muro de su celda. Un patio.

–Mi vida se resumirá con estas dos palabras –se dice Eusebio.

Un sufrimiento, el de Marcos Ana, similar al de tantos miles, con iguales recorridos, los mismos que también relata Guzmán<sup>46</sup>: Puerto de Alicante, Los Almendros, Albatera, DGS de Madrid, Porlier, Ocaña, Burgos... Torturas, Sacas, Fusilamientos, Celdas, Palizas, Humillaciones, Hambre, Enfermedad,...

El espejo en que se mira Eusebio es como un espejo de feria. Unas veces cóncavo, afinando siluetas, otras veces convexo, devolviendo esperpentos, y otras, una sucesión de imágenes reflejadas, repetidas hasta el infinito. Del espejo en que se mira salen, unas veces, héroes, otras, villanos. Las ideas dispares que produce su pensamiento, unas veces, las más, acrecientan su odio, convencido a resistir, otras, las menos, le infunden desaliento y entrega. Como el espejo en que se mira. De sus meditaciones nace una conclusión, resultado de una suma de pequeñas cantidades de experiencias, conocimientos y reflexiones:

Franco, el dictador, el genocida, acabó con La Idea. La Idea, al fin y al cabo, es materia. Son las voces de los hombres y mujeres, sus gestos y acciones, sus compromisos colectivos, sus proyectos de futuro. Y Franco acabó con todos los hombres y mujeres. Sus vidas, muertas. O sus muertes en vida. Nadie –Eusebio estaba totalmente convencido– sobrevivió al brutal genocidio. El exilio o la cárcel fueron la otra cara de la misma moneda de muerte.

Del sufrimiento nació su contrario y, lejos de persistir en La Idea, abrazó la causa de la reconciliación nacional.

---

46. Eduardo de Guzmán. En la trilogía: *La muerte de la esperanza, El año de la Victoria y Nosotros los asesinos*.

La voz en la mirilla hacía ya tres noches que no se presentaba.

–¿Un cambio de turno? –se preguntaba Eusebio.

La cuarta noche de espera, volvió a escucharla:

–...Lillax...Lillax... Te van a trasladar mañana, a la galería. A ti y a otro de los de Segovia –susurró la voz.

–¿Por qué? ¿Cómo lo sabes? –preguntó Eusebio, pegado a la puerta.

–Esta mañana ha venido vuestro abogado. Parece que el juez os ha descartado de la fuga. Están a la espera del oficial del juzgado, para sacaros de celdas.

–¡Por fin una buena noticia! ¡Gracias! No sabes lo que te agradezco que me hayas pasado los libros, me han hecho una gran compañía –le dijo Eusebio con entera sinceridad.

A media mañana del siguiente día, Guille y Eusebio, tal y como anunció el desconocido funcionario comunista, pasaron a la segunda galería. Los ubicaron en una celda, común para ambos, en la primera planta, no mucho mayor que la celda de donde procedían en el módulo de aislamiento, y con idéntica distribución, pero con una litera de dos camas. Iban, pues, a compartir la misma celda luminosa, orientada al sur, con la ventana sobre el gran patio central.

El régimen penitenciario les obligó a dejar la celda y bajar al patio. Un patio. El eco de las palabras de Marcos Ana, continuaban resonando en el cerebro de Eusebio. Más aún, al salir a él:

Un patio. Un cuadrado de grandes dimensiones, encerrado entre las cuatro edificaciones que formaban sus lados. Los viejos edificios, de un cierto aire modernista, contenían, en su mayor parte, las celdas de los presos, en planta baja y piso, cubiertos por un tejado a dos aguas de tejas árabes. Los paños de piedra granítica rejuntada con cemento gris, que conformaban los muros, quedaban delimitados por franjas de ladrillos rojizos, enmarcando las ventanas y delimitando la fachada entre celdas.

A tramos, columnas toscanas, a modo de pórtico sin arcadas, formaban soportales en la planta baja, donde al sol, seстеaban corros de presos. Otros, en grupitos de tres, cuatro o cinco, iban y venían, con

apresurados pasos, de un extremo al otro del patio. Igual que todos los patios. Semejante a todas las vidas reclusas.

Eusebio se percató de que su salida al patio había levantado una gran expectación entre los presos ociosos, que sentados en el suelo bajo los soportales, los observaban. “La novedad –pensó-, ¿sabrán quienes somos?”, se dijo. Los miró con detenimiento. Eran distintos de los presos que había conocido en Carabanchel. Si bien la tónica de las vestimentas era similar, de chándal y zapatillas, su edad y aspecto descuidado eran mayores. No se apreciaban las tropas de jovencitos del extrarradio madrileño que eran mayoritarias en Carabanchel, y sí que abundaban personas de edad.

Al primer silbido a su paso, comprendió cuál era el motivo de la expectación creada. Y no pensó en sí mismo, que aunque joven, por su aspecto carcelario, un ojo cárdeno, barbudo, con el pelo largo, descuidado y rizado, no difería demasiado del resto de los reclusos. Sin embargo, Guille, que caminaba a su lado, con sus rasgos dulces, la melena lacia perfilando su rostro, confiriéndole una apariencia femenina, era, sin duda, el centro del interés despertado.

–Vamos a buscar a un colega, porque esto se puede poner muy mal –le dijo Eusebio a Guille.

–Mal, ¿por qué? –se intrigó Guille.

–No has visto como te miran. Esto no es Segovia, ni siquiera Carabanchel, aquí están los penados con largas condenas y un culito como el tuyo... –le dijo Eusebio, divertido.

–Vale –dijo, molesto, Guille– Tampoco vamos a estar mucho tiempo. Me ha dicho el abogado que volveremos a Segovia en unos días.

–Bueno, pero más vale prevenir que... –y vio a Torres, ya acercándose a ellos.

–¡Lillax, colega! –saludó Torres, dando un fuerte abrazo a Eusebio.

Gran parte del patio había visto el efusivo encuentro de Torres, y ya todos supieron de quién se trababa. En un mundo reducido, ordenado, con pautas reglamentadas, rutinarias, un acontecimiento novedoso era actualidad durante mucho tiempo. Sin más medio que el lenguaje oral, la noticia corría de boca en boca. Lo sucedido, lo poco que ocurría, se encontraba circunscrito a los límites de los muros de los recintos. Del



penal de Burgos al del Dueso. De El Puerto de Santamaría a Herrera de la Mancha.

El túnel de Segovia había circunvalado penales, prisiones, cárceles y centros penitenciarios. Y Torres, ya grande, se había engrandecido todavía más, contando quién era el Lillax y lo que había hecho: fugas, atracos y armas, multiplicando por dos. Porque el Torres, contaba, era colega del Lillax, “le hablaba” y le había pasado astilla en Carabanchel.

Eusebio quedó impresionado por el recibimiento de Torres. Lo observó detenidamente y comprobó que no era el mismo. Demacrado, venido a menos, la barba descuidada, la ropa sucia y arrugada –él que siempre iba hecho un pincel– y, lastimosamente, le faltaban los cuatro incisivos superiores.

Caminaron los tres juntos, sin apresurarse, por el centro del patio. Los presos se detenían a saludar al Torres y si eran del nivel adecuado, y sólo algunos, se los presentaba a Eusebio:

–Este es el Lillax. Ya te he hablado –decía en un aparte el Torres.

El Lucio, Marqués, el Baranda, Morelló, el Curtis, el Jeta, el Toronda, el Mandarino, Parra...

Eusebio caminaba como un rey, parsimonioso, adecuando sus gestos al protocolo, estirado como tocaba. Guille, contagiado por las circunstancias, en parte, y siguiendo el juego, burlón, arrastraba ceremonioso los pies, en lo que él creía que podría ser un andar curtido, y uniéndose a la conversación, trataba de imitar el acento vallecano, nasalizando las vocales y arrastrando las eses.

–¿Qué sabes del Antonio, el Macías? –preguntó Eusebio al Torres.

–Se najó con el Fuente, bueno, tú estabas, y lo ligaron al mes, en un bisne de farlopa, en Sevilla, y ahora está en El Puerto, malamente.

Eusebio no quería preguntarle directamente lo que le había pasado, la razón de su mal aspecto. Sabía que no estaba bien visto. Estaba obligado a esperar que él contase, si lo consideraba conveniente. Habló de lo suyo en la segunda vuelta de un extremo al otro del patio.

–Me la estaba jugando un julay. Le presté casi cincuenta talegos y no quería devolvérmelos, así que, ya sabes lo que hay que hacer, me fui a por él con un corte y, el muy cabrón, se fue a meter, corriendo y yo detrás, en la garita de los boqueras, chillando como un marrano. Lo tuve que

pinchar allí mismo. Y casi me llevo a dos boquerones por delante. Luego me dieron hasta que se jartaron, mira qué piños me han dejao –dijo Torres, levantándose el labio superior, mostrando las encías sin dientes-. Me trajeron aquí, con dos meses de celdas y otra causa abierta...

Torres les puso al corriente de las pautas de la prisión: recuento a las ocho, desayuno y patio. Comida y patio. Y al final de la tarde, celda, cena y celda.

–Te puedes quedar en el chabolo con una excusa, pero te dejan chapao todo el día. Esto ya no es lo de los últimos tiempos. Vamos a volver a lo de antes.

A solas, ya en la celda, Guille observaba a Eusebio con una cierta admiración. Su inesperado carisma entre los comunes le llenaba de asombro:

–¡Lillax! Parece el nombre de un guerrero helénico. ¿De dónde lo has sacado? –preguntó Guille.

–Me lo puso un común, medio gitano, el Macías. Antonio, un pobre hombre. No le entendí demasiado bien cuando me explicó lo que quería decir, pero creo que hace referencia a un torero sevillano, gitano, sin fortuna y nada heroico. Me parece que juega con la similitud de su nombre con el verbo lillar y otra historia de toreros, apóstoles, sevillanos y gitanos. El caso es que hice amistad con él, hasta el punto de que casi nos fugamos juntos. Mi mala suerte lo impidió y él llegó a fugarse, sin mí –le contestó Eusebio.

–¿Y el Torres? –le preguntó Guille.

–Es un kío. El más grande.

–¿Y tú?

–...

-Nosotros consideramos que la revolución rusa ha sido la última revolución burguesa de Europa –dijo Guille.

Estaban a oscuras, cada uno acostado en su litera. Hacía ya media hora que habían tenido que apagar la luz de la celda, con el recuento de las diez.

Eusebio, que había iniciado la conversación, permaneció ahora callado, sin responder. Algo barruntaba en su cabeza, en el sentido que apuntaba Guille, pero, sin todavía claridad en su pensamiento, optó por escuchar.

-Ni la revolución rusa, ni la Unión Soviética, tienen que ver con el socialismo –continuó Guille-. El comunismo bolchevique hizo posible el desarrollo de la sociedad industrial, a semejanza de cómo la revolución francesa hizo posible la economía de mercado. A falta de una burguesía nacional fuerte, el propio PCUS se estructuró para suplir su falta y permitir la industrialización de Rusia. El PCUS, por tanto, está desempeñando el papel de esta nueva clase burguesa.

-Eso es fácil verlo ahora, cuando es evidente. A toro pasado, todo el mundo torea. Pero, ¿por qué? ¿Cuál ha sido el motivo de esta degeneración? ¿Qué tránsito han sufrido? –preguntó Eusebio.

-¿Tránsito? El propio de cualquier país que ha desarrollado el capitalismo y ha terminado siendo imperialista para su propia supervivencia –le contestó Guille.

-Entonces, ¿vosotros no consideráis la revolución rusa cómo una revolución proletaria? –continuó preguntándole Eusebio.

-No puede haber una revolución proletaria en un país que, en 1917, carecía de proletariado. Si te das cuenta, lo que tú has llamado tránsito, en realidad desarrollo, se produce de la misma forma que se produjo en los demás países capitalistas: la destrucción violenta del mundo campesino, la concentración de estos en grandes urbes, el taylorismo... No son estos, precisamente, rasgos socialistas.

En la oscuridad, la voz de Guille desde la litera alta resuena convencida como una voz de conciencia. Eusebio duda, con la duda razonable que provoca el resultado evidente: la URSS no es un país socialista.

—Y si aplicas el mismo rasero, ni China, ni Camboya, ni Cuba,...

—Ni Albania —le cortó Guille—, ni Yugoslavia, ni las colonias del Pacto de Varsovia. Date cuenta, todos estos países tenían una característica común. Eminentemente agrícolas, con precarios desarrollos industriales y colonizados por las distintas potencias imperialistas que explotaban sus recursos naturales.

—Hasta ahí sí que llego. Es lo evidente. Y es justo que estos países se liberen de la ocupación colonial y busquen su propio desarrollo... —dijo Eusebio.

—Pero ya no es tan justo que se propongan a sí mismos, cada uno como el verdadero dios de la revolución socialista —le volvió a interrumpir Guille—. Aplica el mismo criterio con ellos que con la Unión Soviética. Los partidos comunistas suplantán a la burguesía y se convierten en la nueva clase social.

—Sin embargo, aunque podamos estar de acuerdo con esta conclusión —le interrumpió ahora Eusebio—, no acabo de verlo claro. Yo soy materialista, marxista. Creo en el materialismo histórico como método de análisis, pero no consigo descifrar esta situación. Las ideologías, según él, responden a los estadios productivos, y no al revés. No se inventa una idea y a raíz de esto se cambia un sistema económico y social. Al contrario, las ideas nacen acompañando los cambios en el sistema productivo y sirven a las clases sociales, según el lugar que ocupan en la producción. La Ilustración se conforma como ideología de la burguesía revolucionaria en el XVIII, afirmando sus intereses de clase. El socialismo, el marxismo, el comunismo, y si me apuras, el anarquismo, como ideología de la clase obrera en el XIX. Pero, ¿por qué lo que tú has llamado burguesía en estos países toma el comunismo como ideología para hacer una revolución burguesa?

—Ya te dije que no creo en las ideologías. No creo en un decreto que diga que la ideología de la clase obrera es el comunismo. La clase obrera piensa de diversas maneras, incluso conservadoras —le contestó Guille.

—Eso es un criterio subjetivo, nada científico. Las clases tienen intereses económicos propios, a los que responden sus ideas —le aseguró Eusebio.

—Y esto por decreto. Vuestro problema, el de los comunistas, es el dogmatismo. Os han hecho aprender cuatro cosas de memoria, como un catecismo, y en cuanto os salís de él, sois incapaces de pensar por vuestra cuenta —le dijo Guille con contundencia.

—¡Precisamente al contrario! Yo trato de pensar de forma científica, objetiva, y tú razones por impresiones personales, subjetivas —le contestó Eusebio alzando la voz.

—¿Subjetivas? Nada está más claro que esto. Si no, analiza la semejanza de la estructura de la burguesía, con la de los partidos comunistas. Autoritarismo, jerarquía, obediencia, fidelidad, chovinismo... Es el mismo mundo... Participan de pleno en la gestión del estado capitalista, sin objetivos revolucionarios. No tienes más que ver al PCF de Marchais, al PCI de Berlinguer, o al PCE de Carrillo<sup>47</sup>. Son pura burguesía...

—No son verdaderos comunistas —le interrumpió Eusebio—. Les llamamos revisionistas, porque han revisado y abandonado los verdaderos principios. Mi partido piensa lo mismo respecto de ellos y, efectivamente, tienes razón en lo que son...

—Y ahora va, y tú eres el verdadero comunista —dijo Guille con sorna—. Es como decir que el papa de Roma no es cristiano, porque no tiene nada que ver con los primitivos postulados del cristianismo, y que la secta de los niños de dios sois los verdaderos cristianos. Tú mismo te contradices con tu propia adscripción al materialismo histórico: las ideas son producto de las clases sociales. Pues mira el comunismo dónde se encuentra. Y me refiero al comunismo como idea global, enraizada en la sociedad, aplicando el mismo criterio con el que puedes juzgar al resto de las ideologías, por el lugar que ocupan en el sistema productivo. No me valen las muestras fuera de norma, ni lo que debería ser y no es. Sé materialista y observa la realidad...

Eusebio quedó callado, sin argumentos. Ideas contradictorias bullían en su cerebro. El orgullo de la pertenencia al grupo, su identificación partidaria, le impide dar la razón a Guille. Como un pueblerino que

---

47. Georges Marchais, Enrico Berlinguer y Santiago Carrillo, secretarios de los partidos comunistas de Francia, Italia y España respectivamente, crearon una corriente comunista llamada eurocomunismo.

defiende su lugar, un aficionado su equipo, un patriota su nación, a pesar de la evidencia adversa.

Su discusión fue interrumpida por los gritos en la noche de un preso en la celda contigua. Gritaba y daba, al mismo tiempo, golpes contra la puerta. Se quejaba de fuertes dolores. Llamaba, desesperado, a un médico. Continuó con sus gritos y golpes durante gran parte de la noche. Guille y Eusebio se durmieron, cansados de velar, sin conocer el final del recluso.

## 15

Su regreso a Segovia, unos días más tarde, fue recibido como un triunfo de todos, a pesar de que Luis y Arturo habían quedado en Burgos, pagando un castigo de diez días en celdas.

Nada había cambiado en la rutinaria vida de la prisión. Las previsibles represalias por el descubrimiento del túnel no fueron efectivas y los presos continuaban con sus mismos hábitos. Sólo la llegada del buen tiempo había variado el salón de estar de lugar. Las mesas se dispusieron en el patio, en el rincón soleado del mediodía, bajo las docenas de nidos de golondrinas de los aleros del tejado.

Eusebio llegó justo a tiempo para recibir la comunicación oficial de sus causas. El primitivo sumario, iniciado por el juez Gómez Chaparro, había sido troceado en cinco sumarios distintos, de forma aleatoria. La paja, las pequeñas cosas, habían sido eliminadas, y el resto, las grandes acciones, repartidas a la suerte entre los encausados.

Los fueron llamando uno a uno al locutorio de jueces, donde un oficial del juzgado, previo recibí, les entregó el acta sumarial de sus causas con las peticiones fiscales: Eusebio, cinco sumarios; Ramiro, un sumario; Amador, un sumario; Boronat tres sumarios; Machado, dos sumarios.

Y la fecha del primer juicio en la Audiencia Nacional: el 1 de octubre. Un primer sumario, con una sola causa, en el que únicamente se encuentran procesados Eusebio y Ramiro, ambos con idéntica petición fiscal: seis años por depósito de armas y explosivos, más un año por falsificación de documentos. En total, siete años de prisión para cada uno.

Y todos echan sus cuentas.

Ramiro no puede disimular su euforia. Sabe que las condenas, en sentencia firme resultante del juicio, siempre quedan por debajo de la petición fiscal. A veces muy por debajo. Suma, resta y divide.

“Pon que –se dice– me meten la mitad: son tres y medio. De los cuales cumplo los dos tercios. Se me queda en dos y algo. Llevaré uno, me quedará de condena uno y algo. Dos a lo sumo”.

Eusebio, por el contrario, está derrotado. Sólo tiene ánimos para sumar: cincuenta y tantos. A sabiendas de que, después de su primera condena, ya con antecedentes penales, no habrá rebajas. Por mucho que reste y divida, el resultado de la operación siempre será similar: media vida en la cárcel.

Marcos, Antonio y Boronat suman, igualmente, varias decenas de años en los sumarios que acumulan.

Y con las cuentas, surgen los interrogantes, las suspicacias, las preguntas sin respuestas.

¿Porqué una sola causa en el primer sumario y solamente implicados Ramiro y Eusebio?

En tanto que en el resto de los sumarios, aparecen todos implicados, en un rosario de causas diferentes. Todos menos Ramiro. En los cuatro sumarios restantes, sin orden ni motivaciones aparentes, se agrupan el sinfín de expropiaciones. Los bancos, los supermercados, los centros comerciales, los furgones blindados, el Jumbo, el Corte Inglés, el SEPU, los Coebas... A una media de seis años por acción de petición condenatoria.

En ese preciso momento, al finalizar sus operaciones aritméticas, Ramiro se diluye. Ha dejado de ser el más, para pasar a ser el menos. El que menos condena aguarda. El único que puede vislumbrar la libertad en un corto plazo. El único que puede hacer planes de futuro. Era, al fin y al cabo, lo que preveía, pero, hasta el momento había guardado la desazón de verse incoado en las causas como responsable. Inductor del delito, según los términos judiciales.

Diluido de su responsabilidad, Ramiro modificó su actitud. Aparecía amigable, simpático, sociable. Frecuentaba la celda de Eusebio, el patio. Uno más, entre los que menos.

Eusebio tomó de nuevo las tareas de organización. De la vida cotidiana, de lo práctico. Desembaló del fondo de un armario del comedor los

bastidores de tejer que dejaron los anteriores presos políticos, con los que confeccionaban ponchos de lana, tocas y bufandas. Entre los cinco pusieron en marcha un taller textil. El producto de la manufactura se entregaba al grupo de familiares de presos para su venta, y ellos a su vez proveían la materia prima necesaria. La plusvalía así obtenida se destinaba a las compras cotidianas por medio del recadero de la prisión.

El grupo, con el trabajo diario, con las tareas derivadas de la organización de lo cotidiano, tomó cohesión propia, diferenciándose de los grupos autónomos y anarquistas. Pero no por ello Eusebio canceló su amistad y sus discusiones con Guille.

–Mira este libro –le dijo Guille, uno de los días en que aparecía por su celda.

Era el Premio Planeta 1977, la *Autobiografía de Federico Sánchez*, por Jorge Semprún.

–Jorge Semprún, no sé quién es –le contestó Eusebio, hojeando el libro.

–Es de un comunista, expulsado del PCE –le aclaró Guille.

–¿Premio Planeta? Muy poco comunista debe de ser –le aseguró Eusebio-. ¿Tú lo has leído?

–No. Ni pienso hacerlo, no tengo ningún interés. Pero léelo tú y me lo cuentas –le sonrió Guille con malicia de segundas intenciones.

Eusebio leyó en voz alta la contraportada:

–Un militante del Partido Comunista de España, al que se conoce por el nombre de guerra de “Federico Sánchez”, evoca sus experiencias en el periodo de inspiración estalinista y sus actividades clandestinas en España, hasta su expulsión del Partido en los años sesenta por discrepancias de criterio con sus dirigentes...

–¡Ya sé por dónde vas! Mi partido se formó en el 64 por escisiones por la izquierda del PCE, pero no creo que este sea de los nuestros...Lo voy a leer. Hay que leerlo todo, no tengo ningún *index expurgatorium* –le sonrió también Eusebio, respondiendo así a sus segundas intenciones.



Eusebio se encerraba en su celda más de la cuenta. Como si hubiera permutado papeles con Ramiro. El buen tiempo hacía que los presos habitaran gran parte del día en el patio, por el día al sol y la noche a la fresca. Pero él subía a la celda en cuanto podía.

Leyó de un tirón el libro de Semprún. Tal como una novela, un relato aventurero. Pero lo cierto es que causó un gran impacto en él. Las percepciones inconscientes de multitud de sucesos, forzados a permanecer ocultos en el trasfondo de su recuerdo, como si de un mal amor se tratara, con la lectura, un tanto indiscriminada de las hojas de Semprún, ahora afloraban. Surgiendo de lo profundo, arribaban a la superficie como los pecios de un naufragio, desordenados semblantes de desolación.

Ahora estudia el libro, lo relee, lo subraya, acotando y tomando notas. Trata de evitar su intimismo. Evita las sensaciones interiores, inexplicables para su intelecto, pero tan concretas para el autor, tanto, que parece su propia vida, sus propias sensaciones, aunque él nunca podría expresarlas de tal manera. Trata de centrarse en lo político e ideológico. Trata de aclarar sus ideas, no su vida, que ya siente perdida.

Elige un método, de lo sencillo a lo complejo. De lo evidente a lo abstracto. De lo que sabe a lo que desconoce, por el momento. Empezar por la URSS y los países comunistas, se dice. De ahí, a los partidos. Elimina de su propio debate interior los dimes y diretes de los dirigentes del PCE, de sobra conocidos, humo que oculta el fuego.

Conoce de primera mano, no sólo por los abundantes libros escritos sobre el tema, las diferencias de clase en los países comunistas. Los dirigentes del partido acumulan privilegios, semejantes o incluso superiores a los de la oligarquía de los países capitalistas. Porque –se pregunta–, ¿qué hace diferentes unos de los otros? Los capitalistas no llevan su dinero en el bolsillo. Su situación como clase les concede, frente al pueblo llano, privilegios cotidianos: alimentación, enseres, vivienda, educación, arte y cultura... Lujo para ellos, estrechez, cuando no miseria,

para el pueblo. Los mismos privilegios que acumula la clase dirigente en los países comunistas.

Idéntico relato al de Semprún, un viaje en ferrocarril con Pasionaria y la delegación del PC ¡Rumano!, de Praga a Bucarest, donde se servían lujosamente los más exquisitos platos por criados que nadan tenían de “camaradas”, lo ha escuchado Eusebio de camaradas que han estado en Albania, Cuba o China. El mismo barrio residencial, celosamente custodiado por guardias de seguridad, donde viven los dirigentes del partido, existe en cualquier capital de los países comunistas... y capitalistas. Puerta de Hierro y Somosaguas existen en Madrid, en La Habana y en Pekín. En París y en Moscú. En Londres y en... ¡Bucarest! Las lujosas villas de veraneo en Crimea de los dirigentes soviéticos nada tienen que envidiar a las de Marbella, Capri, Miami o Saint-Tropez.

¿En qué se diferencian las clases dominantes de los países capitalistas de las de los comunistas?

Puedo pensar –se dice Eusebio- que unos tienen capital y otros no. Pero, ¿realmente puede Botín coger su botín y marcharse con él? No puede. No tiene nada más que su posición de clase y los privilegios que acompañan a su clase. Su capital es el propio Estado, no puede disponer libremente de él. Como Leónid Ilich Brezhnev, primer secretario del PCUS. Tienen lo mismo, uno y otro.

En la actual situación de configuración económica, de capitalismo monopolista de Estado, el capital forma parte del propio Estado. Es el Estado. El comunismo ha sido el instrumento empleado por los países de escaso desarrollo industrial, atrasados económicamente y supeditados a los intereses imperialistas de los países más desarrollados, para igualarse a ellos, para construir su propio capitalismo monopolista de Estado.

No puede explicarse de otra manera las propias pugnas entre los países comunistas, su exacerbado nacionalismo, contrario al internacionalismo. Son sus propios intereses locales, territoriales y económicos, lo que les conduce a sus enfrentamientos. Las ideas surgen de esto. La URSS contra China, Albania contra Yugoslavia. Revisionismo contra maoísmo. Estalinismo contra titismo.

Es la primera conclusión de lo evidente, a la que llega Eusebio, sin demasiado esfuerzo. Sin mucho pensar. Solo ha tenido que atar

cabos sueltos. Pero, ¿y en el plano ideológico, qué papel representa el marxismo-leninismo en todo esto? ¿Cómo es posible que una ideología, precisamente contraria al capitalismo, haya servido para consolidar un planeta de total dominio capitalista?

Se desespera. Se pierde, no le llegan respuestas. Comprende que no sabe. Y que lo único que sabe es que tiene todo el tiempo del mundo para tratar de entenderlo. Y una buena biblioteca.

Continúa con Semprún. Continúa tratando de obviar su sublime escritura, su intimismo. Trata de reencontrar pasajes de iluminación política. En su primera lectura le ha llamado la atención un párrafo relativo a la transición. Lo encuentra:

Es parte de un texto de un tal Francesc Vives. De un completo desconocido, al menos para él. Se titula *La liquidación del franquismo*:

*La liquidación del franquismo no va a ser la revolución socialista... Va a ser un enorme triunfo de la lucha de masas, pero no un cambio social, es decir, la revolución.*

*Creo que al examinar este problema debemos tener en cuenta:*

*1º La teoría leninista del desarrollo capitalista de tipo prusiano.*

*2º Las transformaciones que ha sufrido España en el último cuarto de siglo.*

*3º La experiencia de los otros regímenes fascistas.*

*4º Lo que está pasando ahora en España, es decir, el auge del movimiento de masas coincidiendo con una etapa de desarrollo económico acelerado.*

*Ya me he referido a los dos primeros puntos más arriba. En cuanto a la experiencia de los otros regímenes fascistas, es interesante recordar que en Alemania y en Italia el poder del capital monopolista sobrevivió a las formas fascistas y esto pese a haber arrastrado al país a una catástrofe nacional gigantesca como fue la derrota militar en la guerra mundial.*

*Lo mismo sucedió en Francia al terminar la ocupación fascista.*

*...En España, la liquidación del fascismo no va a estar ligada a ninguna catástrofe nacional, sino que se está produciendo gradualmente en un marco de desarrollo económico. El motor de esta liquidación son los golpes del movimiento de masas y la acción de diversas fuerzas burguesas (entre las cuales se cuentan núcleos decisivos del capital monopolista).*

*Francesc Vives, documento dirigido al Comité Ejecutivo del PSUC el 15 de octubre de 1964.*

“Francesc Vives, ¿quién es? ¿Alguien lo conoce?”, se pregunta Eusebio. Y se contesta a sí mismo:

Ahora, a toro pasado -que cualquiera torea-, es muy fácil llegar a esas conclusiones: la liquidación del franquismo no va a ser la revolución socialista... Y enumerar las causas. Pero... en mil novecientos SESENTA Y CUATRO... Hace quince años, cuando todos formulábamos, incluso los revisionistas, lo contrario: que el fin del franquismo supondría, ineludiblemente, aplicando correctamente el marxismo-leninismo, la revolución proletaria. Cuando menos un cambio social revolucionario, un cambio al menos.

Y, anteriormente, Fernando Claudín y Federico Sánchez (Jorge Semprún) plantearon algo similar en el pleno del comité ejecutivo del PCE de marzo del 64. Por lo que, precisamente, fueron expulsados del partido.

Un análisis correcto, objetivo, dialéctico, de la situación no implica, necesariamente, tener razón. Del análisis surgen diferentes estrategias. “¿Cuál era el análisis correcto? ¿Y la estrategia?”, se pregunta. El franquismo estaba abandonando a toda prisa el modelo autárquico propio del fascismo, y empujado por el capital monopolista autóctono, configuraba un modelo económico similar al de los países capitalistas europeos. La contradicción esencial se daba entre el modelo económico y sus formas políticas. Y la resolución a esta contradicción era vaticinada por Claudín-Semprún: se adoptarían las formas políticas propias de los sistemas capitalistas europeos. Como así ha sido. “Para nosotros, los auténticos marxistas-leninistas”, se dice, “el desarrollismo franquista se producía por la colonización imperialista yanqui y su resolución no podía ser otra que la revolución proletaria y anti-imperialista. Revolución enmarcada en el Frente Unido, encabezada por el partido vanguardia del proletariado”.

“Y es que”, se dice a sí mismo, “a nosotros, los comunistas, nos mueve la fe. La fe ciega en nuestras creencias, en la razón de nuestros dirigentes, en su infalibilidad. Nuestra teoría marxista-leninista lo ve todo: el pasado, el presente, el futuro y hasta nuestros más ocultos pensamientos”.

“Y es que Krónos, el dios del tiempo, otorga y quita razón, implacable, inmisericorde. A Francesc Vives le ha dado la razón y a nosotros nos la ha quitado. Pero no creo que Vives se hubiera procurado de un sortilegio quiromante, ni sea, o haya sido -no sé de él- adivino de otras especialidades. Simplemente, aplicó el materialismo marxista al análisis de una situación concreta. De manera objetiva, tal y como son las cosas. Sin la fe, sin la creencia ciega que desvirtúa los resultados, adaptándolos a lo que convenga a nuestro propio credo”.

Y llegado a esta conclusión, piensa en Karl Marx: “¿Le ha dado el tiempo la razón a Marx?”.

Él afirmaba, estaba convencido, que Inglaterra, la cuna del proletariado, el país donde este era más numeroso, donde la industria borboretaba desarrollo, donde las contradicciones capitalistas estaban más acentuadas, en este país se produciría la revolución proletaria.

Sin embargo, se equivocó. Sus análisis eran incorrectos. Y en Inglaterra, no sólo no hubo revolución proletaria, ni tan siquiera ha habido una huelga general, un amago de insurrección obrera con objetivos políticos de clase. Nada. Es el único país de Europa donde la clase obrera ha caminado siempre de la mano de sus explotadores capitalistas.

Y Eusebio se pregunta:

–¿Aplicó Marx el marxismo? ¿Era Marx, marxista? ¿O...

En ese instante salta de la silla, iluminado, sofocado, ensimismado en sus conclusiones. Y como un orate, corre a la ventana de la celda, encaramándose de un salto a sus barrotes:

–¡Guille! ¡Guille! –grita desde la ventana hacia la oscuridad de la noche–. ¡Guille! ¡Guille! –grita, aumentando su tono, hasta que este responde.

–¡El marxismo es la ideología de la burguesía del siglo veinte!

–¡Qué dices! –le contesta Guille desde su celda, a voz en grito.

El picoletto de la garita del recinto, situada casi en el mismo patio, dormitando, se despierta con sus gritos y enciende el reflector, sobresaltado. Pasea su haz de luz por la fachada de las celdas, por los tejados, tratando de sorprender no sabe bien qué.

–¡El marxismo es la ideología de la burguesía del siglo veinte!

Ahora, ha oído bien el picoletto. No lo ha soñado.

–¡Se te ha ido la olla, colega! –le dijo Guille, al siguiente día en su celda.  
 –¡Calla y escucha esto! –le cortó Eusebio, con el libro de Semprún en sus manos.

*...los temas obsesivos que me son personales y que lo son de forma tan auténtica y profunda que rebasan constantemente los límites de la conciencia clara de mí mismo. La clandestinidad, no solo como aventura, o sea, como placer o goce de situarse fuera de toda norma, sino como camino hacia la conquista de una verdadera identidad. La política como destino individual, o sea, como horizonte que no tiene por qué ser esencialmente el de la victoria y de la conquista del poder, perspectivas siempre secundarias y derivadas, sino como arriesgarse y realizarse, tal vez a través de la muerte libremente contemplada.<sup>48</sup>*

–¿Qué te parece? Sublime, ¿no? Es la expresión más exacta de mis propios sentimientos y quizás de los de todos nosotros –le dice Eusebio.

Guille toma el libro y lee con detenimiento el párrafo remarcado:

–Sí, es verdad –le dice–. Es la realidad de nuestra motivación, del porqué hacemos las cosas. ¿Ves? El individuo, su propia individualidad, es el motor de sus acciones. ¡Qué lejos está esto de las consideraciones partidistas que sitúan al militante al servicio de la causa! ¡Los héroes que se sacrifican y todo lo entregan al partido! Es cierto lo que dice Semprún. Yo hago lo que hago porque quiero, porque me gusta, porque creo en ello y disfruto haciéndolo. Pero, ¿qué te pasó anoche? ¡Qué pirula montaste! Con el picolo dándole al reflector...

–Nada, una alucinación. Llevaba todo el día dándole vueltas al libro, relacionando unas cosas con otras y ya de madrugada, se me apareció Marx –le contestó Eusebio, sonriendo, un tanto cínico.

–¡Ah sí! ¿Y qué te dijo? –le preguntó Guille, continuando con el juego.

–Pues eso: que el marxismo es la ideología de la burguesía del siglo veinte –le contestó Eusebio.

–En serio –continuó Eusebio–, y volviendo a la discusión donde la dejamos en Burgos, te doy plenamente la razón en tu consideración sobre la URSS y la revolución bolchevique. Es un país cuyo sistema es

48. Jorge Semprún. *Autobiografía de Federico Sánchez*. Página 89. Ed Planeta SA.

el del capitalismo monopolista de estado. En cuanto a la revolución de octubre, he estado tratando de compararla con la revolución burguesa en Francia, de 1789, superficialmente digamos, e independientemente de las formas y sus protagonistas, encuentro un hecho determinante que las diferencia. Este es: la Asamblea Nacional Francesa promulga una declaración universal, La Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que supone, en sí misma, una nueva concepción del mundo, vigente todavía hoy. Son los principios fundamentales que rigen, ahora mismo, los estados. Sin embargo, los Soviets, la Asamblea de soldados, obreros y campesinos, resultante de la Revolución de Octubre, no promulgan nada parecido. Tan sólo dos decretos de orden político, uno sobre la paz y otro sobre la tierra. Perecederos, de orden práctico. No se pronuncian sobre cómo va a ser el mundo a partir de ese momento. Dejan intacto el orden moral establecido.

–¡La ley de Moisés! –le interrumpe Guille.

–La ley de Moisés, efectivamente, sigue vigente. Pero no sólo en Rusia: ¡En el mundo entero! Es una revolución que derriba el feudalismo de la vieja Rusia y la lleva en volandas al imperio que es ahora.

–Pero hay una ideología determinante que afianza el estado soviético y es el estalinismo, no el marxismo –le dice Guille.

–¿El estalinismo no es marxismo, para tí? – le pregunta Eusebio.

–No, para nada. El estalinismo es la expresión suprema de las peores formas burguesas: jerarquía, autoritarismo, despotismo. El individuo desaparece como tal con Stalin. El marxismo es científico, humanista...

–Como el pensamiento renacentista –le corta Eusebio–. Y ahora quién es el cristiano de la secta de los niños de dios. No me digas tú que reivindicas el cristianismo en estado puro. Las ideas sirven a las clases sociales, modeladas para satisfacer sus intereses de clase. No existen como tales ideas, puras, abstractas, etéreas, nobles, desinteresadas. El marxismo sirve a la burguesía transformadora, pero burguesía al fin y al cabo, del siglo veinte.

–Esa es una visión radical y superficial de toda una filosofía. No puedes ser tan ligero. Hay que tener un mayor espíritu crítico. El marxismo es más profundo que eso, es toda una concepción del mundo –le dice Guille.

—Puede ser, pero lo que ha pervivido del marxismo, cien años más tarde, es lo observable, lo material. Sé que es una ligereza por mi parte reducir la filosofía a una vil sentencia, pero es lo que hay. La URSS y sus colonias, China, Albania, Cuba, y Yugoslavia como estados de práctica marxista reconocida; los partidos comunistas de sus respectivas orbitas, también marxistas, y los partidos socialistas y socialdemócratas que gobiernan en multitud de estados. Una concepción del mundo reducida a la conquista del poder por parte de la burguesía nacional de segundo escalón.

—Aún así, hay una teoría, una dialéctica materialista como forma del pensamiento moderno. No puedes negarla —le contesta Guille.

—Quizás pueda ser un punto de partida hacia la evolución del pensamiento —termina Eusebio.

## 18

El tiempo no transcurre igual para todos, aunque su medida sea la misma. Ramiro cuenta los días que faltan para su juicio, y su tiempo, medido, discurre lentamente. Los demás no tienen fecha y apenas perciben el paso de los días, de los meses. ¿Qué son dos meses en veinte años? Un suspiro.

A medida que la fecha del primero de octubre se aproxima, las diferencias entre Ramiro y Eusebio se acentúan. Ramiro, desligado del resto del grupo por razones sumariales, prepara una estrategia de defensa arropado por su concepción partidista: el partido avala la estrategia del juicio político. El contenido de la causa, depósito de armas y explosivos y falsificación de documento, es propicio al deslindamiento de su carácter exclusivamente político. El resto de las causas son atracos. Vulgares atracos por motivaciones puramente económicas. Pero Eusebio está implicado en unos y otros.

Ramiro ha cambiado de abogado. Su familia le ha procurado la defensa de Fernando Salas, un letrado progresista, próximo a los grupos izquierdistas. Eusebio continúa con Cristina, abogada militante del PCE. Desde el partido se lanza la campaña de denuncia de una farsa de juicio, basado



en un montaje policial. Los abogados, independientes de los criterios políticos, preparan una estrategia, simplemente, de defensa jurídica.

–Al fin y al cabo –dice Ramiro a Eusebio–, somos dos miembros dirigentes del comité central. Es un juicio político evidente.

–¿Y los demás juicios no lo son? –le pregunta Eusebio, airado, contestando él mismo a continuación- Nosotros somos los políticos, no los juicios. No puedo entender por qué el partido no asume su responsabilidad y reivindica de una vez nuestras acciones, que es, ni más ni menos que reivindicar nuestra militancia.

–Nadie pone en duda nuestra militancia. El partido ha organizado una importante campaña de apoyo y denuncia –le dice Ramiro.

–Pero niega las acciones. Continúa sin asumir los grupos armados –interrumpe Eusebio.

–Ya hemos hablado de esto. El partido no puede reivindicar las acciones –le dice Ramiro.

–¿Por? Si a estas alturas es evidente. Todo el mundo, amigos y enemigos, sabe quiénes somos y lo que hemos hecho. No encuentro una explicación –insiste Eusebio.

–No hay ninguna explicación. Es una decisión y se acepta. Punto –termina Ramiro.

–Pero –insiste Eusebio, cada vez más grave–, resulta increíble el argumento de la farsa policial. Resulta hasta ridículo pretender que alguien se crea que la policía puso las armas, robadas evidentemente por nosotros en las acciones que se juzgan luego, y cavó los zulos, con el único propósito de acusar al partido. Los abogados, desde luego, no van a entrar en esto. Ellos siguen una línea de actuación jurídica real, legalista.

–Ya lo hemos discutido muchas veces: el partido es ahora legal. Y esto nos favorece a todos, ante los juicios. Si reivindica las acciones armadas, pueden iniciar un proceso para su ilegalización. Y esto sería muy contraproducente para nosotros –termina Ramiro, marchándose, dejando a Eusebio con la palabra en la boca.

Llegado el día primero de octubre, los despertaron temprano, antes del primer recuento de las ocho. Ambos coincidieron, sin previo acuerdo, en no acicalarse. Se vistieron como todos los días, Eusebio con una camisa

y un jersey; Ramiro con una camisa y su chaquetilla de pana marrón oscuro. Eusebio, barbudo, con el pelo largo y rizado; Ramiro rasurado con su bigotillo. Se hubieran sentido ridículos, serviles ante el tribunal que los iba a juzgar, con traje y corbata.

Los entregaron a la guardia civil en el retén, junto a la puerta de la entrada. Un joven teniente y cuatro números les estaban esperando. Los esposaron con las manos a la espalda. Cuando el teniente de la guardia civil, a su custodia, observó sus fichas, con el tampón estampado en tinta roja, cruzando la cartulina, con la palabra en mayúsculas: TERRORISTA, se aseguró de su esposado y dio una vuelta de tuerca más a sus esposas. Apretó de ellas hasta que se oyó un nuevo clic. Un diente más del cierre de metal, que clavó las argollas en su carne.

Los subieron en la trasera ciega de un Land-Rover de la guardia civil, verde, no en un furgón gris de conducción habitual, y comenzaron su viaje, escoltados por otro vehículo, hasta Madrid. Con destino al Palacio de Justicia, sede de la Audiencia Nacional, antes Tribunal de Orden Público.

El Palacio de Justicia, antiguo convento de las Salesas Reales, era un antiguo caserón, del XVIII, con rancia historia, desamortizado y convertido en sede del Tribunal Supremo en los finales del XIX. Se encuentra próximo a Recoletos, entre María de Braganza, General Castaños, Plaza de París y Plaza de las Salesas.

El furgón entró con su carga en el patio interior, preparado para el acceso de las conducciones, por la misma Plaza de las Salesas. En el patinillo interior, esposados todavía, subieron por una estrecha escalera metálica, al aire, empinada, hasta un pasillo aéreo, también metálico, con barandilla, que cruzaba el patio hasta terminar en una puerta cerrada del piso primero. Ante la puerta, aún cerrada, les liberaron de las esposas y les hicieron pasar, acompañados por dos policías nacionales, a la sala del tribunal donde iban a ser juzgados.

Los sentaron en el banquillo de los acusados, de espaldas al público asistente, y frente al tribunal.

Sus sensaciones eran confusas, como en un mal sueño. Rotos sus hábitos cotidianos, tras de tantos meses de encierro, encontrarse con algo diferente era irreal. Su percepción de la realidad estaba alterada. Su visión,

confundida por los colores y las formas que hacía tiempo que habían dejado de percibir. Cantidades de ruidos, formas y colores inhabituales que debilitaban sus sentidos, confundiéndolos, anulando su esencia consciente.

Poco a poco, fueron despertando y observaron su entorno. Se encontraban sentados en un banco sin respaldo, de madera, sucio y gastado, de escasa altura y centrado en un amplio espacio. Rodeados por dos espesas tribunas, elevadas sobre ellos, se sentían disminuidos, desiguales, ínfimos, bajos. Pese, hasta el momento, ser iguales, presuntos inocentes, ciudadanos del estado.

La precariedad del banquillo contrastaba con la ampulosidad de las tribunas, los tapices arcaicos de las paredes, el artesanado, las magnificas lámparas. Frente a ellos, un metro elevado, el tribunal, de caoba labrada, con paños diferenciados por columnas de caoba sobre un pie de alabastro y detrás, esperando, los sillones vacíos de los tres magistrados. A ambos lados del tribunal, sendas puertas iguales, enmarcadas de alabastro, con friso y frontón barrocos del mismo mármol. Si ellos habían entrado por la izquierda, la puerta de los reos, los magistrados entraron -¡en pie!- por la derecha.

Tres ancianos. De apariencia débil, de escasa corpulencia, insignificantes en sus revestidas togas negras.

A su derecha, en una tribuna, también de caoba pero menos historiada y menos elevada, el fiscal y los letrados, igualmente en togados.

El fiscal leyó y leyó. Nadie prestó atención. Nadie supo lo que dijo. Finalizó su manifiesto y preguntó a los acusados:

-¿Recuerda que...?

-No.

-¿Recuerda sí ...?

-No.

...En una interminable secuencia interrogatoria, ritualmente contestada con idéntico monosílabo.

Les llegó el turno a los abogados defensores. Leyeron y leyeron. Nadie prestó atención. Nadie supo lo que dijeron. Los tres carcamales sonreían a Cristina, embobados, condescendientes, sin prestar atención a su discurso. A Cristinita, la niña terrible de la abogacía.

Terminaron las defensas. Pidieron a los acusados que dijeran algo. No tuvieron nada que decir.

Visto para sentencia.

La sentencia la conocieron poco tiempo después: un año por depósito de armas y explosivos, y un mes por falsificación de documentos.

Prácticamente era el tiempo que llevaban presos. La sentencia está cumplida.

Ramiro está en la calle. En bola. Libre.

A Eusebio le quedaban cuatro sumarios, todavía cuatro juicios más con sus respectivas condenas.

## 19

La marcha de Ramiro, en libertad, cumplida su condena, sume a Eusebio en la desesperación. Olvida sus lecturas, las cábalas ideológicas y no piensa más que en salir de allí como sea.

Él también ha cumplido su primera condena y tiene claro que esta ha sido benévola, justo por el tiempo que ya habían permanecido en prisión. Ha sido, ciertamente, un juicio político. Obviando la gravedad de la acusación, la pena impuesta gratifica la aceptación de la democracia, el abandono por las alturas dirigentes oficiales de la lucha armada.

Pero quedaban los combatientes en prisión. Dieciséis militantes encausados con elevadas peticiones de condena.

—Quizás el régimen no sepa lo que piensan los combatientes —se dice Eusebio—. Quizás imaginen que tienen una actitud diferente de la posición oficial. Quizás piensen que los grupos pueden continuar la lucha armada. Como se ha dado en ETA, una fracción acepta el juego político y otra continua con la lucha armada.

Si es así, todo encaja: la separación del sumario de Ramiro, el juicio político, la baja condena. Los políticos son una cosa y los revolucionarios otra.

Decide urdir una estrategia basándose en esta suposición. Convince a Cristina para que solicite la libertad provisional de sus causas pendientes,

ahora que se encuentra preventivo y se pone a elaborar un comunicado. Una declaración de los presos del FRAP, al menos de los de Segovia.

Cuida sus palabras. Debe dejar claro que ellos están dentro de la disciplina del partido. Para ello hay que asumir las acciones. Todo lo han hecho mandados por el partido y acatan sus decisiones. Aceptan, con el partido, la legalidad vigente y solicitan el indulto.

El comunicado lo firman los cuatro que quedan presos en Segovia, en el orden: Eusebio, Machado, Amador y Boronat.

Y se envía a *El País*, hacedor y deshacedor de la política transicional.

Aparece en la sección de Opinión el 23 de enero de 1980:

### **La legalización del PCE (m-l)**

.....  
(Centro Penitenciario de Segovia) - 23/01/1980

Somos militantes del PCE (marxista-leninista), presos en la cárcel de Segovia desde el 7 de diciembre de 1978. Le escribimos para comunicarle que vamos a ser juzgados, junto a otros militantes de nuestro partido, los días 31 de enero, 4 y 11 de febrero en la Audiencia Nacional.

Fuimos detenidos pocos días antes del referéndum constitucional. Las acusaciones que recaen sobre nosotros son, pues, sobre supuestos delitos anteriores a la Constitución. Nuestro partido ha sido mantenido en la ilegalidad, a pesar de haber solicitado reiteradamente su inscripción en el Registro de Asociaciones Políticas. El Ministerio del Interior ha denegado sistemáticamente su inscripción.

El 17 de mayo de 1979, el Juzgado de Primera Instancia número 18 de Madrid sentenció que no había motivo de ilegalidad para nuestro partido. Ocho meses después, el Ministerio del Interior sigue sin inscribirlo, por lo que dicho juzgado ha instado a éste a que proceda inmediatamente a dicha inscripción.

El PCE (m-l), pues, ha sido una de las pocas organizaciones antifascistas que ha quedado marginada del «cambio democrático», viéndose obligado a una semiclandestinidad de la cual nosotros somos víctimas.

Ante la nueva situación de legalidad total del PCE (m-l), no corresponde ni nuestra permanencia en la cárcel, ni, menos aún, los juicios que nos preparan. Si el PCE (m-l) hubiera sido legalizado en un primer momento, nosotros probablemente no estaríamos en la cárcel.

Es justo que nos sea aplicado un indulto, que creemos nos corresponde, tal y como les fue aplicado a los antifascistas que lucharon por las verdaderas libertades democráticas.

Tres días más tarde, de forma sorpresiva, dos boqueras se presentaron en la celda de Eusebio, poco antes de las diez de la noche:

- ¡Coge tus cosas que te vas! -le dijeron.
- ¿Me voy, adonde? -les preguntó Eusebio.
- Te vas en libertad.

Cristina le estaba esperando en la puerta de la prisión. Le había conseguido la libertad condicional de los cuatro sumarios pendientes.

La estrategia de Eusebio resultó acertada.

El Dyane 6 que conducía Cristina, ascendía lentamente el puerto de Navacerrada, abriendo un túnel entre los copos de nieve. Tal era el efecto que producía la iluminación de los faros del vehículo sobre la copiosa nevada. El refulgente blanco a su alrededor, los árboles henchidos con su centellada, como iluminados fantasmas, acrecentaban la sensación de irrealidad en Eusebio, que, todavía con el estómago encogido, repasaba los acontecimientos vividos.

No tiene esperanza. De los sentimientos contradictorios que, alternativamente, le poseen, el goce de la libertad y el remordimiento de su renuncio, se impone finalmente este último. Y siente la desesperanza del fin de su vida. Del fin de sus esperanzas, de todas sus creencias:

*La clandestinidad, no solo como aventura, o sea, como placer o goce de situarse fuera de toda norma, sino como camino hacia la conquista de una verdadera identidad.*

*La política como destino individual, o sea, como horizonte que no tiene por qué ser esencialmente el de la victoria y de la conquista del poder, perspectivas siempre secundarias y derivadas, sino como arriesgarse y realizarse, tal vez a través de la muerte libremente contemplada.*

No sabe la vida que le espera, pero fuera de ésta, no la quiere. Y ya es tarde para volver, no puede volverse atrás, es ya uno más de los millares del renuncio, del renuncio de los revolucionarios.

En el mes de diciembre del año 1982, el rey de España firmó los decretos reales, a propuesta del consejo de ministros -el primero del gobierno del PSOE, cuya presidencia ostentó Felipe González, siendo ministro de justicia Fernando Ledesma-, indultando individualmente, militante por militante, a todos los condenados de los grupos del FRAP, tanto presos como huidos.

Los militantes todavía presos, tras cuatro años en prisión, fueron puestos en libertad el 17 de diciembre de 1982: Vivó, Marcos, Boronat, Néstor, Riquelme...

Han sido los militantes del FRAP que más tiempo han pasado en prisión.

El último grupo armado del FRAP, desvalido en el mayor de los olvidos.





# EL TIEMPO VENCIDO



## *RAMIRO*

A Ramiro lo reencontré frecuentemente en la sede central del partido, en la calle de la Libertad número 7, entre el año 81 y 82, años en los que yo fui secretario del comité de Madrid. Él había ascendido a miembro del comité ejecutivo, al poco de salir de Segovia y era asiduo al local del partido, funcionario de la organización, como yo. Nos encontrábamos, pues, con cierta asiduidad, compartimos, creo recordar, alguna comida y algún café. Yo mantenía, todavía, un estado de semiclandestinidad, liberado por el partido, de casa en casa, como en los antiguos tiempos. Pero no era lo mismo. Aunque pesaba sobre mí una condena firme de cinco años de prisión, por el atraco al Corte Inglés de la Plaza de Cataluña, que debía de cumplir, a esas alturas el FRAP ya no interesaba a nadie. Yo continuaba con mis hábitos de seguridad. Comprobaba si alguien me seguía, daba vueltas y más vueltas al volver al piso donde vivía. Pero no, no interesé nunca a nadie. Mi trabajo político era nada, o apenas nada. En la legalidad, era rutinario, burocrático, minúsculo, tedioso, como imagino que sería el de Ramiro.

Nuestro primer reencuentro fue cordial, sin efusiones, y no recuerdo nuestra conversación. Pero estoy seguro de que ninguno de los dos mencionó nada relativo a nuestro pasado junto. No quedamos para tomar algo luego y charlar, ni siquiera se mencionó como frase de cortesía. Ni esa vez, ni en ninguna ocasión, mencionamos nuestro pasado. Ninguna anécdota, ningún recuerdo conjunto. Ningún recordatorio de los camaradas aún presos.

Él continuaba envuelto en ese halo de misterio que manejaba a la perfección, como dejando entrever que estaba siempre ocupado en algo importante, que tan sólo él podría acometer. Tal misterio le precedía, y lo envolvía de manera, que, aún ahora, ignoro todo de él. No sé de qué lugar era, si había estudiado o no, si había tenido algún trabajo u oficio, ni sus inquietudes personales, gustos o aficiones. Ni tampoco que es lo que hacía en ese momento en el partido o en su vida privada, si la tenía.

Lo más próximo a él que he estado, donde he podido apreciar alguna interioridad suya, fue en Montpellier, cuando vivía con María en la casa

natal de Jaime I, en la rue d'Anciene Courrier. Algunas veces hicimos una reunión de célula en su buhardilla y acudíamos a ella Carlos "El Largo" y yo. En una de las ocasiones, la mesa estaba sin quitar, con restos apilados de varias comidas consecutivas. Estaban a la greña María y él por quién quitaba la mesa y el uno por el otro, la mesa sin quitar. Por su terquedad u orgullo, porque él era pulcro y ordenado, por lo que aprecié en el orden de su celda de Segovia.

Poco tiempo después del indulto, yo abandoné el partido, y no volví a verlo. Sé que, también poco tiempo después, él fue expulsado del partido, creo que acusado de derechista, por mantener una concepción pequeño burguesa de la república. No le he vuelto a ver, ni sé nada de él.

### *GUILLE*

Volví a ver a Guillermo un primero de mayo, en la Ronda de Atocha o en Santa María de la Cabeza, no lo recuerdo bien, en el año 81, puede ser que en el 82.

—¡Esa voz! -me dijo tocándome el hombro.

Había reconocido mi voz en la distancia, a pesar de la distorsión del megáfono, una de esas bocinas de mano que llevan en las manifestaciones los arengantes de los manifestantes. Yo seguro que gritaba por el altavoz algún pareado cateto, de esos que articulan rimas de ripio garrulo en torno a palabras tales como: Lucha, obrera, cabrón, peón, cabrón —otra vez—, maricón, hijo puta, paro, escucha, pueblo, lucha, ligadas a los nombres propios de los prebostes del gobierno de turno del régimen.

Así. Fraga, el pueblo no te traga, o Cabrón, maricón, hijo puta Rosón, o Suárez, escucha, el pueblo está en la lucha, o Oha, oha, oha, Felipe a la Moncloa, o Contra el paro, lucha obrera o Sancho, cabrón, trabaja de peón. Dejando bien claro que los que allí íbamos, desde luego, no éramos peones. Siempre arengando con todo el cuidado de no poner en entredicho al jefe del Estado, capitán general del aire, la tierra y el mar, o sea, al rey, ni a su régimen, o sea, la monarquía, ni al mismísimo sistema capitalista, contra el que, al menos en teoría, nos manifestábamos. Pagaban todos los males, que supuestamente nos aquejaban, los pringaos

del gobierno de turno: uno ministro, el otro jefe de gobierno, el otro jefe de policía. . .

Reparé brevemente en Guille, tan absorto como iba yo, arengando a la manifestación, enardecido por la respuesta de las masas a mis consignas. Si él se encontraba allí, obviamente había salido de la cárcel de Segovia. Pero no le pregunté cómo había logrado su libertad. Con él, unos pasos retrasados, estaba su guapa profesora de políticas, A., sonriente, cómplice, encantadora. La complicidad en el fugaz cruce de miradas, la suya y la mía, se dio, en tanto que nuestra única relación había consistido en la fotografía que me hizo en el locutorio de jueces de la cárcel de Segovia, la que iba a figurar en mi documento de identidad falso, que debía de usar en la fuga de la prisión. La foto, la mía y la de Ramiro, que también tomó ella, aparecieron en la portada del *Vanguardia Obrera* número trescientos, el único número que se publicó a dos tintas, roja y negra y en el que se daba cuenta de nuestro juicio en la Audiencia Nacional por depósito de armas y explosivos. Yo me había pegado junto a la pared del fondo del locutorio, tomando la postura propia de la foto para el DNI, y no pude evitar una sonrisa interior. Ella en vez de una cámara de fotos, podría haber pasado una Rubi, tal y como introdujo la cámara en la prisión: en el bolso, sin ser registrada. Tomó la fotografía aproximándose a los barrotes, que en los locutorios de jueces están libres de otro impedimento, y terminada, yo me marché. Esa había sido toda nuestra relación, pero suficiente para que entre nosotros quedara esa complicidad.

Ahora intuyo que inconscientemente evité todo contacto con Guille, avergonzado de estar de nuevo implicado en cuerpo y alma en el partido de la discusión única o de la única discusión o mejor de la ninguna discusión. Después de tantas discusiones nuestras -discusiones estériles de intelectuales de salón a criterio del partido de ninguna discusión, en las que habíamos puesto del revés el marxismo y el anarquismo, discusiones que ahora encuentro infantiles, simples, pero con la autenticidad precisamente de lo simple, como las que teníamos profusa y colectivamente en los setenta, en plena efervescencia de la lucha antifascista- ahora yo me encontraba arengando a los manifestantes, megáfono en mano al frente de ellos, impartiendo una clase magistral de catetismo obrero. El

catetismo del que tanto nos reímos en nuestras celdas de la cárcel de Segovia, con nuestras cervezas y nuestros porros.

Perdí de vista a Guille un momento después de su salutación. Yo seguí hasta la Puerta de Alcalá, en donde, en el interior, su arco central se había dispuesto una tribuna escalonada, en la que debíamos situarnos los dirigentes obreros una vez terminada la manifestación. En los últimos metros, ya cercanos al cordón que daba paso al personal acreditado, hubo prisas, algún que otro codazo, empujón y solapamiento, como para ocupar mejor lugar en la tribuna. Como en la entrada de un cine o un teatro, el mismo apresuramiento para ocupar una butaca donde se pueda ver mejor, a pesar de estar numeradas las entradas. Porque las entradas estaban numeradas. No materialmente numeradas, pero sí, ideológicamente reservadas por la propia autocensura individual, por la todopoderosa autocensura comunista. Nadie iba a ocupar el lugar de Carrillo, ni de Gerardo, ni de Simón, ni de los otros miembros de la ejecutiva del PCE. Para ellos estaba reservado el lugar más alto, la primera fila de la tribuna. Solo Sartorius se quedó a ras de suelo porque andaba con muletas. Una fila por debajo, nos situamos la Extrema, los comunistas de segunda fila y más abajo, en otras dos filas, los dirigentes sindicalistas de las diversas federaciones.

Nos dirigimos a nuestros respectivos lugares, cada uno al suyo, siguiendo una norma implícita. Como si la Real Academia hubiera establecido la norma de hacer un punto y aparte ante los epítetos o ante los paréntesis, comillas y corchetes. Así el nombre, Partido Comunista de España, quedaba en una primera línea superior, y separados por un salto de párrafo con punto y aparte quedaban los epítetos, obrero, de los pueblos, de los trabajadores, internacional y los paréntesis, eme guión ele, erre, i mayúscula, i minúscula, ... Pero aún así todos nos mostrábamos satisfechos, hinchidos como pavos reales, triunfadores de un día al año. Estábamos en la tribuna ante cientos de miles, por encima de cientos de miles.

En aquel momento no me acordé de Marcel, de Marcellus Al-Mazout y de la farsa en su comuna de Montpellier. Ahora sí: *Quedan abolidas las majestades los presidentes los jueces los curas los diputados y todo aquél que necesite*

*trono estrado tribuna escaño púlpito o cajas de verduras para alzarse por encima de los demás.*

*Es decir: Yo.*

Y yo tenía que haber seguido su ejemplo y bajarme de las alturas, como hizo él. Pero hinchido como un pavo real como estaba, continué en la tribuna hasta el final de los discursos. Me encontraba en la segunda fila, al lado de un camarada del central, uno barbudo, de pelo ralo negro, con gafas, flaco de cara alargada, cuyo nombre no recuerdo, como tampoco recuerdo el nombre ni las caras de la cincuentena que nos encontrábamos en la tribuna –que ni yo ni nadie recuerda- y a la izquierda y debajo de Simón Sánchez Montero. Me volvía de cuando en cuando para mirarle. Me sentía unido a él. Me lo imaginaba en los sótanos de la Dirección General de Seguridad en la Puerta del Sol. ¿Habríamos estado en el mismo calabozo? ¿Entre las mismas mesas colgados? Me lo imaginaba sufriendo y después roto, en el banco de piedra del calabozo, solo, sin saber si era el día o la noche. Me dieron ganas de preguntarle, de decirle: -Yo también me porté bien. Y me imaginaba al otro Sánchez, a Federico, en su piso del número cinco de la calle Concepción Bahamonde, el piso franco que Simón conocía, sufriendo con él, sin haber huido, sabiendo que no le delataría. ¡Cómo me hubiera gustado sentir lo mismo! ¡Cómo envidié a Federico en aquel momento!

Después de este fugaz encuentro no he vuelto a ver a Guille, no puedo contaros nada más de él, sólo, lo que ya os he dicho: que en el 81 o puede ser que en el 82, por mayo, él ya no estaba en la cárcel de Segovia, pero no sé cómo pudo salir, ni tampoco sus posteriores circunstancias.

#### *MARCOS Y BORONAT*

No he vuelto a ver a Marcos desde que fui a Valencia a recoger el dinero del Banco de Bilbao, unas semanas después de la acción. Él tenía un piso franco en la calle de Islas Canarias. Un piso de alquiler, amueblado con ese mal gusto propio de los pisos sencillos de barrio obrero. Guardaba el dinero en dos maletas, trece millones de pesetas de entonces, que yo esparcí sobre la cama para que me hicieran de colchón y dormí esa noche sobre ellos. Yo había llegado con un catorce treinta, de los de Koldo,

desde Madrid, y comimos juntos una paella en La Marcelina, el mejor restaurante de la playa de Las Arenas. Comimos bien, bebimos mejor, e imagino que nos reiríamos con las anécdotas pasadas juntos. Pero a él se notaba que no le sentaba bien estar solo. No había grupo en Valencia. En ese momento funcionábamos con grupos itinerantes, para no quemar a los camaradas. Nos reiríamos, seguro, del Boro y de su nueva novia de Sevilla, pasaríamos revista a los grupos, él, seguro, me debió comentar la evolución del nano Nestor, de Riquelme, y de Vivó en el grupo de Barcelona y yo de Koldo, Danielle y María en Madrid. Pasamos el día juntos y yo marché a Madrid, al día siguiente, con las dos maletas.

Sé que después de salir de la cárcel, tras el indulto, estuvo trabajando en una plataforma petrolífera y que volvió a Bilbao. También sé que se ve a menudo con Boronat.

Boronat se casó, por lo civil, en la prisión de Segovia, cuando yo todavía estaba preso con él. Con su novia sevillana, una mujer muy joven, gordita y con estudios universitarios. A los pocos días de la boda, ella le dejó por otro. Al parecer, ya iba a visitarlo a la prisión acompañada de su otro novio. Jamás llegamos a comprender sus razones. Nunca vi al Boro, él tan campechano siempre, tan hundido y meditabundo como en esa ocasión. Poco tiempo después, comenzó Sole a visitarlo. Sole trabajaba en el grupo del partido que se ocupaba de los presos y ya debía de haberle gustado el Boro. Antes de caer, no recuerdo en qué momento, estuvimos, momentáneamente, alojados los tres en su casa. En alguna de aquellas mudanzas apresuradas, motivada seguramente por algún paso en falso de los que solíamos dar. Tenía un pequeño piso en Chamberí, de una sola habitación, minúsculo. Sole era, al contrario de la Gordi, alta y flaca y la llamábamos la Seca, por su delgadez.

Boronat continua con ella, no sé si en el mismo apartamento, y Marcos, que frecuentemente viene a Madrid, los visita.



## MARÍA

He visto frecuentemente a María, digamos que una vez cada año, treinta veces. María nunca fue detenida ni identificada y siguió los avatares de su compañero, Vivó, asistiéndole prisión tras prisión.

La última ocasión de nuestro encuentro fue hace muy poco, quizás un par de años. Yo estaba en mi puesto de trabajo, en un lugar público, tras los cristales de una oficina, sin poder ser visto. Ella entró en el edificio, desgarbada como siempre, despreocupada por su aspecto, como siempre, con su mazo de octavillas bajo el brazo y su hoja de recogida de firmas. Colocó sus papeles en el tablón de anuncios y permaneció en el recibimiento, peticionaria, deteniendo a los transeúntes, ofreciendo su mercancía y alargando sus explicaciones. ¿Cuántas veces la he visto hacer esto en Montpellier, en la puerta de los restaurantes universitarios o barriendo puerta a puerta los guetos emigrantes, con el *Acción* o el *Vanguardia Obrera*? Infatigable, incansable, con la misma voluntad siempre, con la misma entrega siempre. Me acerqué a saludarla y sólo después de darme algunas octavillas y firmar no recuerdo muy bien qué solicitud, me aclaró que era liberada sindical de CC.OO.

María se casó con Vivó y tuvo una hija. Vivían en un pequeño pueblo del extrarradio y trabajaba como cocinera en un comedor multitudinario. Estudió y terminó la carrera de psicología –con su voluntad, no es de extrañar- a distancia, pero no puedo decir si ejerce de ello. Militaban ambos en Izquierda Unida, en su pequeño pueblo y sin embargo, o quizás debido a esto, hacen por ignorar su anterior militancia en el FRAP. Especialmente María oculta con celo su pasado en los grupos del FRAP.

No puedo culparla por completo, sufre de un mal congénito a los partidos comunistas: lo no asumido oficialmente, o asumido y rechazado después, simplemente no ha existido. Los nombres propios en desgracia: fraccionales, disconformes, disidentes, opositores, apartados, desafectos, desertores, desleales, tráfugas, son borrados de la historia. Los errores sin asumir, los análisis desacertados, las derrotas, no han existido. De tal forma es esto tan contundente, que es el propio militante el encargado de llevarlo a cabo, no pronunciando nombres inadecuados, no mencionando hechos evidentes, de sobra conocidos por todos, hasta llegar a olvidarlos.

El borrador de la memoria es tan eficaz, funciona tan masivamente, que ha llegado, si no a desmemoriarlo todo, si la gran parte de nuestra memoria histórica. Aunque se pretenda, ingenuamente, reivindicar lo contrario. Es este nuestro caso. Nunca, nadie, ninguno de nosotros ha mencionado jamás, en treinta años, nuestra pertenencia a los grupos y las acciones que llevamos a cabo. Ni entre nosotros mismos. Porque no hemos existido. Ningún recuerdo, ninguna anécdota o comentario. Ningún ¡como en los viejos tiempos! O ¡te acuerdas cuando...! O ¿quién fue el que...?

Poco después de autodisolverse el partido, en el 92, yo me incorporé a un grupo de ex militantes que se propusieron, de manera amplia, debatir y buscar formas nuevas en torno a una revista de escasa tirada. María y Vivó formaban parte del grupo. Se les veía felices, normales, como cualquier pareja progresista que todos conocéis. Dos trabajos funcionariales, escasos, digamos de la clase grupo de un pisito propio en el extrarradio, una hijita, militancia en la izquierda unida, liberados sindicales... Se discutía en el grupo. Era agradable, sin grandes pretensiones, siempre en torno a los principios marxistas-leninistas, sin grandes cuestionamientos teóricos y menos todavía, aportación.

El grupo, como os podéis imaginar, murió solo. Iba languideciendo, a medida que nuestro escaso interés por los temas que tratábamos, era cada vez más escaso. María y Vivó a los inicios estrechamente unidos, comenzaron a tener problemas. Si uno asistía, el otro no. Por causa de la niña, o la casa, o...

Y Vivó acabó dejando a María.

## VIVÓ

Antes de pasar a los grupos, ya en el 77, Vivó era estudiante de Químicas. No sé si estuvo antes en el FRAP, en la época antifranquista, antes del 75. Yo lo conocí en Madrid, en el piso de Quintana, cuando él era responsable del grupo. Mi primera impresión, un semblante fiero, corpulento, con una gran cabeza, sigue siendo válida. Vivó no ha cambiado gran cosa.

Cuando salió de la cárcel, después del indulto del 82, tras cuatro años en prisión, no volvió a sus estudios. Encontró un trabajo de subalterno en un sitio público y se casó con María.

La última vez que le vi, estaba radiante. Había dejado a María y formado una nueva pareja, con, según él, el amor de su vida. Un amor adolescente, de su pequeño pueblo mediterráneo, recuperado para hoy.

Hoy, Vivó cultiva naranjales entre la murta, en las montañas junto al mar. En los vergeles ocultos de los valles, tras de las ásperas sierras marítimas.

### *KOLDO Y DANIELLE*

Siento no poder contaros nada de ellos, porque nada sé. Nunca fueron detenidos, ni identificados. Desaparecieron y no se les volvió a ver.

Puedo imaginar, de hecho, siempre he imaginado, cómo le irá a Danielle. Puede ser que hubiera vuelto a una ciudad francesa o alemana, hubiera recuperado su trabajo de fisioterapeuta y se haya casado y tenga hijos y un piso propio. Pero quiero recordarla como la conocí, inquieta, culta, revolucionaria. Quisiera imaginar que continúa invicta, fiel a sí misma, acudiendo donde le dicte su conciencia, en ayuda de los revolucionarios del mundo. Allí donde decimos que hay un eslabón débil de la cadena imperialista.

Pero es mucho pedir.

No recuerdo siquiera la última vez que la vi. Puede ser que en un último paseo por las Vistillas, su barrio, ante una puesta de sol otoñal, extasiada a la belleza, expresando su racionalidad ante los acontecimientos políticos que no podía entender cabalmente. Lo único nítido que recuerdo de ella fue nuestro encuentro en Madrid, en el final de la calle Atocha. Ella iba vestida tan extravagante, para Madrid, que llamaba la atención. Tan rubia, con su larga melena lacia, la piel tan blanca, los ojos tan azules. Parecía un ser extraño, huido, tan apabullada por el entorno, el trajín cotidiano de la calle. Y al verme, expresó de tal manera su alegría, su afecto, que es lo que más guardo de ella.

## CARLOS

Aunque podría conocer su verdadero nombre, no quiero saberlo. Es Carlos “El Largo”, y no me cabe otro nombre.

Lo vi por última vez en Montpellier. Había vuelto de nuevo huido de España, poco tiempo después de marcharse. Su insistencia –no quería estar en Francia- dio sus frutos y fue el primero de nosotros en volver a España con la misión de formar un grupo armado. Yo, que me desenvolvía con total naturalidad, me quedé todavía un tiempo, encargado de montar un encuentro internacional marxista-leninista en territorio francés.

Al poco tiempo regresó Carlos, huyendo de nuevo, acompañado de otro camarada y de una novia, camarada también. Encargado de realizar expropiaciones económicas, se le ocurrió, como primera acción, atracar el lugar de trabajo de su novia, creo que una editorial. Puestos en la acción, armados, amenazantes, ya sabéis, confundieron los lugares y no encontraban la caja fuerte, hasta que su novia tuvo que intervenir, como atracadora también, para indicarles el lugar exacto donde guardaban el dinero, quedando así en descubierto.

Yo les dejé el apartamento que ocupaba en el Boulevard Louis Blanc y volví a la casa de Claudine. Ellos no continuaron en los grupos y no los he vuelto a ver, pero sé de ellos. Carlos terminó su carrera de Bellas Artes y es profesor de dibujo en un instituto. Cultiva su pasión cinegética criando en un coto liebres y perdices. Lo sé por ella, su novia, que continua con él.

Carlos no fue nunca detenido ni identificado.

Sé que María pasa a verlos, de camino a su pueblo castellano.

## *EUSEBIO*

Y yo, no sé demasiado de mí. Fui perdiendo mi verdadera identidad a medida que mi clandestinidad se iba tornando opaca. Ella se transformaba para dejar diáfana una imagen que no es la mía, pero con ella es con la que he tenido que convivir todos estos años. Todo este tiempo vencido. Todo el tiempo, vencido.

Ahora encuentro explicación a hechos que no podía comprender antes. No podía comprender la espera nocturna de los militantes sabiéndose acechados. No podía comprender qué mecanismo los hacía sumisos al verdugo. Quietos, paralizados, escuchando los ruidos anómalos del ascensor de madrugada, esperando el momento del golpe en la puerta de la brigada social. Pudiendo huir, ocultarse, seguir luchando en la clandestinidad, se quedaban aguardando, a sabiendas de lo que les iba a ocurrir, la llegada de la brigada oscura, los siniestros de la noche.

No podía comprender las largas filas de deportados, camino del exterminio, esperando pacientemente su turno. La larga columna de los republicanos, entregadas las armas, del puerto de Alicante al campo de Los Almendros, sin resistencia, sin rebelión, sumisos al tiro en la nuca individual. Estáticos ante el pelotón de fusilamiento colectivo.

Vencidos. Estaban vencidos.

Esa es la razón que mueve el mecanismo, simple, de la entrega a los verdugos. De la sumisión ante el tirano. De la indiferencia ante la injusticia.

Ahora lo sé, porque me siento vencido, y sé que actuaré como tal vencido. Esperaré, sumiso, encogido con el dolor de tripas inherente, la llegada de la brigada nocturna que sé que un día vendrá a llevarme. Como también sé que vosotros lo sabéis, que irán por vosotros, que os llevarán, pero que, en vuestra inconsciencia, no sufrís por ello.

Siento viva a la Bestia –esa de la que cautelosamente se sisea “el régimen anterior”– ilesa, oculta en su caverna en los confines del nadir, desperezarse. No os hablo de sus cachorros, que viven entre nosotros, os hablo de la propia Bestia. Porque ella escapó. Porque ella no estuvo

vencida y, como yo cuando era yo, huyó, se ocultó y espera su momento, cauta, acechando desde la oscuridad que le es propia.

Yo veo cosas que vosotros no podéis ver, porque no habéis estado con ella en su guarida, como yo. Con cada bostezo, gruñido o reniego, ella llena el aire de partículas infinitesimales que, dispuestas en bandas, como los colores del arco iris, ocupan el aire a vuestro alrededor. Las pequeñas moléculas entran en vuestros ojos y os hacen ver colores en los hombres, distintos unos de otros. Os hacen ver formas diferenciadas entre los hombres y las mujeres. Conjugándose con las papilas gustativas, hacen que los colores de los hombres sean unos agradables y otros desagradables, hasta haceros querer u odiar a los hombres, según el particular color con que se os han aparecido. Las formas diferentes entre los hombres y las mujeres se acentúan, hasta haceros creer que son verdaderamente diferentes en rango y aplicar, por tanto, medidas diferentes para cada forma.

Entran sus impuras partículas por vuestros oídos y confunden los sonidos, haciéndoos escuchar lo que nunca habríais querido oír. Nombres que jamás hubierais deseado escuchar, proclamas, consignas, argumentos que hubierais desechado al instante, ahora que aparecen dulcificados y disimulados en sus formas, resultan apetecibles, creando ligera opinión para transformarse más tarde en pensamiento.

Y así, la Bestia teje su red. Con sedimentos imperceptibles, prepara su lecho, su sólido asiento.

Mi suerte sería no estar ya aquí para ver su regreso. Pero, como sabéis, no tengo suerte.

Valencia, octubre de 2006.

## FRAP: GRUPO ARMADO

Sobre <i>FRAP: Grupo Armado</i>	5
¡Españoles! ¡Franco ha muerto!	11
La cruz de la pandereta	13
Gatos en el foro	63
La naja del kie	149
El renuncio del revolucionario	211
El tiempo vencido	281

